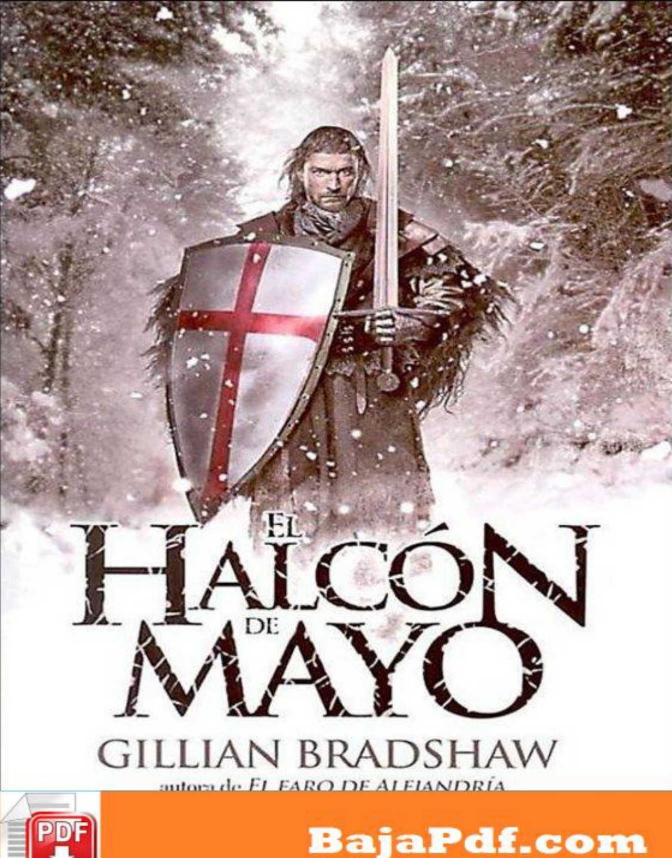

EL
HALCÓN
DE
MAYO
GILLIAN BRADSHAW
autora de EL FARO DE ALEJANDRÍA

La leyenda nos habla de Sir Gawain, uno de los caballeros más respetados de la Tabla Redonda y uno de los héroes más grandes de todos los tiempos.

Hijo de un rey que lo desprecia y de la poderosa hechicera Morgawse, se embarcará, siendo todavía un chiquillo y de la mano de su madre, en un viaje por la magia y los conocimientos arcanos que amenaza con sumirlo por siempre en la oscuridad. Sin embargo, decidirá darle la espalda a todo ese poder para luchar al lado de la luz y la justicia.

Esta decisión marcará su vida; pasará de ser un joven inexperto y lleno de dudas a un poderoso guerrero temido por todos sus rivales… pero tendrá que ganarse la confianza del Señor al que ha decidido servir: Arturo, rey de Camelot.

Gillian Bradshaw, la aclamada autora de EL FARO DE ALEJANDRÍA, dibuja un fresco histórico en el que mezcla las disputas entre los britanos en su guerra contra los sajones con las leyendas artúricas en una narración



magistral y apasionante.

EL

HALCÓN

DE

MAYO

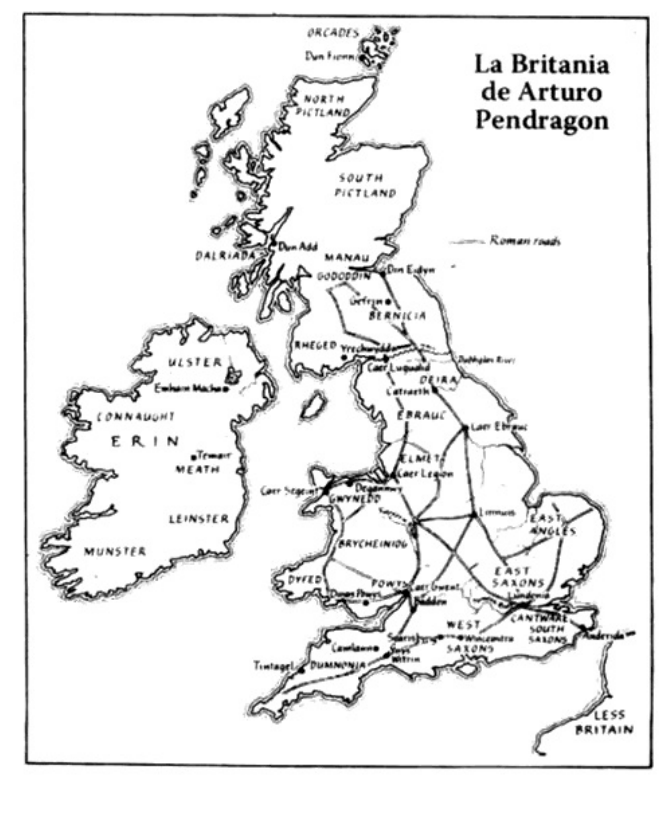
GILLIAN BRADSHAW

Título original: *Hawk of May*
Primera edición: octubre de 2012

ISBN: 978-84-15433-11-8

Parentibus Optimis

"Siquid adhuc ego sum, muneris omne tui est".


La Britania de Arturo Pendragon
ORCADES
NORTH PICTLAND
SOUTH PICTLAND
Roman roads
Dun Add
DALRIADA
MANAU
GODODDIN
BERNICIA
RHEGED
DEIRA
Catraeth
EBRAUC
Caer Ebrauc
ULSTER
Emhain Macha
CONNAUGHT
ERIN
Temair
MEATH
LEINSTER
MUNSTER
ELMET
Caer Legion
Caer Segeint
GWYNEDD
EAST ANGLES
BRYCHEINIOG
EAST SAXONS
DYFED
POWYS
Caer Gwent
CANTWARE
SOUTH SAXONS
Anderida
WEST SAXONS
Tintagel
DUMNONIA
LESS BRITAIN

1

Cuando mi padre recibió la noticia de la muerte del Pendragón, yo estaba jugando a construir botes junto al mar.

Tenía once años y era peor guerrero que cualquier otro muchacho en el reino de mi padre: las Innsi Ere, o islas Orcadas. Como también era muy mal cazador, tenía poco en común con los otros chicos con los que vivía y

aprendía en la Casa de los Niños, y todavía menos en común con mi hermano mayor, Agravain, que dirigía a los otros a la hora de hacerme la vida difícil, casi tan difícil como los planes que mi padre tenía para mí. Para escapar del insistente mundo de los guerreros y futuros luchadores, a veces recurría a mi hermano menor, pero más frecuentemente a un lugar secreto que poseía junto al mar.

Está aproximadamente a una hora de camino desde la fortaleza de mi padre, Dun Fionn. Una pequeña corriente cae por el acantilado que bordea nuestra isla por el oeste, abriendo una grieta en la roca. En el fondo, atrapado por una

cornisa de piedra dura, el agua forma un profundo estanque tras una playa de guijarros antes de escapar hacia el océano. Las paredes del acantilado lo ocultan a la vista desde arriba, de modo que nadie más que yo conocía su existencia. Como también era un lugar muy hermoso, aquello lo convertía en mío. Había dado un nombre al lugar, Llyn Gwalch, «Río del Halcón» en britano, y lo consideraba un mundo aparte y mejor que el de las Orcadas y Dun Fionn. A veces me llevaba allí mi arpa y cantaba a las olas que golpeaban la playa, inundando el estanque durante la marea alta y siseando sobre la grava en la bajamar. Otras veces construía

fortalezas de barro y guijarros, planeando batallas junto al arroyo como si fuera un gran río, la frontera entre dos poderosos reinos. Me imaginaba a mí mismo como un gran guerrero, brillante en todas las artes de la guerra y celebrado con canciones en todos los salones de los reyes del mundo occidental, admirado por Agravain y mi padre. Pero mi juego favorito consistía en construir botes y enviarlos navegando desde el oscuro estanque hacia el salvaje mar gris, que golpeaba al mismo tiempo todas las costas del mundo. Enviaba mis botes al oeste, hacia Erin, desde donde había zarpado mi padre años atrás, y más allá de Erin, hacia

aquella extraña isla, o grupo de islas, que los poetas y druidas afirman que se encuentran al oeste del ocaso, invisibles para todos excepto unos pocos mortales, donde residen los sidhe, eternamente felices.

Amaba con todo mi corazón aquel lugar, mi Llyn Gwalch, y lo guardaba celosamente contra cualquier intrusión del mundo exterior. Sólo había revelado su existencia a mi hermano menor, Medraut, después de hacerle jurar que guardaría el secreto. De modo que, cuando oí el golpe de una piedra cayendo desde el camino sobre mi cabeza, me aparté a toda prisa del bote de cuero que estaba construyendo y

empecé a trepar por la grieta. Había dejado mi poni atado en la cima y no quería que nadie bajara a buscarme.

—¿Gwalchmai? —La voz procedente de la cima del acantilado era de Agravain.

—¡Ya voy! —grité, trepando más aprisa.

—Será mejor que te apresures —dijo Agravain. Parecía enfadado—. Padre nos está esperando. Me ha enviado a buscarte.

Alcancé la cima del acantilado, me aparté el cabello de los ojos y miré a Agravain.

—¿Qué es lo que quiere?

No me gustaba cómo sonaba aquello.

Mi padre detestaba esperar; estaría furioso cuando llegáramos a Dun Fionn.

—Lo que pueda querer no es asunto tuyo. —Ciertamente, Agravain estaba furioso, cansado de buscarme y probablemente temeroso de que parte de la ira de mi padre cayera también sobre él—. Por el viento y el sol, ¿es que no puedes darte prisa?

—Me estoy dando prisa —dije desatando mi poni.

—¡No me repliques! Ya vas a tener suficientes problemas. Llegamos tarde, y a padre no le gustará que aparezcas ante el invitado con ese aspecto. Estás hecho un desastre.

—¿Invitado? —Hice una pausa a

punto de montar—. ¿Es un bardo, o un guerrero? ¿De dónde viene?

—De Britania. No sé de qué reino. Padre me envió á buscarte en cuanto habló con él, y tienes suerte de que Diuran te viera cabalgando hacia el sur, de lo contrario todavía no te habría encontrado. —Agravain pateó a su caballo y partió al galope a través de la cima del acantilado—. ¡Vamos, pequeño cobarde!

Monté en mi poni y lo seguí, ignorando aquel insulto demasiado familiar. Debía de ser un cobarde, de todos modos. Si no lo hubiera sido, no hubiera ignorado el insulto. Me hubiera peleado con Agravain, aunque perdiera

siempre, y luego volveríamos a ser amigos. Siempre se mostraba amistoso después de una pelea.

Un invitado de Britania y una llamada urgente. El britano debía de haber traído algún mensaje importante. Mi padre tenía muchos espías en Britania que le informaban regularmente, pero enviaban sus mensajes por medios indirectos, sin venir nunca a Dun Fionn. Un mensajero de Britania significaba un acontecimiento importante, una gran victoria o una derrota frente a los sajones, o la muerte de algún rey importante; cualquier cosa que mi padre pudiera usar para expandir su influencia en el sur. Los sajones habían sufrido una

importante derrota a manos del joven caudillo del Pendragón sólo un año atrás, de modo que no podía tratarse de aquello. Algún rey muerto, entonces; tal vez mi padre se disponía a hacer un trato con su sucesor. ¿Un trato en el que Agravain y yo podríamos desempeñar algún papel? Hice avanzar más rápido a mi poni, y adelanté a mi hermano al galope, ansioso e inquieto. Mi padre siempre hacía planes para mí, pero yo le complacía muy pocas veces. El viento marino y el de mi velocidad me secaron la sal del cabello, y los cascos de mi poni eran un eco del golpear de las olas; era mejor pensar en aquello que en mi padre. Deseaba acabar rápidamente con

la confrontación, lo más rápidamente posible. Por lo menos, pensé buscando algo positivo, Agravain no me había preguntado qué estaba haciendo en Llyn Gwalch.

Pensar en mi padre me hizo mirar atrás, alarmado. Agravain estaba a más de cien pasos por detrás de mí, forcejeando con su caballo en el tortuoso camino y haciendo muecas furiosas. Había dos cosas que yo sabía hacer mejor que él: montar a caballo y tocar el arpa. Agravain prefería olvidarlo y, como era infinitamente mejor que yo en el combate, procuraba no recordárselo. Pero acababa de hacerlo. Me encogí, sabiendo que mi

hermano encontraría un pretexto para pelear conmigo más tarde, y puse mi poni al trote.

Agravain me adelantó sin decir nada y empezó a cabalgar por delante de mí, también al trote. Así era Agravain. Quería ser el primero, y casi siempre lo era. El primogénito, el primer candidato a suceder a mi padre en el trono, el primero entre los chicos de la isla que se entrenaban para ser guerreros. Mi padre estaba inmensamente orgulloso de él, y sus enfados con Agravain nunca duraban mucho tiempo. Contemplé su espalda, deseando poder ser como él.

Continuamos en silencio hasta Dun Fionn.

La fortificación está construida con una piedra muy clara, y de allí viene su nombre, «Fortaleza Blanca». Es una construcción nueva, terminada el año del nacimiento de Agravain, tres años anterior al mío, pero ya entonces era tan famosa y temida como cualquiera de los fuertes más antiguos, como Temair o Enhain Macha en Erin, o Camlann y Din Eidyn en Britania. Se encuentra en el punto más alto del acantilado, mirando al mar, rodeada por un terraplén, un foso y unas murallas gruesas y altas. Dos torres junto a la puerta, copiadas de los antiguos fuertes romanos, flanquean la única entrada, que mira al oeste. La fortaleza fue diseñada por mi padre, y su

poder y fama eran el resultado de miles de intrigas y maniobras, políticas y militares, llevadas a cabo con invariable éxito. Si mi madre era siempre la autora de las intrigas, era mi padre, el rey Lot mac Cormac de las Innsi Ere, quien les sacaba fruto, con lo que había logrado convertirse en uno de los reyes más poderosos de Britania o Erin. Mientras Agravain y yo cruzábamos las puertas, me pregunté con nerviosismo qué querría de mí.

Dejamos los caballos en el establo y corrimos al aposento de mi padre, tras el salón de festines. La habitación era pequeña y sencilla, y los polvorientos rayos de sol se filtraban a través del

espacio abierto entre la pared y el tejado para que escapara el humo. Era evidente que mi padre llevaba algún tiempo esperando; el mensajero debía de haber abandonado la habitación hacía rato, y en el aire se respiraba la sensación tensa y silenciosa de una conversación interrumpida. Mi madre estaba sentada sobre la cama, estudiando un mapa, con una copa de vino importado sobre la mesita junto a ella. Otra copa, la de Lot, yacía a su lado, olvidada. Cuando entramos, mi padre dejó de recorrer la estancia para mirarnos. Mi madre levantó la vista y luego volvió a estudiar el mapa. El aire temblaba de expectación: mi padre

estaba furioso.

No era un hombre alto, pero resultaba evidente que se trataba de un rey: irradiaba arrogancia y poder de mando. Su espeso cabello y barba rubios casi parecían escapar de su cabeza, incapaces de contener la energía de su delgado cuerpo, y sus ardientes ojos azules eran capaces de chamuscar a cualquiera que se le opusiera. Mis ancestros procedían del Ulster, y se decía que Lugh el de la Mano Larga, el dios del sol, había tenido muchos descendientes en el linaje de mi padre. Todo el que hablaba con Lot durante cierto tiempo acababa al menos medio convencido de aquel hecho.

Ignoró a Agravain y me dirigió una mirada furiosa.

—¿Dónde has estado durante estas dos horas?

Mientras trataba de encontrar las palabras, Agravain respondió:

—Estaba junto al mar, recogiendo ostras o algo parecido. Lo encontré a más de una hora de camino de aquí.

La mirada de Lot se volvió más dura.

—¿Por qué no te has quedado aquí a practicar con la lanza? Te hace bastante falta.

Como me ocurría siempre en presencia de mi padre, todas las palabras se me secaron en la garganta y

miré al suelo con impotencia.

Lot resopló.

—Nunca serás un guerrero. Pero al menos podrías intentar aprender lo suficiente para no avergonzar a tu clan.

Cuando seguí sin encontrar nada que decir, y continué empeñado en no mirarle a los ojos, mi padre apretó los puños, furioso; luego se encogió de hombros, se volvió y empezó a recorrer la habitación de nuevo.

—Dejemos eso. ¿A alguno de los dos se os ocurre por qué os he llamado?

—Has recibido un mensaje de Britania —respondió Agravain, rápida y ávidamente—. ¿Qué ha sucedido? ¿Es que los sajones han derrotado a alguien

y los reyes solicitan tu ayuda?

Mi madre, Morgawse, levantó la vista de su mapa, sonrió y sus ojos descansaron por un momento sobre mí. El corazón dio me dio un vuelco.

—¿No tienes nada que decir, Gwalchmai? —Su voz era baja, suave y hermosa. Toda ella era hermosa; muy alta y morena, en contraste con el cabello rubio de Lot. Sus ojos eran más oscuros que el mar a medianoche. Dejaba sin aliento a cualquiera que posara los ojos en ella, y atraía las miradas como los remolinos al agua. Hija legítima del Gran Rey Uther, había sido entregada en matrimonio a Lot a los trece años, como prenda de una alianza

contra la que había trabajado constantemente desde entonces. Odiaba a su padre, Uther, con toda su alma. Yo la adoraba.

Lot hizo una pausa y la miró, comprendiendo que había decidido algo respecto al mapa. Asintió para sí, y volvió a mirarme.

—Ha… ha muerto algún rey importante, ¿no es cierto? —pregunté, aferrando mi coraje con ambas manos —. ¿Se trata de Vortipor?

Mi padre me dirigió una mirada sorprendida, luego sonrió con fiereza.

—Desde luego. Ha muerto un rey. Pero no es Vortipor de Dyfed. —Se dirigió a la cama y permaneció

contemplando el mapa, delimitando Dyfed con el dedo, trazando la línea del río Saefern a través de Powys y recorriendo la costa de Elmet y Ebrauc hasta Rheged, para volver a descender por la frontera oriental de Britania. Los ojos de Morgawse relucían con un fuego profundo y oscuro, llenos de triunfo y silenciosa alegría. Entonces supe quién había muerto, y qué estaban planeando mis padres. Sólo había un rey cuya muerte pudiera traer tanto regocijo a mi madre.

—Uther, Pendragón de Britania, yace muerto en Camlann —dijo Morgawse muy suavemente—. El Gran Rey ha muerto de una enfermedad. —Su

sonrisa era más suave que los copos de nieve cayendo de un negro cielo invernal.

Agravain permaneció un momento en silencio y luego jadeó, consternado:

—¡Uther!

Lot se echó a reír, echando atrás la cabeza y dando palmadas.

—Uther muerto. ¡Creí que a ese hijo de una yegua le quedaban unos cuantos años más!

Miré a Morgawse. Por toda Britania se rumoreaba que era una hechicera. Me pregunté si Uther habría sufrido, y cuánto tiempo habría durado la enfermedad. Si lo había hecho ella… No, ¿cómo podía alguien en las Orcadas

matar a un hombre en Dumnonia? Y me alegré de que el hombre a quien ella odiaba estuviera muerto.

—… eso no es todo —estaba diciendo mi padre—. Hay un debate abierto sobre quién será su sucesor.

Por supuesto que había un debate. Había oído las discusiones incluso en las Orcadas. Uther no tenía heredero varón, sólo muchos bastardos. Habría una guerra civil en Britania, como la había habido treinta años atrás a la muerte de Vortigern. Mi padre, que había elevado a tres de los reyes que entonces gobernaban en Britania, tendría su oportunidad de intentar entronizar a un Gran Rey.

Lot continuó hablando de sus planes, paseando arriba y abajo a través de la habitación, mientras el polvo se arremolinaba en torno a los rayos de sol.

—… Docmail de Gwynedd reclamó el título en el consejo, diciendo que los reyes de Gwynedd deberían ser grandes reyes porque descienden del emperador romano Máximo, pero Gwlgawd de Gododdin se le opuso… Docmail estableció alianzas con Dyfed y Powys, y ha enviado mensajes a Gwlgawd, diciéndole que renuncie a su pretensión al trono. Gwlgawd tiene miedo, y trata de formar su propia alianza. Ha enviado mensajeros a Caradoc de Ebrauc… y a mí. —Lot volvió a sonreír, triunfante, y

se detuvo junto a la cama, contemplando el mapa—. Caradoc puede unirse o no, como le plazca. Yo acudiré. Con mi mesnada y las provisiones de Gwlgawd podemos echar a Docmail al mar. Y Gwlgawd… será fácil de controlar. —Se apartó bruscamente del mapa y comenzó a pasear de nuevo, con los ojos centelleantes y los puños apretados, pensando en reyes y reinos, lealtades y enemistades—. Si llegamos desde el norte con todas nuestras fuerzas para unirnos a Gwlgawd, Strathclyde se unirá probablemente a Docmail, y Urien de Rheged podría reclamar el trono para sí. Urien es una fuerza a tener en cuenta… Sin embargo, es mi cuñado, y tendrá que

intentar negociar antes de declarar una guerra; podemos dilatar las negociaciones…

—Ten cuidado —espetó Morgawse—. Las alianzas serán inciertas, uno nunca puede fiarse de una alianza en Britania. Habrá otros pretendientes al título antes de que acabe esta guerra, y hay demasiados reinos que aún no se han pronunciado.

Lot asintió sin aminorar el paso.

—Por supuesto. Y debemos separar a los reyes todo lo posible, y ocuparnos de repartir los despojos de manera justa entre nuestros aliados; Diuran puede ayudarnos, y también Aidan. Debemos darles tiempo y hacer la vista gorda ante

las rivalidades de vez en cuando, pero no podemos permitir que los Ui Niaill empiecen a pelear, o no habrá forma de detenerlos. —Quedó en silencio, considerando cómo controlar las desavenencias entre los reyes. Finalmente se lo preguntaría a Morgawse, y ella le diría lo que tenía pensado desde el principio, y funcionaría.

Sintiéndome inquieto, conseguí tartamudear:

—¿Qué… qué hay de Arturo?

Lot apenas volvió la vista, aunque Morgawse me dirigió una mirada atenta. Arturo había sido el jefe guerrero de Uther y, si la mitad de las historias eran

ciertas, la mesnada del Gran Rey le seguiría, con o sin Uther. Arturo tenía poder a causa de ello, aunque sólo era uno de los bastardos de Uther y un hombre sin clan. No podía aspirar al trono del Pendragón, pero ciertamente se encontraba en posición de llegar a ser el Gran Rey.

—¿Arturo? —Lot se encogió de hombros, pensando todavía en las rivalidades entre reyes—. No apoyará a nadie. Continuará luchando contra los sajones con la mesnada real, o con la parte de ella que pueda mantener.

—Ten cuidado —advirtió de nuevo Morgawse, todavía con más vehemencia —. Arturo es peligroso. Es el mejor

caudillo de Britania; no permanecerá neutral si se le provoca.

—Oh, no temas. —El tono de Lot seguía siendo despreocupado—. Tendré mucho cuidado con tu precioso medio hermano. Lo he visto actuar.

—Yo también. —La voz de Morgawse era baja, pero Lot se detuvo, mirándola un momento a los ojos. Permaneció en silencio mientras la observaba. Por un momento, pareció que el sol palidecía y que el polvo colgaba inmóvil en el aire, como si un abismo se abriera ante el mundo. Me estremecí. Reconocí el resplandor oscuro en los ojos de mi madre. El odio, la marea negra que había ahogado a Uther,

convirtiendo sus amigos en enemigos, provocando invasiones extranjeras y disensiones civiles hasta que el abismo lo había tragado… y el odio de Morgawse empezaba a volverse hacia Arturo. Me pregunté una vez más cómo había muerto Uther.

Agravain se removió levemente. Había permanecido en silencio durante la conversación, con los ojos brillantes de excitación. Cumplía quince años al mes siguiente y sabía que era lo bastante mayor para ser incluido en la campaña. Rompió bruscamente el silencio:

—¿Yo también iré?

Mi padre se acordó de nosotros y se giró, sonriendo de nuevo. Cruzó la

habitación en dirección a mi hermano y le palmeó un hombro.

—Por supuesto. ¿Por qué crees que te he llamado? Partiremos el mes que viene, en marzo. Pondré a Diuran a cargo de media mesnada y de los auxiliares de las Hébridas, y también le pediré que se encargue de ti. Presta atención y te enseñará cómo se gobierna una mesnada.

Agravain ignoró la cuestión del gobierno de las mesnadas e hizo la pregunta que le interesaba:

—¿Podré luchar en las batallas?

Lot sonrió todavía más, apoyando la mano en el hombro de Agravain.

—¿Tan impaciente estás? No

lucharás hasta que esté seguro de que sabes cómo… pero nadie aprende a luchar arrojando lanzas contra dianas. Intervendrás en las batallas.

Agravain tomó la mano de Lot y la besó, radiante de alegría.

—¡Gracias, padre!

Lot rodeó con sus brazos a su primogénito, lo abrazó bruscamente y lo sacudió, riendo.

—Muy bien. Recibirás tus armas mañana temprano, tú y los demás chicos que tengan la edad suficiente. Ve a decirle a Orlamh que te prepare para la ceremonia.

Agravain salió de la estancia en busca de Orlamh, el druida principal de

mi padre, y prácticamente saltaba de alegría a cada paso. Me volví para seguirle, pero mi padre dijo:

—Gwalchmai, espera.

La habitación pareció convertirse en una trampa. Me di la vuelta, y obedecí.

Cuando Agravain salió, Lot se dirigió a la mesita, tomó su copa y se sirvió algo de vino. El rayo de sol tocó el líquido, convirtiéndolo en un profundo fuego rojo mientras se vertía. Mi padre se sentó en la cama y me miró, sopesándome. Había sentido aquella mirada muchas veces antes, pero me removí incómodo y aparté los ojos. Mi padre suspiró.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Qué? —Contemplé la colcha.

La voz de mi padre siguió hablando.

—Tu hermano está muy excitado con esta guerra, deseoso de demostrar lo que vale y de conseguir honor para él y nuestro clan. ¿Y tú?

—No soy lo bastante mayor para ir a la guerra —dije con nerviosismo—. Todavía me quedan al menos dos años en la Casa de los Niños. Y todo el mundo sabe que soy un mal guerrero. —Levanté la vista hacia Lot. Las comisuras de sus labios descendieron.

—Sí, todo el mundo lo sabe. —Bebió algo más de vino. La luz del sol se reflejó sobre su collar y su broche de oro, centelleando sobre su cabello y

haciéndolo parecerse más que nunca a Lugh, el dios del sol. Miró a mi madre —. No lo entiendo.

Me enfurecí. Algo que también sabía todo el mundo era que mi hermano Medraut no era hijo de Lot, aunque nadie sabía quién era su padre, y Lot sospechaba algo parecido sobre mí. Ciertamente, no me parezco a mi padre como Agravain. Me parezco lo suficiente a mi madre para disimular cualquier otra herencia. Aunque a veces yo mismo dudaba de si era hijo de Lot, no me gustaba que el propio Lot también lo hiciera.

Él se dio cuenta de mi furia.

—¿Oh? ¿Qué sucede?

De nuevo asustado, me obligué a relajarme.

—Nada.

Lot suspiró profundamente y se frotó la frente.

—Me iré el próximo mes. Es una guerra, lo que significa que es posible que no vuelva. No creo que vaya a morir, pero uno debe estar preparado. De modo que, como tendremos otras cosas en qué pensar hasta que me vaya, quiero saber, ahora mismo —dejó caer la mano y me miró fieramente, con los ojos llenos de energía, arrogancia y aspereza—, quiero saber, Gwalchmai, qué es lo que vas a ser.

Paralizado, traté de encontrar una

respuesta y acabé replicando simplemente:

—No lo sé. —Levanté la vista y sostuve su mirada durante un instante.

Él golpeó la mesita con el puño y blasfemó en voz baja.

—¡Por el viento, por los perros del Infierno! ¡No lo sabes! Te diré algo: yo tampoco lo sé, pero me lo pregunto. Eres miembro de un clan importante, hijo de un rey y de la hija de un Gran Rey. Soy un jefe guerrero, tu madre planea las guerras. ¿Y qué sabes hacer tú, aparte de montar a caballo y tocar canciones con el arpa? Oh, desde luego, la de bardo es una profesión honorable, pero no para el hijo de un rey. Y ahora

nos vamos a la guerra, Agravain, el clan y yo. Si Agravain muere, o nuestro aliado Gwlgawd resulta ser un traidor, ¿sabes qué será de ti?

—¡Yo no podría ser rey! —dije sobresaltado—. Puedes escoger a cualquiera del clan como tu sucesor. Diuran, o Aidan, o cualquiera. Todos están mejor preparados que yo.

—Pero no son mis hijos. Quiero que uno de mis hijos sea rey después de mí. —Lot me miró un rato más—. Pero no te escogería a ti.

—No podrías —dije.

—¿Y eso no te enfurece? —preguntó mi padre, amargamente.

—¿Por qué iba a enfurecerme? No

quiero ser rey.

—¿Qué quieres ser, entonces?

Volví a bajar los ojos.

—No lo sé.

Lot se incorporó violentamente.

—¡Tienes que saberlo! ¡Quiero saber que va a ser de ti mientras estoy en la guerra!

Sacudí la cabeza. La desesperación me aflojó la lengua.

—Lo siento, padre. No lo sé. Sólo… no quiero ser rey, ni bardo, ni… no lo sé. Quiero algo, algo distinto. No sé lo que es. No puedo ser un buen guerrero, no tengo talento para ello. Pero algún día… ahora no es importante, pero a veces tengo sueños, y… y hay algo en

las canciones. Y una vez soñé con una espada ardiente, con mucho rojo a su alrededor, y el sol y el mar… —Me perdí en mis pensamientos, tratando de poner en palabras lo que se conmovía en mi interior—. Todavía no lo entiendo. Pero debo esperar, porque es más importante luchar por eso que por cualquier otra cosa… sólo que aún no sé lo que es… —Dejé de hablar débilmente, miré a mi padre a los ojos y volví a apartar la vista.

Lot esperó a que dijera algo más, comprendió que no iba a hacerlo y sacudió la cabeza.

—No te entiendo. Hablas como un druida, fingiendo hacer profecías.

¿Quieres ser un druida? Creo que no. ¿Qué, entonces?

—No lo sé —dije en tono decaído, y miré fijamente al suelo. Sentía sus ojos sobre mí, pero no volví a alzar la mirada. Al cabo de un rato, oí el ruido de las ramas cuando Lot regresó a la cama.

—Bueno, es lo que esperaba. —Su voz era fría y brusca—. Ni siquiera sabes de qué estás hablando, y no sabes luchar. Cuando hay una discusión, en lugar de defender tu posición sales huyendo. Agravain y tus profesores dicen que tienes miedo. ¡Miedo! Un cobarde. Así he oído que te llaman en la Casa de los Niños. Alguien sin honor.

Me mordí los labios para contener un grito de ira. Me importaba mi honor, pero no lo entendía del mismo modo que los demás. Tal vez no era la misma cosa, pensé.

—Quédate en Dun Fionn, entonces —dijo Lot—. Ve a tocar el arpa y a montar a caballo. Ahora, fuera de aquí.

Me volví para salir, pero justo al llegar a la puerta sentí los ojos de mi madre sobre mí y miré hacia atrás. Comprendí de repente que me había estado observando desde que había mencionado mis sueños. Sus ojos eran más oscuros que la noche y más hermosos que las estrellas. Cuando se encontraron con los míos, Morgawse

sonrió, una sonrisa lenta, secreta y maravillosa que fue sólo para mí.

Al salir de la habitación, con mi tristeza aliviada por su atención, sentí que sus ojos me seguían hasta el exterior. Y, aunque la adoraba, aunque su sonrisa compensaba el enfado de mi padre y me llenaba de satisfacción, volví a preguntarme cómo habría muerto Uther; y me sentí inquieto.

2

Mi padre envió su llamada a los reyes de las Orcadas, ordenándoles que reunieran a sus mesnadas y al resto de sus hombres, que concentraran sus barcos y provisiones y que acudieran a Dun Fionn. Empezaron a llegar lentamente, hombres altos con capas de vivos colores, guerreros resplandecientes de joyas, con sus

lanzas largas afiladas y centelleantes, las lanzas cortas en las aljabas y las espadas en tahalíes resplandecientes en sus costados. Llevaban los escudos encalados colgados de los hombros, a menudo pintados o esmaltados con colores brillantes. Los reyes y los mejores guerreros llevaban cota de malla importada del norte de Britania o de Galia, reluciente como escamas de pescado. Los hombres inferiores tenían jubones de cuero con refuerzos de metal. Los guerreros traían sus perros de combate, grandes bestias grises cuyos collares relucían de plata, y los halcones descansaban sobre los hombros de los reyes, arreglándose el afilado plumaje y

mirando a su alrededor con ojos centelleantes. Llegaron y acamparon en torno a Dun Fionn, un campamento para cada isla súbdita de mi padre, y también pictos y dalriadas del sur, además de los hombres de nuestra propia tribu. En total, había más de mil guerreros profesionales, y unos tres mil hombres más. Al sureste de Dun Fionn podía ver sus barcos: hilera tras hilera de botes de cuero de veinte remos, con las velas plegadas contra los mástiles. Había constantes idas y venidas entre aquellas naves; hombres que partían en busca de más provisiones o con mensajes para nuestros aliados en Gododdin, o que regresaban con provisiones, nuevos

mensajes y más hombres. En la propia Dun Fionn y sus alrededores reinaba un gran ajetreo mientras mi padre organizaba, planeaba y preparaba, con mi madre siempre junto a él. No sólo tenía que alimentar a su gran hueste, sino que también debía mediar en las disputas entre sus diversos reyes vasallos, evitar desavenencias entre clanes rivales y arreglar los detalles de la alianza con Gwlgawd, rey de Gododdin. Lo veía muy poco, igual que a Morgawse.

Me mantenía al margen de todos los preparativos, observando y haciéndome preguntas. Era la primera vez que veía a mi padre concentrar todo su poder y

estaba impresionado por la fuerza desplegada ante mí. Incluso entonces me di cuenta de que sería imposible mantenerla durante mucho tiempo en el mismo lugar si no había guerra. El coste era tremendo. Pero los colores intensos, el esplendor, el brillo de las armas, la ruidosa y alegre seguridad de los guerreros y su fácil camaradería… todo ello me impresionaba inmensamente y me llenaba de vagos deseos que hacía lo posible por sofocar. No era ningún guerrero al que un señor pudiera desear tener en su mesnada. Y sin embargo, sin embargo, sin embargo…

Era glorioso. A veces deseaba con todas mis fuerzas, como cualquier otro

muchacho de la isla, ser uno de ellos, estar también a punto de partir para conseguir honor y fama para mí, mi clan y mi señor.

Agravain no tenía ninguna duda de que lo haría muy bien en la guerra. Recibió sus armas con los demás chicos de catorce y quince años, y empezó a pavonearse y a presumir más que ninguno de ellos. Peleaba conmigo con más frecuencia de lo habitual, pues estaba tan lleno de tensión e impaciencia que perdía los nervios ante cualquier trivialidad.

A mediados de marzo, el ejército zarpó hacia Gododdin. Avanzaría por la costa del sur del reino de los pictos a

vela o remo, dependiendo del viento, y recorrería el estuario que divide Manau Gododdin, fondeando sus barcos cerca de la fortaleza real de Gododdin, Din Eidyn, donde instalaría un campamento fortificado. Mi padre había enviado cartas a varios reyes, incluyendo los aliados de Docmail de Gwynedd, el rival de nuestro aliado Gwlgawd en la lucha por el Gran Trono. Como resultado, uno de los miembros de esa alianza, Vortipor de Dyfed, empezaba a mostrarse vacilante en su fidelidad y era posible que abandonara a Docmail en cualquier momento. Pero nadie sabía si Vortipor se uniría a mi padre o reclamaría el trono para sí. Vortipor era

más astuto que un zorro y menos digno de confianza que una víbora. El que fuera tu aliado era casi tan inquietante como su enemistad. Casi: Dyfed es una tierra fuerte y rica, y los nativos de allí habían aprendido a luchar de los romanos. El propio Vortipor conservaba el título de «Protector», para recordar a Britania los días en que su provincia había defendido a toda la isla de los ataques irlandeses. Vortipor también tenía ascendencia irlandesa, pero sus costumbres eran tan romanas como su forma de luchar, y tenía muchos apoyos, demasiados para ser ignorados. Mi padre y mi madre habían hablado durante horas sobre la posición que

tomaría y sobre qué hacer cuando se decidiera. Desde la Casa de los Niños podía ver la luz en su habitación hasta altas horas de la noche. Me resultó extraño verla a oscuras cuando el ejército zarpó y en Dun Fionn no quedó más que una guardia simbólica. Todas las luces parecían haberse marchado con el ejército, dejando sólo unos cuantos parches rotos y amarillentos sobre la hierba y las manchas negras donde habían ardido las hogueras de los campamentos.

Sin embargo, desde mi punto de vista, aquélla fue una época agradable. Sin Agravain ni mi padre tenía más libertad que en ningún otro momento de

mi vida. En la Casa de los Niños, los ejercicios y las competiciones se volvieron menos rigurosos e intensos. No había chicos mayores que nos molestaran, ni más festines nocturnos que provocaran que nuestros profesores estuvieran doloridos o malhumorados al día siguiente. La mayoría de muchachos usaban el tiempo libre para jugar al palocorvo. A veces me unía a ellos, pero, como también soy un mal jugador, pasaba más tiempo en Llyn Gwalch, o cabalgando por la isla.

Las Orcadas son unas islas muy hermosas y agradables, pese a su nombre britano de Ynysoedd Erch, «Islas Terribles». El clima es suave,

variando muy poco a lo largo del año. En invierno hace más calor en Dun Fionn que en Camlann, mucho más al sur. La tierra ondula con sus colinas bajas y pedregosas, cubiertas de hierba corta y arbustos que proporcionan pastos para las ovejas y el ganado vacuno; una buena forma de vida para los granjeros. El ancho mar gris, lleno de peces, golpea incesantemente la costa rocosa y empinada, especialmente en la orilla oeste de mi isla natal, y toda clase de aves marinas anidan en los acantilados. El sonido del mar siempre está presente en Dun Fionn, hasta tal punto que se convierte en un ruido parecido al del latido del propio

corazón, demasiado continuo para prestarle atención. Los frailecillos chillan en los acantilados, y las gaviotas gimen por encima del gris verdoso de las olas, llamándose unas a otras a través de sus centelleantes alas blancas. El sonido de sus voces parece a veces tan hermoso como el de las alondras del interior, que en los días soleados hacen que el cielo rezume música como la miel de una colmena. Dicen que la tierra donde vivimos de niños se convierte en parte de nosotros. Yo lo creo, porque incluso hoy, el mar y el lamento de las gaviotas me traen a la mente la visión de Llyn Gwalch entre la niebla, con la humedad goteando de los arbustos.

Aquella primavera en las islas fue particularmente hermosa.

A veces salía a cabalgar con mi hermano menor, Medraut, compartiendo con él todos mis pensamientos y contándole historias. El chiquillo me consideraba un narrador mejor que el bardo de mi padre, Orlamh, y, aunque ello se debía sólo a que no estaba acostumbrado al estilo bárdico, a mí me encantaba.

Medraut tenía entonces siete años, y era un niño muy hermoso. Fuera quien fuera su padre, yo estaba seguro de que tenía que ser un noble. Medraut tenía el cabello claro, de un matiz más pálido que el de Lot, y grandes ojos grises. Su

tez era como la de nuestra madre, y sus rasgos los de su desconocido padre. Pero su espíritu era parecido al de Lot. Quería ser guerrero, y no tenía ninguna duda de que lo conseguiría. Sus historias favoritas eran las de CuChulainn, el héroe del Ulster. Era muy valiente; no temía a los caballos grandes, ni a las armas ni a los animales como la mayoría de niños. En una ocasión en que descendíamos por las paredes del acantilado en busca de huevos de gaviota, resbaló y se quedó colgado por las manos de una estrecha cornisa hasta que conseguí llegar hasta él para ayudarle. Cuando le pregunté si no había tenido miedo, pues yo temblaba del

susto, me miró sorprendido y me respondió que no, sin comprender por qué hubiera debido asustarse cuando sabía que yo acudiría a salvarle. No sólo era valiente, generoso como un rey y fiero como un gato montes, las cualidades de un gran guerrero, sino que además me amaba y admiraba. Yo no podía comprender que aquellos dos hechos se dieran juntos, pero lo aceptaba gozosamente, compartiendo con él todo lo que tenía, excepto aquello que le hubiera desconcertado. Sólo tenía siete años: era demasiado joven para preocuparse por mis temores.

En ocasiones, sin embargo, en lugar de jugar en Llyn Gwalch o con Medraut,

o de cabalgar por la isla, practicaba con mis armas. La visión de la gran hueste había conmovido algo en mi interior y me esforzaba por mejorar en las artes de la guerra. Para mi sorpresa, descubrí que lo estaba haciendo mejor, y no sólo porque practicaba más. Sin Agravain a mi lado a cada lanza que arrojaba, sin sus amigos y nuestros primos burlándose de mí cuando practicaba con lanza o la espada, era capaz de lanzar mejor y de propinar estocadas más rectas y fuertes.

Pero lo más importante que me ocurrió tras la partida del ejército no tuvo nada que ver con aquello: Morgawse me enseñó a leer.

Se me acercó una tarde, cuando

estaba arrojando lanzas contra una diana de paja, en el patio trasero de la Casa de los Niños. En un momento estaba mirando la diana, con la lanza en la mano, y al siguiente sentí sus ojos sobre mi espalda. Me volví.

Morgawse estaba junto a la esquina de la casa, oscura y pálida bajo el resplandor del sol de la tarde. Llevaba un vestido rojo oscuro de lana, ceñido por un estrecho cinturón dorado y con el corte bajo para revelar las líneas de su blanco cuello. Lucía un broche de oro y granates, y brazaletes de oro. Había más oro en su cabello negro, que parecía beberse la luz. Solté la lanza y la miré. En aquel instante no me pareció una

mujer mortal, sino una de los sidhe, el pueblo de las colinas huecas.

Entonces empezó a cruzar el patio, sonriendo, y el hechizo se rompió.

—¡Gwalchmai! —dijo—. Te he visto muy poco en estos últimos meses, mi halcón. Estaba muy ocupada planeando la guerra de tu padre.

Me sobresalté cuando me llamó «halcón», aunque mi nombre, en su lengua britana nativa, significa «halcón de mayo». El nombre tiene un sonido tan bélico, «halcón» es un término poético común para referirse a un guerrero, que yo siempre trataba de olvidar su significado. Pero cuando mi madre lo usaba para mí, me encantaba y la amaba

todavía más.

—Ma… madre —tartamudeé—. Yo…

—¿Me has echado de menos? —preguntó—. Yo también, mi halcón.

Aquello no podía ser cierto, lo sabía. Mi madre me había entregado a una niñera inmediatamente después de darme a luz; no había mostrado demasiado interés por mí desde entonces. Pero la creí, porque ella lo decía y porque quería creerla.

—Sí, te he echado de menos —le dije.

Ella volvió a esbozar su sonrisa profunda y secreta.

—Bueno, tendremos que hablar un

poco, ¿no? Veo que estás haciendo lo que tu padre deseaba y practicando con las armas. —Observó el montón de lanzas a mi lado. Acababa de recogerlas de la diana, o del suelo a su alrededor, y no había nada que demostrara mi puntería—. ¿Quieres enseñarme lo bien que sabes lanzar?

Tomé la lanza que había soltado, mirándola fijamente, y me volví hacia el blanco decidido a acertar. Tal vez a causa de esa decisión, la lanza voló bien, algo a la izquierda del centro, atravesando la paja por completo. Morgawse enarcó las cejas de placer y sorpresa. Tomé otra lanza y atravesé la diana, en aquella ocasión con algo más

de dificultad, y luego lancé las otras cinco en rápida sucesión. Sólo una de ellas no dio en el blanco, y otra acertó en pleno centro. Me volví hacia mi madre, resplandeciente.

Ella volvió a sonreírme.

—De modo que parece que no eres un guerrero tan malo como piensa Lot, aunque no seas tan bueno como Agravain. Bien hecho, mi halcón.

Sentí deseos de cantar. Bajé la vista y murmuré:

—Me has traído suerte. Tengo que hacerlo todo bien cuando tú estás aquí, madre.

Ella se echó a reír.

—¡Vaya! De modo que también eres

hábil con las palabras. Creo que deberíamos pasar más tiempo juntos, Gwalchmai.

Tragué saliva y asentí. Mi madre era la mujer más sabia y hermosa de todas las islas de Britania y Erin. Que me permitiera pasar tiempo cerca de ella era un regalo de los dioses.

—Escucha, pues —dijo—. He estado hablando con Orlamh. Dice que eres un buen arpista, tan bueno como muchos aprendices de bardo, pero que te interesan más las historias y las melodías dulces que el conocimiento. Me parece que sería una buena cosa que pudieras aprender las historias y genealogías sin tener que memorizar los

cánticos. ¿Te gustaría aprender a leer?

Me quedé con la boca abierta. Leer era la habilidad menos frecuente en las Orcadas. Los druidas tenían su escritura ogham, pero no la enseñaban a nadie más que a sus iniciados, y prohibían su uso para cualquier otro propósito que no fueran las inscripciones funerarias, alegando que un hombre conservará siempre su memoria, pero puede perder fácilmente lo que ha escrito. Aprender a leer significaba aprender latín, que se hablaba en algunos lugares del sur de Britania, pero que era el idioma escrito empleado desde Erin a Constantinopla. Creo que en las Orcadas sólo mi madre sabía leer. ¡Y me estaba ofreciendo

compartir ese poder conmigo!

—¿Y bien? —preguntó Morgawse.

—Yo… ¡Sí, sí, me gustaría mucho!

Morgawse esbozó una sonrisa de satisfacción, por un momento me pareció que también de triunfo, y asintió.

—Cuando hayas terminado con tus ejercicios, te daré tu primera lección. Ven a mi habitación.

—Iré inmedia…

Ella sacudió la cabeza.

—Ven cuando hayas acabado con esto. Quiero que des en el blanco cincuenta veces para mí. El latín puede esperar.

Me apresuré con las lanzas hasta que me di cuenta de que arrojarlas

precipitadamente no me ayudaría a dar en el blanco, y finalmente conseguí los cincuenta aciertos. Corrí a la Casa de los Niños, dejé caer las lanzas en su rincón, pues me hubieran azotado si las hubiera dejado en el patio, donde podían oxidarse, y corrí a la habitación de mi madre.

La primera lección fue muy simple, aunque me pareció complicada. Morgawse me explicó lo que era un alfabeto, me repitió varias veces los nombres de las letras y sus sonidos, y me ordenó memorizarlas y regresar al día siguiente después de practicar con las armas.

Corrí a ver a Medraut y se lo

expliqué, mostrándole las formas de las letras, le repetí las palabras de Morgawse sobre mi habilidad con las armas y salté de alegría por todos los establos.

El resto del verano fue maravilloso. Continué con mis clases de latín, aprendiendo simultáneamente el idioma, la lectura y la escritura. Mejoré con las armas hasta el punto de ser capaz de mantener la cabeza alta entre los demás chicos y dejar de ser el blanco de todas las bromas. Mi duodécimo cumpleaños llegó a finales de mayo, y empecé a soñar con el momento de cumplir los catorce y poder empuñar las armas, un sueño que esperaba cumplir. Podría ser

un guerrero en la mesnada de mi padre, y él estaría complacido. La guerra, sin embargo, parecía increíblemente distante de aquellos lentos días de verano, con sus largos crepúsculos y sus breves noches, cuando las estrellas parecían ríos de escudos plateados en el suave cielo. Pero mi madre escuchaba con mucha atención las informaciones de Britania y enviaba mensajes a Lot, aconsejándole.

La campaña no resultó tan fácil como había planeado mi padre. Para empezar, Lot y su aliado se vieron sorprendidos por un ataque repentino de Urien, rey de Rheged. Lot había contado con que los lazos matrimoniales

retendrían a Urien al menos durante un mes más y, pese a que el rey britano fue derrotado y obligado a retirarse, mi padre y Gwlgawd no tuvieron más remedio que cancelar sus planes de atacar Gwynedd inmediatamente. La derrota de Urien también embrolló la situación en otros sentidos, pues Vortipor de Dyfed se sintió lo bastante impresionado para proclamarse aliado de Gododdin y las Orcadas, y empezar a atacar a su vecina Powys, mientras que March ap Meirchiawn de Strathclyde conseguía ganarse el apoyo de Urien para sus propias pretensiones al Gran Trono. Vortipor cambió luego de opinión, decidió que quería el trono

para sí, encontró aliados y atacó Gwynedd. Fue derrotado; mi padre y sus aliados se aprovecharon de la situación para atacar también Gwynedd, y consiguieron la victoria y gran cantidad de botín, pero, al regreso de su expedición, se encontraron con Urien, March y sus aliados. Hubo una gran batalla.

Pasaron casi dos semanas antes de que nos enteráramos, incluso con los vientos favorables y la rapidez de los barcos. Nuestro aliado Gwlgawd estaba muerto, aunque su hijo Mynyddog le había sucedido y renovado la alianza. Pero nuestros enemigos habían vencido y el ejército había huido a través de

Britania hasta Din Eidyn, abandonando las provisiones y el botín de Gwynedd. Mi padre envió todos los barcos que pudo encontrar y solicitó provisiones. Mi madre se las consiguió, de forma rápida e implacable, y las envió al sur con más consejos. En aquel momento pensé que estaba inquieta por Lot, Agravain y los demás, pero hoy pienso que estaba furiosa: furiosa con su esposo por haber perdido la batalla, y todavía más furiosa por el retraso en sus planes.

Pero el resto del verano transcurrió entre vanas disputas y recriminaciones entre los reyes de Britania. March y Urien de Rheged, recientemente aliados,

volvieron a desconfiar uno del otro como era habitual, y Urien reclamó el trono para sí, lo que provocó todavía más discusiones e intrigas. Luego llegó la época de la cosecha, y los grandes ejércitos reclutados por los reyes se disolvieron mientras los hombres regresaban a sus granjas, dejando solos a los reyes y sus mesnadas. Y siguió sin ocurrir nada, pues todos tenían miedo de atacar, sin saber quiénes eran sus enemigos. En el sur y el este, los sajones estaban inquietos y empezaban a atacar a sus vecinos. Sólo la antigua mesnada real, dirigida por Arturo, el medio hermano de mi madre, evitó una invasión a gran escala.

Hacia finales de octubre, Lot renunció finalmente a sus esperanzas de que empezara una guerra en serio, y el ejército regresó a casa para pasar el invierno.

Cada rey se llevó a su mesnada a su isla. Los hombres se retiraron como halcones fatigados a sus fortalezas de las colinas, suspirando aliviados de que la guerra hubiera terminado por aquel año y de tener tiempo por delante para recobrar sus fuerzas y curar sus heridas.

Cuando Lot regresó, su mesnada ya no era aquella visión resplandeciente y excitante. Había sido una mala campaña, una guerra llena de tensión e incertidumbre, y los hombres estaban

fatigados. Sus escudos estaban abollados, los colores brillantes desteñidos, las lanzas melladas y las relucientes capas convertidas en harapos. Muchos estaban heridos. Al llegar la primavera, sin embargo, estarían colgando sus castigados escudos como prueba de su valor al luchar, mostrándose las cicatrices unos a otros, puliendo las lanzas e impacientes por volver a partir. Pero mientras entraban en Dun Fionn, caminando impasibles bajo la lluvia torrencial, parecía imposible que pudieran volver a presumir.

Morgawse, Medraut y yo estábamos en la puerta, observando la llegada de la

mesnada. Morgawse llevaba un vestido oscuro a rayas, con un broche de plata en su capa oscura. Las gotas de lluvia parecían joyas sobre su cabello. Lot, cabalgando a la cabeza de la mesnada, se irguió al verla y puso su caballo a medio galope. Desmontó rápidamente delante de ella y la tomó entre sus brazos, enterrando el rostro en su cuello y repitiendo su nombre en un susurro ahogado. Pude ver el rostro de Morgawse por encima del hombro del rey, el disgusto frío y silencioso en su expresión mezclado con cierto extraño orgullo por su poder.

—Bienvenido a casa, mi señor —murmuró, separándose de él—. Nos

alegramos de verte regresar sano y salvo.

Lot asintió, masculló algo entre dientes y miró en dirección a la fortaleza y sus aposentos.

—¿Y dónde está Agravain, mi hijo? —preguntó suavemente Morgawse.

Lot recobró la compostura, apartó un brazo y se volvió hacia la mesnada, que estaba cruzando la puerta, entre conversaciones y risas por la alegría del regreso.

—¡Agravain! —gritó.

Una cabeza rubia se levantó y Agravain avanzó hacia Lot. Parecía algo mayor, algo más alto, mucho más sucio y más parecido a Lot, pero me di cuenta

enseguida de que no había cambiado demasiado. Bajó de su caballo, sonriendo ampliamente, encantado de estar de regreso.

—Saludos, madre —dijo.

—Sed mil veces bienvenidos —dijo Morgawse—. Habrá un banquete esta noche… pero ahora querréis descansar. A dormir, mi señor. —Sonrió a Lot.

Mi padre le devolvió la sonrisa, la tomó del brazo y ambos se alejaron a toda prisa.

Agravain los observó marcharse, y luego se volvió hacia mí y Medraut.

—Bueno —dijo, y luego esbozó una amplia sonrisa—. ¡Por el sol y el viento, me alegro de volver a veros! —Nos

abrazó con fuerza a ambos—. ¡Menudo verano!

—Puedo ir a buscarte algo de cerveza si quieres entrar en la fortaleza y charlar —sugerí, satisfecho de tenerlo en casa a pesar de todo.

—¡Una idea maravillosa! —dijo Agravain—. Especialmente la cerveza. —Miró a Medraut y le alborotó el cabello—. Gwalchmai, te juro que nuestro hermano ha crecido varias pulgadas desde la última vez que lo vi. Incluso tú has crecido.

—Tú también.

—¿De veras? —preguntó encantado —. ¡Es fantástico! Cuando sea lo bastante alto, padre me regalará una cota

de malla. Lo prometió.

Nos dirigimos al salón de festines, donde le conseguí algo de cerveza y le pregunté por la guerra. Agravain reventaba de ganas de contárselo a alguien, y nos estuvo hablando durante una hora y media.

Al parecer, no había luchado como un guerrero, pero sí había cabalgado en el centro de la mesnada, y había arrojado lanzas contra el enemigo en la gran batalla.

—Creo que una de ellas golpeó a alguien —dijo, esperanzado—. Pero, por supuesto, no podíamos volver atrás para verlo. Apenas si escapamos con vida.

Su actitud era algo distinta a lo que había sido antes de marcharse. Su energía, siempre rebosante, había encontrado un cauce. Disfrutaba siendo un guerrero. Había copiado la forma de hablar y las costumbres de los más veteranos para encajar en su compañía. Pero, en el fondo, yo estaba seguro de que seguía siendo exactamente el mismo.

Estaba encantado de estar de vuelta. Los últimos meses de la campaña habían sido especialmente desagradables. Había estado a punto de declararse una reyerta entre dos de los reyes vasallos de Lot y, en un momento dado, pareció que existía una amenaza de guerra contra Gododdin cuando las mesnadas trataron

de aliviar sus tensiones provocando a los extranjeros. La paz y familiaridad del hogar le parecían, después de todo aquello, maravillosamente atractivas.

Cuando acabó de hablar, Agravain bostezó y decidió acostarse. Se quedó a dormir en el salón, ya que era oficialmente un guerrero, y no volví a verle hasta muy tarde al día siguiente.

Lot, tras haberse instalado de nuevo con su mesnada en Dun Fionn, empezó a trabajar para la campaña de la temporada siguiente. Estaba claro que la guerra duraría varios años, y tales empresas son costosas. El botín conseguido aquel verano no bastaría para pagar los gastos de las batallas, por

no hablar de comprar nuevas armas, y la cosecha había sido mala. Mi padre aumentó los tributos tanto como se atrevió, y el pueblo empezó a quejarse. No había habido una guerra a aquella escala en diecinueve años, y la gente no estaba acostumbrada a esa situación.

Durante un tiempo, Agravain trató de ayudar a nuestro padre, pero luego descubrió que la política le aburría y regresó a sus armas, a montar o navegar en expediciones de caza. No me sorprendió. Agravain necesitaba acción, rápida y preferiblemente violenta, para mantenerse ocupado. La política ofrece oportunidades de practicar la astucia, la organización, la elocuencia y la sutileza,

pocas veces la acción directa. Mi padre era más astuto que un zorro, y disfrutaba con los complicados procesos que le ayudaban a conservar la obediencia de sus reyes vasallos, hacerles seguir pagando tributo, evitando guerras y rencillas entre ellos mientras mantenía su buena imagen y, por tanto, su posición. Agravain no comprendía la delicada naturaleza del «juego» de Lot, se cansaba rápidamente y salía a buscar diversiones. Solía ir de caza, pero no se olvidó de mí.

Pocas semanas después del regreso de la mesnada, hacia finales de noviembre, vino al patio de la Casa de los Niños cuando estaba haciendo mis

ejercicios. De nuevo me encontró trabajando con las lanzas. Es más difícil arrojar una lanza en línea recta a la carrera que dar estocadas con una lanza larga o una espada, pero es importante saberlo hacer. De modo que pasaba la mayor parte de mi tiempo de prácticas arrojando lanzas a una diana de paja, a veces corriendo hacia ella y a veces sin moverme. En aquella ocasión, estaba lanzando sin correr.

Agravain se me acercó por detrás y permaneció observando mientras lanzaba tres veces contra la diana. Todas las lanzas acertaron, y una de ellas en el centro. Agravain frunció el ceño.

—Has estado practicando este

verano, ¿no es cierto?

Me volví hacia él, algo sofocado por el orgullo. Todavía no había exhibido mis nuevas habilidades ante mi padre y mi hermano y estaba impaciente por hacerlo. Asentí.

—Sí, una hora al día con las lanzas cortas y otra con la larga o la espada y el escudo, además de las horas de entrenamiento. He mejorado.

Agravain asintió e hizo una mueca.

—Has mejorado, y eso es bueno. Pero si tratas de lanzar así en una batalla te atravesarán.

—Durrough dice que no hay nada de malo en lanzar así, y él es el instructor.

—No espera mucho de ti. Echa el

pie izquierdo más hacia atrás, y pon el brazo izquierdo más cerca del cuerpo. Tendrás que sostener un escudo, ya lo sabes.

—Pero…

—Oh, por el sol, ¿por qué me discutes? Estoy tratando de ayudarte. —Sonrió.

¿De veras trataba de ayudarme? Su sonrisa desapareció mientras continuaba mirándole y volvió a hacer una mueca, apretando y aflojando nerviosamente los puños. Adopté la postura que él había sugerido y arrojé la lanza, inquieto. Fallé. Agravain sacudió la cabeza.

—¡Por el sol y el viento, así no! Sostén la lanza recta, que Morrigan te

lleve… ¡aunque la diosa de la guerra no querría a nadie que lanzara así!

Me encogí y arroje otra lanza. También falló. Agravain resopló.

—Ya ves a qué me refiero. Dame, déjame que te enseñe. —Se inclinó, recogió mis otras lanzas y las arrojó. Todas ellas dieron limpiamente en el blanco—. Así es cómo se hace. Ahora tú.

Fuimos a buscar las lanzas. Me preparé y Agravain corrigió mi postura.

—Inténtalo de nuevo —me ordenó.

Contemplé la lanza en mi mano, pesada, con su asta de madera procedente de las oscuras colinas de la tierra de los pictos y su punta de hierro

mate. De repente, su peso pareció enorme en mi mano.

—Vamos, Gwalchmai —dijo Agravain, impaciente—. Has dicho que habías mejorado. ¡Muéstramelo! ¿O es que vuelves a tener miedo de tu propia lanza? No serás un verdadero halcón si lo tienes.

Morgawse todavía me llamaba «mi halcón». Halcón de mayo. Era un buen nombre, un nombre de guerrero. Era lo que deseaba para mí.

Arrojé la lanza, que voló desviada. Agravain resopló y se palmeó un muslo.

—Es posible que hayas aprendido a lanzar mejor cuando estás en pie como un granjero arando, pero será mejor que

aprendas a hacerlo como un guerrero si realmente eso es lo que quieres ser. ¿O prefieres ser un bardo? ¿Un druida? ¿Un domador de caballos?

—No —susurré—. Agravain…

—Me apuesto algo a que todavía te pasas casi todo el día a caballo —continuó sin hacerme caso—. Pero eso no sirve de nada. Los caballos son un lujo, nada más que eso; los verdaderos combates siempre se libran a pie. Los caballos son como los broches de oro o las ropas elegantes, excelentes para que los guerreros las posean, mostrando a los demás que son ricos e importantes, pero prescindibles en los combates reales. Para ello tienes que aprender a

arrojar tus lanzas correctamente. Inténtalo de nuevo.

—Agravain… —repetí, reuniendo todo mi valor.

—¿Qué te ocurre ahora? ¿Te da miedo lanzar? Deja de portarte como un estúpido.

Así era como me sentía. Aferré la lanza con desesperación. La lanzaría a mi modo. No era la técnica habitual, pero tampoco me dejaba en posición vulnerable. Adelanté la pierna izquierda y dejé caer el brazo izquierdo. «Realmente soy bueno», me dije a mí mismo. «Puedo acertar la diana de este modo. Tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo».

Lancé y fallé.

Agravain asintió, en actitud razonable.

—¿Querrás hacerlo ahora a mi modo? Si quieres llegar a ser un hombre y un guerrero, tienes que escuchar a…

—¡Basta! —grité furioso.

Agravain se calló, estupefacto.

—No me estás ayudando. No estás tratando de ayudarme, aunque es posible que creas que sí.

—Estoy tratando de ayudarte. ¿Me estás llamando mentiroso?

—¡No! Pero no quiero tu ayuda. Si no soy un guerrero, déjame fracasar a mi modo, y no me molestes hablando de formas correctas e incorrectas. Si no soy

un guerrero, tal vez sea un bardo, o un druida. Madre me está enseñando a leer…

—¿Qué dices que está haciendo? —preguntó Agravain, completamente desconcertado.

—Enseñándome a leer. Lo ha hecho durante todo el verano, mientras estabais fuera…

—¿Quieres ser un hechicero? —Los ojos de Agravain centelleaban y su cabello resplandecía como el sol.

—No… Sólo quiero leer… —Me sentía confuso.

Me abofeteó en la cara, con tanta fuerza que caí hacia atrás. Su rostro se había sofocado de ira.

—¡Quieres ser mejor que nosotros! Morgawse es una bruja, todo el mundo lo sabe, y tú quieres aprender de ella porque eres un mal guerrero. Una palabra en la oscuridad en lugar de una espada a la luz del sol, eso es lo que quieres. Poder, el tipo de poder que sólo utilizan los cobardes, los traidores, los hombres y mujeres sin clan y los asesinos…

—¡Agravain! ¡No! Yo sólo…

—¡Deja de mentirme!

Me puse en pie, mirando a mi hermano a la cara. Sentí que una gran furia se apoderaba de mí, fría como el hielo, fría como los ojos de Morgawse.

—No soy un mentiroso —dije, y me

pareció que mi voz sonaba fría y tranquila, como si fuera de otra persona —. No deshonraré a mi clan.

Él se rio.

—Siempre estás deshonrando a nuestro clan. ¿Es que no es una deshonra que el propio hijo del rey sea incapaz de arrojar bien una lanza? ¿Que no pueda ni matar un gorrión cuando sale de caza? ¡Todo lo que sabe hacer es montar a caballo y tocar el arpa! ¡Tocar el arpa! Que quieras aprender hechicería y a echar maldiciones para no tener que luchar…

—¡Eso no es cierto! —grité.

—¡Ahora sí me has llamado mentiroso! —vociferó Agravain, y me

golpeó.

Fue una suerte que no estuviera junto a las lanzas; de haberlo estado, creo que hubiera utilizado alguna. Salté sobre mi hermano con una furia que le sorprendió, y le golpeé tan fuerte como pude. Me sentía frío, mortalmente frío, lleno de un mar oscuro. Mi puño golpeó el rostro de Agravain. Él gruñó de dolor, y sentí un escalofrío de alegría. Quería hacerle daño, hacer daño a todos los que me lo habían hecho a mí: a Morgawse, a Medraut, a todos los que pertenecían a un mundo en el que yo no podía entrar y me hacían sufrir, y sufrir, y seguir sufriendo.

Agravain me empujó y me devolvió

los golpes, de modo frío y tranquilo, sin excitarse siquiera. Comprendí que no creía de veras en sus propias acusaciones, que sólo se había enfurecido conmigo porque hacía algo que él no podía hacer… Tropecé y caí sobre la hierba. Agravain me pateó, saltó encima de mí y me ordenó que me rindiera.

Pensé en los ojos de Morgawse y los de Medraut, llenos de admiración. Pensé en la sonrisa de mi padre y en sus alabanzas imaginarias, en guerreros, armas relucientes y veloces perros de guerra. Traté de seguir peleando. Agravain se enojó y me golpeó con más fuerza. Le arañé. Él blasfemó.

—¡Te llaman halcón, pero luchas como una mujer! ¡Como una bruja! Ríndete, pequeño bastardo… No eres mi verdadero hermano…

Volví a forcejear, pero fue peor. La marea negra descendió un poco, llevándose consigo la fuerza insensata que me había prestado. En realidad no era un guerrero, lo sabía. No podía luchar contra Agravain. Tampoco era su verdadero hermano, y no tenía ningún derecho al honor de nuestro clan, o eso era lo que creían él y Lot… Dejé de resistir.

—¿Te rindes? —preguntó Agravain. Estaba jadeando.

Me sentí enfermo. No tenía elección.

Si no me rendía seguiría pegándome, insultándome y burlándose de mí.

—Me rindo.

Agravain se levantó y se sacudió el polvo. Dos moratones empezaban a manchar su rostro, pero por lo demás estaba ileso. Yo rodé por el suelo, me incorporé sobre manos y rodillas, contemplé el suelo batido bajo la hierba del patio de entrenamiento, húmedo por la lluvia invernal. Estaba manchado de tierra y sangre.

—Acuérdate de esto, hermanito —dijo Agravain—, y olvídate de la lectura. Intenta aprender a arrojar correctamente una lanza y es posible que algún día llegues a ser un guerrero.

Estoy dispuesto a olvidar todo esto y venir a ayudarte un poco más mañana.

Oí sus pasos al marcharse, fuertes y confiados. Mi hermano era un guerrero, un príncipe reluciente como el sol, el primogénito de un rey guerrero. Pero recordé a Morgawse, oscura y más hermosa que ninguna otra cosa en la tierra, que sostenía el destino de Lot en sus delicadas manos blancas. Morgawse, que odiaba. El odio. Comprendí que la marea negra no me había abandonado, sino que estaba encogida en mi interior, aguardando. Era odio, un odio fuerte. Era hijo de mi madre.

Morgawse lo supo en cuanto me vio.

Me había limpiado un poco antes de acudir a sus aposentos, pero estaba claro que me había peleado, y no era difícil adivinar con quién. En cuanto entré en su habitación vio que estaba listo, y esbozó una sonrisa lenta y triunfante.

No dijo nada al principio. Me sirvió algo de vino de sus provisiones privadas, me pidió que me sentara sobre la cama y me habló de modo gentil, compasivo, preguntándome qué había ocurrido, y le conté mi discusión con Agravain.

—Ha dicho que eres una bruja —le dije—. Me acusó de querer combatir a mis enemigos con maldiciones y magia

en la oscuridad de la noche en lugar de emplear honestamente el acero.

—Y tú no querías nada de eso —dijo ella.

—Así es. Yo sólo quería… ser un guerrero. Conseguir honor para nuestro clan, complacer a padre… e incluso a Agravain. Diuran, la mesnada, todo el mundo. Quería que pensaran que no soy un inútil. Quería… —Descubrí que la garganta se me había cerrado, y comprendí dolorido que todos mis deseos eran vanos. Tomé un sorbo de vino y me enjuagué la boca antes de tragar. Su sabor era seco e intenso. Era vino tinto. En las sombras de la habitación de Morgawse parecía oscuro

como la sangre, no el brillante fuego de rubí que había sido aquel día con Lot, cuando supe que el Pendragón había muerto.

—Ya no quiero nada de eso —dije —. No soy un guerrero.

—No como ellos —dijo Morgawse. Se sentó a mi lado, muy cerca. Tanto ella como la habitación olían a almizcle, a secretos profundos. Las pupilas de sus ojos se habían dilatado, atrayendo toda la luz de la habitación hacia su dulce oscuridad.

Tomé otro sorbo de vino. Era más fuerte que la cerveza a la que estaba habituado. Era bueno.

—Pero quiero luchar —dije—. Con

conocimientos. Con cosas que ellos no comprenden porque les da miedo estudiarlas. Quiero que sepan quién soy, y que se den cuenta de que soy real.

—¿Ah?

—¿Es cierto que eres una bruja?

—¿Y si lo fuera? —Su voz era suave, más suave que las plumas de un búho en la oscuridad.

—Si lo fueras, te pediría que me enseñaras… cosas.

Ella volvió a sonreír, una sonrisa secreta, sólo para nosotros dos.

—Hay muchas clases de poder en el mundo, Gwalchmai —dijo—. Muchos poderes. Pueden ser utilizados por aquellos que saben cómo, pero cada uno

tiene sus propios peligros. Sí, algunos peligros son tan grandes, mi halcón, que no podrías entenderlos. Pero las recompensas también son grandes; cuanto más grande el poder, más grande la recompensa. —De repente me apretó una mano. Su tacto era frío como el invierno y fuerte como el acero—. Grandes recompensas, mi halcón de primavera. He pagado algunos precios que… —Se echó a reír—. Y habrá más. Pero el mío es el poder más grande. Conseguiré… la inmortalidad. No hay nadie vivo que pueda rivalizar conmigo en magia. ¡Tengo poder, hijo mío! Un poder muy grande. He hablado con los jefes de la cacería nocturna, con el

señor del Yffern, con los kelpies de las profundidades marinas y con los demonios que habitan en las fortalezas más profundas del submundo. Soy más grande que ellos. Soy una reina, Gwalchmai, la reina de un reino cuya existencia Lot solamente sospecha y teme.

»Y te he estado observando, mi halcón. Hay poder en ti, y fuerza. Ahora por fin has venido y me has pedido que te enseñe. Lo haré.

Sentí miedo, pero recordé el desprecio de Agravain y lo ignoré. Morgawse me hablaba de servir a la Oscuridad, pero… ¿qué más daba? También hablaba de dominarla.

—Entonces, enséñame —dije en una voz tan baja como la suya.

—¡No tan aprisa! Olvidas que también he mencionado los peligros. Te enseñaré, Gwalchmai, pero pasará mucho tiempo antes de que puedas controlar el poder que buscas. No obstante, aprenderás a hacerlo. Oh, aprenderás, mi halcón, hijo mío… —Sacando un cuchillo de una vaina oculta se cortó la muñeca y luego mantuvo el brazo en alto, de modo que la sangre fluyó en la copa de vino. Me tendió el cuchillo y, sin que ella me lo dijera, hice lo mismo.

Morgawse tomó la copa y bebió. Cuando la bajó, pude ver el rojo del

vino y de la sangre en torno a sus labios. Me la tendió.

Parecía pesada en mis manos, cobre fino bañado en oro, rico, frío y hermoso. Pensé en el sol de invierno en el exterior, en Agravain, en el desprecio de los guerreros. Durante un segundo, volví a pensar en Llyn Gwalch y la ancha pureza del mar gris. «No —pensé—. Todo eso es mentira». Levanté la copa lentamente y la vacié. El sabor era denso, dulce y oscuro, más oscuro que las profundidades del corazón de la medianoche.

3

De algún modo, las cosas fueron distintas después de aquello. Mi madre no me enseñó otra cosa que más latín. Agravain me «ayudaba» con mis ejercicios de armas, y yo lo aceptaba solemnemente, trabajando con la áspera madera y el pesado metal, que eran tan ligeros y resplandecientes en sus manos; cabalgaba por la isla y practicaba mi

propio estilo de lucha, a veces a caballo. Agravain discutía conmigo por ello, diciendo que me iba a arruinar como guerrero y que tenía que hacerle caso. La vida pareció recobrar su rutina habitual. Pero había una diferencia: una sombra que hacia que todas las cosas familiares parecieran extrañas. Yo había hecho un pacto y estaba atado por él. Se había plantado una semilla y, en ocasiones, despierto por la noche en mi cama, con la suave respiración de los otros niños rodeándome en la oscuridad, aguardaba a que la planta creciera y floreciera con fantásticas flores negras.

Agravain no reparó en nada. Me pegaba menos fuerte cuando

peleábamos, pero era debido a que yo no luchaba con tanta intensidad como antes. Ya no deseaba defender un honor que no podía comprender. El honor pertenecía al mundo de Lot y Agravain. En mi mundo no había lugar para tales cosas.

Medraut, sin embargo, se dio cuenta casi de inmediato. Empecé a sorprenderle observándome con ojos confusos en medio de cualquier conversación o juego. Suponía que algún día me haría la pregunta abiertamente. Me preguntaba cómo le respondería...

El día del octavo cumpleaños de Medraut, Lot le dejó escoger entre todos los ponis de los establos reales.

Acompañé a mi hermano para ayudarle a elegir. Cuando Lot había anunciado su regalo, Medraut se había mostrado muy excitado, pero de camino hacia los establos se calmó. Examinamos juntos los ponis. Todos ellos pertenecían a la raza pequeña y de pelaje hirsuto común en las islas del norte, y comentamos los méritos de cada uno. Medraut me escuchaba a su modo, grave y concentrado, y, de repente, mientras yo comprobaba las patas de uno de los animales, me preguntó:

—¿Ocurre algo, Gwalchmai?

Me sobresalté y levanté la vista, dándome la vuelta sobre las rodillas para mirarlo.

—No. En las patas no le pasa nada, pero prácticamente no tiene cruz…

—No, no me refiero al poni. ¿Te ocurre algo a ti?

—¿A mí? No. ¿Qué te hace pensar eso?

Permaneció mirándome a la luz fría y polvorienta del establo, vestido de gris, con sus ojos también grises muy abiertos y ansiosos. La luz levantaba reflejos pálidos en su cabello, el único toque de color en el lugar. Parecía vulnerable, y muy inocente.

—Te he visto muy extraño —dijo inquieto—. Te vas…

Sonreí.

—Bueno, siempre me ha gustado

salir a cabalgar. Ahora que tienes tu propio caballo podrás venir conmigo más a menudo.

—No me refiero a eso. —La voz de Medraut era intensa—. Has estado aquí todo el verano. Estabas aquí, con todo el mundo. A veces te ibas con Agravain y Lot, pero este verano has estado aquí. Pero ahora… —Medraut se mordió el labio y dejó de mirarme—. Ahora te has ido. Ya no puedo hablar contigo. Incluso te has alejado de mí.

—No te entiendo —dije, aunque, en realidad, tenía una idea muy clara de a qué se refería.

—Tuviste una gran pelea con Agravain —dijo compungido. Aparté la

vista y me encogí de hombros—. Después de aquello ocurrió algo. Te alejaste de todo el mundo. —Durante aquellos días, me había sentido en ocasiones como si contemplara el mundo desde una gran distancia tras la máscara que había sido mi rostro. Me alejaba…—. Y no has ido a Llyn Gwalch.

Pensé en Llyn Gwalch, en las algas relucientes sobre las rocas, en las gotas de niebla y la espuma de mar en las piedras cubiertas de musgo. Tales sitios no tenían importancia en el mundo, me dije. Uno debía vivir en el mundo real.

—Aquello era un juego de niños —dije—. Ahora soy demasiado mayor

para eso.

—Pero, ¿qué te ocurrió? —Medraut atravesó el espacio que nos separaba y me agarró del brazo—. ¡Tienes que contármelo!

—¿Por qué? —Le dirigí una mirada furiosa y altanera, como el halcón de mi nombre.

Medraut me miró fijamente durante un rato, luego me rodeó con los brazos y enterró la cara en mi hombro. Me dolió. No merecía algo así viniendo de él.

—Fui a ver a Morgawse y le pedí que me enseñara hechicería —susurré.

Levantó la cabeza de mi hombro, con los ojos muy abiertos, y se quedó muy callado. Le rodeé los hombros con

mi brazo y permanecimos sin decir nada.

—¿Por qué? —inquirió al fin.

—Porque nunca podré ser un guerrero.

Medraut pensó durante un rato.

—Me pregunto… ¿crees que yo también podría aprender hechicería? —indagó finalmente.

Sentí un impacto tan físico como si alguien me hubiera pateado el estómago. Medraut no. No aquel joven guerrero, el hijo de la luz, que era todo lo que yo deseaba poder ser: orgulloso sin arrogancia, valiente sin crueldad, luminoso sin el calor abrasador de Lot o Agravain. No podía permitir que me siguiera en el camino del fracaso y la

oscuridad. No debía acercarse demasiado a Morgawse. Pensé en sus ojos devoradores de luz.

—¡No! —dije.

—¿Por qué no?

—Es malo para ti. Muy malo, *mo chroid*, corazón mío.

—Pero madre es una hechicera, y tú también lo serás. ¿Por qué no puedo yo también aprender hechicería?

—Morgawse es Morgawse. Yo sólo soy yo. Tú eres Medraut.

—¿Por qué no puedo aprender? Soy lo bastante listo…

—¡No se trata de eso! Está mal.

—¿Actúa mal nuestra madre, entonces? ¿Actúas mal tú?

Me detuve en mitad de mi réplica. Medraut siempre me había admirado y confiado en mí. Sin embargo…

—Es malo para ti. Tú puedes ser un guerrero y luchar a la luz del sol. Yo no puedo; ni madre tampoco, y por eso empleamos ese camino.

Siguió discutiendo, pero le respondí de modo duro y rápido. Finalmente abandonó el tema, se animó y eligió un poni gris con la crin y la cola blancas. Le llamó Liath Macha, «Gris de batalla», como el caballo de CuChulainn, y pareció feliz.

La primavera llegó lentamente, apenas perceptible tras el suave invierno de las Orcadas. Pero los días

se volvieron más cálidos, el cielo estaba azul en ocasiones y las grandes nieblas marinas, frías y grises, aparecían con menos frecuencia desde el oeste.

Agravain yo tuvimos otra discusión sobre mi hábito de practicar con las armas a caballo. Lot, sin embargo, que por casualidad se encontraba cerca y preguntó el motivo de nuestra diferencia, pareció pensativo.

—Tal vez te equivocas al castigar a Gwalchmai por eso —dijo a Agravain —. Es cierto que casi siempre luchamos a pie, y saber «saltar sobre el lomo de un caballo como un juglar en una feria», como tú lo has expresado, no sirve de gran cosa a un guerrero hoy día. Pero

Arturo, el jefe guerrero, ha enseñado a todos sus hombres a luchar a caballo, y dicen que sus victorias sobre los sajones se deben a la fuerza de su caballería. Deja tranquilo a tu hermano.

Agravain frunció el ceño, incómodo. No le gustaba la idea de que pudiera cambiar la manera tradicional de hacer la guerra, y mucho menos que le dijeran que estaba equivocado. Encontró un pretexto para iniciar una nueva pelea al día siguiente. Pero me dejó más tranquilo, aunque no por completo, y a veces me observaba con el ceño fruncido. Creo que incluso él estaba notando el cambio que se estaba produciendo en mí y se sentía

desconcertado.

Para entonces, Morgawse estaba empezando a enseñarme, como había prometido. No las cosas importantes, las invocaciones o los hechizos oscuros, sino lo más básico: las características del universo que existe dentro y alrededor del nuestro. No conozco todas las leyes que lo gobiernan; tampoco las conocía Morgawse. Pero aprendí algunas, y muchas cosas que antes no había visto empezaron a resultarme evidentes.

Cuando Medraut se adaptó al cambio en mi interior estuvimos tan unidos como antes, tal vez más, aunque me dirigía ciertas miradas especulativas

que no me gustaban. Pero lo llevaba conmigo en mis excursiones a caballo, le contaba más y más historias y tocaba el arpa para él. Cada vez cantaba mejor. Cualquier bardo, por supuesto, me hubiera superado, pero tengo cierto don. Ya no me importaba que mi padre considerara vergonzoso que pasara tanto tiempo tocando el arpa. Ya no me importaba lo que nadie considerara vergonzoso.

Llegó abril, un mes resplandeciente, y mi padre aún no había partido hacia Britania. La guerra tardaba en comenzar. Todas las laboriosas alianzas del invierno se rompieron de nuevo en primavera, y los reyes britanos

pugnaban por conseguir otras. Se habían declarado varias reyertas, y otras más antiguas se habían vuelto a abrir. Y había estallado una guerra entre dos de nuestros enemigos que hasta entonces habían sido firmes aliados a raíz de una disputa por unas reses robadas. La catástrofe acabó con las antiguas alianzas y añadió una nueva facción a la guerra civil.

La guerra continuó durante todo aquel verano sin que nada se aclarara, mientras Lot se preparaba para invadir, se irritaba y esperaba una invitación. Agravain, con dieciséis años y considerándose todo un hombre, pulía sus armas y también esperaba.

A principios de agosto, Dyfed, el antiguo enemigo de Gwynedd y de nuestro constante aliado Gododdin, decidió atacar al primero. Era una idea sensata, pero llevada a cabo en mal momento, y nuestros aliados dieron finalmente el paso largamente esperado de pedir a mi padre que se uniera a ellos. Se acercaba la época de la cosecha y mi padre sabía que no podría reunir a su ejército, pero convocó a sus reyes vasallos y a sus mesnadas y zarparon de noche, cruzando Dalriada para atacar Strathclyde, y continuar desde allí para reunirse con sus aliados.

Morgawse se alegró de la partida de su esposo. Gobernaba las Orcadas de

modo absoluto cuando él no estaba y le encantaba el poder. Pasaba muy poco tiempo conmigo. Había dos motivos para ello: el primero era simplemente que, como en el verano anterior, tenía muchas cosas que hacer. Casi todos los hombres se habían quedado en las Orcadas para recolectar la cosecha, y Morgawse tenía que asegurarse de que el tributo para el rey era exigido, cosechado y almacenado. Pero la razón más poderosa era, probablemente, que ya no necesitaba atraerme hacia ella. Yo había acudido y estaba atrapado. No creía que pudiera escapar.

Saber hechicería no me había traído la felicidad, como había esperado. Me

proporcionaba un lugar secreto, y un motivo secreto para estar orgulloso, sí, pero nunca estaba del todo seguro de si lo que sentía era orgullo o vergüenza. Las cargas eran muy pesadas. Veía cosas que nadie más veía, y eran aterradoras. A veces oía, por encima de mi cabeza, el ladrido de los perros del Yffern, que conducen las almas de los condenados al infierno, y la clara llamada plateada del cuerno del cazador. Me inquietaba el significado de aquello, pues siempre significaba muerte. Me di cuenta de que yo también moriría, y eso me asustaba. Morgawse, mi madre, también tenía miedo, pero había hecho algo para mantener al cazador alejado de su

espalda, algo que no quería explicar y que le daba seguridad. La envidiaba. Traté de aprender más, para curar mis miedos y aligerar el peso que llevaba encima, pero sólo conseguí aumentar el miedo y sobrecargar más mi corazón hasta hundirlo en el mar negro que a veces me invadía. Yo tampoco creía poder escapar. Ni lo deseaba de veras. No había ningún lugar adonde ir.

Fue un invierno duro. No suele nevar en las Orcadas, pero aquel invierno nevó. En el norte de Britania, donde se había entablado el combate, el frío apretaba las montañas con un puño brutal, levantando grandes barreras de nieve en el camino de cualquier

mesnada lo bastante obstinada como para querer atravesarlas. Normalmente, los reyes permitían que sus mesnadas descansaran en invierno, y casi todos los guerreros regresaban a sus hogares para volver a reunirse cuando empezaban a aparecer las primeras hojas. Aquel invierno fue distinto.

En el este, los sajones estaban inquietos. No habían permanecido neutrales durante la guerra, sino que habían tomado parte con entusiasmo en las intrigas políticas, sacando todo el provecho que pudieron de la situación. Empezaron a lanzar pequeños ataques fronterizos que fueron creciendo, llegando cada vez más lejos, al otro

lado de las fronteras trazadas con sangre en la última gran guerra contra ellos. Arturo, el jefe guerrero del difunto Pendragón, trató de detenerlos. Pero era un hombre sin clan, y dependía de Constancio, rey de Dumnonia, para mantenerse. Constancio tenía que sustentar a su propia mesnada, además de la de Arturo, y no le sobraba suficiente dinero del tributo para continuar sosteniendo a la mesnada real, que había sido mantenida por toda Britania cuando había un Gran Rey. Muchos guerreros seguían a Arturo por voluntad propia, renunciando a gran parte de las riquezas que esperaban conseguir, pero, incluso así, no eran

suficientes para proteger ni siquiera una parte de la frontera.

Los sajones son un pueblo feroz; jóvenes, vigorosos, totalmente bárbaros, rebosantes de energía brutal. Sin embargo, parecen tener la habilidad de mantener la paz entre ellos, cosa que los reyes britanos nunca han aprendido. Algunos reinos sajones pagaban oficialmente tributo al Gran Rey britano desde su fundación por los romanos como colonias súbditas del último emperador, y habían jurado defender el imperio. Pero siempre tienen hambre de tierra, pues su número aumenta más y más a medida que llegan más sajones del otro lado del mar, y los reinos

nuevos no reconocen los juramentos antiguos. Sólo la fuerza de la mesnada del Gran Rey impide que se apoderen de toda Britania. Como lobos en torno a un ciervo enfermo, los sajones contemplaban guerrear a los reyes britanos.

En las Orcadas no tememos a los sajones, ni tenemos que preocuparnos por la otra amenaza contra Britania: los escotos, que llegaban de Erin en sus largos botes de cuero para saquear toda la costa occidental. No es que hubiera paz entre los escotos y las Orcadas; de hecho, mi padre se había marchado de Erin a causa de una pelea con los reyes que los gobernaban, pero los atacantes

no se atrevían a emprender el largo viaje hasta nuestras islas, donde serían recibidos por los acantilados y las murallas de Dun Fionn.

No había barcos enemigos, ni guerreros tan inconscientes como para enfrentarse al mar de Irlanda en invierno; pero los sajones, y sobre todo el propio invierno, volvían cautelosos y reticentes a los reyes britanos, que no querían abandonar sus fortalezas. Sólo mi padre, que no tenía que enfrentarse a enemigos domésticos, se sentía libre para viajar. Nuestra mesnada recorrió todo lo largo y ancho de Britania, consiguiendo un rico botín y manteniéndose gracias a las provisiones

de sus enemigos.

Medraut hablaba continuamente de la guerra, aunque todavía más del modo en que Morgawse gobernaba el reino. La reina gobernaba de un modo que hacía que el puño de mi padre pareciera ligero. Mi hermano menor, igual que yo, estaba lleno de adoración y miedo hacia ella.

Morgawse también empleó la magia, aquel invierno, en su habitación. Normalmente estaba sola, pero a veces me permitía observar. Fuera lo que fuera lo que hacía, era algo que le daba fuerzas. Cada día parecía más hermosa. Iba con los brazos desnudos al aire libre, con el largo cabello oscuro

ondeando sobre los hombros, recogido con un broche adornado con piedras rojas como la sangre. Pero no había rastro de sangre sobre su piel blanca, y la mirada de sus ojos era más suave que la oscuridad. Cualquier habitación en la que entrara parecía oscurecerse, y las demás personas parecían difusas e irreales a su lado.

Medraut seguía sin decir nada sobre aprender hechicería, pero yo veía que pensaba en ello a menudo. Durante los ratos que pasábamos juntos había pausas que utilizaba para observarme pensativo, tal vez envidiándome, tal vez preguntándose qué era lo que yo veía en el aire vacío. Pero aquellas ocasiones

duraban poco y siempre volvía a acercarse a mí, preguntándome sobre la excursión del día o contándome sus pensamientos. Montábamos juntos a menudo, a todo galope, por las colinas bajas, espantando a las ovejas y levantando columnas de vapor, o deteniéndonos para arrojar bolas de nieve. Era casi feliz cuando estaba con Medraut.

Cumplió nueve años aquel invierno y entró en la Casa de los Niños para empezar a aprender el uso de las armas. Sobresalió entre los niños de su edad, como yo había esperado. Era veloz, ágil, inteligente y aprendía rápidamente. Montaba a caballo mucho mejor que los

demás, hasta el punto de no tener nada que aprender de los instructores. Sólo era deficiente en su capacidad de componer con el arpa, pero lo compensaba con su rapidez para memorizar canciones y su entusiasmo por la música. Al estar ambos en la Casa de los Niños, pasábamos juntos casi todo el día; lo compartíamos todo y nunca discutíamos.

Cuando Morgawse me preguntaba por Medraut, empecé a evitar responderle. Era muy hermosa, me parecía perfecta, gobernaba la oscuridad… pero yo no quería que Medraut la siguiera.

En marzo, Lot regresó con la

mesnada, pero por muy poco tiempo.

Vi a Agravain y me sobresaltó el cambio que se había producido en él. Había dejado de crecer, pues ya tenía casi dieciocho años, y su aspecto era el de un guerrero joven, más parecido que nunca a Lot. Era alto, y su cabello dorado, que llevaba largo hasta los hombros, relucía al sol. Toda la mesnada estaba en excelentes condiciones. Aunque los combates invernales habían sido difíciles, habían obtenido un buen botín y gozado de tiempo suficiente para descansar. Pero mi hermano destacaba entre todos. Llevaba una hermosa capa reluciente, y joyería ganada a los hombres de

Gwynedd y Strathclyde, Elmet y Rheged, donde había luchado; tenía su cota de malla, y sus armas resplandecían. Llegó a las puertas de Dun Fionn detrás de nuestro padre, montado en un caballo alto, llevando el estandarte. La gente de Dun Fionn y los campesinos de los alrededores, que se habían congregado para verlos, vitorearon al ver al rey y a su hijo, tan espléndido era su aspecto. Agravain sonrió y levantó el estandarte; los guerreros se echaron a reír, lanzaron al unísono su grito de guerra y la gente les vitoreó aún con más fuerza.

Mi hermano estaba complacido de encontrarse en casa y volver a vernos. Nos habló de la guerra, de la larga serie

de ataques exitosos y cuidadosamente planeados, de cómo había matado a su primer hombre en una escaramuza fronteriza en Strathclyde, cómo había viajado por toda Britania, y cómo incluso había luchado en una ocasión contra un grupo de asaltantes sajones en Gododdin. Se había convertido en lo que estaba destinado a ser: un príncipe guerrero, el futuro rey de las Orcadas. Ya no le irritaban mis escasos talentos, sino que admitió que había mejorado con una carcajada amable y algunas alabanzas, contento de verme y ansioso por mostrarse amable. Se sentía seguro de sí mismo, ya no le hacía falta ser mezquino. Medraut estaba muy

impresionado, y permaneció sosteniendo la gran lanza de Agravain mientras éste hablaba, acariciando la desgastada asta. Yo escuchaba, pero sobre todo observaba a Agravain. Un héroe espléndido, descendiente del sol, que no sabía nada del «gran poder» de Morgawse, de la fuerza que reside en la Oscuridad. Le envidiaba.

No se quedó mucho tiempo. Tras comprobar el estado de las islas y reunir a más guerreros, Lot volvió a zarpar. La guerra iba bien. Los jóvenes estaban ansiosos por regresar a ella.

En mayo, cuando celebré mi decimocuarto aniversario y dejé la Casa de los Niños, la situación en Britania

parecía haber adquirido al fin una forma definida. Mi padre se mantenía firme en sus antiguas alianzas con Gododdin y Dyfed; Powys y Brycheiniog se le oponían de manera sutil y Ebrauc abiertamente, y finalmente Gwynedd, el primer pretendiente al trono, en una débil alianza con Rheged y Strathclyde, la facción anti irlandesa y anti romana. En equilibrio estaban Anglia Oriental, un reino sajón que había enviado mensajeros tanto a Dyfed como a Gwynedd durante el invierno, y Dumnonia, el reino britano más romanizado, resueltamente neutral. Parecía que unas cuantas batallas decidirían la guerra.

Pero, en junio, todos los planes se hicieron añicos.

Los sajones, como he dicho, estaban inquietos. Los que llevaban más tiempo establecidos eran los que lanzaban los ataques más fuertes, matando, saqueando, llevándose a hombres, mujeres y niños como esclavos, pero sobre todo apoderándose de nuevas tierras. Las necesitaban. Desde que las fronteras habían dejado de estar claramente definidas, más sajones habían acudido a reunirse con sus parientes en Britania, miembros de los mismos clanes o tribus, familias nuevas atraídas por la promesa de una tierra mejor, familias expulsadas de sus

antiguas tierras por nuevos invasores y hombres solteros llevados por el deseo de guerra y aventura. Todos querían tierras que cultivar, que poseer, que utilizar para construir sus pueblos bajos y llenos de humo. Ya tenían gran parte de las mejores tierras. El antiguo territorio de los Cantii, las suaves colinas y bosques en torno al antiguo corazón y capital de Britania, las tierras pantanosas que habían pertenecido a la antigua tribu de los Ícenos y que formaban otra provincia; los reinos sajones más antiguos, Deira y Bernicia, entregados por los grandes reyes romanos a los mercenarios sajones… todo aquello era suyo, y no les bastaba.

Oficialmente eran súbditos del Gran Rey británico, sucesor de los grandes reyes romanos, y le habían prestado el mismo juramento que los reyes britanos, pero nunca tuvieron intención de cumplirlo. No les gustaba que les impusieran condiciones cuando la propia Roma había caído ante los suyos. Sólo necesitaban una pequeña excusa para desencadenar una invasión de Britania a gran escala.

Y, en junio, una gran fuerza de sajones desembarcó en la costa suroeste, la costa sajona, tomando el fuerte romano de Anderida, aliándose con los sajones del sur y avanzando hasta el este de Dumnonia, arrasando todo lo que

encontraban a su paso. Su líder era un hombre llamado Cerdic, y de él se decía que era un rey al que los hombres seguirían hasta las puertas del infierno. Ciertamente, lo siguieron hasta Dumnonia. Y las demás tribus sajonas continuaron lo que Cerdic y su tribu habían comenzado. Primero las del sur, luego las del este. Más tarde, las tribus de anglos, jutos, francos, frisones y suevos irrumpieron en los reinos britanos vecinos; no sólo para saquear, sino para establecerse allí.

A pesar de ello, los britanos no volvieron su atención a combatir a los sajones. La guerra civil había ganado impulso. Había reyertas internas,

cuestiones de honor y muchos odios ancestrales. Los hombres no abandonan rápidamente las viejas enemistades a cambio de nuevas. Los sajones habían sido derrotados antes; podían volver a serlo más adelante. De modo que la guerra civil continuó, permitiendo a los sajones apoderarse de grandes porciones de los pantanos del este mientras Cerdic empezaba a forjarse un reino. Los reinos occidentales, como Gwynedd, que no compartían frontera con los sajones, se sentían complacidos de que sus enemigos britanos se vieran en dificultades. Todo el mundo estaba de acuerdo en que Dumnonia había sido demasiado grande hasta entonces,

prácticamente tanto como las antiguas provincias, y en que era una buena cosa que el reino más castigado por la invasión fuera el único neutral. Mi padre estaba irritado con los sajones y el tal Cerdic, pero también estaba convencido de que, cuando acabara la guerra, se encargaría de que los sajones consiguieran parte de la tierra que deseaban, y de que Cerdic, tras conseguir honor y un reino, fuera convenientemente asesinado, pues no era seguro permitir que el enemigo tuviera líderes competentes. Entonces, una Britania algo reducida de tamaño sería gobernada desde Dun Fionn.

De modo que, tras una leve

perturbación, la guerra podía haber continuado, a no ser porque la invasión desencadenó una nueva pretensión al Gran Trono.

Arturo había sido el jefe guerrero de Uther desde los veintiún años, y Uther podía haber escogido a muchos otros para el cargo en lugar de aquel hijo ilegítimo, uno de tantos. Arturo tenía veinticinco años cuando llegó Cerdic. Había estado luchando contra los sajones durante toda la guerra civil, apoyado tan sólo por el reino de Dumnonia. Todos reconocían que era un líder brillante, el más innovador y exitoso desde Ambrosio Aureliano, el primer Gran Rey tras la partida de las

legiones. Y, sin embargo, nadie esperaba que Arturo tomara partido en la contienda, ni que hiciera otra cosa que luchar contra los sajones. Pero cuando vio que éstos invadían a gran escala, y comprendió que los britanos no abandonarían su guerra civil para luchar contra el enemigo común —en aquellas cuestiones pensaba casi como un romano—, al parecer se sintió «provocado», como había advertido mi madre.

Cabalgó con la mesnada real hasta Camlann, la fortaleza real de Britania, abandonando su resistencia solitaria y en inferioridad numérica contra los sajones. Allí se reunió con Constancio, rey de Dumnonia, y se proclamó Gran

Rey, Augusto y Pendragón de Britania.

Aquello provocó entre los reyes de Britania un efecto mayor que la invasión de Cerdic. Pero Arturo ab Uther no les dejó tiempo para protestar contra el bastardo usurpador. Reunió el mayor ejército que pudo y atacó primero Brycheiniog y luego Dyfed. Tomó las fortalezas reales de ambos reinos tras derrotar y dispersar a sus mesnadas, venciendo en cada ocasión a fuerzas que le superaban en número. Los reyes de ambas naciones fueron obligados a prestar a Arturo el Triple Juramento de fidelidad y a entregarle suministros para sus tropas. Una vez terminada aquella tarea, procedió a conquistar Gwynedd.

Docmail, rey de Gwynedd, nunca juró lealtad a Arturo, sino que se envenenó en su propia fortaleza de Caer Segeint, maldiciendo al hijo bastardo de Uther, tres horas antes de que Arturo llegara allí en pos de la derrotada mesnada de Docmail. El hijo de Docmail, Maelgwn, que sólo tenía uno o dos años más que yo, había sido nombrado su sucesor por el propio Docmail. Juró fidelidad a Arturo sin protestar.

Todavía no había llegado el mes de julio y ningún otro rey había tenido siquiera la oportunidad de prepararse para combatir contra el hombre que aspiraba a ser el Pendragón. Arturo se

movió muy rápidamente. Tras la muerte de Docmail, sin embargo, el nuevo pretendiente al título descubrió que todas las naciones de Britania se habían aliado contra él, lideradas por Urien de Rheged y mi padre, además de nuestros aliados. El motivo de aquella repentina concordia estaba claro: parecía que Arturo podía ganar.

La nueva alianza no pilló por sorpresa a Arturo. Se descubrió que, antes de reclamar el título, había establecido su propia alianza con un rey de Bretaña. Bretaña está en la Galia, y es una tierra rica y poderosa. Fue fundada como una colonia por el Gran Rey Máximo cuando Roma aún existía, y

había aumentado de tamaño al retirarse las legiones, a medida que los hombres a quienes los sajones dejaban sin tierras emigraban hasta allí a falta de un lugar mejor. Cuando Arturo estableció su alianza, Bretaña no se estaba defendiendo contra sajones, godos o hunos, y existía una disputa civil por la sucesión entre los dos hijos del anciano rey. La disputa no había alcanzado la categoría de guerra, pero era inevitable que ocurriera tan pronto como muriera el rey Bran, el hermano menor, había luchado anteriormente junto a Arturo y se había mostrado entusiasmado ante la posibilidad de una alianza. Zarpó de la Galia con su mesnada y un gran ejército,

desembarcó en Caer Uisc, en Dumnonia, y se unió a Arturo en Caer Segeint pocos días después de su caída. Desde allí se trasladó inmediatamente a Dinas Powys, que Arturo quería conquistar antes de que los demás reyes pudieran unir sus fuerzas contra él. Hubo una batalla breve y feroz en Powys, y de nuevo Arturo salió victorioso. Entró triunfante en la fortaleza, aceptó el juramento de fidelidad de Rhydderch Hael de Powys, y dispersó a la mesnada de este.

Los demás reyes britanos lograron unirse al fin. No eran un solo ejército, ni mucho menos, y tampoco estaban preparados para luchar al unísono, pero sus fuerzas eran muy grandes. Estaban

Gwlgawd, rey de Gododdin, el rey de Elmet, Caradoc rey de Ebrauc, March, el propietario de los barcos de Strathclyde, Urien de Rheged, llamado el León de Britania… y mi padre, Lot de las Orcadas, el rey más poderoso de Caledonia, el descendiente del sol.

Arturo tenía la mesnada real de Uther, que lo había seguido fielmente durante los dos años de guerra civil, y tenía aliados: Constancio, rey de Dumnonia, y Bran de Bretaña, además de la neutralidad forzada de Gwynedd, Dyfed, Brycheiniog y Powys.

La historia de la batalla entre aquellas dos fuerzas se repite con frecuencia, y se canta con más

frecuencia aún, en los salones de los reyes de Britania, Erin y los reinos sajones. En las Orcadas supimos lo ocurrido dos semanas antes de que el propio Lot regresara con su mesnada.

Estábamos a finales de julio. Era un día caluroso, con el aire lo bastante denso para cortarlo con un cuchillo. El mensajero llegó al trote desde el puerto de la costa este, demasiado acalorado y fatigado para ir más aprisa. Morgawse lo recibió en sus aposentos, le entregó la copa de vino de rigor y le preguntó por sus noticias con impaciencia. Yo estaba sentado sobre la cama, observando.

Bebió el vino ávidamente, mezclándolo con agua a partes iguales.

Sus vestiduras estaban manchadas, polvorientas y empapadas de sudor. Era un guerrero de la mesnada de mi padre, aunque no pariente mío, como la mitad de guerreros, sino un dalriada que se había unido a nosotros atraído por la fama y generosidad de mi padre. Su nombre era Connall.

Empezó contándonos lo mismo que el último mensajero: Arturo, impaciente por entrar en combate, se había dirigido al noroeste con sus hombres, y los ejércitos de los reyes de Britania habían acudido desde diversas direcciones para enfrentarse a él. Morgawse asintió con impaciencia y el mensajero se apresuró a continuar. Los ejércitos se habían

encontrado en la parte alta del río Saefern, junto a uno de sus afluentes, el Dubhglas. El terreno allí es montañoso, y Arturo había tenido tiempo de situar cuidadosamente a sus fuerzas.

Morgawse frunció el ceño. Simplemente por el estado del hombre era obvio que había ocurrido algún tipo de desastre, y la reina empezaba a sospechar que las noticias serían realmente malas. Arturo era un afamado jefe guerrero.

—Fue hace unas tres semanas —continuó Connall—. Nosotros formamos y ellos también, esperando para luchar. Hacía calor, un calor terrible. Llevábamos los jubones de cuero y las

cotas de malla, sudábamos y esperábamos a que Arturo decidiera qué quería hacer. Podíamos ver los estandartes de Bran y Constancio en el valle, por debajo de nosotros, pero no el de Arturo. Maldijimos al muy perezoso por hacernos esperar, pero era el enemigo principal y no teníamos elección.

»A media mañana, apareció alguien con el estandarte del dragón rojo y el enemigo lo vitoreó. Nos enfurecimos. Nos parecía el colmo del descaro que se proclamara Gran Rey usando el estandarte del Pendragón, precisamente él, un hombre sin clan. Lot nos dio la orden de ataque. Lanzamos nuestro grito

de guerra y corrimos hacia ellos. Los demás reyes del valle… pues estábamos todos en el valle, ya que las colinas eran demasiado empinadas para luchar desde allí…

—¡Estúpido! —espetó Morgawse. Connall la miró, incómodo—. Qué idiotez, dejarse atrapar por ese… Continúa.

Comprendiendo que Morgawse se dirigía a Lot y no a él, Connall continuó.

—En cualquier caso, atacamos. Lucharon bien. Los soldados de Bretaña son hombres fuertes en la barrera de escudos. Pero nosotros éramos más, y tampoco somos alfeñiques. Vuestro hijo y vuestro esposo, señora, lucharon

gloriosamente, codo a codo, clavando sus lanzas casi al unísono, con los escudos juntos y riendo. Se llevaban por delante a todo el mundo. Y ese Urien de Rheged es un verdadero perro de guerra, un auténtico león. Los hombres de Rheged…

—¡He dicho que continúes! —dijo Morgawse con vehemencia. Sus ojos oscuros se entrecerraron mirando al mensajero. Connall tragó saliva, apartó la vista de ella y continuó.

—Las fuerzas de Arturo se retiraron despacio. Las continuamos presionando por el valle. Fue una batalla dura. Hacia mediodía, sin embargo, empezaron a flaquear… o, al menos, eso pareció… y

redoblamos nuestro ataque. Sus líneas se rompieron. La barrera de escudos se hundió, y los hombres echaron a correr tan aprisa como podían.

»Vitoreamos tan fuerte como nos lo permitía el aliento… lo que no era gran cosa, porque estábamos agotados de combatir de aquel modo bajo un calor insoportable… y los perseguimos. —El rostro de Connall se iluminó un poco al recordar la euforia del momento y luego volvió a tragar saliva de repente—. Y entonces llegó Arturo con sus jinetes.

Morgawse gimió y soltó su vaso de vino.

—Desde las colinas.

—Desde las colinas. Bajaron tan

rápido… a caballo. Uno no lleva caballos a la batalla, y menos contra lanceros. Pueden ser ensartados tan rápidamente que… bueno, no importa. Bajaron a caballo, arrojando sus lanzas, rompiendo la barrera de escudos antes de alcanzarla… y ya estaba rota en los flancos, de todos modos, a causa de nuestra prisa por perseguir al resto del ejército. Cayeron sobre nosotros montados en sus caballos, derribándonos y golpeándonos con lanzas y espadas. Hacía mucho que ya no nos quedaban lanzas cortas y no sabíamos cómo defendernos. No podíamos volver a formar la barrera de escudos porque ya habían penetrado en

nuestra posición. Arturo estaba con ellos… había ordenado que algún otro llevara su estandarte al resto del ejército… Reía y lanzaba el grito de guerra de los Grandes Reyes. Los hombres de Bretaña y Dumnonia, que estaban huyendo de nosotros, corearon el grito y se lanzaron de nuevo al ataque. No podíamos contenerlos, porque los jinetes habían roto nuestra barrera, y los caballos nos estaban aplastando. Nuestra formación se rompió. Lot no dejaba de gritar que resistiéramos, que nos reagrupáramos en torno a él, pero no podíamos. No podíamos. Emprendimos la huida, pero Lot siguió en su sitio, señora, llorando de rabia, y vuestro hijo

con él. Algunos de nosotros recordamos nuestro juramento, y el aguamiel que nos había ofrecido esta fortaleza, y regresamos para preservar nuestro honor. Intentamos retroceder lentamente, y algunos otros se nos unieron, o regresaron… pero no pudimos resistir, ni siquiera por poco tiempo. Nuestros escudos estaban despedazados, y al retirarnos pasábamos por encima de los cadáveres de nuestros compañeros, muertos mientras huían. Lot dijo: «De modo que moriré aquí, luchando con mi mesnada».

Morgawse emitió una carcajada áspera.

—¡Morir! Ojalá hubieras muerto.

Pero Arturo no deseaba tu muerte, Lot de las Orcadas. No quería más guerra contra las Orcadas.

Connall asintió tristemente.

—Constancio llegó con su mesnada y nos pidió que nos rindiéramos. Yo… yo…

—¡Y os rendisteis! —gritó Morgawse. Su rostro estaba sofocado de ira—. Os rendisteis y prestasteis el Triple Juramento de no luchar nunca más contra Arturo ni contra sus aliados.

Connall bajó la cabeza.

—Así es. No teníamos elección. Era rendirse o morir. Y Arturo no iba a ser nuestro rey, después de todo.

Morgawse gimió de dolor y se

cubrió el rostro con las manos.

Connall vaciló y luego siguió hablando.

—Los demás guerreros de la mesnada habían huido con los ejércitos de los reyes de Britania y fueron atrapados con ellos. Los condujeron como a ganado, valle arriba, hasta el Dubhglas. Había llovido y el río bajaba crecido. La corriente es rápida, y era imposible cruzarla bajo aquella presión. Se rindieron, todos se rindieron. Arturo había ordenado que nadie debía matar a los reyes… y prestaron el Triple Juramento de fidelidad. Al día siguiente, Arturo se adjudicó un título romano y dijo que habría un consejo en Camlann.

Pero ordenó a Lot que regresara con nosotros a casa o quemaría nuestros barcos y haría que nos mataran. Se ha quedado con vuestro hijo como rehén, señora. Vio que Lot amaba a Agravain.

»De modo que regresamos a Gododdin a toda prisa. Yo me adelanté, señora, para traeros la noticia…

—Arturo Pendragón —susurró Morgawse sin moverse. Sus ojos estaban fijos en algo infinitamente lejano. Me estremecí, porque sabía que el odio que había sentido por Uther se había trasladado a su hijo por duplicado —. Artorius, Insularis Draco, Augustus, Imperator Britanniarum. Ese es su título romano. Arturo, Pendragón, Gran Rey de

Britania. Arturo… —Morgawse dejó caer las manos y dirigió una mirada furiosa a Connall y más allá de él. Su rostro estaba desfigurado por una furia y una ira más allá de la comprensión humana. El odio era un fuego negro en sus ojos, profundo como el oscuro océano interior que yo sabía que la había devorado—. ¡Arturo! —gritó—. Oh, esta batalla es tuya, hermano, pero la guerra no ha terminado, lo juro. ¡Yo, Morgawse, hija legítima de un Gran Rey! Muerte, muerte sobre ti y tu semilla, que se alzará contra ti, pese a tus nuevos dioses, tu imperio y tus brujerías. ¡Muerte y agonía eterna! Siéntete seguro en tu nuevo poder y

gloria, hijo amado de Uther, pero mi maldición te encontrará y te llevará a la perdición eterna. Este es el juramento de mi pueblo: ¡que la tierra me devore, que el cielo caiga sobre mi cabeza y que el mar se me lleve si no mueres a manos de tu propio hijo!

Se había levantado, alzando los brazos. A mis ojos, la oscuridad centelleaba en una aureola a su alrededor y era más hermosa que ninguna mujer mortal. Estaba cegado por su oscuridad y belleza, y la adoraba con todo mi corazón en medio de mi terror. Connall, tan aterrado como yo, se encogió, incapaz de murmurar una plegaria, mirándola con los ojos muy

abiertos. Cuando las últimas sílabas del Triple Juramento cayeron sobre el aire, Morgawse se acordó de él y lo miró. Estaba furiosa porque el hombre había visto su rabia, iracunda como una diosa. Pero se echó a reír y recuperó el control, velando el esplendor que había detrás de él sin ocultarlo por completo.

—De modo que crees que soy terrible —dijo—. No sabes hasta qué punto, Connall de los dalriada. ¿Quieres que te lo demuestre?

Él se apartó de ella, retrocediendo encogido hacia la puerta. Las manos de Morgawse se alzaron mientras murmuraba un hechizo. Mis ojos pudieron ver cómo las fuerzas negras se

entrelazaban como los hilos en un telar, formando un extraño dibujo.

—Mi poder no necesita guerreros, como el de Lot o el de Arturo —susurró—. Es sutil, y trabaja en la oscuridad, en los lugares que no puedes ver, oculto entre el miedo de tu propia mente. Ningún hombre puede escapar de mí. Ningún hombre, ni siquiera Arturo. Ciertamente, no tú, dalriada… ¿Quieres que te lo demuestre, Connall?

Él sacudió la cabeza, lamiéndose los labios. Su espalda y sus manos abiertas estaban contra la puerta. El pestillo de cuero no estaba echado, pero Connall era tan incapaz de abrirlo como si hubiera estado cerrado con cadenas de

acero. Morgawse se le acercó y, a su lado, el hombre parecía pálido e irreal como un fantasma.

—No lo hagas, Mor Riga, gran reina —murmuró.

—¿No deseas conocer el poder de tu reina?

Connall sacudió la cabeza, estremeciéndose.

Morgawse retrocedió y relajó las manos. La oscuridad que había anidado allí se disipó en el aire. El frío de la habitación desapareció de repente, y me di cuenta de que seguíamos estando en julio.

—No menciones nada a nadie de lo que he dicho —dijo Morgawse— y

nunca conocerás ese poder. Vete de aquí.

Connall forcejeó, encontró el pestillo y huyó. En el momento de salir de la habitación, sus ojos se encontraron con los míos y se abrieron un poco más.

Cuando la puerta se cerró y Morgawse volvió a sentarse sobre la cama, echándose a reír, comprendí que yo también estaba adquiriendo una reputación de hechicero.

4

El ejército regresó a casa, cada rey a su propia isla, y Lot y la mesnada volvieron a Dun Fionn. Fuimos al puerto cuando llegaron y los encontramos ocupados en asegurar los barcos de guerra sobre la playa. Habíamos traído caballos y, cuando terminó con las naves, Lot regresó a la fortaleza con nosotros y la mesnada.

Era evidente que estaba muy cansado. Su intensa energía se había apagado, y en su cabello había algunas hebras de gris temprano que disminuían su brillo. Sus ojos estaban inyectados en sangre; había círculos oscuros debajo de ellos, así como arrugas de amargura en torno a su boca. Estaba muy callado.

Yo también lo estaba, cabalgando detrás de mi padre y observándolo. Me parecía algo increíble e irreal que hubiera sido derrotado. También me parecía increíble que Agravain fuera un rehén del enemigo. Me preguntaba cómo le iría, solo en la corte de Arturo. Los rehenes nunca son maltratados; mi padre tenía un rehén de cada uno de sus reyes

vasallos y todos luchaban en la mesnada; tenían casi los mismos derechos que los demás guerreros. Pero el simple hecho de ser un rehén sería devastador para Agravain. Podía imaginarlo tratando de atacar a los extraños que lo rodearían y se burlarían de él por la derrota de su padre, o luchando desesperadamente por mejorar su britano, solo y triste en una tierra extraña…

Yo no era una compensación por la pérdida de Agravain, estaba claro. Lot pasaba su mirada de mí a Morgawse y luego a sus propias manos una y otra vez, y su boca siempre se curvaba de dolor. Por un instante deseé ayudarle:

volver a intentar con las fuerzas de antes ser lo que Lot quería que fuera. Pero me convencí a mí mismo de lo contrario y me obligué a olvidar mi compasión por Agravain. Yo era el hijo de mi madre. Había dejado la Casa de los Niños sin convertirme en guerrero, y ciertamente no descendía de la Luz. Y Lot y Agravain me habían ofendido.

Morgawse también estaba callada, pero su silencio era el del desprecio. Estaba furiosa con Lot por haber sido derrotado, y le demostraba su menosprecio sin palabras, dejándole bien claro lo que pensaba de su fuerza, valor y virilidad. Observé cómo las manos de Lot se contraían y relajaban

sobre las riendas de su caballo mientras contemplaba la espalda rígida de su esposa.

La mesnada se encontraba en malas condiciones. No había demasiados muertos ni mutilados, porque los combates habían sido victoriosos en su mayoría hasta el encuentro con Arturo. Pero habían perdido todo su botín y artículos de valor, y regresaron a Gododdin a marchas forzadas y con pocas provisiones. Parecía que el nuevo Pendragón tenía hambre de riquezas y mercancías. Las necesitaría para mantener a una gran mesnada, ciertamente imprescindible si deseaba proteger a Britania de los sajones. Pero,

en las Orcadas, seríamos nosotros quienes pagaríamos la guerra de Arturo, confiando en la cosecha del próximo año para sobrevivir.

Cuando llegamos a Dun Fionn dejamos los caballos en el establo y los hombres se dirigieron a descansar en silencio. Hubo un festín melancólico aquella noche, durante el cual los guerreros meditaron sobre sus cervezas y Lot permaneció sentado en la mesa principal, severo como la muerte, dirigiendo miradas furiosas a la puerta que conducía a la habitación de Morgawse. Orlamh, el bardo de mi padre, cantaba con aire temeroso y sus canciones carecían de sabor en el aire

estancado.

Los hombres estaban bebiendo mucho. Me di cuenta, porque era uno de los que servían el aguamiel. Mi padre también bebía copiosamente. Con la luz del alcohol en sus ojos, pasó la mirada en torno al salón. Me vio y clavó su mirada en mí. Dejó la copa sobre la mesa con un fuerte golpe.

—¡Gwalchmai! —Era la primera vez que me dirigía la palabra desde su regreso, y eso ocurría muy pocas veces.

Dejé el jarro de aguamiel.

—¿Sí, padre?

—Sí, padre —repitió amargamente Lot—. Agravain… bueno, Agravain es un rehén. ¿Lo sabías?

—Sí, padre.

—Claro que lo sabías. Sabes leer, escribir, hablar latín, tocar el arpa, cantar como un bardo, componer canciones, montar y luchar a caballo… ¡Malditos caballos! Y también sabes hacer otras cosas. ¿Qué otras cosas?

Nunca me había mencionado el latín hasta entonces. Me removí inquieto. Todos los guerreros me estaban observando, sopesándome.

—Nada más, padre.

Lot me miró fijamente. Los guerreros también lo hicieron. Vi que conocían mi reputación. Les devolví la mirada, decidido a que no me amedrentaran.

—Desde luego, no eres un guerrero

—dijo finalmente mi padre—. Oh, bien. Que Orlamh te preste el arpa y toca algo, algo agradable. Estoy cansado de su pesadez.

Orlamh suspiró y me entregó el arpa. La tomé, me senté y contemplé las cuerdas. Me di cuenta de que estaba enfadado, pero no lleno de odio. Sentía lástima por Lot. Me enfurecí más, pero seguí compadeciéndole.

¿Qué podía cantar? Algo que le apartara la mente de Dun Fionn y su derrota.

Toqué las cuerdas con cuidado, extrayendo la melodía tan suavemente como si fuera una telaraña de cristal, y canté el lamento de Deirdre al

abandonar Caledonia para dirigirse a Erin y encontrar la muerte.

Amada tierra, esta tierra del este,
Alba, rica en maravillas.
Nunca hubiera pensado en partir
si no me fuera con Noise.
He amado Dun Fidhga, he amado Dun Finn,
y amo la fortaleza que las domina;
Inis Draighen, su mar interior,
y Dun Suibhne; los he amado.

El salón estaba en silencio y los guerreros permanecían inmóviles, sin tocar los cuernos de aguamiel que reposaban junto a sus manos. Sorprendido, me pregunté si era posible

que fuera obra mía. Bueno, la canción era muy conocida y familiar. Seguí cantando, tratando de capturar las intensas rimas irregulares y la compleja métrica.

El bosque de Cuan, donde iba Ainnle.
¡Ay! El tiempo fue tan breve…
Breve aquel tiempo, como ambos sabemos,
pasado en las costas de Alba…

Glen Etive, donde construí mi hogar,
hermoso es allí el bosque,
refugio de los rayos de sol vagabundos

cuando amanece el día, Glen Etive.

Y continué cantando los versos. Llegó la última estrofa, dedicada a la playa donde embarcó Deirdre:

Y ahora amo la playa de Draighen,
amo las olas y la arena…
nunca abandonaría el este
si no fuera de la mano de Noise.

Hice ascender las notas y luego las llevé suavemente hasta el silencio, haciéndolos llorar, pensando en Deirdre, una hermosa mujer que había muerto quinientos años atrás, embarcando en el bote que la llevaría a la muerte.

Cuando terminé, el salón estaba en

silencio, pero era otro tipo de silencio. Lot me miró extrañamente durante un instante, y luego se echó a reír. Estaba complacido.

Yo contemplaba el arpa y no podía creerlo.

—Lo has hecho bien —dijo Lot—. ¡Por el sol! Tal vez llegues a ser algo, después de todo. Toca otra cosa.

—Yo… yo… —tartamudeé—. Estoy cansado. Por favor, deseo descansar.

Su sonrisa volvió a desaparecer, pero asintió.

—Ve a descansar, pues.

Dejé el arpa y salí. Sus ojos me siguieron, desconcertados, mientras atravesaba el salón.

No descansé. Me tumbé en mi jergón y contemplé una mancha de luz de luna que se arrastraba por el suelo durante la noche. Había complacido a mi padre. Ser un bardo era una profesión muy honorable, inferior sólo a la de rey, si uno era lo bastante bueno. Observé la luz de la luna y pensé: «He llegado demasiado lejos en el camino de la oscuridad para abandonarlo ahora».

Me asomé a mi interior, frío y negro, y lloré para mis adentros, a solas en la oscuridad.

A la mañana siguiente, descubrí que Lot y Morgawse tampoco habían dormido aquella noche. Mi padre se había emborrachado y había ido a la

habitación de mi madre para exigir sus derechos. Ella había tratado de expulsarle, pero Lot había decidido que era su marido y que debía obedecerle. Durante los días siguientes, Morgawse llevó un vestido de cuello alto para ocultar los moratones. Lot, sin embargo, era quien parecía enfermo y demacrado, mientras que Morgawse sonreía en silencio, satisfecha y complacida. De repente comprendí que, si mi padre la usaba para su placer por su belleza, ella se alimentaba de él como las sombras de las luces intensas, y que iba arrebatándole la energía poco a poco. Ahuyenté el pensamiento en cuanto se me ocurrió, porque me hacía sentir

incómodo.

Agosto transcurrió lentamente, y a continuación septiembre. Yo hacía lo mismo de siempre: practicaba con mis armas, tomaba lecciones con Morgawse, salía a montar y a jugar con Medraut… pero había una diferencia. Lot ordenó que todo el mundo aprendiera algunas técnicas de combate a caballo, empleado por Arturo contra los lanceros, y de repente fui el primero en lugar del último, no sólo entre los de mi edad, sino incluso entre la mayor parte de adultos. Tenía catorce años, empezaba a crecer y conocía todos los trucos que nadie más se había molestado en aprender: cómo moverse a lomos de

un caballo, cómo atacar a un lancero sin ser arrojado al suelo y cómo hacer que el caballo se encabritara y retrocediera cuando el espacio era demasiado estrecho o la presión demasiado intensa para maniobrar. Eran cosas que requerían agilidad y rapidez en lugar de fuerza y disciplina, habilidades que se habían dejado de lado en los métodos de combate tradicionales. Habilidades que, en cambio, yo había practicado en soledad.

También recibimos noticias de los espías de mi padre en Britania. Mi padre esperaba que Arturo muriera en la batalla, aunque no tenía intención de planear personalmente su muerte, a

causa de Agravain y su juramento. Pero no hubo suerte. Arturo cobró tributos a todos los reyes de Britania, incluso a la Iglesia. Toda Britania, a excepción, por supuesto, de los territorios sajones, era de fe cristiana desde que lo decretara el emperador romano, y aquella religión se me había explicado como un culto extraño centrado en un dios que en realidad era un hombre, quien había fingido morir sin hacerlo en realidad, o algo parecido. En cualquier caso, la Iglesia era muy rica gracias a los donativos de sus seguidores y a las tierras pertenecientes a sacerdotes y monjes. También era poderosa, pero aquello me parecía natural. Cincuenta

años atrás, el Ard Filidh, o druida jefe, había sido tan poderoso como cualquier rey. Hoy día, por supuesto, Erin es ya cristiana, y tal vez el resto de Occidente también será cristianizado, aunque no creo que sea la iglesia britana la que lo consiga. La iglesia britana ha estado siempre interesada sobre todo en aumentar su propia riqueza y prestigio. Ve con malos ojos a los extranjeros.

A pesar de ello, se suponía que uno tenía que dar dinero a la Iglesia, no quitárselo. De Arturo se esperaba que fuera especialmente generoso. Era famoso por su cristianismo sincero. Se había criado en el monasterio de Tintagel junto a unos monjes pacíficos y

eruditos que, por pura caridad, cuidaban de los bastardos de los alrededores cuando quedaban huérfanos o eran abandonados. Se decía que su educación le había influido mucho, y que rezaba antes de las batallas, consiguiendo así la asistencia divina. La Iglesia se había apresurado a reconocerle como Pendragón, pese a su incierto derecho al título.

Una vez entronizado, en lugar de colmar de regalos a la Iglesia, le exigió inmediatamente una décima parte de todas sus posesiones. Cuando los sacerdotes y abades se negaron airadamente y le criticaron, el nuevo Gran Rey declaró ante toda Britania que,

si la Iglesia quería luchar por unas propiedades que pertenecían al rey, la complacería gustosamente. Los abades y obispos meditaron, decidieron que Arturo hablaba en serio y le dieron lo que pedía. Pero estaban furiosos y empezaron a conspirar contra él.

Mi padre escuchaba las noticias y esperaba. Cuando Arturo entregó una parte de su nueva riqueza a Bran de Bretaña antes de enviarlo a su casa, Lot se pasó toda una noche despierto, dictando mensajes. También acudía todos los días a ver cómo les iba a los hombres con los nuevos métodos de combate, y él mismo practicaba hasta quedar chorreante de sudor. Empezó a

intrigar por el control de las Hébridas del norte, renovando su antigua enemistad con Angus Mac Ere de Dalriada. Pero aquellos esfuerzos habían perdido algo de su antigua intensidad. Mi padre no controlaría Britania por medio de un rey títere. Era Arturo quien controlaba Britania.

Mi madre también trazó sus planes. En septiembre, durante la luna nueva, matamos un cordero negro a medianoche. Sostuve su cabeza mientras ella lo abría con un cuchillo de piedra, examinando sus entrañas mientras el animal aún se resistía y sangraba sobre nosotros. Morgawse se enfureció por lo que vio, pero no me lo explicó.

Finalmente, al día siguiente, le pregunté por qué no podía simplemente destruir a Arturo, tal como había destruido a su padre.

—No es tan sencillo —me dijo—. Ha lanzado una especie de contrahechizo cristiano contra mí, y no comprendo su naturaleza. ¿No viste, en el cordero de anoche, que las entrañas estaban anudadas?

Yo no había querido mirar. Aquellas cosas aún me repugnaban.

—Pero no te preocupes por eso —dijo, empezando a sonreír—. Le he maldecido, y la maldición sigue viva. Finalmente, la Oscuridad también lo consumirá.

Contemplé aquella Oscuridad en los ojos de Morgawse mientras sonreía, y me sentí amedrentado. Supe que estaba planeando alguna otra acción, y que había sacrificado el cordero para ver cómo resultaría. Estaba llena de tensión, expectante. Pero cuando se lo pregunté no quiso decirme qué esperaba, limitándose a esbozar su sonrisa suave y secreta.

A medida que pasaba octubre, y las grandes nieblas marinas cubrían las islas, empecé a adivinar cuándo actuaría, aunque no lo que pretendía hacer. A finales de octubre se celebra la noche de Samhain. Es un festival, uno de los cuatro grandes festivales, los otros

son el solsticio de verano, Lammas y Beltene, consagrados a los poderes de la tierra y el cielo. En la noche de Samhain se abren las puertas de comunicación entre los mundos. Aquella noche, los muertos pueden regresar al mundo que abandonaron y se les reserva un lugar en las mesas junto a los vivos. También otras cosas más siniestras pasan entre los mundos en Samhain, y normalmente no se habla de ellas. Es posible convocar a otros seres por medio de deseos o ritos, y de ello se habla todavía menos. Al acercarse el final de octubre, supe qué era lo que esperaba mi madre.

El día de Samhain fui a su habitación para la lección habitual, pero no hicimos

nada más que leer durante la mayor parte del día. Morgawse había comprado un poema romano llamado *Eneida* a un mercader ambulante a cambio del valor de diez reses en oro. Tenía diecisiete libros, que costaban una cantidad increíble de dinero, y los había leído todos. Disfruté con la *Eneida* más que con ninguno de los demás, aunque estaba lleno de nombres extraños y comprendí muy poco. Lamenté que tuviéramos sólo los primeros seis libros, la primera mitad del poema, y que prácticamente ya los hubiéramos terminado.

... sic orsa loqui vates: 'sate sanguine divum,

Tros Anchisiade, facilis decensus Averni:

Nortes atque diez patet atri ianua Ditis;

sed revocare gradum superasque
evadere ad auras,
hoc opus, hic labor est.

Alisé la página y empecé a traducir de nuevo.

—«Y así el… ¿profeta?»

—O el poeta —murmuró Morgawse—. Como un ollamh.

—«Así comenzó a hablar el profeta: "Nacido de la sangre de los dioses, troyano hijo de Anquises, fácil es la bajada al Averno: de noche y día está abierta la puerta del negro Dite; pero

dar marcha atrás y regresar a la luz del día, ésa es la empresa, ésa es la fatiga…"». —Me detuve, tragando saliva repentinamente—. El Averno. Es el Yffern, ¿no es cierto? ¿El submundo oscuro?

Ella asintió, con los ojos fríos y divertidos.

—¿Te asusta eso, mi halcón?

Cubrí la página con la mano, sacudiendo la cabeza, pero aún sentía una contracción en la garganta. Fácil es el descenso, pero volver atrás… Ella seguía mirándome.

—Muy bien, basta por hoy —dijo—. ¿Y qué opinas ahora de Eneas, mi halcón?

—Todavía… todavía confía en su madre, la diosa, para todas las cosas. No me acaba de gustar. No tanto como CuChulainn, o Connall Cearnach, o Noise Mac Usliu. Y, sin embargo…

—Oh, ¿de modo que es malo confiar en la madre de uno? —dijo ella riendo. La miré y sentí que mi rostro enrojecía.

—Era una diosa inferior a ti —dije.

—¡Bien dicho! Eneas es débil, y también su madre, Venus. Y, sin embargo, los romanos consideran que éste es su mejor poema. No eran artistas. No podían comprender la profundidad de las cosas, las pasiones del alma. Construyeron un imperio fuerte con la sangre de los hombres y buenas

calzadas. Aparte de eso… Arturo es medio romano.

—¿De veras? Pero yo creía que todos los romanos se habían marchado hace mucho tiempo.

—Las legiones se marcharon. «Defendeos solos —dijo Honorio a las provincias de Britania—, porque nosotros ya no podemos defenderos». Pero dejaron su recuerdo, hombres dispuestos a tratar de resucitar un imperio caído. En el sur, muchos piensan todavía como romanos. Arturo es uno de ellos. Por eso dirige a los britanos contra los sajones: desea conservar el último reducto del imperio contra los bárbaros, como una nación

defendiéndose de otra. No se da cuenta de que Britania no es una nación, como tampoco lo son los sajones. Tiene una visión de las cosas muy peculiar, y muchas debilidades. Las conozco todas. He visto y conocido bien a Arturo.

Quedó en silencio, pensativa y sonriente.

—Ven aquí esta noche —dijo en voz baja al cabo de largo rato—. He pensado que hoy celebraremos tu iniciación en el verdadero poder. Es una buena noche para ello. Haré que la Oscuridad te acepte, hijo mío, y verás por qué soy fuerte. Después de esta noche, tendrás poder, igual que yo.

La escuché, asentí, me incliné y salí

de la habitación sin decir nada. Ensillé mi caballo y fui a dar un largo paseo junto al mar. No podía quedarme en Dun Fionn. Pero a cada paso de mi caballo sentía más miedo, anticipando algo que no comprendía. Había atisbado en las profundidades de la Oscuridad, y me aterraba. Deseaba ser como mi madre, tener poder para escapar al miedo, pero había descubierto que el poder era todavía más aterrador. No sabía lo que quería, pero aquella noche acudiría a la cita.

Me di cuenta de que el camino me era familiar y descubrí que me dirigía a Llyn Gwalch. Bueno, ¿por qué no?

Llegué al lugar donde la corriente

caía por el borde del acantilado, peinando los guijarros con sus claros dedos. Había una ligera neblina aquel día que pintaba las colinas bajas de un verde tan pálido que parecían a punto de disolverse en el suave cielo. El mar golpeaba el acantilado con un sonido tan constante como el de mi corazón. Me pareció que nunca lo había oído antes.

Desmonté, até mi caballo y descendí cuidadosamente por el sendero.

Cuando llegué a la playa con su pequeño estanque todo me pareció más pequeño de lo que recordaba, y me di cuenta de cuánto tiempo había transcurrido y cuánto había crecido. Pero seguía siendo un lugar hermoso.

Mis antiguos sueños flotaban todavía a su alrededor, centelleando débilmente en mi interior con colores más intensos que los de la tierra. El estanque era infinitamente profundo, tranquilo y transparente, de tono oscuro a causa de los guijarros multicolores que yacían en el fondo. El mar abrazaba la playa siseando sobre las piedras y suspiraba al marcharse. Su olor era salado y fuerte, salvaje, infinito y triste. Una gaviota voló sobre mi cabeza, aleteando y planeando. Gritó una vez, y otras aves marinas ocultas entre la niebla le respondieron.

Me acerqué al estanque y me arrodillé, bebí y estudié mi reflejo. Un

muchacho con aspecto de tener catorce años o más me devolvió la mirada. Cabello negro y espeso, recogido con una tira de cuero desgastado. Piel lisa todavía bronceada por el verano, un rostro ligeramente parecido al de Morgawse en la forma de los huesos. Una mirada pensativa cuyos ojos grises se enfrentaron abiertamente con los míos, tratando de atisbar en el interior de la confusa mente que acechaba tras ellos. La oscuridad era intensa allí dentro.

«¿Quién es este Gwalchmai?», me pregunté. Un nombre, pero… ¿qué había detrás? Algo más allá de mi comprensión.

Me apoyé en los talones y contemplé el cielo gris. Recordé las esperanzas que había tenido viéndome como un gran guerrero, y los sueños que me habían llegado por la noche: la espada de luz ardiente, los fragmentos de colores relucientes y, por encima de todo, la canción que no surgía de ninguna parte, como el sonido de un arpa que alguien toca en un lugar vacío, con una dulzura capaz de hacer que un hombre deje atrás su vida para escucharla mejor. Recordé haber jugado a los botes en aquel mismo lugar, enviándolos lejos, muy lejos, hacia el mar abierto, soñando con la tierra de la Eterna Juventud, el salón de Lugh, con sus paredes hechas de oro y

bronce blanco y su tejado cubierto con plumas de ave. El mar golpeaba la costa suspirando y los pájaros gritaban. Me pregunté qué había ocurrido, dónde había empezado la Oscuridad. Me sentía como un hombre recordando su niñez, y me pregunté si uno podía ser realmente un hombre a los catorce años y qué era lo que había perdido. Continué sentado, escuchando las gaviotas, envolviéndome en mi capa. Aquella noche acabaría todo. Aquella noche, ciertamente, acabaría todo.

La noche fue ventosa. La luz de la luna se filtraba de modo irregular a través de las nubes que la cubrían sólo para ser arrastradas de nuevo. Al cruzar

el patio desde el salón, donde dormía todas las noches, en dirección a la habitación de la reina Morgawse, contemplé el rostro desgastado de la luna y pensé en las antiguas oraciones dirigidas a ella. «Gema de la noche, joya del cielo…». Me pregunté cuántos hombres habrían contemplado su faz a lo largo de los años. Guerreros planeando ataques bajo su luz, amantes sonriendo, druidas y magos orando, poetas dedicándole canciones… La luna debía haberlos visto innumerables veces. Pero probablemente era simple azar que brillara o no, y yo no podía esperar ninguna ayuda de ella. Y tal vez cuando regresara a aquel lugar ya no la

desearía.

El mismo aire parecía vibrar cuando llegué a la habitación de mi madre. El pestillo de la puerta tembló en mi mano como un ser vivo. Había poder en el aire, tanto poder oscuro que costaba respirar.

Mi madre ya había preparado la habitación. El suelo estaba desnudo y las colgaduras de la pared alzadas para que no pudiera entrar la luz. Había cavado una zanja a través del centro de la habitación, trazado dibujos a su alrededor con cebada y agua y colocado velas encendidas a su alrededor. Estaba en el centro de la estancia, con un vestido de un rojo tan oscuro que

parecía casi negro, con los pálidos brazos desnudos, fuertes y fríos en la siniestra noche. Su cabello caía en torno a ella, como un río de oscuridad reluciente que descendía hasta su cintura; iba descalza y sin cinturón, pues aquél era un momento de desatar y no de anudar. Estaba trazando un dibujo en el aire en torno a la última vela.

Sentí que una debilidad crecía en mi interior, aferrando mi estómago con manos gélidas y aflojándome las rodillas. La Oscuridad estaba presente en el aire, densa y asfixiante. Quise gritar, atacarla con mis manos o echar a correr, sin mirar atrás a lo que pudiera perseguirme desde los rincones de mi

mente.

Cerré la puerta suavemente y permanecí en silencio, esperando a que Morgawse terminara.

Mi madre depositó la última vela y se incorporó. Era muy alta; la Oscuridad flotaba a su alrededor como una capa, de modo que todas las llamas de las velas se inclinaban hacia ella como algas hacia un remolino. No parecía de este mundo, sino una reina ultraterrena. Aterrado, sentí que la amaba. Sonrió al verme, una sonrisa emborronada por el parpadeo de las llamas y la Oscuridad que la rodeaba, pero seguía siendo su sonrisa, secreta y triunfante.

—Bien —dijo. Su voz parecía

proceder de un vacío profundo, más fría que el hielo de enero—. Ponte allí. Quédate de pie, en silencio, espera y observa lo que hago.

La obedecí.

Tomó una jarra de un líquido rojo, vino o sangre, no estaba seguro. Si no era sangre, habría sangre antes de que acabara la noche. Morgawse la vertió sobre el dibujo que ya había trazado, murmurando extrañas palabras que yo había oído anteriormente por separado. Luego partió la jarra y depositó cada fragmento junto a un extremo de la zanja. Se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Has podido seguir lo que hacía?

Asentí, sin confiar en mi voz.

Sonrió de nuevo y se volvió hacia una de las colgaduras de las paredes. Justo en aquel momento se abrió la puerta.

Me volví lleno de culpabilidad y terror, esperando ver irrumpir a Lot entre gritos de furia o con un grupo de hombres armados. Estaba listo para luchar contra él, y apoyé la mano sobre la daga de mi cinto.

En el umbral estaba Medraut.

—Cierra la puerta —ordenó tranquilamente Morgawse—. Quédate allí, frente a Gwalchmai.

—¿Qué…? —pregunté. ¿Cómo podía Medraut haberse enterado de aquello? Había tenido mucho cuidado de

no comentarle nada—. Medraut, vete. Ahora. Esto no es para ti.

Él me miró sorprendido, y sus ojos, grandes e inocentes, volvieron a fijarse en el dibujo con una fiera intensidad.

—Pero madre dijo que podía venir.

Recordé de repente que Medraut había dejado de hablar de magia: sus ausencias inexplicadas de los entrenamientos, un millar de pequeñas cosas que nunca me había planteado antes, y la verdad me golpeó con tanta fuerza que grité en voz alta:

—¡No!

Él me miró fijamente.

—¿Qué quieres decir? Morgawse me ha estado enseñado latín y brujería.

Ahora podremos aprender todos juntos. Oh, ya sé que no quieres que lo haga, pero será mucho mejor así. No puedes querer el poder sólo para ti.

—¡No! —repetí—. No puedes. Te destruirás, Medraut. La Oscuridad se meterá en tu mente y devorará tu alma hasta que haya consumido todo lo que eres, dejando sólo una cáscara vacía. ¡Vete mientras puedas!

Se sonrojó. Morgawse permanecía con la cuerda de las colgaduras en una mano, observándonos. Sus ojos estaban fijos en mí.

—¿Por qué? —preguntó mi hermano, enfureciéndose—. Nunca me das ningún motivo. Si esto está mal, ¿por qué estás

aquí tú también? No es justo que no quieras que aprenda. Quieres que siga siendo un niño pequeño para siempre mientras tú te vuelves sabio y poderoso.

—Medraut, eso es falso. Está mal, pero yo soy malo y tú no, de modo que no debes hacerlo. Por favor, por tu propio bien.

—De modo que esto está mal, y madre también es mala, ¿no? Eso es imposible. Madre es… —Sus ojos la buscaron y la encontraron, y su ira se fundió en adoración.

—Medraut, vete de aquí —volví a decir, desesperado, aunque él ya no me escuchaba—. La magia que obraremos esta noche será muy fuerte y terrible.

—Por eso he venido —dijo—. Yo también he estado aprendiendo, Gwalchmai. —Y habló en el lenguaje de la hechicería. Las antiguas sílabas brotaron de su boca como el ladrido de un extraño animal, incongruentes, increíblemente horribles. No pude soportar escucharlas y me cubrí las orejas con las manos, mirándolo fijamente, sintiendo que las lágrimas acudían a mis ojos.

—Es suficiente —dijo Morgawse—. Medraut se queda.

La miré, dispuesto a protestar, pero no pude hablar. La habitación se volvió fría, dolorosamente fría y oscura. Las llamas de las velas se emborronaban

ante mis ojos, como si estuvieran a millas de distancia. Jadeé, tratando de respirar en la marea negra que me ahogaba.

Morgawse retiró la colgadura.

Uno de los guerreros de mi padre estaba allí tumbado, atado de pies y manos. Desde un principio supe que habría sangre. Los ojos del hombre estaban desorbitados de miedo por encima de la mordaza, recorriendo la habitación sin fijarse en nada. Reconocí a Connall, de los dalriada.

—Oh —dije. En mi boca había un sabor enfermizo.

—Fue a ver a Lot y le contó lo de mi juramento —dijo Morgawse—. Estoy

cumpliendo una promesa. Le haremos lo mismo que al cordero de la luna pasada, pero los hombres van mejor para estas cosas. —Volvió a sonreír, mirando a Connall—. Acercadlo al centro.

Medraut se adelantó. Yo me quedé quieto, asqueado. Los ojos de Connall se encontraron con los míos. En los suyos vi la certeza de una muerte horrible.

Miré a Medraut y pensé en lo que había dicho. «De modo que esto está mal, y nuestra madre es mala…».

Finalmente, miré a Morgawse y la vi por vez primera sin su disfraz de ilusión: un Poder envuelto en carne humana que llevaba mucho tiempo

consumiendo la mente que lo había invocado. Un Poder oscuro, una reina de la Oscuridad. Morgawse había convocado a un siervo para su odio, había disfrutado con su control mientras lo dominaba, pero iba dejando de ser ella misma día tras día. Un Poder que consumía la vida, la esperanza y el amor como si fuera vino. Inconcebiblemente antigua, increíblemente maligna, horrible pese a su belleza, la criatura estaba delante de mí, observándome con un apetito negro e insaciable.

Grité y mi mano se levantó para protegerme. Me di cuenta de que sostenía mi daga.

El rostro de Morgawse se

transformó, volviendo a parecer el de una mujer enfurecida. Levantó los brazos y el poder la rodeó, alzándose como una llamarada.

—¿Gwalchmai? —estaba gritando Medraut—. ¿Qué estás haciendo?

—Vete —dije, y mi voz sonó firme —. Hace años que este ser dejó de ser Morgawse, la hija de Uther. Tienes que irte mientras todavía hay tiempo. Si me amas, si amas tu vida, ¡vete de aquí!

Me miró, y luego a la reina de la Oscuridad. Su rostro se contrajo desesperadamente; luego dio un paso hacia Morgawse, y volvió a avanzar pasando junto a mí para situarse a su lado.

—Estás loco —dijo—. Madre es perfecta. Es nuestro padre quien actúa mal. Deja ese cuchillo y ven a ayudarnos.

Me eché a llorar.

—Va a sacrificar a Connall.

Pareció incómodo por un instante, pero ella le tocó un hombro y la preocupación desapareció de su rostro.

—Ella es perfecta. Connall la insultó. Merece morir.

—Matará a nuestro padre algún día.

Medraut se echó a reír.

—Bien. Puede que entonces… yo sea su sucesor. Madre me lo ha prometido. Y, después de todo, Arturo también es un bastardo.

Lo miré fijamente mientras él permanecía bajo el brazo extendido de Morgawse, con los ojos encendidos de tristeza y de un dolor que yo sólo había sospechado. Me había equivocado con respecto a él. Debí haber comprendido que su ambición no era sólo la de ser un gran guerrero, sino la de conseguir algo fuera de su alcance. Era demasiado tarde para ayudarle, aunque hubiera podido hacerlo. Demasiado tarde.

Volví a mirar a la criatura que había sido Morgawse, hija de Uther, y supe que mi cuchillo no podría dañarla. Sólo seguía con vida porque ella tenía la esperanza de que acabaría por seguirla. Y podía hacerlo, podía ahogarme en la

marea negra, olvidando la confusión, la soledad y la culpa y, sí, conseguir una especie de inmortalidad. «Fácil es el descenso al Averno», pensé.

Bajé lentamente la mano. Medraut sonrió, alborozado, y mi madre también me sonrió.

Y entonces arrojé la daga a la garganta de Connall. Vi el agradecimiento en sus ojos moribundos y abrí la puerta, huyendo de la Oscuridad que se alzaba detrás de mí.

Oí que Medraut corría hacia la puerta, y su grito que resonó a través del patio:

—Traidor. Traidor, traidor, traidor… —Había casi un sollozo en la

voz.

Luego me encontré en los establos, donde aguardaba mi caballo, listo para que lo montara y huyera de Dun Fionn y de la oscuridad que me perseguía, preñada de la furia de su reina y del deseo de mi muerte. Monté y me alejé bajo la luz de la luna y las sombras de las nubes, alejándome de Dun Fionn, cabalgando…

Los cascos de mi caballo levantaron piedras en el camino y la fortaleza se recortó por un instante contra el cielo. Luego rodeé una colina y desapareció.

Desapareció.

5

Había arena y grava debajo de mí, y en algún lugar muy cercano sonaba el mar.

Levanté la cabeza y vi el mar de occidente, que siseaba sobre la estrecha playa en su avance hacia el profundo estanque de agua dulce junto a la base del acantilado: Llyn Gwalch.

El recuerdo de la noche anterior

regresó a mi mente y permanecí tumbado un rato, considerándolo. Estaba exhausto, demasiado exhausto para sentir nada, y los recuerdos eran amargos y duros. Sin embargo, al poco rato me di cuenta de que tenía mucha sed, de modo que me arrastré hasta el estanque y bebí. El agua estaba muy fría y clara, deliciosa. Me refresqué la cabeza cuando me hube saciado, y luego me apoyé en el acantilado para contemplar el mar.

Pensé en la alocada huida por el camino del acantilado, con el demonio de la Oscuridad persiguiéndome, rozando los bordes de mi mente. Recordé cómo llegué a Llyn Gwalch,

desmonté y di una palmada al caballo para que se marchara solo, y cómo descendí por el acantilado para tumbarme, agotado, en mi único refugio. Y, al parecer, era un verdadero refugio, porque continuaba sano y salvo. Me pregunté cuánto duraría, y luego me extrañé de que pareciera importarme tan poco. Me sentía débil y vacío, pero no enfermo. De hecho, me sentía mejor de lo que había estado en mucho tiempo. Era libre. Aunque perdiera mi vida, era libre.

El sol había salido por detrás del despeñadero y sus rayos se me acercaban a través del océano. Sonreí a la luz y recité un antiguo poema de

saludo al sol:

Bienvenido, sol de la tierra,
que recorres el cielo desde lejos.
Tus alas avanzan por las alturas,
madre gozosa de las estrellas del ocaso.
Con la noche te hundes en el mar,
pero vuelves a alzarte de entre las olas,
surgiendo libre e ileso de la oscuridad
como una joven reina en flor.

En un momento de triunfo, pensé: «He seguido a la luz, la joven reina. He regresado del Averno». Y entonces, tras el triunfo, llegó el dolor. Mi madre

intentaba matarme. Tan intensamente como si lo estuviera reviviendo, recordé su furia cuando arrojé el cuchillo contra Connall, ¡pobre Connall!, y vi que la Oscuridad se alzaba de entre las sombras detrás de ella.

Me estremecí. No podía regresar a Dun Fionn. Apreté los puños hasta hacerme daño, tratando de comprender lo que aquello significaba. No volvería a cabalgar por aquellos valles luminosos, ni a escuchar las explicaciones áridas y corteses del viejo Orlamh sobre métrica y genealogías, ni las bromas soeces de Diuran. De un solo golpe me había separado de mi gente y de mi hogar para siempre. Incluso si, de

algún modo, podía regresar más adelante, nunca recuperaría lo que había dejado atrás. Tras haber perdido el mundo de los guerreros, acababa de perder también el otro mundo que tanto había deseado y, si bien era libre, mi libertad era la del hombre exiliado, sin clan, sin nombre ni hogar. No podía regresar a Dun Fionn… y, de hecho, ¿estaba realmente a salvo en Llyn Gwalch?

Tal vez, pensé, y la sorpresa me distrajo de mi dolor, tal vez allí había alguna fuerza que frustraba los propósitos de la reina.

Recordé a Arturo.

Ciertamente, mi madre hubiera

acabado con él mucho tiempo atrás de haber podido. Lo odiaba lo suficiente. Pero era incapaz de hacerlo a causa de los nuevos dioses de Arturo y de su contrahechizo, que ella no comprendía.

Me recordé a mí mismo con severidad que Arturo había derrotado a mi padre y que mi hermano era su rehén. Debía haber sido mi enemigo. Y recordé las constantes guerras que azotaban Britania, y las invasiones. Pero mi severidad fue inútil. Empecé a pensar en todos los lugares de los que había oído hablar: Camlann, con sus parapetos triples, el nuevo corazón de Britania; Caer Ebrauc, una gran ciudad de enormes murallas, Sorviodunum, Caer

Gwent, Caer Legion, fortalezas espléndidas. Monasterios llenos de libros y erudición, grandes calzadas de un extremo al otro de la isla, arcos de triunfo altos como árboles, mosaicos en los patios de las opulentas villas, fuentes y estatuas, teatros y circos, cosas sobre las que había leído pero que nunca había visto. Britania, el último reducto del imperio de los romanos, a excepción del de Oriente; pero Constantinopla estaba más lejos que el otro mundo y era aún más inalcanzable. Britania, rodeada de hombres que la deseaban, invicta en medio de la derrota. Allí, en aquella tierra fabulosa, el Gran Rey Arturo Augusto había alzado el estandarte del

dragón, protegido por una magia que Morgawse no podía vencer. Y recordé que, pese a que por mis acciones podía considerarme su enemigo, Arturo era mi tío carnal, y ello podía servirme para conseguir una posición a su lado. No podría ser un guerrero más de su mesnada, pero tal vez encontraría algo que hacer si me unía a él.

Sí, trataría de llegar a Camlann, o dondequiera que estuviera el Gran Rey Arturo, y le ofrecería mis servicios.

Una vez decidido, observé de nuevo el mar, preguntándome cómo conseguirlo.

Por alguna razón, Llyn Gwalch era un lugar seguro, al menos por un tiempo.

Pero Morgawse había convocado a la Oscuridad contra mí, y sabía que, si subía de nuevo por el acantilado, sería destruido mucho antes de poder alcanzar el puerto al este de la isla. Y aunque consiguiera llegar al puerto, ¿cómo podía yo, un marinero inexperto, cruzar las traidoras aguas del norte hasta la tierra de los pictos con el invierno a punto de llegar? Y no tenía nada con qué pagarme el pasaje en un barco grande.

Por un momento pensé en ir a ver a mi padre y contarle la historia, pero deseché la idea al instante. Morgawse no me permitiría que le revelara que había causado la muerte de uno de sus guerreros. Me pregunté qué le habría

contado. Tal vez que yo había matado a Connall. O probablemente no. Aquella versión exigiría demasiadas explicaciones. No, fingiría no saber nada de la desaparición de Connall ni de la mía, y hallaría algún modo de deshacerse del cadáver. Mi caballo regresaría sin jinete a los establos, o tal vez lo encontrarían vagando en torno al acantilado, y mi clan decidiría que me había vuelto loco y saltado por el precipicio en la noche de Samhain. Y Medraut… tal vez lloraría. Volví a sentirme enfermo. Pobre Medraut. Si hubiera podido… o si lo hubiera entendido. Pero era demasiado tarde. Tal vez hacía ya mucho tiempo que era

demasiado tarde. Era preferible que me creyera muerto. Si llegaba a averiguar que seguía con vida, me odiaría.

Contemplé el mar pensando en todas aquellas cosas, revolviéndolas en mi mente y desviándome por tangentes. Pero la respuesta, o, mejor dicho, la falta de respuesta, seguía siendo la misma. Estaba atrapado en Llyn Gwalch.

Hacia mediodía me sentí hambriento, aunque también más fuerte que al despertar. Esperanzado, busqué algún pez en el estanque, pero no encontré ninguno. Había ostras agarradas a las rocas al pie del acantilado, y gran abundancia de aves marinas que anidaban en la pared

rocosa. Me desnudé y empecé a nadar cerca del pie del acantilado, recogiendo ostras en mi túnica. Había reunido una buena cantidad cuando sentí un frío repentino, más intenso aún que el del agua. Levanté la vista. El sol brillaba sobre la pared del acantilado, emborronado por una ligera neblina. A medio camino de bajada había una mancha de sombra. Miré hacia arriba y luego de nuevo a la sombra, y me di cuenta de que no había nada en el acantilado que pudiera proyectarla. A toda prisa, me volví y regresé a la playa a nado. El frío se convirtió en el habitual en el Mar del Norte en noviembre. De modo que la criatura que

había convocado Morgawse me estaba esperando.

Extendí mi túnica bajo el sol, me envolví en la capa, estremeciéndome, y devoré las ostras. Sabían muy bien, pero era consciente de que no bastarían para mantenerme durante mucho tiempo. No podía quedarme en Llyn Gwalch. Pero tampoco podía marcharme.

Bueno, tarde o temprano tendría que intentar huir, pero antes descansaría. Levanté la vista hacia el sol. Empezaba a descender hacia el horizonte, la niebla se espesaba de modo imperceptible. Se acercaba el invierno y los días se acortaban. Dejé caer los ojos hacia la playa; el claro riachuelo que corría

hacia el océano por encima de las piedras azotadas por las olas, las algas y los troncos. Sonreí y decidí construir un bote de juguete.

No había olvidado cómo hacerlo. El bote de cuero que construí con madera y algas flotaba perfectamente en el estanque. Era una lástima que no pudiera construir uno lo bastante grande para llevarme, pero era un objeto muy hermoso. Lo contemplé flotar sobre la corriente y empezar a deslizarse hacia el mar. Observé cómo se alejaba y volví a pensar en las Islas Benditas. De repente, me pregunté qué serían aquellas islas. Las fuerzas de la Oscuridad eran reales y poderosas. ¿Y las de la Luz? La magia

de Arturo era lo bastante fuerte para frustrar a Morgawse. Si él podía invocar la protección de la Luz, tal vez yo también podría.

Había estado en una gran oscuridad, a punto de ahogarme en ella, y la idea de una Luz que se le opusiera me resultaba muy dulce. De modo que, mientras observaba el balanceo de mi bote sobre las olas, hablé en silencio en mi corazón: «Luz, sea cuál sea tu nombre… He roto con la Oscuridad, que desea mi vida. Pero yo quiero seguirte como un guerrero a su señor. Prestaré el juramento de mi pueblo. Te serviré antes que a ningún otro mientras viva. Protégeme, como un señor a su guerrero,

y condúceme a Britania. O haz que mi antecesor, Lugh el de la Larga Mano, si realmente existe y está emparentado conmigo, me ayude desde las islas hacia donde navega mi bote. Te lo ruego, ayúdame».

El barquito se deslizó sobre las olas como si llevara un mensaje. Lo observé hasta que se perdió de vista.

El sol se hundió lentamente por el oeste, liberándose de la niebla y salpicando de un rojo dorado la superficie del mar. Las grandes nubes que se alzaban por debajo de él parecían una isla. Se acercaba una de las grandes nieblas invernales. Llegaría antes del amanecer, y haría frío. Seguí mirando

hasta que el sol hubo desaparecido y, a continuación, contemplé cómo el ocaso iba cambiando de color, desde el primer tono suave hasta el azul, mientras el mar se volvía primero plateado, luego gris, y al fin negro y plateado cuando la luna se alzó sobre el acantilado, vestida de oro pálido entre la niebla. Permanecí sentado, bañado por su luz, ebrio de su belleza y la de la tierra. Le canté canciones, y el movimiento del mar pareció responderme. Cuando me tumbé al pie del acantilado, en la parte más seca de la playa, me dormí de inmediato tras envolverme en mi capa.

Desperté alrededor de medianoche y abrí los ojos para mirar la oscuridad,

rígido de terror. Algún sueño que había volado con alas negras por encima de mi mente desapareció, dejándome un recuerdo repugnante. Había oído algo. ¡El demonio! Había conseguido entrar en mi refugio y debía de estar acercándose a mí. Mi primer deseo fue el de encogerme y hundirme en la tierra.

Me incorporé y me cubrí con la capa. Llevé mi mano a la daga y recordé que la había dejado en la garganta de Connall. «Tienes que morir como un guerrero», me dije.

Pero no había ninguna sombra en la playa, ni ningún rastro de Oscuridad. La luz de la luna quedaba algo oscurecida por la niebla, pero podía ver lo

suficiente para cerciorarme de que estaba solo en Llyn Gwalch. Sólo había un bote, descansando en la playa con la proa por delante.

Era extraño y hermoso. La proa y la popa eran altas, al contrario que en los botes de cuero, aunque por lo demás se les parecía. Pero no tenía remos, mástil ni timón, y el color no se parecía al de ninguna madera o piel que yo hubiera visto, sino que era de un gris blanquecino bajo la luminosa niebla. Y tampoco estaba abandonado. En su interior había un montón de almohadas y edredones. Y, sin embargo, no había nadie en él. La proa yacía sobre las piedras, y las olas, silenciosas, lamían

la playa y suspiraban en la niebla. No había ningún otro sonido.

Me puse en pie lentamente, con los ojos muy abiertos. Ningún bote podía alcanzar Llyn Gwalch. La fuerza del riachuelo, combinada con un retroceso de la marea que a menudo era muy vigoroso, empujaba todo lo que flotaba contra las rocas. Di unos pasos hacia el bote. Estaba inmóvil, en parte sobre la tierra y en parte sobre el agua, como una flor pálida. Me di cuenta de que no se trataba de un efecto de la luna a través de la niebla, sino que el bote resplandecía suavemente en la oscuridad. Percibí la magia en el interior de su estructura y mi cabello se

agitó suavemente, como por una débil brisa, mientras me detenía y lo observaba.

Y sin embargo…

No era una magia oscura. Era un bote ligero, veloz y limpio, como una gaviota planeando sobre las olas. Y aunque las cosas podían ser distintas de lo que parecían, yo había pronunciado ciertas palabras aquella tarde mientras observaba cómo se alejaba mi pequeño bote, y el silencio de mi corazón las había escuchado.

Incluso si se trataba de un truco, de una trampa preparada por el demonio agazapado en el acantilado, ¿qué importancia podía tener si moría

entonces en lugar de más tarde? Me decidí y avancé hasta apoyar la mano en la proa del bote. Era suave y cálido, como un ser vivo, un halcón domesticado agitando las plumas en su ansia por volar. Me quité los zapatos, los arrojé al interior de la barca y la empujé hacia el agua, trepando a su interior en cuanto lo hube alejado unos pocos pies de la playa.

Mientras el bote permanecía inmóvil, balanceándose sobre el tranquilo mar, y yo buscaba un remo, percibí un movimiento sobre mi cabeza y levanté la vista. La sombra volvía a estar en la cima del acantilado, como la insinuación de una nube. Apreté los

puños y volví a desear tener mi daga. Entonces me sobresalté, porque el batel había empezado a moverse por sí solo, muy lentamente, dando la espalda a Llyn Gwalch hasta que su proa quedó mirando al oeste. Empezó a avanzar sobre las olas, que temblaban bajo la luz de la luna.

La sombra del acantilado se volvió más pequeña y oscura. Empezó a descender hacia Llyn Gwalch. Una fría Oscuridad pareció rozarme, como un pájaro invisible, y volví a sentir la sensación desagradable y sofocante de la noche anterior. Pero el bote iba tomando velocidad, deslizándose sobre las olas, y de repente recordé lo que se

decía sobre el mal y el agua: algunos espíritus malignos no pueden cruzar el mar. Me eché a reír. Los tentáculos negros retrocedieron, demasiado débiles y desgastados.

Miré por encima de la popa mientras Llyn Gwalch se encogía detrás de mí, convirtiéndose en una marca pálida en la pared rocosa, y luego en un punto suave entre el movimiento de las olas a la luz de la luna, con la catarata del riachuelo reducida a una cadena de plata colgada del acantilado. La niebla se espesó cuando el bote se adentró en ella, y Llyn Gwalch y la isla en la que había vivido toda mi vida desaparecieron de mi vista. No pensé en despedirme, sino que miré

hacia el oeste, por encima de la proa del bote. Su velocidad seguía aumentando. Me eché a reír de nuevo, sintiendo la misma sensación de libertad y triunfo exultante de aquella mañana, y entoné una canción de victoria. El bote saltó hacia adelante como un caballo obediente y siguió navegando, veloz como una gaviota o un halcón, atravesando la niebla para volver a salir a la luz de la luna. La espuma centelleaba en su proa mientras recorría el camino de luz proyectado por la luna poniente.

Bostecé y me di cuenta de que aún estaba muy cansado. Los almohadones en los que había reparado eran blandos

y suaves, y los edredones de seda y armiño, mucho más cálidos que mi desgastada capa. Hacía frío navegando a aquella velocidad por el mar abierto. Me tumbé y me cubrí con los edredones, susurrando mi agradecimiento al bote y a la fuerza que lo hubiera enviado.

No recuerdo haberme dormido, pero lo siguiente que vi fue la luz del amanecer derramándose sobre mí, más intensa que la de ninguna alborada que pudiera recordar. Permanecí tumbado, contemplando los estandartes de color que cubrían el cielo desde el este al cénit. Tanta belleza prometía un destino de igual hermosura.

Me incorporé. El bote seguía

moviéndose, pero algo más lentamente. Su proa y alas centelleaban con el fuego reflejado del agua. Incluso el mar era distinto a todo lo que había visto antes. Era un agua límpida, pero teñida de esmeralda y azul, colores más intensos que los de la tierra, con brillo de joyas resplandecientes a la luz del alba. El sol proyectaba mi sombra por encima de la proa del bote, y avanzábamos sobre el mar como por un camino. Mientras observaba, una bandada de pájaros apareció volando en el oeste, con sus alas blancas y doradas resplandeciendo. Miré hacia adelante con impaciencia, esperando ver la tierra de donde procedían.

Nos acercamos pronto a ella. La isla se elevaba en el océano, verde y dorada. El sol golpeó alguna superficie brillante y una luz pura y clara se elevó como un grito de alegría. Verdaderamente, aquélla tenía que ser la Llanura de la Dicha, mencionada en tantas canciones. La Luz me había escuchado. Levanté mis brazos a la mañana y canté una de las canciones sobre la isla a la que me estaba aproximando:

«... *allí se ve el País de Plata,*
donde llueven diamantes y piedras de dragón,
y el mar estrella en la arena
las trenzas de cristal de su cabello.
A través de los siglos se oye su

cantar,
llamando a los suyos con su melodía;
su música coral resuena
inmutable, inmortal, libre...»

Apenas había tenido tiempo de terminar cuando el bote se acercó a un muelle blanco que penetraba en el mar. Allí se detuvo, una vez terminado su viaje.

Me puse en pie y desembarqué. Miré hacia el bote, algo asustado de dejarlo atrás. Pero luego dirigí la vista hacia la tierra, la hierba verde, el camino de arena dorada que partía del muelle y los altos árboles, era muy raro ver árboles en las Orcadas, balanceándose como

bailarines, y empecé a ascender lentamente por el camino, maravillado. No sentía la estupefacción e incredulidad que se podría esperar. Aunque todo aquello era prodigioso, me resultaba extrañamente natural, como ocurre en los sueños. Comprendí que la perplejidad llegaría más tarde. Pero, por el momento, era imposible. La Isla de los Benditos parecía más real que las Orcadas. Era lo que había dejado atrás lo que me parecía un sueño.

Ascendí por el camino, saboreando la belleza a mi alrededor. Por todas partes había flores, todas ellas distintas. Su perfume se mezclaba con el canto de los pájaros y la música de la brisa entre

los árboles. Avancé más aprisa y eché a correr por el puro placer del movimiento, hasta que rodeé una curva y me detuve, pues había encontrado el palacio que era el centro de aquel lugar.

Se parecía mucho a sus descripciones. Los muros eran de bronce blanco con filamentos de oro entretejidos, pulidos y relucientes. El tejado, fabricado con las plumas de todas las aves conocidas, era de todos los colores, combinados a la perfección. Relucía casi tan intensamente como el sol.

Me acerqué lentamente, algo asustado, aunque sabía que no hubiera estado allí si ése no hubiera sido mi

destino. Llegué hasta las grandes puertas plateadas y las golpeé suavemente. Se abrieron por sí solas, revelando el salón interior, que está más allá de toda descripción. Pero se parecía lo suficiente a los salones de la tierra para que supiera que debía dirigir mis ojos hacia el hombre sentado en la mesa principal, por encima de los demás que llenaban la estancia. Todos eran lo bastante hermosos para llenarme los ojos de lágrimas, y sentí que me caía encima el peso aplastante de mi humanidad y mis maltrechas ropas. Pero el hombre sentado en el asiento principal, el señor del palacio, me dirigió una sonrisa brillante e intensa y

me indicó con un gesto que me acercara.

Recorrí en silencio todo el salón, con los ojos de los asistentes fijos en mí; y no puedo describir ni explicar lo que vi allí. Lentamente, subí al estrado y me detuve, mirando al señor al otro lado de la mesa sin saber qué decir ni qué hacer.

Él se levantó y volvió a sonreír, y me pasó por la mente que Lot y Agravain realmente se le parecían mucho, aunque carecían de su resplandor.

—Bienvenido, hijo mío —dijo Lugh, el dios del sol—. Siéntate. Vienes de muy lejos y debes de estar hambriento.

De modo que me senté en la mesa

principal del salón de los sidhe, comí con ellos y bebí el vino dulce y brillante que es como una esencia de luz, y hablé con Lugh el de la Larga Mano.

Me preguntó por Lot y le hablé de Arturo. Me escuchó y asintió.

—Es el destino. Un nuevo día amanece cuando muere el anterior.

—Entonces, ¿Arturo de Britania sirve a la Luz? —pregunté.

—Así es. —Lugh se encogió de hombros—. Este es un asunto de gran importancia y hay muchas cosas implicadas en él. No veo claro cuál será el final. Mis días también han terminado.

Le miré, estupefacto.

—¿Tus días, señor? ¡Pero aquí eres

el rey!

—Pero en la tierra, donde una vez tuve poder, me queda muy poca fuerza. Hubo un tiempo en que todo Occidente me adoraba. Ahora los hombres se han vuelto hacia otra parte. Con el tiempo, lo poco que me queda también terminará, y mi fortaleza y mi gente serán una mera historia para niños. Y cuando haya pasado todavía más tiempo, ni siquiera eso.

—¿De modo que toda esta luz tendrá que apagarse? —pregunté, pasando la vista por el deslumbrante salón.

Lugh sacudió la cabeza, sonriendo ante mi pregunta.

—¿Esta luz? Desde luego que no.

Seguiremos festejando aquí hasta el fin de los días de la tierra y después de ellos. El tiempo no puede tocar este lugar, ni la muerte, ni ningún pesar. Es mejor que la tierra donde antes vivíamos.

—¿De modo que vivisteis en la tierra, como dicen las canciones?

—Hace mucho tiempo. —Lugh tomó un sorbo de vino. Sus ojos azules eran cálidos y brillantes como el cielo—. En lo que podía haber sido Erin. Los hombres no eran más que un sueño al este, lejos de mis dominios. Nací aquí, en el oeste, no como nacen los hombres, y aquí viví y creé música con mi pueblo. Mi madre era la hija de Balor, y mi

padre, Cian, hijo de Diancecht el Sanador. Como tú, Halcón de Mayo, estoy hecho de Luz y Oscuridad. Y una vez también se me dio a elegir entre ellas, y escogí la Luz. Fui su rey durante un tiempo, aunque sabía que mi reinado sería difícil y no duraría eternamente.

—Has oído hablar de mi madre, Morgawse.

—He oído hablar de la reina del aire y la Oscuridad, que se ha convertido en Morgawse. Es una antigua enemiga, una de mi raza. Busca la destrucción del mundo que ya no puede poseer.

—Pero tú lo poseíste una vez.

Sonrió de nuevo.

—Una vez conduje mi carro con el viento desde Temair de los Reyes, aunque no era la misma Temair donde hoy reina Ui Niaill. Una vez mi pueblo gobernó la tierra, dirigiendo el fuego, el agua y el aire como un rey a sus hombres. Pero ese tiempo pasó hace muchos años, y hasta la tierra lo ha olvidado. Como debe ser.

—Una vez oí una historia —dije— que contaba cómo los hijos de Mil llegaron a Erin, los primeros humanos en pisar sus orillas, hace mucho tiempo; y encontraron allí a los sidhe, que por entonces tenían otro nombre. Y se dice que los hijos de Mil lucharon contra los sidhe, o que se sometieron al juicio de

Avairgain, el poeta de los hijos de Mil, y que Erin fue entregada a los hombres.

—La segunda historia está más cerca de la realidad —dijo Lugh—, aunque la decisión no la tomó Avairgain.

—¿Quién decidió, entonces?

—El Gran Rey, la Luz que brilla por siempre. Él me entregó mi reino, y él me lo volvió a arrebatar para concedérselo a los hijos de Mil, y Avairgain el poeta contó a los primeros hombres lo que se había hecho. Pero la reina de la Oscuridad no quiso obedecerme, ni a la Luz, ni a Avairgain, sino que su deseo era quedarse con aquella tierra.

—La Luz, esa Luz —dije—. No sé a qué te refieres.

Él me miró amablemente, divertido.

—¿Y cómo ibas a saberlo? Nadie lo sabe cuando la encuentra por primera vez, y tú acabas de salir de una gran Oscuridad. La Oscuridad ciega los ojos. Pero, ¿acaso no has jurado servirla y seguirla?

—Lo he hecho.

—Entonces la conocerás mejor muy pronto. La Luz es un señor poderoso, un Gran Rey, y a menudo es un amo exigente, aunque amable. La Luz ama a sus siervos y amigos, y te mostrará más cosas de las que nunca creíste que pudieran existir. Así, al menos, ha sido para mí.

—Así ha sido para ti… Pero yo

pensé…

—¿Que yo era la Luz? Desde luego que no. Muchos lo han pensado, y una vez, en Erin, se me adoró como a la Luz. Pero hoy se la busca de modo distinto. Ha habido muchos cambios en la tierra. Yo también soy un simple siervo.

Así hablamos mientras bebíamos vino. No era consciente del tiempo. No creo que se pueda ser consciente del tiempo en aquel lugar. Tal vez los del salón salieran en algún momento a recorrer la isla. Hay canciones sobre los caballos de los sidhe y carros de oro corriendo entre las flores, y bailes, y también sobre guerras, pero creo que esas cosas deben ocurrir fuera del

tiempo, ni simultáneamente ni antes ni después, sino en una secuencia creada por el espíritu y no por el paso del sol. No puedo explicarlo más claramente, ni aún ante mí mismo, pero así era. Pero cuando hube hablado con Lugh durante un rato, el festín concluyó, y un sidhe que había estado sentado a mi derecha en la mesa principal se levantó, se dirigió a la gran arpa que aguardaba en un rincón y empezó a tocar. Aquella canción era todo lo que los hombres han buscado y soñado, lo que sólo pueden entrever por un instante antes de que se disuelva en el mundo humano. Era luz, fuego, el éxtasis puro de la alegría inmortal, totalmente libre del dolor que

siempre la acompaña en la tierra. Yo escuchaba y sentía como si mi espíritu fuera a separarse de mi cuerpo para elevarse con aquel viento dorado hasta la misma cúspide de los cielos. Escuchaba, totalmente perdido en los laberintos de la música, sin sentir nada más que la secuencia de cada nota. Hubiera permanecido de aquel modo para siempre si Lugh no me hubiera tocado un brazo.

En aquel momento me di cuenta de que estaba llorando. Desconcertado, me pregunté por qué. Lugh se incorporó y me indicó con un gesto que le acompañara. Le seguí, arrancándome de la música con un esfuerzo tan doloroso

como si arrancara mi propia sangre de una herida profunda. Abandonamos el salón y, cuando la música se volvió más débil tras las paredes, fui plenamente consciente de ella; me senté y me eché a llorar. Lugh permaneció pacientemente a mi lado, en silencio.

Cuando desahogué mi dolor, Lugh apoyó una rodilla junto a mí y me puso una mano encima del hombro.

—No deberías haber escuchado durante tanto tiempo —me dijo suavemente—. Las canciones de los sidhe no son para los hombres. Para vosotros hay demasiado dolor en el éxtasis, y el fuego arde con demasiada intensidad para soportarlo. Sin embargo,

es bueno que hayas oído cantar a Taliesin aquí. Ahora sabes algo sobre la Luz. Debes recordarlo, y pensar en ello cuando la Oscuridad te rodee. Te ayudará, igual que lo que voy a darte ahora, si puedes aceptarlo.

Al oír aquello levanté la vista. Lugh asintió y volvió a indicarme que le siguiera. Nos levantamos.

Me guió a través de algunos pasadizos descendentes hasta que calculé que estábamos debajo del salón de festines. El silencio era absoluto, y los pasadizos estaban a oscuras, a excepción de la débil luz que parecía resplandecer en las paredes, y del fuego rápido e intenso que rodeaba a Lugh,

maestro de todas las artes. Era un lugar muy hermoso, pero había una sensación de gran poder, como un fuego contenido. La canción del salón no me había agotado, como me hubiera sucedido en la tierra, de modo que era sensible a la fuerza que latía en aquel lugar como un corazón.

Lugh se detuvo ante una puerta de madera color dorado intenso, con la cerradura de bronce rojo, y apoyó la mano en el pomo. Se volvió hacia mí.

—Te preguntarás por qué has sido traído hasta aquí, Halcón de Mayo —dijo. Su voz era casi un susurro, pero contenía la misma nota que el silencioso latido de poder que ardía tras aquella

puerta.

—Es cierto, señor.

—Es bueno que te lo preguntes. No has sido traído simplemente para que te regocijes viendo esta isla, aunque era necesario que vieras la luz tras tanta oscuridad. Tampoco te han traído a mi palacio simplemente para que pudieras escapar del demonio que te perseguía, aunque eso también era necesario. Has sido traído para que tomes las armas y luches contra esa Oscuridad que ahora puedes reconocer mejor que muchos otros. Casi tienes diecisiete años; estás en edad de empuñar las armas.

—Señor —dije—, todavía me falta un año para cumplir los quince.

Él sacudió la cabeza.

—Mientras estabas sentado en mi salón, el invierno transcurrió en la tierra; y la primavera, y el verano, y un año más a continuación. En Britania están en el mes de marzo. Cuando regreses, habrá empezado mayo.

Sentí un frío intenso y aparté la vista. Había oído historias de hombres que pasaban en las tierras de los sidhe lo que les parecía una sola noche, para encontrar a su regreso que habían transcurrido cien años, pero no se me había ocurrido que pudiera sucederme a mí. Casi tres años. Bueno, tal vez era una buena cosa. Habría crecido, y mi brazo sería más fuerte. Sin embargo…

Lugh sonrió amablemente.

—No será más que eso, halcón de primavera, te doy mi palabra. Pero tienes la edad suficiente para empuñar las armas. Y si regresas a la tierra necesitarás un arma capaz de protegerte de los poderes de la Oscuridad, que buscarán tu muerte. Y, además, has jurado en tu corazón aceptar como señor al Gran Rey de la Luz. No olvides que un guerrero debe luchar por su señor.

Asentí.

—Necesitas un arma —dijo Lugh—, y voy a darte una.

Abrió la puerta, permaneció sosteniéndola y yo entré lentamente en la habitación.

Era una estancia sencilla y oscura, a excepción del lugar, en la pared opuesta, donde había una espada en posición vertical, con la luz reluciendo en el gran rubí incrustado en la empuñadura. Su sombra se proyectaba sobre la pared en forma de cruz. Percibí el poder que ardía en su interior, grande y terrible, y sentí que una oleada de terror frío se apoderaba de mí.

—Señor —le dije a Lugh, que estaba detrás de mí, en el umbral de la puerta —. Señor, esto es demasiado para mí. Esta no es un arma para hombres. Me siento halagado de que hayas pensado en mí para usarla, pero no podría empuñar semejante espada.

—Es una espada para hombres —dijo Lugh suavemente—. Cierto, su poder es lo bastante grande para destruir a muchos, y el llevarla puede acarrear desdichas a su portador. Pero es un arma como sólo los hombres necesitan; mi raza emplea otro tipo de espadas.

Sabía que tenía razón, pero seguí mirando fijamente la espada, que dormitaba junto a la pared, aguardando la mano que la desenvainaría entre llamas. Y serían unas llamas terribles, una Luz devastadora.

—Si realmente no deseas aceptar esta espada —dijo Lugh—, puedes rechazarla. Debes saber que también puedes servir a la Luz aunque la

rechaces.

Por un instante deseé aceptar su ofrecimiento. Pero era imposible. No podía desobedecer a la Luz inmediatamente después de que me hubiera salvado. Si mi nuevo señor deseaba que desenvainara la espada, debía intentar hacerlo. Me consolé diciéndome que la Luz no desearía algo semejante a menos que fuera capaz de hacerlo sin ser destruido. Y, pase lo que pase, un guerrero debe obedecer a su legítimo señor. De modo que sacudí la cabeza.

—Trataré de aceptar el regalo. —Tenía la boca seca y las manos húmedas.

No vi la sonrisa de Lugh, pero la

percibí.

—Adelante, pues. Desenváinala.

Me acerqué a ella con pasos lentos y pesados. Mi muerte podía sobrevenirme allí mismo si no tenía fuerzas para levantar la espada… Estaba en pie ante ella, y la luz, cálida y rojiza, se derramaba sobre mí. Caí de rodillas.

—Luz —dije—, mi Gran Rey y señor, el mar está a mi alrededor, el cielo encima de mí y la tierra bajo de mis pies y, si rompo el juramento que te hago, que el mar se alce y me ahogue, que el cielo se rompa y caiga sobre mí y que la tierra se abra y me devore; que así sea.

Sabía que el Triple Juramento era

innecesario, pero siempre se prestaba cuando alguien tomaba las armas de su señor. Respiré profundamente, alargué las manos, las cerré en torno a la empuñadura de la espada y empecé a desenvainarla.

Estaba caliente, como una llama, y las manos me ardían. La luz del rubí saltó y se elevó, fiera y roja, como la sangre que golpeaba en mis oídos y hacía vibrar todo mi cuerpo con su latido. Tiré de la hoja y la luz se deslizó a lo largo de la parte expuesta del acero, todavía roja. Mis manos no eran más que centros de dolor, y estaba seguro de que se me estaban quemando; prácticamente podía olerlo… Seguí

tirando de la espada, y de repente estuvo fuera de la vaina; grité porque su luz y su fuego estaban en el interior de mi alma, y yo ardía con ella. Me vi a mí mismo completamente revelado bajo la luz. Toda la Oscuridad que había conocido estaba ante mí, y toda la Oscuridad que formaba parte de mi interior me gritó que soltara la espada antes de que me matara. Y me estaba matando, porque me sentía empalado por su luz, y no era una espada para los hombres mortales… pero la Luz deseaba que yo la empuñara, ¡oh, Ard Rígh Mor, Gran Rey!, de modo que resistí, sintiendo que el aire entraba al rojo vivo en mis pulmones, chamuscando todo mi

ser, corazón y mente consumidos en una luz que ya no era roja sino que ardía con un resplandor blanco como el corazón del sol. Me fallaron las fuerzas y me retiré a mi interior, buscando algo de poder capaz de sostener la espada en medio de aquella agonía. Por un instante pareció que no lo tenía, que sería aniquilado, porque era demasiado tarde para soltar la espada.

Y entonces sentí que un poder repentino surgía de mi interior hacia mis extremidades: claro, blanco y ardiente, hasta el centro de mi ser, que había soñado con aquello mucho tiempo atrás, aunque yo apenas lo sospechara. Levanté la espada en alto sobre mi

cabeza, con la punta hacia el cielo, vagamente consciente de que ardía pura y brillante como una estrella. Grité de triunfo sin saber lo que decía, porque había vencido y la espada era mía.

Y de repente el dolor desapareció. Estaba de rodillas ante la pared desnuda, y la espada se apagaba lentamente entre mis manos.

—Ya está —dijo Lugh, muy suavemente—. Me alegro.

Miré la espada, y luego mis manos. No estaban quemadas en absoluto. Volví a mirar la espada. Su luz se había reducido a un destello a lo largo de la hoja. Me volví hacia Lugh, que continuaba inmóvil en el umbral,

rodeado por una luz clara y brillante, sonriendo.

—El nombre de la espada es Caledvwlch, «Dura» —dijo—. Antes tuvo otro nombre, pero ahora es tuya. Recibe un nombre nuevo en cada nueva época.

—Es mía —dije, todavía perplejo. Me invadió una oleada de intensa alegría—. Mi señor me ha dado armas.

Lugh asintió.

—Ahora eres un guerrero de la Luz. No lo olvides, Halcón de Mayo. Ahora —Lugh atravesó la habitación y me ayudó a levantarme—, nuestro señor está inmerso en una guerra. Debes usar tu arma.

—¿Dónde será la batalla? —pregunté—. ¿Y a qué mesnada me uniré?

—La batalla estará continuamente a tu alrededor. Escucha mi advertencia: no siempre tendrás que luchar con la espada, aunque sea una espada como la tuya.

—Lo comprendo, señor. He vencido a mi propia Oscuridad, pero no puedo destruirla.

Lugh asintió, sonriendo.

—Y harás, muy bien en recordarlo. La Oscuridad puede usar tu propia voluntad, y tú podrás usar a otros sin que ellos lo sepan. Has caminado en la Oscuridad y elegido la Luz, y será difícil engañarte. Pero no imposible.

Hay mucho dolor en la tierra, y la Oscuridad es muy fuerte… —Se detuvo bruscamente. Apartó la mirada del futuro para devolverla al presente y a mí —. Respecto a tu mesnada, podrás reconocer a quienes sirven a la Luz. Ya has oído hablar de Arturo. Ve con él, acéptalo como a tu señor en la tierra, si él lo desea. Pero antes necesitarás convencerle de que has abandonado la Oscuridad. No esperes que sea fácil. Ocurra lo que ocurra, estoy seguro de que en la tierra sucederán grandes cosas en los próximos días, porque se ha entablado una gran batalla. No sé cuál será su final, y no puedo verlo. Sólo sé que el resultado será extraño, y distinto

a lo esperado. Pero creo que lucharás con honor. Ahora, ven.

Lo seguí fuera de la habitación y me condujo por un laberinto de pasadizos hasta el exterior, a una especie de plataforma justo bajo el tejado del palacio, como las que suelen usarse para arreglar el ramaje. Nos detuvimos justo debajo del tejado de plumas y miramos hacia el oeste. El sol se estaba poniendo, cubriendo el mundo de luz, y parecía más cercano y brillante que en la tierra. Lugh señaló hacia el oeste, y yo miré en la dirección que indicaba. Pude ver toda la isla, el mar que la rodeaba, y todavía más allá, hasta el mismo sol. Por un instante, me pareció

que una luz como una nueva estrella resplandecía al otro lado del mar, más allá del horizonte. En aquel momento sentí que comprendía la canción del salón, y a qué había jurado dedicar mi espada. Caí de rodillas y la alcé ante mí, no sé si en un gesto de homenaje o de defensa. Lugh alzó los brazos, y la luz de su interior pareció intensificarse. El sol tocó el horizonte, cubriendo la otra luz, y Lugh volvió a mirarme.

—Es hora de que te vayas —dijo suavemente—. Tal vez regreses algún día, cuando la tierra ya no exista, y puedas oír el final de la canción. Pero me temo que hasta entonces no nos encontraremos, y tampoco regresarás a

mi reino. De modo que te doy mi bendición, hijo mío. —Apoyó las manos sobre mis hombros mientras yo me arrodillaba—. Llévala contigo a la batalla. —Me ayudó a incorporarme y me abrazó, más tiernamente de lo que nunca lo había hecho mi padre—. Ve con la Luz, *mo chroid*, corazón mío, y no te sorprendas de lo que ocurra.

Retrocediendo, levantó las manos y pronunció una palabra que el viento tomó y repitió a mi alrededor. La pared dorada y broncínea del salón, y el sol poniente sobre el tejado, se disolvieron en aquel sonido, y las llanuras, bosques y océano de las Islas Benditas se desvanecieron lentamente con el viento.

Finalmente, el propio Lugh, rodeado de un incendio de luz, desapareció entre una niebla luminosa, todavía sonriendo, y los últimos ecos de la palabra mágica me devolvieron suavemente, muy suavemente, a la Tierra y al sueño.

6

Un halcón volaba en lentos círculos por encima de mí. Observé cómo inclinaba las alas, en equilibrio sobre el viento, y luego viraba suavemente. Dejé que mi mente volara a la deriva con él, balanceándose despacio en el cielo azul, sin contemplar el marasmo de recuerdos que aguardaban abajo. Me sentía ligero, fuerte, decidido. Con aquello me

bastaba.

Finalmente, se me ocurrió preguntarme qué habría pasado y por qué sentía aquella extraña sensación de seguridad, y examiné mis recuerdos.

Llyn Gwalch. Había cabalgado hasta allí con un demonio persiguiéndome en la noche. Había pasado allí todo un día, y después… no, un largo resplandor de color y luz, dolor, gloria y éxtasis. Una canción impregnándolo todo y un dolor demasiado profundo para expresarlo con palabras. Y un juramento, un compromiso. Las Islas Benditas. Tir Tairngaire, la Tierra de Promisión, el País de Plata, la Tierra de los Vivos… todos los nombres con que se la conocía

acudieron a mi mente. Lugh el de la Larga Mano… No, tenía que haber sido un sueño. En realidad, sentía la sensación extraña y encantada propia de los sueños, percibiendo unos colores demasiado intensos. El tiempo y la distancia parecían estar alterados, ajenos y absurdos. Llyn Gwalch, entonces. Ciertamente, había estado allí, de modo que era de presumir que continuaba allí. Más tarde tendría tiempo de concentrarme en aquella sensación de cambio, pero por el momento decidí buscar algo de comer.

Me incorporé, bostezando, miré a mi alrededor y me quedé inmóvil.

Estaba sobre una colina, sentado

entre la hierba baja y los arbustos que la cubrían. A un lado, la pendiente descendía hacia otra cadena montañosa, y luego quedaba tapada por una increíble extensión de bosque, que relucía con el verde intenso de la primavera. Al otro lado, la colina se prolongaba hacia un grupo de montañas aún más altas. El cielo era de un azul indescriptiblemente claro, y parecía extenderse eternamente.

—No —dije en voz alta—. Es imposible.

No había colinas tan altas en las Orcadas, ni bosques. No estábamos en primavera, sino en otoño.

Pero la tierra y el cielo eran

indiscutiblemente reales. Me agarré la cabeza, aterrado. ¿Dónde estaba? Aquello no podía ser un sueño, pero si no lo era… lo otro tampoco lo había sido.

«No te sorprendas de lo que ocurra», me había dicho Lugh antes de enviarme de vuelta a la tierra. Recordaba sus palabras claramente, y también su rostro al pronunciarlas, y todo el oeste extendido bajo el tejado de su palacio. Recordé la habitación bajo el salón de banquetes, y la agonía al desenvainar la espada, y el gozo y el poder que me había proporcionado. La espada… Me llevé una mano al costado.

Estaba allí.

Cerré la mano en torno a la empuñadura, y el arma pareció fluir en mi interior y convertirse en una parte de mí. La levanté y la miré. Era real. Todo el viaje había sido real, y la magia de la Luz no era menos real que el poder de la Oscuridad. Había jurado fidelidad a la Luz, y ella, él, me había dado armas. Tenía en las manos una espada que no había sido forjada en la tierra.

Me eché a reír, apretando la empuñadura con ambas manos, y las dudas y el terror desaparecieron sin dejar rastro. Me puse en pie de un salto y levanté a Caledvwlch bajo el sol.

—¡Mi señor, Gran Rey! —grité—. Te doy las gracias por esto, por librarme

de mis enemigos y por aceptar mi juramento. —Mientras hablaba, la espada volvió a resplandecer, pero en aquella ocasión sin quemarme; más bien parecía irradiar mi propia alegría. La bajé lentamente, sin dejar de mirarla—. Y te doy las gracias, mi antecesor, lord Lugh, por tu hospitalidad —añadí. La luz ardió un rato más y luego se apagó hasta que me pareció que sostenía una espada ordinaria, aunque muy hermosa.

No me había fijado realmente en su aspecto hasta aquel momento. Era una espada de doble filo, como las que se emplean para luchar a caballo. Era algo más larga y estrecha que la mayoría de espadas semejantes, y su balance era

perfecto. La empuñadura era muy hermosa, la cruceta mucho más larga de lo habitual, con cada ramal envuelto en hilo de oro que ascendía hasta el pomo, donde había un rubí incrustado. La hoja, una vez desaparecida su luz interior, reflejó la del sol con el dibujo serpentino del acero bien forjado. Y estaba bien afilada; pasé el filo a lo largo de mi brazo, y cortó todo el vello sin un solo tirón. Sería una buena arma para una batalla ordinaria, sin la añadidura de sus poderes desconocidos contra la Oscuridad.

Bajando la vista, vi que tenía una vaina. Era muy sencilla, de madera y cuero, y pendía de una simple correa.

Dejé la espada y me rodeé la cintura con la correa, envainé mi arma y la ajusté. Era un peso fácil de llevar, y me sentía más ligero con aquella carga que sin ella.

El problema era saber adónde ir. No tenía ni idea de dónde podía estar. Lugh había dicho que fuera a ver a Arturo, y probablemente éste se encontraba luchando contra los sajones en algún lugar de Britania, de modo que seguramente estaría en Britania y no en Erin o Caledonia… o en Roma o Constantinopla. Pero Britania es una isla muy grande, y en sus múltiples reinos había poca gente dispuesta a recibir con los brazos abiertos a un forastero de las

Orcadas. Bien, si Arturo estaba luchando contra los sajones, era de esperar que Lugh me hubiera enviado a algún lugar cerca de él. Aquello podía significar que me encontraba cerca de la frontera de uno de los reinos sajones, pero también podía significar lo contrario. Un ataque bien planeado podía dirigirse contra una región situada a cien millas. Y casi todos los reinos britanos limitaban al este con tierras sajonas. En fin, al menos no me dirigiría al este. Comprobé la dirección con el sol.

La cadena de colinas estaba directamente al oeste. Parecía un camino duro y no estaba acostumbrado a

recorrer grandes distancias a pie, de modo que busqué un terreno más cómodo.

Volví a mirar el cielo. El halcón que había observado poco antes aún era visible, volando lentamente en círculos hacia el sur. Me pareció una dirección tan buena como cualquier otra. Emprendí la marcha.

Después de dar tres pasos tuve que detenerme de nuevo. Las botas me apretaban terriblemente. Al sentarme para examinarlas vi que eran demasiado pequeñas. Y también lo era el resto de mi ropa. Recordé entonces que Lugh había dicho que habían transcurrido dos años y medio durante el único día que

había pasado en la Isla de los Benditos.

Miré mis botas. Todo el mundo debía creerme muerto; probablemente ya me habían olvidado. La primavera estaba terminando. Debía de tener diecisiete años.

Casi contra mi voluntad, recordé las historias que se contaba sobre los que visitaban a los sidhe. A veces, regresando sólo para echar un vistazo a su pueblo natal, aquellos viajeros se convertían en polvo al pisar tierra mortal y alcanzarles todo el tiempo transcurrido. Y otras veces continuaban sanos y salvos, pero en el mundo habían transcurrido siglos enteros desde su partida, de modo que permanecían

vagando por la tierra durante años, preguntando por personas muertas y olvidadas mucho tiempo atrás. Me sentí enfermo. ¿Y si me sucedía algo parecido? Se me ocurrió que podía entrar en una granja y preguntar por Arturo Pendragón, sólo para que sus habitantes me respondieran «¿Quién?», y me miraran con expresión extraña.

«No —me dije firmemente—. Lugh dijo dos años y medio, y no me engañaría. Estamos en primavera, dos años y medio después de mi partida de Llyn Gwalch. Y si no es así, es porque la Luz no lo desea, y la Luz es tu señor; debes aceptar sus decisiones y tener fe en ellas».

Me desabroché las botas y me las quité. Después de todo, me habían avisado. Y las ventajas de aquello eran muy grandes. Ya había empezado a crecer antes de abandonar Dun Fionn, pero en la Isla me había convertido en un adulto, capaz de jurar fidelidad a cualquier señor de Britania… cualquiera que me aceptara, al menos. Sin duda seguía siendo un mal guerrero.

Aquella idea me hizo sonreír, aunque algo temblorosamente, y recordé a Agravain, Lot y todos los que habían tratado de adiestrarme en Dun Fionn, cuando todavía deseaba ser un guerrero. Las cosas me habían sido difíciles entonces, muy difíciles. Por lo menos,

había averiguado cuál era mi camino, y sabía que era bueno, aunque resultara arduo. Al parecer, el ascenso del Averno no se completaría con un solo paso. De repente, recordé la luz que había visto en el crepúsculo de las Islas Benditas y me esforcé por recordar lo que significaba. No pude. Pero sí recordaba la canción del salón, todavía intensa, clara y brillante. Demasiado clara; el dolor me inundó en una gran oleada, mezclado con la añoranza, y me agaché un instante, contemplando los arbustos. Era mejor no pensar en aquello durante un tiempo.

Me desprendí de las botas, ya que me resultaría fácil caminar descalzo

sobre aquella hierba, y empecé a bajar la colina.

Era un hermoso día para caminar. Hacía calor, casi tanto como el que a veces teníamos en las Orcadas, aunque el clima suele ser mucho más caluroso en Britania, de modo que primero me aflojé y luego me despojé de la manchada capa. El cielo estaba muy claro y azul, y sólo una leve brisa hacía ondear las briznas de hierba. Las alondras dejaban caer su música desde arriba, por todas partes saltaban los conejos y, en una ocasión, mientras caminaba junto al borde del bosque, una manada de ciervos se levantó sobresaltada y se alejó a grandes saltos.

Abundaban las flores, de unas clases que nunca había visto en mis islas. Los bosques eran una maravilla para mí, pues no había visto ninguno antes, y el juego del sol entre las hojas me parecía demasiado increíble para describirlo.

Hacia mediodía, cuando empecé a tener sed, encontré un riachuelo que descendía hasta el bosque desde las colinas. El agua era dulce y cristalina. Después de beber, descansé un rato junto al arroyo, mojándome los pies, que ya estaban doloridos; luego emprendí de nuevo la marcha, siempre hacia el sur.

A medida que transcurría el día, las colinas se volvieron más bajas, mezclándose finalmente con el paisaje

que las rodeaba. El bosque se hizo más denso y, pese a su belleza, empecé a inquietarme al verme rodeado de árboles tan altos, y a echar de menos el mar y las colinas abiertas de las Orcadas. Tenía los pies heridos y magullados. Cada vez me sentía más agotado y debía detenerme a descansar con más frecuencia. No había visto ningún rastro humano en todo el día, y me pregunté en qué lugar de aquel gran país podía encontrarse Arturo. Entonces, cuando empezaba a avanzar la tarde, encontré una calzada.

Me dejó estupefacto. Nunca había visto nada parecido. Estaba pavimentada con grandes piedras, algo

arqueada en el centro, y el bosque había sido desbrozado a su alrededor, aunque los arbustos habían vuelto a crecer desde la última limpieza. Era una calzada lo bastante amplia para permitir el paso de las carretas más grandes, y lo bastante firme para soportar las lluvias más intensas y los inviernos más fríos. Había oído hablar de las calzadas romanas, pero siempre había pensado que sus virtudes se exageraban. Bien, acababa de descubrir que eran reales.

La calzada iba de este a oeste, recta como el asta de una lanza. Salí cautelosamente del bosque, la pisé y eché a andar hacia el oeste. Era fácil caminar sobre ella después del terreno

boscoso, y avancé a buen ritmo.

Cuando sólo faltaba una hora para oscurecer, vi un grupo de hombres avanzando hacia mí por la calzada. El sol poniente estaba detrás de ellos, y no podía distinguirlos con claridad. Sin embargo, me dirigí rápidamente a su encuentro. Eran los primeros hombres que veía tras despertar; de hecho, eran los primeros que veía en dos años y medio, y sentía la necesidad de compañía tras el extraño bosque y las cosas aún más extrañas que lo habían precedido. Además, su presencia significaba casas, fuego, comida. Y, más que hambre, sentía una particular ansiedad por la presencia de otros

hombres, un deseo de encontrarme entre ellos, casi como si toda la humanidad fuera mi clan y yo deseara sentir su calor para reconfortarme de la enormidad de los poderes de la Luz y la Oscuridad. Es una sensación extraña, pero me ocurre siempre que he estado cerca de la Luz y, por lo tanto, lejos de la humanidad.

El grupo resultó estar formado por once hombres guiando tres caballos de carga y una vaca. Eran guerreros. El sol relucía sobre las puntas de sus espadas, siguiendo los contornos de los escudos ovalados colgados de sus hombros, y centelleando cálidamente sobre sus yelmos de acero. Me detuve frunciendo

el ceño. Los guerreros de las Orcadas no llevan yelmos, y tampoco ninguno de los guerreros britanos que se habían unido a las mesnadas de mi padre. La mayor parte de guerreros consideran una cobardía llevarlos y, además, a menos que esté muy bien diseñado, un yelmo sólo sirve para dificultar la visión sin proporcionar demasiada protección.

Mientras permanecía inmóvil, observándolos estúpidamente y pensando en aquellas cosas, uno de los guerreros me llamó, gritando en un idioma que no conocía. Entonces comprendí que debía haber huido. Sabía irlandés, britano, latín y algo de picto, todos los idiomas hablados en Britania

excepto uno. El que no conocía era el sajón… y los sajones también llevaban yelmos. Pero había dudado demasiado tiempo, y era demasiado tarde para huir. Los guerreros estaban casi encima de mí. Tendría que tratar de mentir y esperar que la famosa afición de los sajones a la violencia irracional fuera sólo un rumor, que su reputación de falta de imaginación y estupidez fuera correcta.

El sajón que me había llamado repitió su saludo. Asentí, tratando de adoptar un aire de ignorancia, y me hice a un lado para dejarlos pasar.

Me di cuenta de que todos eran hombres altos, con el extraño cabello

pálido que también forma parte de la reputación de los sajones, aunque tres de ellos eran morenos. Iban bien armados, con espadas, lanzas de arrojar y golpear, y los largos cuchillos o *seaxes* a los que deben su nombre. Los caballos iban cargados de comida: tres cerdos, grano y algunos sacos que podían contener fruta o verduras. El grupo se me acercó, más lentamente, y el líder se detuvo de repente y frunció el ceño. Dijo algo en tono interrogativo. Yo sacudí la cabeza.

Dio otro paso hacia mí y volvió a vacilar, mirándome fijamente. Hizo un gesto con la mano izquierda. Uno de sus camaradas hizo un comentario en su extraño idioma gutural, pero el líder

sacudió la cabeza con aire dubitativo y me hizo otra pregunta. En su voz había una extraña nota de incertidumbre, casi de miedo, y sus camaradas habían bajado las puntas de las lanzas. Volví a sacudir la cabeza.

El líder miró a sus compañeros y luego me habló en britano. Tenía un fuerte acento, pero lo entendí perfectamente.

—Yo decir, saludos a ti, seas quien seas. —Volvió a vacilar, observándome, y luego continuó en tono beligerante—: ¿Quién eres y por qué estás en esta carretera tan cerca del anochecer?

—Yo… estoy viajando porque debo hacerlo —dije—. Cuando oscurezca, me

detendré.

Uno de los sajones se adelantó furioso, bajando su lanza.

—¡Esa no es respuesta, britano! ¿Qué haces en los dominios de los sajones del oeste? Si eres un siervo, ¿dónde está tu señor? Si no lo eres, ¿qué haces?

—¡Eduin! —dijo el líder en tono alarmado, y en el silencio brusco y tensó que se produjo volvió a estudiarme, como si no le gustara lo que veía. Permanecí callado, pensando a toda prisa.

El segundo sajón, Eduin, empezó a discutir rápidamente con el líder, señalando hacia el este. El líder parecía

indeciso, masticándose el mostacho, pero luego se enfureció y se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Dónde está tu señor, britano? —preguntó.

De modo que pensaban que era un siervo, y habían dicho que aquél era el territorio de los sajones del oeste. Traté de recordar lo que sabía sobre los reinos sajones. Era fácil decir «los sajones», e ignorar las auténticas divisiones que los separaban, las distintas tribus de sajones, anglos, jutos, francos… pero los sajones del oeste habían llamado la atención lo suficiente para quedar registrados en cualquier memoria. Cerdic era el rey de los

sajones del oeste, y se había apoderado de una de las antiguas provincias romanas, la mitad oriental de Dumnonia. En aquella zona, recién conquistada o tal vez todavía resistiendo a los invasores, cualquier britano tenía que ser un siervo o un enemigo. Era mejor ser un siervo, especialmente cuando se trataba de once contra uno, y además mal luchador.

—¡Bien, respóndeme, britano! —dijo el líder sajón. De nuevo había en su voz un tono que no pude entender, casi de desesperación.

—Yo… —¿Qué podía decir?—. No tengo ninguno.

El líder también bajó su lanza, y situó la punta a menos de un pie de mí.

—¿De modo que no eres un siervo? —preguntó, en voz muy baja—. ¿Qué eres, entonces? ¿Sabes luchar? No temo a ningún… —Y añadió una palabra sajona. Los demás se acercaron con las lanzas bajas, mientras uno o dos descolgaban los escudos de sus espaldas, aunque estaba claro que no entendían el britano de su líder.

Me di cuenta de que mi mano había descendido hacia la empuñadura de Caledvwlch y, atónito por mi propia reacción, la detuve, traté de relajarme y parecer acobardado y desconcertado. No podía enfrentarme a ellos con la espada. Tendría que ver si había heredado algo de la famosa astucia de

mi padre.

—¡Pero soy un siervo, noble señor! —dije, luchando por poner una nota de terror en mi voz. No me fue difícil—. Yo… Arglwydd Mawr, gran señor, mi señor ha muerto, y no sé…

Ante mis primeras palabras, el sajón se relajó con un estremecimiento. Me habló de nuevo, con aire arrogante y agresivo.

—Tratas de reunirte con tu Gran Rey britano, ¿no? Sólo porque Arturo el Bastardo está a cien millas de distancia, has huido de tu amo y tratas de unirte a él.

—¡No, mi señor! —grité—. Sólo… Estoy huyendo, sí. Mi amo ha muerto, ya

te lo he dicho. Y me temo que mi hermano también. Tengo miedo de que me maten, señor. Necesito tu protección. Si tratara de reunirme con el Gran Rey, ¿os hubiera saludado, señor?

—Se hubiera escondido al vernos llegar —dijo Eduin a su compañero—. Es un siervo, Wulf, igual que cualquier otro.

Pero Wulf frunció el ceño.

—¿Cómo murió tu amo? ¿Quién quiere matarte? Responde rápido.

—Hubo un duelo, mi señor —repliqué de inmediato, recordando las historias contadas por uno de los espías de mi padre—. Mi amo mató a un hombre, hace aproximadamente un mes;

y sus parientes aceptaron el dinero, a causa de la guerra y porque el rey lo deseaba. Pero en sus corazones seguían furiosos, y cuando cruzábamos las colinas para tomar posesión de unas tierras que el rey le había concedido, le tendieron una emboscada y lo mataron, a él y a todos sus acompañantes. Mi hermano, otro de sus siervos, estaba allí, y también lo mataron. Yo me escondí tras un arbusto hasta que se marcharon y luego escapé. Tengo miedo, mi señor, porque sé que me matarán para impedir que revele que rompieron su juramento sobre la indemnización.

Wulf asintió. Al parecer, mi historia era plausible.

—¿Cuál era el nombre de tu amo, entonces? ¿Y quiénes son esos perjuros?

Bajé la mirada y me removí.

—Mi señor —susurré—. No me atrevo a decírtelo. No soy más que un siervo. Me matarían.

Me estudió durante un momento. Luego reparó en la empuñadura de mi espada por primera vez. Yo me había vuelto a cubrir con la capa para protegerme del frío del anochecer. La miró con el ceño fruncido.

—¿De quién es esa espada? ¿De tu amo?

—Sí.

Vaciló, empezó a pedírmela y luego se detuvo, sacudiendo la cabeza. Bajé la

vista.

—¿Y crees que podemos protegerte? —preguntó Eduin con sarcasmo.

Me removí todavía más, rezando desesperadamente a la Luz porque no me hicieran más preguntas sobre Caledvwlch.

Eduin soltó una carcajada áspera.

—Resulta que no necesitamos siervos britanos, a menos que sean útiles. ¿Qué sabes hacer?

Me permití relajarme un poco. «Ten cuidado», me dije a mí mismo. Por fortuna, con los pies descalzos y la ropa demasiado pequeña debía parecer un siervo, y los esclavos obedientes eran lo bastante raros para ser potencialmente

valiosos. Si conseguía parecerles útil me dejarían vivir, ya fuera para conservarme con ellos o para venderme; pero, si les resultaba demasiado valioso, escapar me sería aún más difícil, y podría provocar preguntas que no sería capaz de responder. Y, si les parecía inútil, lo más probable era que me mataran directamente. «Luz —pensé brevemente—, ¿por qué me has traído aquí? En fin… no te sorprendas de lo que ocurra».

—¿Hacer, mi señor? Se me dan bien los caballos. Me ocupaba del establo de mi amo. Y también sé tocar un poco el arpa, y servir la mesa.

Wulf se mordió el labio y dijo algo a

Eduin. Todavía parecía ansioso. Eduin le replicó con vehemencia y Wulf pareció discutir con él. Eduin se encogió de hombros y dijo algo que enfureció a Wulf. Éste se volvió de nuevo hacia mí.

—Muy bien, britano, nos quedaremos contigo. Si tratas de escapar, serás azotado. Cuidarás de nuestros caballos, y más tarde te venderemos a alguien que pueda sacarte partido, si no encontramos a los parientes de tu amo.

—Gracias, mi señor. —Me incliné mientras pensaba: «¿Más tarde? ¿Cuándo? ¿Cuando nos reunamos con el ejército del que deben formar parte?». Habían mencionado que el Pendragón

estaba cerca. Parecía que me encontraba en mitad de la guerra. Me pregunté qué habría ocurrido en Britania mientras yo estaba en la Tierra de Promisión.

Wulf explicó lo sucedido a sus seguidores. Los sajones me entregaron las riendas de sus caballos y echaron a andar hacia el este sin más comentarios. Observándolos, estuve seguro de que era un grupo de aprovisionamiento enviado en busca de suministros. Maldije mi suerte por haberlos encontrado. De haberme topado primero con un guerrero solitario, o con un granjero, hubiera estado prevenido de mi situación y podía haber abandonado la calzada, suponiendo que hubiera

sobrevivido al encuentro, y continuar tranquilamente hacia el oeste. Pero me encontraba atrapado y en peligro. Ciertamente, los sajones no me permitirían conservar la espada. No podía comprender por qué no me la habían pedido ya. Y no me gustaba pensar en lo que ocurriría cuando trataran de desenvainarla; aquello me delataría de inmediato. Además, tendría que inventarme un nombre para mi amo imaginario, si no me descubría antes revelando mi ignorancia sobre algún aspecto que cualquier siervo debería conocer.

«Bien —traté de consolarme—. Tiene que haber alguna salida». La Luz

no entregaría mi vida, ni dejaría que mi espada cayera en manos enemigas tan poco tiempo después de haberme salvado y entregado un arma. Me había salvado de Morgawse; seguro que podía salvarme de los sajones. Pero estaba asustado. La Luz me había salvado de la Oscuridad, sí, pero aquello había sido magia contra hechicería, y los sajones eran un poder físico, de carne, hueso y acero. Las cosas habían ocurrido tan rápido que no había tenido tiempo de sentir nada. Pero deseaba soltar los caballos de los sajones y echar a correr. Era como si hubiera salido del mundo de Morgawse para entrar en el de Lot, donde Morgawse sólo podía influir de

modo indirecto. ¿Y la Luz?

«La Luz es el Gran Rey —me dije —. Te ha traído hasta aquí, y también puede sacarte».

Pero las dudas y el miedo no desaparecieron. Los sajones tenían mala reputación.

«Por lo menos —pensé—, el rey Arturo está en algún lugar cercano, guerreando contra estos sajones». Arturo. Arturo, el Pendragón de Britania. Arturo, el que luchaba contra la Oscuridad. Al oír las palabras de Lugh no las había cuestionado, pero en aquel momento empecé a hacerme preguntas. Hasta donde sabía, Arturo luchaba contra los sajones. Lo había

hecho hasta el momento, y parecía seguir haciéndolo. Pero los sajones no tenían por qué ser lo mismo que la Oscuridad. No percibía ninguna maldad en los guerreros que caminaban a mi lado y, de haber estado allí, la hubiera notado. Actuaban como cualquier guerrero. Podrían ser atípicos, pero lo dudaba. Los sajones tenían fama de violentos, brutales y maltratadores de esclavos y mujeres, y también de aburridos, crédulos, ingenuos y estúpidos. Se hacían muchos chistes sobre aquellos últimos rasgos… aunque, observando la fría cautela de Eduin, empecé a pensar que al menos aquella parte de la reputación de los sajones podía estar

equivocada. Pero, por lo demás, todos los guerreros eran violentos, y la mayor parte brutales en caso de necesidad, y todas las naciones han sido, en ocasiones, crueles con sus esclavos y mujeres. Nunca se atribuía una maldad deliberada a los sajones. En realidad, parecían menos dados a la tortura, el envenenamiento y la magia negra que los britanos romanizados, y ciertamente cumplían mejor los juramentos que se prestaban unos a otros. Si tenían más esclavos era porque las aldeas de los clanes britanos e irlandeses no podían permitirse, o no necesitaban, tantos siervos como los pueblos sajones; y las mujeres britanas e irlandesas no eran tan

maltratadas simplemente porque no lo permitían, como sí parecían hacer las mujeres sajonas. No creí que los sajones fueran únicamente siervos de la Oscuridad. Sin embargo, Arturo dedicaba todas sus fuerzas a luchar contra ellos. Si realmente servía a la Luz, debía haber alguna razón que le impulsara a hacerlo.

De repente, recordé cómo mi madre había usado a mi padre, y me quedé helado. Si alguna fuerza estaba usando de aquel modo a los sajones, y si aquella fuerza me reconocía como lo que era cuando llegáramos al campamento sajón, aquel viaje podía significar mi muerte.

Por supuesto, cualquier intento de escapar también significaría la muerte, y mi entrada en el campamento sajón estaría llena de riesgos. Incluso si lograba sobrevivir y escapar de los sajones, ¿qué utilidad podía tener yo para Arturo? El Gran Rey necesitaba guerreros, no… lo que yo fuera.

Lugh había dicho: «No te sorprendas de lo que ocurra». De nuevo me centré en aquella frase. La Luz me había escuchado y me había salvado cuando le había hablado sin palabras en Llyn Gwalch. La Luz había creado el fuego de Caledvwlch y me la había entregado. Me había traído hasta el reino de los sajones del oeste desde un mundo más

allá de la tierra. Era increíblemente poderosa, y yo no podía creer que actuara por ignorancia. Tenía que haber alguna razón para aquello. Sólo debía esperar, observar y ser fuerte.

Suspiré, y dediqué mi atención a guiar los caballos.

Los sajones no se detuvieron al oscurecer, sino que siguieron andando firmemente. Tenía los pies insensibles para entonces, lo que era una suerte, porque sangraban y estaban llenos de ampollas. Me dolían las piernas, que parecían de piedra tras aquel ejercicio desacostumbrado. Tenía hambre y sed, pero no dije nada y luché por mantener el paso. Los sajones no me ayudaron ni

aguardaron. Supuse que no querrían cargar con un esclavo inútil, de modo que luché por no rezagarme y evitar tal vez que me mataran. El campamento tenía que estar cerca si seguían andando de noche sin detenerse siquiera para comer. No podía faltar mucho.

Las estrellas habían aparecido cuando llegamos. Era muy grande; albergaba a todo el ejército de los sajones del oeste y se había construido para tal fin. Estaba claro que nos encontrábamos sobre un antiguo fuerte en lo alto de una colina, construido por los romanos y convertido en base militar y ciudad. Los sajones se habían instalado en algunos de los antiguos

edificios romanos, añadiendo algunas casas, y toda la extensión de campos desbrozados en torno a la ciudad había sido sembrada recientemente. Aquel lugar me impresionó, pese a mi agotamiento. Nunca había visto un pueblo, mucho menos una ciudad casi romana. La colina era empinada, y el terraplén y la zanja que la rodeaban estaban bien construidos. Era evidente que se trataba de una buena fortificación. Casi todo el espacio comprendido entre los terraplenes estaba ocupado por las casas de los habitantes o las tiendas de las mesnadas y soldados. Como empezaba el verano y había terminado la siembra, los

campesinos habían sido llamados a unirse a las mesnadas, los sajones los denominaban *fyrd*, y su número era muy grande. Pero el campamento estaba bien organizado y vigilado. Había centinelas en las murallas, y uno de ellos nos detuvo antes de permitirnos la entrada a la fortaleza, comprobando cuidadosamente que no fuéramos espías.

El grupo de guerreros que me guiaba se dirigió directamente a una zona del campamento, donde descargaron sus provisiones. Otros se reunieron en torno a ellos haciéndoles preguntas, felicitándolos y palmeándoles las espaldas, de modo que resultaba claro que pertenecían al mismo clan que el

resto del grupo. Wulf respondió a las preguntas, me señaló y capté la palabra «siervo». Eduin hizo un comentario que sonó como una broma y se echó a reír. Los sajones me miraron sin interés, luego volvieron a mirarme y clavaron la vista en Caledvwlch. Hubo un silencio incómodo antes de que se encogieran de hombros y regresaran a su hoguera, sobre la que estaban asando un cordero. Estaba casi listo, y llenaba el aire de un aroma que me hizo la boca agua. Me acerqué también al fuego, pero Wulf me detuvo.

—Primero, ocúpate de los caballos —me ordenó—. Están allí, atados. Cuida de todos, no sólo de los nuevos.

Asentí, aunque sentía deseos de golpearle o echarme a llorar. Sólo el conocimiento de que la desobediencia significaría como mínimo una paliza hizo que me contuviera.

—Sí, mi señor. ¿Dónde está el forraje?

Wulf me señaló un montón de heno de bastante mala calidad y se dirigió a la hoguera.

Atendí a los caballos. Había dieciocho, todos en mal estado, y tardé bastante tiempo en terminar con ellos. Era evidente que las pobres criaturas no habían comido grano durante varias semanas de duro trabajo sin los cuidados más elementales.

Cuando terminé, el cordero había sido devorado hasta los huesos, y los sajones estaban sentados, bebiendo aguamiel y presumiendo. Sabía que presumían por el tono de sus voces. Irlandeses, britanos, sajones o bretones… todos los hombres presumen del mismo modo. Incluso cuentan las mismas historias. Me acerqué silenciosamente al fuego y conseguí hacerme con uno de los huesos y un vaso de agua sin ser observado. Empezaba a comer cuando Wulf reparó en mí de nuevo.

—¡Oye! —gritó—. ¿Has terminado con los caballos?

—Sí, mi señor.

—Los caballos están enfermos —dijo otro sajón, con un acento tan fuerte que apenas pude entenderlo.

—No están enfermos, mi señor —repliqué, tratando de sonar respetuoso —. Pero necesitan cuidados adecuados o enfermarán. Y necesitan herraduras.

—¿Qué?

Wulf tradujo mis palabras. Los demás asintieron, hablaron un poco sobre caballos y bebieron más aguamiel, satisfecha su curiosidad. Supuse que sabían muy poco sobre caballos y me sentí algo menos asustado. Me había preguntado si tratarían a sus siervos del mismo modo.

Roí mi hueso de cordero tratando de

pensar en un modo de perderme en la noche mientras los sajones bebían. Parecía imposible. El campamento estaba demasiado bien ordenado y protegido; los centinelas estarían ciertamente pendientes de cualquier esclavo britano que tratara de huir durante la noche. «Tal vez mañana —pensé—. Tendrán que darme zapatos, y cuando haya descansado…».

—¡Tú! ¡Britano!

Levanté la vista. La voz era la de Eduin.

—¿Mi señor?

—¿Sabes tocar el arpa?

—Así es, mi señor.

—Entonces, toma el arpa que está

junto a las provisiones y toca algo.

Bien mirado, tal vez sí trataban a sus esclavos como a sus caballos. Dejé el hueso de cordero y me dirigí al arpa. Los sajones, complacidos de tener a alguien que tocara para ellos, se reclinaron con aire expectante.

—¿Qué clase de canción quieres, mi señor? —pregunté a Wulf.

—Una canción de guerra. Y que sea buena.

Dejé que mis dedos pasaran lentamente sobre las cuerdas del arpa, afinando un par de ellas y pensando. Una canción de guerra britana, llena de sajones muertos, no les complacería. No deseaba provocar sus sospechas

cantando en irlandés y revelando mi procedencia de un lugar tan distante como las Orcadas. Me decidí por una canción de Bretaña sobre una danza con espadas: «¡Fuego! ¡Acero y fuego! Robles en la noche, tierra, piedra y luz de hoguera…». Los sajones disfrutaron de la canción, golpeándose los muslos con las manos para seguir el ritmo, con los ojos relucientes en la oscuridad. Cuando terminé, me dieron un cuerno de aguamiel.

—Toca otra —dijo el del acento fuerte.

—¿De qué clase, mi señor? —dije saboreando la bebida.

—Un lamento por los caídos, arpista

—dijo una voz en la oscuridad detrás de mí, en un britano claro y sin acento. Los sajones se levantaron como un solo hombre.

—*¡Se Cyning!* —exclamó Eduin. Yo había oído antes aquel título, junto a los nombres de todos los sajones importantes de Britania. Significaba «rey».

—¡Cerdic! —dijo Wulf, y añadió un saludo formal.

El rey de los sajones del oeste se lo devolvió, adelantándose hacia la luz de la hoguera. Había otro hombre detrás de él, entre las sombras.

Cerdic no era un hombre alto, y ni siquiera parecía un sajón. Era menudo y

delgado, con el cabello rojizo como el de un zorro y los ojos verdes. Su barba tendía a ralear, y no era especialmente atractivo. Pero enarbolaba su poder con la misma facilidad con la que vestía su manto, echado sobre un hombro y mostrando la púrpura como por accidente. Sonrió a mis sajones y agitó una mano, indicándoles que volvieran a sentarse, y luego también tomó asiento, consiguiendo de algún modo parecer majestuoso y familiar al mismo tiempo. Me resultó fácil creer que era un gran líder. Pero cuando la luz del fuego prendió en sus ojos pude ver, en uno de aquellos momentos de lucidez repentina, que también había Oscuridad en él, y un

apetito devorador que convertía todos sus poderes, talentos y seguidores en meras lanzas arrojadas contra su objetivo. Y en el hombre que estaba tras él percibí una Oscuridad semejante a un fuego negro, capaz de consumir las mismas tinieblas que lo rodeaban. El hombre avanzó detrás de Cerdic y apartó las ramas del suelo antes de sentarse sobre él. Era muy alto, con el cabello rubio pálido y los ojos azules que consideramos habituales en los sajones, y era muy atractivo. Tendría unos treinta años y vestía como un noble importante. Percibió mis ojos sobre él y me miró. Por un instante, nuestros ojos se encontraron y su mirada se agudizó

repentinamente al verme, como preguntándose algo. Aparté la vista.

Wulf sirvió aguamiel a los recién llegados, hablándoles con respeto mientras lo hacía. Cerdic tomó un sorbo y enarcó las cejas.

—Buen aguamiel, Wulf Aedmundson —dijo, todavía en britano—. ¿De tus nuevas propiedades? Te dije que los Downs eran una buena zona para producir miel. ¿Has intentado ya cultivar uvas? Bien, britano, toca como te he pedido.

—Sí, mi señor —susurré sin mirarlo—. Un lamento por los caídos.

Hasta el momento, Cerdic no había reparado en mí, pero me clavó los ojos

en cuanto hablé. Miró a su compañero. El otro apretó los labios y se golpeó la rodilla con los dedos. Cerdic frunció el ceño.

Pasé los dedos por las cuerdas, tocando un complicado preludio sin pensar. Aquellos dos hombres eran importantes. Cerdic, *Cyning thara West Seaxa*, como le llamaban sus hombres, y el otro… ¿quién era? Era fuerte en la Oscuridad. Pensé que Cerdic no era capaz de comprender la Oscuridad, aunque deseaba utilizarla por ambición; pero el otro era como Morgawse.

Un lamento por los caídos. Había multitud de lamentos, más que canciones de guerra. Lamentos por los caídos a

manos de los sajones, hombres como aquellos que me acompañaban. Canté un lamento muy famoso, una composición lenta y orgullosa que se creó cuando la provincia del sureste de Britania fue arrollada por los sajones, una antigua canción que llamaba a la provincia con un nombre todavía más antiguo, la tierra de la tribu de los cantii.

Aunque derribaron a las huestes sajonas
junto a los blancos acantilados,
e hicieron llorar a las mujeres,
la gloria no pudo completarse.
La hueste cabalga hada el Yffern, derrotada,
y en sus campos las águilas

festejan.

Amarga fue la cosecha que recogieron.

Lucharon contra los sajones,

lucharon y cayeron.

Recolectaremos cadáveres,

nuestras lágrimas abrirán pozos,

y las huestes de los cantii jamás regresarán…

Cerdic escuchó atentamente. Cuando toqué la última nota, asintió.

—Una canción muy hermosa. Y muy bien cantada. Tienes mucha práctica con el arpa.

—Gracias, Gran Rey —dije en tono halagado. No podía darle motivos para que sospechara que era algo más que un

siervo común. Me envolví en mi capa, como si sintiera el frío de la noche, con la esperanza de que el rey no reparara en mi espada.

—Toca otra —ordenó Cerdic, y obedecí.

El rey empezó a hablar con Wulf, bebiendo su aguamiel sin prestarme más atención. Pero su compañero, el otro noble, continuaba observándome, con los párpados medio cerrados sobre aquellos ojos pálidos pero extrañamente oscuros.

Seguí tocando, y me di cuenta de que era mucho mejor que antes. Tal vez se debía a haber escuchado la canción en el salón de Lugh, o simplemente a mi

liberación de la Oscuridad, pero sentía que era capaz de hacer vivir la música sobre las cuerdas y en los corazones, algo que muchos bardos profesionales no consiguen hacer. Me sentí inquieto, y deseé haber tenido el sentido común de tocar mal al inicio de la noche.

Finalmente, Cerdic terminó de hablar con Wulf y se levantó para marcharse. Empecé a relajarme.

Pero cuando se levantó su compañero, hizo un gesto en dirección a mí.

—Tocas bien, britano —dijo. Su voz era fría y hablaba lentamente, arrastrando las palabras en tono burlón —. Lo suficiente para resultar valioso.

Pero no tan valioso como para que se te permita llevar una espada, lo que va en contra de todas las leyes y costumbres. Dámela.

Lo miré fijamente durante un largo momento, horrorizado, aunque hubiera debido esperarlo. Detrás del horror me invadió una rabia inesperada, rabia contra aquel arrogante hechicero sajón que me trataba como a una mercancía, que me exigía mi posesión más preciada; rabia contra la crueldad descuidada de los demás sajones; y, sobre todo, rabia contra mí mismo por aceptar la esclavitud y el abuso en lugar de entregar mi vida en defensa de mi honor como hubiera debido hacer.

Levanté la vista y me enfrenté directamente a la mirada del hechicero, apoyando la mano en Caledvwlch.

—No puedo dártela.

—¿Me desafías? —preguntó, todavía en tono lento y burlón—. ¿Un esclavo desafiando al rey de Bernicia?

De modo que se trataba de Aldwulf de Bernicia, que tenía fama de ser el más cruel de los reyes sajones. Me detuve, luchando por controlarme. Sus ojos volvían a tener una expresión interrogante y altanera. Movió los labios y reconocí las silenciosas palabras. Apreté el puño sobre la espada, recordando cómo Morgawse me las había enseñado.

—Lo lamento, gran señor. —Mi voz sonó demasiado baja, incluso a mis oídos—. La espada pertenece a mi amo. No puedo dársela a nadie más. —Traté desesperadamente de obligarme a adoptar el papel que había elegido, recordándome que no era un guerrero—. A nadie que no sea mi amo o su heredero.

Pero el sajón sonrió como si se sintiera satisfecho por algo. Vi que había cometido algún error, que sabía lo que me había estado pidiendo, y me sentí helado.

—De modo que también eres leal —dijo Aldwulf, todavía sonriendo—. Conserva la espada, entonces, para el

heredero de tu amo. —Miró a Cerdic y dijo algo en sajón. Cerdic le preguntó algo en tono brusco, y pude reconocer las palabras «*tie thrall*», ante las que algunos sajones gruñeron. Aldwulf replicó lánguidamente y se encogió de hombros. Cerdic pareció pensativo, se volvió hacia Wulf y le preguntó algo, a lo que Wulf dio una respuesta bastante prolongada. Cuando hubo terminado, Cerdic se volvió hacia mí.

—Wulf dice que sabes cuidar de los caballos además de tocar el arpa, y que tu amo, según tus propias palabras, murió en una reyerta sobre la que temes dar información. Estoy considerando comprarte, britano. ¿Cómo te llamas?

Me miré las manos sobre el arpa, sintiéndome enfermo. Si el rey me compraba, ¿cómo podría escapar? Y, dado que Aldwulf había sido claramente el instigador de todo esto, ¿qué me ocurriría si no escapaba?

—Gwalchmai. —Respondí a la pregunta de Cerdic con la verdad.

—Un nombre de guerrero, no de esclavo.

—Nací libre, mi señor. Mi amo no quiso cambiarme el nombre al ver que estaba habituado a él.

—Y eres leal a ese amo asesinado, pero no tanto como para darme información sobre la reyerta. ¿Cuánto tiempo hace que eres siervo?

—Tres años, señor. —Un espacio de tiempo lo bastante largo.

Me miró cuidadosamente de arriba abajo y maldije mi estupidez por haber cantado tan bien, actuando como un hombre libre en lugar de un siervo. «No seas nadie —me dije—. Haz que crean que no eres nadie. Aquí, en la sede de su poder, ese hombre puede destruirte con una sola palabra».

—Canta bien —dijo Cerdic a Wulf—. Te lo compraré, si el precio es apropiado.

Aldwulf volvió a sonreír, mirándome fijamente mientras Cerdic regateaba con Wulf y Eduin. Tras unas breves negociaciones, Cerdic se quitó

dos pesados brazaletes de oro del brazo derecho y añadió un tercero. Un buen precio. La mayoría de esclavos, en aquellos días en que los hombres eran baratos, apenas valían la mitad de aquel importe. Cerdic no lo había pagado porque le gustara mi música, pero aquello era obvio.

—Bien, ahora yo soy tu amo —me dijo Cerdic—. Acompáñame.

—Sí, señor. ¿Has comprado también el arpa?

—Te la regalo, señor —dijo Wulf—. En señal del respeto de mi clan por su *cyning*. —Parecía sincero. Me pregunté qué se habrían dicho él y Cerdic.

Cerdic movió la cabeza en un gesto

de agradecimiento y echó a andar. Yo me tambaleé detrás de él, con los pies doblemente doloridos tras el breve descanso, cargando con el arpa.

El rey se detuvo junto a otro par de hogueras y en una casa del interior de la fortaleza, supuse que para hablar con los jefes de otros clanes influyentes. Me pidió que cantara algo para distraer a los guerreros y tal vez para presumir de su nueva compra. Pero Aldwulf nos abandonó en la primera parada y me sentí mucho mejor en su ausencia.

Pasaba de medianoche cuando el rey sajón decidió finalmente que era hora de descansar. Nos dirigimos a un hermoso edificio gubernamental romano en el

centro de la fortaleza. Me tambaleaba de agotamiento para entonces, y ni siquiera hice una pausa para contemplar los mosaicos ni el estanque del atrio. Cerdic me entregó a sus sirvientes tras una breve explicación en el patio; luego se dirigió a sus propios apartamentos para acostarse.

Permanecí frente a los siervos de Cerdic. Me devolvieron la mirada con una extraña mezcla de desconfianza y miedo, la misma que me había dedicado Wulf al encontrarme con sus hombres en la calzada. Estaba demasiado cansado para hacerme preguntas, sin embargo, y me limité a decir:

—Me llamo Gwalchmai. Imagino

que vuestro amo os ha contado que me ha comprado esta noche porque sé tocar el arpa y atender a los caballos. Llevo todo el día caminando y trabajando, y estoy cansado. ¿Dónde puedo dormir?

Los siervos vacilaron, todavía recelosos. Finalmente me acompañaron a las habitaciones de los siervos junto a los establos. Allí caí sobre un camastro y me dormí al instante.

Desperté al cabo de menos de tres horas. Permanecí en silencio durante un rato, aturdido por el cansancio y muy tenso, preguntándome por qué habría despertado. Algún sueño se deslizó por mi mente como un pez plateado y desapareció. Suspiré y me incorporé,

alargando el brazo hacia Caledvwlch.

Cuando mi mano se cerró en torno a la empuñadura de la espada, el rubí empezó a brillar. Lo miré fijamente.

—¿Hay algo más que deba hacer esta noche, señor? —pregunté en voz alta.

Sólo hubo silencio y el cálido resplandor que respondía a un fuego profundo, casi enterrado en mi interior.

Me levanté, me ajusté la correa que había olvidado quitarme, y salí de la habitación.

La silueta negra de la casa se recortaba sobre el establo contra el cielo estrellado. La ciudad estaba a oscuras, excepto por las distantes

hogueras de los centinelas en las murallas. Me estremecí en el aire nocturno, aunque, pese al frescor de la primavera, no hacía frío. No, había reconocido una sensación en el aire, una sensación procedente de la casa. Me volví hacia el edificio, encontré el camino del atrio y, tras vacilar, me dirigí a los aposentos cubiertos de mosaicos de los nobles. Todos los siervos dormían.

La casa estaba a oscuras; reinaba un silencio profundo y un calor negro, diferente pero similar al frío gélido de Morgawse. Me costaba respirar. Permanecí quieto un minuto, dejando que mis ojos se adaptaran a la

oscuridad, y luego, con la mano en la empuñadura de la espada y una plegaria a la Luz en mi mente, avancé hacia la puerta cerrada a un extremo del corredor, abriéndola una sola pulgada para mirar al otro lado.

Lo primero que vi fue una sombra que se balanceaba adelante y atrás contra la pared, y sólo después reparé en el cuerpo que la proyectaba. El hombre estaba muerto, con la cabeza colgando grotescamente, el cuello roto por la cuerda de donde lo habían colgado. Parecía britano, pero era difícil decirlo con aquella luz. Reconocí el dibujo trazado en el suelo debajo de él, hecho con su sangre, y el diseño que

rodeaba la única vela cerca de la puerta. Aldwulf de Bernicia estaba de rodillas junto al primer dibujo, arrojando un puñado de runas sobre él y leyendo las palabras que formaban. Cerdic, que permanecía a su lado, con los ojos brillantes de ansiedad, no daba muestras de comprender el significado de las runas. Yo sí lo comprendí, y recé porque la Luz me protegiera.

Una sombra pareció concentrarse en torno a la cabeza del ahorcado y el cuerpo empezó a balancearse más rápidamente, proyectando un gran movimiento de sombras sobre la pared. Aldwulf lanzó sus runas. Vi que no había convocado a un gran poder, sino a un

simple mensajero.

—Un trato —dijo Aldwulf en voz alta, hablando en el lenguaje de las runas mientras las estudiaba: el lenguaje antiguo y frío de la hechicería. Su voz ya no era suave y burlona, sino áspera y mortífera. Arregló las piezas para componer su propio mensaje—. Lleva este mensaje. A tu señor. Quiero un trato.

El cuerpo se balanceó más lentamente. Aldwulf lanzó las runas y leyó la réplica en silencio, moviendo apenas los labios, antes de volver a reordenar las piezas.

—Muerte —leyó—, para Arturo, el Gran Rey. Por su muerte, otra muerte.

Una ofrenda. Aceptable.

El cuerpo dejó de balancearse, pero la sombra continuó agazapada sobre él. De nuevo Aldwulf lanzó las runas, y en aquella ocasión leyó la réplica en voz alta.

—No aceptable. Vida mortal pequeña. Imposible. Soltar. —Justo en el umbral auditivo se empezó a oír un débil gemido, agudo como la hoja de un cuchillo, venenoso y horrible de escuchar. Aldwulf apoyó una mano sobre las runas y volvió a hablar en el antiguo idioma—: No es una vida mortal ordinaria. Tenemos a alguien que debe pertenecer a la raza de los sidhe, al menos en parte, un siervo de la Luz,

cuyo nombre es Gwalchmai. Lleva una espada que es poderosa en la Luz; te sería de gran utilidad.

Cerré los ojos, apoyándome en el marco de la puerta, y la náusea se apoderó de mí como una gran mano gélida.

El lamento cesó. El cuerpo empezó a balancearse de nuevo, en aquella ocasión en círculos más y más violentos. Aldwulf lanzó las runas.

—Posible —leyó—. Con espada, posible. Matar… primero ofrenda…

—¡No! —añadió Aldwulf, cubriendo las runas y volviendo a levantar la vista—. Primero mata al Pendragón. Después tendrás tu ofrenda.

El lamento empezó de nuevo, y el cuerpo se sacudió en la cuerda, como si tratara de regresar a la vida.

—Imposible. Necesitar espada. Para la espada, necesitar muerte. Matar.

—Muy bien —dijo Aldwulf—. Pero di a tu amo que, si no mata al Gran Rey Arturo cuando le haya entregado su ofrenda y la espada, yo, el Portador de la Llama, buscaré a tantos de su raza como pueda y los destruiré hasta que lamente haberme engañado; y primero te destruiré a ti. ¿Dudas de mi palabra, demonio?

Las runas se reorganizaron por sí solas, formando un nuevo dibujo.

—El trato… se cumplirá.

—Dentro de dos semanas, entonces —dijo Aldwulf, y apagó la vela tras levantarse bruscamente. La sombra se desvaneció de inmediato. El cuerpo dejó de moverse lentamente. Aldwulf se encaminó a una pared, fuera de mi vista, y oí que golpeaba un pedernal. Encendió una antorcha, y cruzó la estancia para encender otra en la pared opuesta. Estudió el cuerpo y el dibujo del suelo, miró a Cerdic y sonrió.

—¿Lo ves, rey de los sajones del oeste? —preguntó, con la voz de nuevo lenta y agradable.

—Tu poder es real, Aldwulf —replicó Cerdic—, pero ya me lo habías demostrado. ¿Has pactado con Woden la

muerte de Arturo?

—Arturo morirá cuando hayamos hecho la ofrenda.

—Woden parece muy aficionado a los hombres muertos —comentó Cerdic, observando el cadáver.

Aldwulf se encogió de hombros, borrando el dibujo con el pie.

—Si crees que el precio es demasiado alto, dilo. Pero esta vez no desea una muerte cualquiera, amigo mío, sino la de ese joven idiota que no es del todo humano y que duerme en tus establos. Quieren su espada, y creo que su muerte será necesaria para quitársela. Tuvimos suerte de encontrarlo.

—Eso es lo que tú dices —gruñó

Cerdic—. Lo creeré cuando Arturo haya muerto.

—¿Qué? ¿Todavía no confías en mí después de todo lo que he hecho? ¿Y la inundación? ¿Y el caballo que te regalé? Y hablando de ese caballo…

—Sigue sin ser domesticado —dijo ásperamente Cerdic—. Muy bien. Creo en tus poderes, ya lo he admitido. Pero se dice que Arturo tiene alguna magia cristiana o druídica para protegerle. Cuando haya muerto, y sólo cuando haya muerto, creeré que tu dios es más fuerte.

—Es fuerte —dijo Aldwulf en tono seguro—. Es muy fuerte.

«Sí, la Oscuridad es muy fuerte —pensé mientras regresaba a mi lugar en

los establos—. Oh, Luz, protégeme. Estoy asustado».

Sin embargo, mientras me acostaba de nuevo, pensé que era poco probable que el demonio de Aldwulf consiguiera matar a Arturo, teniendo en cuenta que Morgawse había fracasado. No comprendía cómo iban a usar la espada para ello. Aldwulf podía ser poderoso, pero era más débil que la reina de la Oscuridad. Él era un hombre mortal, y Morgawse no.

Pero el hecho de saber que el trato de Aldwulf no podría cumplirse me serviría de bien poco si me sacrificaban a su demonio.

Me mordí el labio inferior,

reprimiendo el impulso de levantarme de un salto y huir chillando de aquel lugar. Sacrificarme. Rodear mi cuello con una cuerda y hacer que mi cuerpo se balanceara a la luz de la vela, poseído por los demonios. Casi podía sentir la cuerda en torno al cuello y ver la terrible oscuridad. Sacrificarme. ¿Por qué? Porque servía a la Luz, poseía una espada y…

Y no era del todo humano.

Eso pensaba Aldwulf. Y de repente comprendí el significado de la expresión en el rostro de Wulf y sus hombres, la misma mirada con la que me habían recibido los siervos de Cerdic. Era miedo, el miedo a lo desconocido, a lo

sobrenatural.

Me senté en la oscuridad, apretando la empuñadura de Caledvwlch.

—Soy humano —dije en voz alta. La sangre me latía en los oídos. Estaba mareado de terror y agotamiento, me dolían las piernas, mis pies estaban cubiertos de ampollas, la ropa me irritaba la piel y me apretaba demasiado. Era un hombre, pensé, aferrándome a aquellos detalles. ¿Cómo podían creer lo contrario?

Pero lo creían. Todos lo habían creído, al menos en el primer momento. Contemplé el rubí en la empuñadura de Caledvwlch, oscuro en la noche como mi propio miedo.

«¿Quién soy? —me pregunté desesperadamente—. Gwalchmai. Gwalchmai ap Lot, un guerrero de la Luz, sí. ¡Pero humano! ¿Qué me ha ocurrido?».

«Mi rey —dije en mi corazón—. Mi rey, tengo miedo. La Oscuridad es muy fuerte. ¿Cómo voy a luchar contra ella si ni siquiera sé quién soy, y tengo miedo hasta de mí mismo? ¿Cómo puedo escapar? Aunque pudiera vencer a Aldwulf, Cerdic tiene un ejército, cientos de guerreros, miles de soldados, hileras de acero y mentes dispuestas, todas asustadas de lo sobrenatural; un poder sólido y mundano, sangre y hierro contra los que no puedo combatir. Ni

siquiera creen que sea humano, y mi madre es la reina de la Oscuridad y desea mi muerte».

Mi madre. Volví a pensar en ella y en todo lo que me había enseñado. ¿Hasta qué punto me había marcado? Lo suficiente para que Aldwulf sospechara de mí, lo suficiente para enervar a cualquiera que me mirara. O tal vez aquel único día de tres años en la Isla Bendita me había transformado sin que me diera cuenta en algo totalmente diferente, algo totalmente ajeno a los demás hombres.

«¿Y qué tierra es ésta?», me pregunté. Lejos, lejos de mi hogar. Lejos de mis familiares y de mi clan, de la

gente que me conocía, que se burlaba de mí, que lucharía por protegerme y que debía creerme muerto. Y, en verdad, estaría mejor muerto que solo, viviendo como un siervo en un reino extraño, destinado a ser ahorcado en sacrificio a un dios desconocido, como había estado a punto de sucederle a Connall…

Connall de Dalriada, con mi cuchillo regalándole una muerte rápida. El demonio de Morgawse y mi huida. El salón de Lugh, la canción, el fuego de Caledvwlch y la luz detrás del ocaso…

Me eché a llorar, temblando silenciosamente en el oscuro establo. «Lamento haber dudado de ti, mi rey. Tú no abandonarías a tus guerreros a la

muerte, y no tengo derecho a huir de la batalla después de que me rescataras».

La luz se encendió lentamente en el interior de Caledvwlch, creciendo hasta resplandecer. Sostuve la cruceta, apoyando la frente en el pomo y sintiendo que la luz se movía en mi interior, elevándose como una oleada de música. Ten fe. No te sorprendas de lo que ocurra.

7

Era tarde cuando desperté, más de media mañana. Los siervos de Cerdic parecieron complacidos al ver que me levantaba, porque les molestaba en su trabajo, pero curiosamente no se habían atrevido a despertarme. Cuando me incorporé me ordenaron que fuera a lavarme al pozo y, a continuación, el siervo jefe me trajo algo de ropa. Estaba

desgastada aunque limpia, y me sentaba bien, igual que el nuevo par de botas y la capa. Me sentí algo mejor después de ponérmela y colgarme la espada al hombro.

Al verlo, el siervo jefe frunció el ceño.

—¿Qué haces con eso? —preguntó—. No tienes derecho a llevar armas. Ya deberías saberlo.

Me encogí de hombros.

—Nadie me la ha quitado todavía; la llevaré hasta que lo hagan.

Sacudió la cabeza.

—Pueden azotarte por algo así, incluso es posible que te maten. ¿Es que eres nuevo en esto?

Asentí.

—Bien, entonces fíate de mi palabra. Será mejor que no lleves esa espada. Entrégasela al amo.

—Creo que la conservaré —dije tranquilamente—. Es importante para mí.

El anciano pareció inquieto, pero luego se encogió de hombros.

—Bueno, es tu espalda la que sentirá el látigo, no la mía. ¿Quieres algo de comer?

—Desde luego.

Me dio unas tortas de avena con miel y leche que devoré rápidamente. El siervo me sonrió.

—Has comido poco últimamente,

¿no es así? Esos guerreros a los que el amo te compró deben haber viajado hasta muy lejos. Dime una cosa —sus ojos se iluminaron—, ¿estuviste con el Pendragón? ¿Cómo va la guerra?

Con la llegada del día y mi apetito parecía haber olvidado la impresión que le había provocado la noche anterior. Sonreí, pero sacudí la cabeza con aire pesaroso en respuesta a su pregunta.

—No lo sé. Vengo del otro lado del mar. Esperaba que tú pudieras decírmelo.

Sacudió la cabeza.

—No nos cuentan nada. Tenemos algunas formas de enterarnos: hablamos con los campesinos y oímos

conversaciones, pero nunca estamos seguros de si lo que escuchamos es cierto o un simple rumor. A veces no lo averiguamos nunca. —Se puso en pie y empezó a recoger los platos—. Mi nombre es Llemyndd ap Llwch, y vengo de lo que antes era la parte oriental de Ebrauc. Soy el jefe de los siervos aquí, el mayordomo de la casa de Cerdic. Capturaron a mi padre en Ebrauc; nací siendo siervo de Cerdic. ¿Y tú? Dijiste que te llamabas Gwalchmai, pero no hablaste de tu familia ni de tu tierra.

Estaba dispuesto a responderle con la verdad, pero sentí una repentina inseguridad. Llemyndd podía no ser lo que aparentaba.

—Qué extraño —dije—. El nombre de mi padre también es Llwch. —Y lo era, traducido al britano—. Pero yo soy de Gododdin. —Hubiera apostado cualquier cosa a que no habría siervos de un reino tan distante capaces de desmentirme en la casa de Cerdic, y había oído hablar mucho de aquel país en Dun Fionn.

Llemyndd emitió un silbido.

—Eso está muy lejos.

Asentí.

—Mi hermano mayor y yo viajábamos por mar hacia el sur hace tres años, íbamos a la Galia, a comprar algunos caballos de guerra para criarlos. Mi clan comercia con caballos y, como

debes saber, la raza gala es la mejor. Todos los guerreros deseaban caballos como los que tiene el Pendragón, y mi clan pensó que conseguiríamos grandes beneficios. Y así hubiera sido si nuestro barco no hubiera sido descubierto por una nave sajona frente a la costa de Anglia Oriental.

—¿Anglia? Eso está muy al norte. ¿Cómo acabaste aquí abajo, entre francos y sajones?

—Ay, no fue el pirata el que nos venció —dije, improvisando rápidamente—. El mío es un clan de valientes, nos defendimos bien. Pero nuestro barco sufrió graves daños, de modo que decidimos continuar hasta

Dumnonia, en la costa sajona, y viajar hasta Gododdin por tierra. Pero nuestra mala suerte empeoró aún más: se desató una tormenta y chocamos contra los acantilados de los cantii. Mi hermano y yo encontramos la quilla del barco y nos aferramos a ella. A la mañana siguiente, cuando las olas se calmaron, pudimos nadar hasta la orilla, pero fuimos capturados por un sajón de aquella tierra.

Llemyndd asintió, y me hizo contar el resto de mi historia. Le dije lo mismo que a Wulf y Eduin el día anterior, añadiendo detalles sobre lo amable que mi «amo» había sido con nosotros, consiguiendo que llegara a apreciarlo,

pese a mi resentimiento por la esclavitud, y cómo sus enemigos lo habían matado a traición. Era una buena historia, y unos cuantos siervos se acercaron a escuchar mientras la contaba. Todos se mostraron comprensivos, aunque me miraban con aire vacilante, como cuestionando lo que habían visto la noche anterior.

Mis sospechas sobre Llemyndd resultaron justificadas. Trató de hacerme caer en varias trampas, poniendo a prueba mi historia con preguntas inesperadas. Fue una suerte que supiera menos que yo sobre Gododdin, o me hubiera atrapado al momento. Pero, dándose al fin por satisfecho, se alejó.

Sospeché que iba a repetir a Cerdic lo que le había contado. Recordando los intensos ojos verdes de Cerdic, dudé de que el sajón fuera a creer la historia.

Otro de los siervos observó la marcha de Llemyndd con un resentimiento mal disimulado que confirmó lo que sospechaba: Llemyndd pertenecía a Cerdic en mente, espíritu y cuerpo.

—Ahora el amo lo sabrá todo —dijo el siervo.

—De modo que así son las cosas —repliqué.

—Así son, desde luego. Los otros siervos parecían intranquilos.

—Silencio —dijo uno de ellos—.

Hablas demasiado, Gwawl.

Gwawl se calló. Unas cuantas preguntas más me revelaron que los siervos odiaban y temían a Llemyndd, y la mayor parte detestaba también a su amo, aunque algunos decían cosas buenas sobre él.

—El amo es justo —me dijeron—. Haz tu trabajo y no te castigará.

Asentí y me dediqué a tratar de averiguar la realidad de mi nueva situación.

Tardé algún tiempo. Los siervos no quisieron hablarme libremente el primer día, ni tampoco el segundo. Es posible que nunca lo hubieran hecho de no ser por la música. Echaban de menos las

canciones familiares. Los britanos son el pueblo más civilizado de occidente, y aman la música como sólo pueden hacerlo los hombres civilizados. Cantan para sí constantemente, igual que los hombres de las Orcadas o los irlandeses, y cualquier bardo errante puede estar seguro de recibir una cálida bienvenida entre ellos. En Erin o las Orcadas es fácil ver por qué los bardos y los druidas son tan importantes, pues en aquellos países son los bardos quienes memorizan las leyes y se las recitan a los reyes. Son los encargados de repetir las genealogías e historias, así como de decidir cuándo es el tiempo de plantar el grano y cosas similares. Pero

los bardos britanos no tienen más oficio que el de cantar canciones, mientras el resto de trabajo queda para los libros, aunque no son menos apreciados que los *fillidh* irlandeses. Aquellos siervos de Cerdic cantaban mientras trabajaban; algunos sabían tocar el arpa, pero llevaban años añorando la verdadera música de los bardos. La primera vez que toqué para ellos lloraron de alegría. A cambio de una canción estaban dispuestos a contarme todo lo que quisiera saber sobre los secretos de su amo, sin pensar en el castigo que pudieran recibir.

El nombre de Aldwulf les resultaba familiar. Le llamaban Aldwulf

Fflamddwyn, el Portador de la Llama. De algún modo, su nombre de hechicero se había hecho famoso en toda Britania. Era temido por sus propios hombres, mientras que Cerdic era amado y admirado. A causa de ello, tenía pocos guerreros en su mesnada que no procedieran de su propio clan y, cuando convocaba al ejército entre los campesinos de su reino, nunca acudía más que un número reducido de hombres. Sin embargo, Aldwulf era rico y poderoso, y, aliado con Cerdic, era temible.

La coalición entre los sajones del oeste y la distante Bernicia, un hecho sorprendente a simple vista, se había

iniciado en realidad dos años atrás. Cerdic había sido derrotado por Arturo en una serie de batallas y había respondido firmando tratados con todos los demás reinos sajones. No se trataba de una verdadera alianza militar, sino de un mero acuerdo entre los reyes sajones de dejar a un lado las diferencias privadas y prestar ayuda y refugio a cualquier otro sajón que se encontrara en dificultades con los britanos… y se consideraba que el «territorio sajón» ocupaba más de la mitad de Britania. Unos cuantos de sus reyes habían formado también alianzas militares, sobre todo en el sur. Aldwulf no era uno de ellos, pero había viajado al sur con

la mayor parte de su mesnada para prestar ayuda y consejo a Cerdic. Deseaba impedir que el Gran Rey britano se trasladara al norte. Había llegado a principios de abril y se había ganado la confianza de Cerdic con regalos y, según añadían algunos entre susurros, con magia. Eran extremadamente reticentes a hablar conmigo sobre la magia, pero estaban seguros de que Aldwulf era un brujo, y uno o dos de ellos, incluyendo a uno de los escasos siervos sajones de Cerdic, me contaron varias historias sobre su brujería, algunas de las cuales eran ciertamente falsas. Ninguno de los siervos sentía aprecio por Aldwulf, y

los que apreciaban a Cerdic lamentaban el día en que su amo había conocido al rey de Bernicia.

Cerdic llevaba ya casi tres años luchando contra Arturo, y la guerra se volvía más difícil a cada mes que pasaba. Había tenido un gran éxito al inicio de su invasión, pero el primer movimiento de Arturo tras hacerse con el poder había sido rodear la fuerza de invasión de Cerdic y saquear su base, el viejo fuerte de Anderida, en la costa sajona. Cerdic guardaba allí la mayor parte de sus provisiones y su botín, y las pérdidas habían sido cuantiosas. El sajón tuvo que retirarse a Anderida, y Arturo se había marchado a librar más

batallas victoriosas contra otros reyes sajones, una de ellas en un ataque sorpresa contra Deira, una ciudad del norte. Cerdic se había enterado y había atacado a sus enemigos britanos mientras pensaba que el Gran Rey se encontraba en el norte, sólo para ser atrapado por el rapidísimo regreso de Arturo. En aquel momento, Cerdic había empezado a planear sus alianzas con los demás sajones.

El problema de Cerdic era que Arturo no tenía un ejército regular. Contaba con la lealtad de todos los reinos britanos; gracias a ello podía solicitar al rey de cualquier territorio que convocara a sus campesinos y

guerreros, y casi todos los reyes le obedecían. La fuerza de Arturo radicaba en su hueste, mejor y más numerosa que la de ningún rey de Britania. La mitad de aquella mesnada estaba compuesta por la famosa caballería que tantos disgustos había causado a mi padre. Aunque todos los hombres, incluso los que luchaban a pie, poseían varios caballos, y podían conseguir más cuando Arturo tenía que cruzar Britania a toda prisa. Aquello proporcionaba al Pendragón una rapidez y movilidad que Cerdic no podía igualar; el sajón no tenía caballería, aunque podía convocar un ejército muy numeroso; la mayor parte de sus hombres eran campesinos que no podían

luchar durante las estaciones de siembra o recolección: mal entrenados, peor equipados y, lo que era más grave aún, indisciplinados. Mover una fuerza semejante llevaba mucho tiempo. Cerdic también tenía su propia mesnada, por supuesto: guerreros profesionales que dependían sólo de él para mantenerse, pero aquel grupo de hombres, aun aliados con las mesnadas de otros reyes, no podía rivalizar con el Gran Rey Arturo.

Los siervos de Cerdic tenían mucho que decir sobre Arturo. Los siervos britanos, incluso los nacidos en esclavitud, admiraban al rey con pasión y disfrutaban contando las formas y

ocasiones en que había vencido a los sajones, pese al hecho de que Cerdic había prohibido que se mencionara el nombre de Arturo en su casa sin su permiso. Escuchando, me pareció que la mesnada de Arturo debía estar incrementando su poder, aun teniendo en cuenta la acumulación de leyendas y exageraciones de los siervos. Era razonable suponerlo: cuando un rey es victorioso en la batalla, y generoso en su salón, los guerreros acuden a él desde todo el mundo occidental. Incluso algunos sajones de renombre se habían unido a la mesnada del Gran Rey. Dos años y medio después de empezar su guerra contra los sajones, debía tener un

ejército sin igual en occidente, y probablemente en todo el mundo. Al parecer, eran capaces de derrotar a fuerzas que les superaban cuatro veces en número, y lo hacían regularmente.

—Pero durante los dos últimos años —se quejó uno de los siervos—, ha habido muy poco que hacer. El amo convoca al *fyrd* y reúne a su mesnada, y luego se queda aquí en Sorviodunum, quiero decir, Searisbyrig, planeando pequeñas emboscadas y enviando espías al territorio britano; y el emperador se limita a hacer lo mismo contra nosotros.

Era un movimiento sensato por parte de Cerdic, pensé. Una gran mesnada, como la de Arturo, era muy cara de

mantener. Como no tenía un reino propio, dependía de los tributos de todos los reyes de Britania. Pero había conseguido la púrpura derrotando a los mismos reyes a los que exigía tributo, y éstos no lo habían olvidado. Necesitaba de su apoyo y sus ejércitos contra los sajones; no podía ponérselos en contra exigiendo grandes cantidades de impuestos. Mientras combatiera y derrotara a los sajones podría mantenerse con el botín de las batallas, y endulzar el humor de sus súbditos compartiendo los despojos, pero en cuanto los sajones se retiraron y se hicieron fuertes en una posición fija, conformándose con vigilar sus fronteras,

Arturo se vio obligado a depender de sus súbditos. Estos estarían menos dispuestos a mantenerlo si no veían signos tangibles de victoria. Cerdic esperaba sumergir de ese modo a los reinos britanos en otra guerra civil y, gracias a uno de los siervos, descubrí que había reyes en Britania dispuestos a intentar derrocar al «bastardo usurpador», y que algunos de aquellos hombres habían intercambiado mensajes con aquella fortaleza: Sorviodunum, o Searisbyrig. Cerdic era un buen político. Por desgracia, la mayor parte de sus seguidores no lo eran, y muchos de ellos, a quienes había prometido tierras, se sentían estafados y murmuraban entre

dientes que Cerdic tenía miedo. La guerra se había convertido en una carrera entre uno y otro para saber quién sería el primero en verse obligado a reunir a todo su ejército y presentar batalla. En aquel momento parecía que Arturo podía ganar la carrera, y Cerdic estaba furioso y desesperado.

Llegué a admirar al Pendragón durante aquellas semanas. Más que nunca, parecía un señor a quien valía la pena seguir. Al mismo tiempo, sin embargo, mis preocupaciones aumentaron. Arturo no encontraría ninguna utilidad para un guerrero sin habilidades como yo, incapaz de hacer otra cosa que vivir de sus ya menguados

recursos.

Por otra parte, cada vez que se me ocurrían aquellas ideas, me decía que podía morir a manos de Aldwulf en la siguiente luna nueva. Entonces dejaba de preocuparme y me enfrascaba en alguna tarea para no tener que pensar en ello.

Cerdic no me asignó ninguna tarea en la casa, lo que fue una suerte, pues pronto me di cuenta de que no sabía trabajar como siervo. Hasta entonces no me había percatado de hasta qué punto daba por sentado el hecho de ser el hijo de un rey, aunque fuera un hijo menor y despreciado, ni de que había ciertas cosas que los miembros de un clan real simplemente no hacían. Descubrí que

esperaba que los demás me abrieran las puertas y me trajeran o recogieran las cosas que necesitaba. No tenía ni idea de cómo limpiar un suelo o arreglar un tejado, y al principio me enfurecía cuando se me encargaba alguna tarea parecida. Tenía que corregirme continuamente, recordarme que los demás siervos eran mis compañeros. No conseguí engañarlos. Entrando un día en el establo, oí que uno de los mozos decía a un siervo de la casa: «Si es un siervo, yo soy el emperador Teodosio. ¿Sabías que…?», y se interrumpió bruscamente en cuanto me vio. No, había pocas tareas que pudiera desempeñar como siervo. Pero Cerdic esperaba que

estuviera listo para tocar el arpa a cualquier hora del día o la noche y tenía mis propias pesquisas que hacer. Por otra parte, estaba tratando de aprender los rudimentos del idioma sajón… y, además, estaba Ceincaled.

Al salir de los establos en mi primer día allí, vi a un grupo de hombres reunidos en círculo en la ladera de una colina, justo detrás de la parte romana de la ciudad, y fui a investigar. Aldwulf había mencionado que había regalado un caballo a Cerdic para demostrar sus poderes de hechicería, y Cerdic lo había aceptado como prueba, aunque había sido incapaz de domesticarlo. Cuando me abrí paso a través del círculo, y vi

cómo el caballo se encabritaba en el centro del anillo, comprendí por qué.

Ninguna yegua mortal había dado a luz a aquel caballo. Las monturas de los sidhe, alabadas en cientos de canciones, demuestran su inmortalidad en todas sus líneas; y aquel caballo era un auténtico señor incluso entre las bestias inmortales.

Era tres palmos más alto que el mayor caballo que hubiera visto hasta entonces, un gigantesco animal de tiro. Era muy hermoso: de un blanco puro, espléndido y poderoso como una tormenta en el mar. El blanco cuello se curvaba como las olas del mar antes de romperse, y su crin era como espuma

arrojada contra las rocas. Ninguna gaviota roza el agua con la suavidad con que los cascos de aquel animal rozaban la tierra, y ningún águila toca el suelo con semejante fiereza y libertad. Las fosas nasales del caballo estaban rojas y abiertas, desafiantes en su furia, sus ojos oscuros, salvajes y llenos de orgullo. Contuve la respiración al verlo.

El sajón que acababa de ser arrojado al suelo se apartó de su camino, y algunos mozos de los establos de Cerdic condujeron al caballo de nuevo al centro del círculo, usando látigos y agitando sus capas mientras lo maldecían.

—Ese animal es un asesino —dijo

uno de los siervos, que estaba a poca distancia de mí—. Cerdic no puede creer que llegará a domesticarlo.

—Es un caballo muy hermoso —dije. El hombre me miró, sorprendido y desconfiado. Me reconoció y se encogió de hombros.

—Por supuesto —dijo—, y fuerte, y rápido. Podría correr más y resistir más tiempo que ningún otro caballo de Britania. Pero, ¿de qué sirve todo eso si nadie puede montarlo? Tú eres nuevo aquí y no puedes saberlo, pero llevamos un mes tratando de domarlo; con gentileza y a base de golpes, montándolo y haciéndole pasar hambre, y no estamos más cerca de conseguirlo que cuando

llegó a manos de Cerdic. Entiendo de caballos y te digo que ese animal morirá antes que obedecer a un hombre. Y antes de morir, probablemente se llevará consigo a uno de nosotros… ¡Eh, tú! ¡Ten cuidado! Cerdic no quiere ponerle nombre hasta que pueda montarlo, pero en esta casa le llamamos Ceincaled, «Belleza Huraña», porque eso es lo que es.

Tardé poco tiempo en ver hasta qué punto eran ciertas las palabras de aquel hombre. El caballo trataba de matar a cualquiera que se le acercara. No había crueldad en aquellos intentos, ni un odio a la humanidad como el que puede encontrarse en los animales que han sido

maltratados, sino un poder salvaje, puro y elemental, que no podía soportar ser sometido. Ceincaled era orgulloso, no con un orgullo humano, sino con el de los halcones o águilas. Era como la música del salón de Lugh: espléndida, pero no destinada a los hombres. Me pregunté qué oscuro hechizo de Aldwulf habría capturado al animal, conduciéndolo desde la Llanura de la Alegría al cautiverio y a una muerte segura en las tierras de los hombres.

Hubo ocasiones durante las dos semanas siguientes en las que sentí una fuerte conexión con el caballo. Yo no era inmortal, pero mi problema era similar. Estaba atrapado, y todos mis

esfuerzos por escapar sólo servían para malgastar mi tiempo y acercar más el momento designado para mi muerte.

Cerdic tenía a toda su mesnada consigo en Sorviodunum: trescientos doce guerreros escogidos que vigilaban el fuerte. También tenía un ejército de unos cinco mil hombres; como siempre, el número exacto era incierto. El campamento estaba siempre preparado para la guerra, y los grupos de ataque partían o regresaban prácticamente todos los días, aunque fuera en misiones breves. Pensé en tratar de salir subrepticiamente del campamento cuando llegara uno de aquellos grupos y permanecí cerca de la puerta en un lugar

disimulado durante cierto tiempo hasta que me expulsaron los guardias, desconfiados, además de muy celosos en su vigilancia. Pensé en el bosque que había atravesado y lo observé desde la colina que era el centro de la fortaleza. Se me ocurrió que resultaría fácil desaparecer entre los árboles. Por desgracia, el bosque sólo se extendía hacia el nordeste. Había millas enteras de llanuras abiertas junto a la ciudad por el oeste, donde se encontraba el reino britano más próximo. Y, aunque hubiera existido algún modo de cruzar las murallas y las llanuras, me vigilaban. Nadie me prohibió recorrer la ciudad, pero siempre había un siervo o un

guerrero cerca. Cerdic no deseaba que su sacrificio semihumano escapara. Aquello me inquietaba casi tanto como el miedo a la muerte y mis temores aún no resueltos sobre mi identidad. Siempre había buscado la soledad; ahora me crispaba los nervios no poder encontrarla.

Recé a la Luz, pero no me respondió. Empecé a desear cada vez con más fuerza desenvainar a Caledvwlch, tratar de abrirme camino a estocadas. Sabía que significaría una muerte cierta, pero al menos sería una muerte limpia, digna de un guerrero. Estaba harto de ser un siervo. Estaba atrapado, y aquella palabra parecía

resonar en mi mente todo el tiempo y todos los días. Por la noche soñaba con ella, pensaba en ella antes que en ninguna otra cosa cada mañana al despertar. Me sentía atrapado, como un halcón que ha chocado por error con la red de un pescador, y que, al batir las alas, sólo descubre hasta qué punto está enredado, sin poder hacer nada más que agotar sus fuerzas contra las cuerdas.

Era consciente del paso del tiempo con una intensidad aterradora, de cómo el sol salpicaba el cielo al amanecer con unos colores en cuya intensidad nunca había reparado, de cómo las sombras se acortaban y alargaban a medida que transcurrían las horas del día. Por la

noche observaba cómo la luna pasaba de llena a cuarto menguante, volviéndose cada noche más pequeña. La luna era mi amiga, mi aliada. Mientras brillara, no moriría. Pero empezaba a abandonar el cielo y, cuando se hubiera marchado, todo sería oscuridad.

A veces me parecía que la Luz había desaparecido del mismo modo. Tras alertarme sobre el plan de Cerdic, se había vuelto tan silenciosa como la luna. Dos semanas no es mucho tiempo, pero aquellas dos semanas, llenas de la tensión de la espera y del terror de la trampa, me parecieron eternas, y al mismo tiempo transcurrieron velozmente. Me sentía abandonado por

mi señor. Estaba solo, y también tenía miedo de mí mismo. No puedo decir por qué me aterraba tanto pensar en mí como si no fuera humano. La mayor parte de hombres se sentirían complacidos de considerarse aparte de la humanidad, o eso es lo que creen. No era la soledad, pues estaba habituado a ella, aunque nunca me había resultado tan dolorosa. Tal vez era simplemente el temor a lo desconocido. Todos tememos lo que no comprendemos, y más aún cuando lo desconocido forma parte de nosotros mismos.

De modo que observaba cómo los sajones trataban de domar a Ceincaled y cuidaba del caballo en su establo para

librarme de mí mismo. La pureza del caballo blanco parecía desafiar y burlarse de los terrores que me asediaban. Su batalla era como la que yo deseaba, la sencilla belleza del combate físico.

Dos semanas. La luna se convirtió en una astilla en el cielo, un delgado hilo de luz, y los espacios entre las estrellas parecían muy negros. A la noche siguiente no habría luna. La noche siguiente… aquél era mi último día y no había decidido nada. Cuando oscureciera, si seguía sin encontrar escapatoria, había decidido desenvainar a Caledvwlch y tratar de matar a Aldwulf y Cerdic antes de que me

mataran a mí.

Volví a mezclarme con el círculo de hombres que rodeaban a Ceincaled y observé cómo Cerdic trataba de montarlo para ser arrojado de nuevo al suelo. Frente a mí, Aldwulf se mordía la barba. Había intentado algún tipo de hechizo con el caballo para complacer a Cerdic, pero sus conjuros habían fallado y estaba avergonzado y furioso.

—¡Por el gusano! —dijo Cerdic, levantándose—. Me han estafado.

Era cierto. Podía adivinar el precio que Aldwulf le había convencido de pagar a cambio del caballo: una vida humana, el precio habitual en los tratos con el Yffern… y, aunque la vida de un

prisionero o siervo podía considerarse barata a cambio de semejante caballo, Ceincaled era tan inútil para Cerdic como un animal de tiro lisiado. Aunque pudiera dejar atrás a todos los animales del campamento…

¡Por el sol y el viento! Pronuncié mentalmente el juramento favorito de Agravain. Había estado ciego, buscando mi propia sombra entre la noche, cuando el sol estaba justo detrás de mí. Empecé a encontrarlo muy divertido y me pregunté cómo podía haber sido tan estúpido.

¿Acaso mi otro problema era igual de simple? Me hice aquella pregunta mientras me abría paso hasta Cerdic.

Todo aquel cuestionamiento de mi identidad, ¿se aclararía en un estallido de luz cuando mirara en la dirección correcta? Mi Gran Rey, señor…

—Mi señor —dije a Cerdic, que me había visto acercarme y me observaba sin ningún entusiasmo—. ¿Podría tratar de montar el caballo?

Cerdic me dirigió una mirada furiosa y luego me golpeó con bastante fuerza para hacer que me tambaleara.

—¡Perro insolente! ¿Acaso crees que tú, un esclavo, podría tener éxito donde un rey ha fracasado? ¡Debería hacerte azotar! —Vi que había juzgado mal la intensidad de su furia e incliné la cabeza, tratando de pensar y frotándome

la barbilla.

—Cerdic —interrumpió de repente Aldwulf—. Podrías dejar que lo intente.

—¿Qué?

—Es posible que los dos procedan de la misma tierra. ¿Quién sabe? El chico ha estado cuidando del caballo.

Lo que pensaba Aldwulf estaba muy claro: yo usaría la magia con el caballo, lo domaría, me matarían y el rey podría quedarse con mi espada y el animal. Aldwulf sonreía complacido. Creo que le irritaba profundamente que nadie hubiera podido domarlo.

Cerdic me miró, recordando lo que Aldwulf había dicho que era.

—Muy bien —dijo al fin—.

Inténtalo, pues.

—Gracias, *cyning* Cerdic —dije suavemente—. Haré lo que pueda.

Cerdic asintió en dirección a Aldwulf. Yo me volví hacia Ceincaled.

Los mozos habían vuelto a atarlo y esperaba pacientemente mientras lo sostenían, conservando las fuerzas para su jinete. Me acerqué, di las gracias al hombre que lo retenía, y tomé la brida. Al hacerlo, dudé repentinamente de mi habilidad para montarlo, que un minuto antes me había parecido tan evidente. Siempre se me habían dado bien los caballos y el semental ya me conocía, pero podía ser que eso no sirviera de nada. No era tanto que percibiera la

Oscuridad en sus jinetes, sino que se resistía al mero hecho de ser montado. Se necesitaría un espíritu igual al suyo para contenerlo, e incluso entonces era posible que prefiriera morir a aceptar la derrota. Pero yo tenía que montarlo o morir aquella noche.

Acaricié el blanco cuello, susurrando. El animal se apartó de mí y luego permaneció inmóvil, esperando, preparándose para la batalla. Era más inteligente que ningún caballo ordinario. Lo había observado resistir a Cerdic y lo sabía perfectamente.

Pasé mi mano sobre su lomo y cabeza, ajusté la cincha de la silla, canturreando suavemente en irlandés, sin

importarme quién pudiera oírme. En mi corazón pedí a la Luz que refrenara para mí aquel orgulloso espíritu y me concediera la victoria. Luego apoyé la mano en el hombro del caballo y salté a su lomo.

El único modo de describir lo que ocurrió a continuación es decir que el mundo estalló: se disolvió en una blanca nube de crines, y Ceincaled luchó con toda su terrible fuerza y orgullo ilimitado. Yo me agarré al mismo tiempo a la crin y a las riendas, apretando con fuerza las rodillas e inclinándome sobre su cuello, consiguiendo a duras penas mantenerme en la silla.

El caballo rodeó el círculo,

encabritándose y galopando, y los espectadores eran un mero borrón de carne, colores vivos, acero y gritos distorsionados. Me sentí como si tratara de cabalgar sobre una tormenta, o contener el viento del norte con una brida. Aquello estaba más allá del poder de ningún hombre y, en el momento en que puse a prueba mi fuerza contra la de un inmortal, supe que sólo era un ser humano. Ceincaled era puro, fiero, increíblemente salvaje. No tenía amo ni aceptaría ninguno…

Y era glorioso.

Dejé de saber nada sobre el pasado y el futuro, sobre los pensamientos y sensaciones. Aldwulf podía ahorcarme,

o yo podía caerme del caballo y ser pisoteado, destrozado por el poder que había tratado de dominar. Pero, aunque comprendía aquellas cosas, me parecían tan distantes e insignificantes como un juego abandonado. Había un sabor dulce en mi boca, como a menta en una noche lluviosa. Ceincaled estaba saltando de nuevo, envuelto en un trueno, y la vida y la muerte eran irreales. Todo lo que importaba era la dulce locura que nos poseía a mí y a mi montura, una locura que me había asaltado desde dentro, transformando el mundo en algo que ya no podía reconocer, ni me importaba. Al desenvainar a Caledvwlch por primera vez, había percibido algo parecido a la

sensación de la luz, pero aquello era una especie de ligereza, una dulzura relampagueante en mi mente. Amaba a Ceincaled con todo mi ser, y en mitad de su salto, el animal sintió mi amor y le correspondió, y de repente ya no estábamos luchando sino volando, aturdidos de alegría, poseídos por la misma furia.

Ceincaled se encabritó una vez más y lanzó un relincho de desafío a todo el mundo. Luego se detuvo sobre las cuatro patas en el centro del círculo y permaneció inmóvil.

A través de la locura del combate, que hacía que el mundo me pareciera casi congelado, pude ver que los

espectadores me observaban maravillados, que Aldwulf fruncía el ceño, repentinamente inquieto, y que los ojos de Cerdic resplandecían de avaricia.

—Bien —dijo el rey de los sajones del oeste. Su voz parecía muy lejana—. Ahora, dame mi caballo.

Me eché a reír, y él se sobresaltó, sonrojándose de ira. Aldwulf, comprendiendo lo que ocurría, agarró un brazo de Cerdic. Éste empezó a volverse hacia él, con una pregunta furiosa formándose en su lengua…

Desenvainé a Caledvwlch, y su luz se elevó pura y brillante como la de una estrella. Ceincaled se lanzó contra

Cerdic. Alguien gritaba de terror.

Cerdic se arrojó a un lado y rodó por el suelo. Los cascos de Ceincaled pasaron a pocas pulgadas de su cuerpo. Aldwulf, tratando de retroceder hacia la multitud, fue menos rápido y menos afortunado. Gritó antes de que mi espada le tocara, cegado por su luz, lanzando alguna maldición… y chilló cuando la hoja le golpeó. Pero Ceincaled chocó contra la cuerda que limitaba el círculo, rompiéndola, y mi mano saltó hacia atrás. Aldwulf no moriría, aunque perdería el ojo izquierdo. Deseé volver atrás y acabar con él, pues merecía ser destruido; pero Ceincaled había empezado a galopar, y, con el sabor del

viento, olvidé a aquel hechicero.

Las calles romanas pasaron junto a mí, borrosas por la velocidad, y detrás de nosotros alguien ordenaba que me detuvieran, que me mataran. Un guerrero se interpuso en mi camino y apoyó una rodilla en tierra, apuntándome con su larga lanza. Todo se redujo a él mientras nos acercábamos. Vi su rostro, sonriendo de miedo y excitación, reluciente de sudor. Vi el destello del sol en la punta de su lanza, y amé su puntería y también a él, sabiendo que Ceincaled estaba sólo a tres pasos de distancia. Toqué el caballo con mi rodilla, obligándolo a desviarse ligeramente, y la punta de la lanza,

precipitándose hacia adelante, pasó junto a nosotros. Atrapé el asta con la mano izquierda y con la derecha blandí a Caledvwlch. Mi mente seguía aturdida por la locura cuando la espada golpeó, y el cuello del guerrero se volvió rojo al ser cortado. Pasé junto a él. Había otros en la puerta. Maté al más cercano con la lanza que había quitado al primero, corté el asta del segundo y dejé que Ceincaled pasara sobre él. Descubrí que estaba cantando y me eché a reír de nuevo. ¿Cómo podían pretender detenerme? Los sajones estaban huyendo. Uno me arrojó una lanza, pero desvié a Ceincaled y el arma no encontró su destino. Mi caballo se lanzó

al galope y ya no hubo nadie más delante de mí, sólo la puerta abierta y una calzada romana que avanzaba hacia el oeste. Volamos por ella como una gaviota, como el halcón cuyo nombre llevaba. Los sajones quedaron atrás. Incluso cuando organizaran una expedición para perseguirnos, estarían muy atrás. Demasiado atrás para alcanzarnos, pensé vagamente; demasiado atrás para amenazarnos nunca más. Éramos libres.

8

El resto de aquella carrera no lo recuerdo con claridad. Fue una dulce canción de cascos voladores y viento, con las colinas vacías a mi alrededor tras abandonar la calzada. Cantaba de alegría, riendo, amando el mundo y a todos los hombres que lo habitaban, incluso a Cerdic, a quien hubiera matado de buena gana de haber estado allí. Oh,

la Luz era un señor fuerte, un Gran Rey. Cualquier guerrero se sentiría orgulloso de servirle.

Caía la tarde y Ceincaled empezó a cansarse un poco. Lo hice pasar al medio galope. Me recordé a mí mismo que todavía teníamos un largo camino por delante.

¿Cuánto nos faltaba para llegar? No tenía ni idea. Desconocía por completo las distancias en Britania y no sabía dónde estábamos. Estaba claro que habíamos recorrido un gran trecho galopando a aquella velocidad. Una parte de la luz cegadora se apagó en mi mente y miré a mi alrededor.

Me acercaba al borde occidental de

la llanura. El paisaje que me rodeaba se parecía al de las Orcadas en lo abierto y montañoso, pero aquellas colinas eran más amplias y verdes. Comprobando el sol, descubrí que avanzaba hacia el noroeste, y comprendí que debía llevar un buen rato haciéndolo. Tenía un vago recuerdo de la calzada romana rodeando la curva de una colina y de Ceincaled abandonándola para adentrarse en la llanura. Decidí que era una buena cosa haber abandonado la calzada. De no haberlo hecho, y en aquella locura era fácil que nos hubiera ocurrido, hubiéramos acabado por regresar al este, hacia el corazón de los reinos sajones. La idea me hizo sonreír, y lo

que quedaba del éxtasis me abandonó. Puse a Ceincaled al trote y le hice girar de nuevo hacia el oeste.

En aquella dirección, las colinas se volvieron más empinadas; pronto hubo una línea oscura de bosque frente a nosotros. Antes de alcanzarla, llegamos a un río. Era una corriente pequeña y soñolienta, todavía oscura por el barro de la primavera, que reflejaba tranquilamente los robles de la orilla opuesta. Cabalgué junto al río, hacia el norte, durante un rato, hasta encontrar un lugar para que Ceincaled cruzara sin problemas.

Al acercarse al agua, el caballo olfateó con interés. Desmonté y le dejé

beber, hablándole suavemente mientras lo hacía. Estaba sediento y empapado de sudor, pero, increíblemente, no parecía acalorado ni despedía vapor, como le hubiera ocurrido a cualquier otro caballo tras una carrera que hubiera sido remotamente parecida a la nuestra.

Ver beber al caballo me dio sed. Al arrodillarme junto al agua vi que todavía sostenía a Caledvwlch. Sonreí y empecé a envainar la espada… y me di cuenta de que estaba manchada de sangre.

Recordé con un sobresalto a los sajones que se habían interpuesto en mi camino. Recordé a Aldwulf, cayendo inconsciente entre el círculo de sajones, con el lado izquierdo de la cara abierto,

y a los demás muriendo, y cómo ello me había hecho reír. Dejé caer la espada sobre la hierba y me arrodillé sobre los talones, contemplándola, como si las muertes hubieran sido responsabilidad suya y no mía. Entonces me di cuenta de que el caballo estaba bebiendo demasiado, y me levanté para apartarlo del agua y obligarle a caminar para refrescarlo. Había matado. Acababa de matar a tres hombres y de herir horriblemente a un cuarto, y ni siquiera había sido consciente de ello hasta aquel momento. No, había matado a cuatro hombres, si contaba a Connall. Pero lo de Connall había sido un acto de misericordia, y lo otro… lo otro era la

guerra, una batalla.

Dejé que el caballo regresara al agua y bebiera un poco más.

Lugh me había dado su bendición, para que la llevara conmigo a las batallas que me aguardaban. ¿Era posible que la locura que me había poseído fuera su bendición? Se decía que CuChulainn enloquecía en la batalla, y era el hijo de Lugh. Hay ciertos tipos de locura que se consideran divinos o sagrados. La mía lo había parecido. Pero me asustaba ser capaz de matar sin que me importara. Aunque, ¿podía acaso decir que había obrado mal escapando de aquel modo?

Limpié la espada sobre la hierba, la

froté con mi capa y volví a envainarla. Luego me arrodillé y bebí en el río. El agua tenía el sabor que había esperado al ver la corriente: lento, rico, tranquilo. Era relajante, de modo que me senté en la orilla a contemplarla. Ceincaled había acabado de beber y vadeaba en la corriente, disfrutando de la sensación. Me acerqué a él, le desaté rápidamente la silla y lo froté con un puñado de hierba, permitiéndole que volviera a chapotear mientras yo me sentaba.

Contemplé mi reflejo, que temblaba con los movimientos de Ceincaled en el agua. Mi rostro había cambiado desde que lo viera por última vez, en el estanque de Llyn Gwalch. Se había

convertido en un rostro extraño, marcado por sucesos extraños. Sin embargo, los ojos, que flotaban reflejados en la oscura agua, eran los mismos y seguían igual de desconcertados por lo que habían visto. Pero en mi mirada había aparecido una especie de intensidad; era la mirada de un guerrero, aunque mezclada con algo extraño. Sacudí la cabeza y volví a mirar a Ceincaled. Yo, un guerrero, había matado a tres sajones y herido a un rey. Pero, ¿cómo podía yo, Gwalchmai Mac Lot, el peor guerrero de las Orcadas, un completo desastre con las armas, haber hecho algo semejante? Los guerreros tenían que

haber estado asustados y sorprendidos por el tamaño y la velocidad de Ceincaled, y por el fuego que relucía en mi espada. De lo contrario, me habrían matado al momento. Desde luego, parecía una hazaña sorprendente de la que un guerrero famoso podría presumir durante un banquete, pero yo sabía la verdad.

¿Qué era lo que sabía? Pensé en aquel ser poderoso en que me había convertido hacía menos de una hora y reflexioné. Recordé lo que había visto en mi interior la primera vez que desenvainé a Caledvwlch, la Oscuridad, y después el poder y la certeza al sostener la espada; y recordé la

advertencia de Lugh. ¿Cómo era posible, en aquella mezcla de pasión humana y locura divina, distinguir entre Luz y Oscuridad? La idea inquietante de que tal vez no era humano regresó a mi mente. Sin embargo, sabía que, fuera lo que fuera lo que hubiera ocurrido, seguía siendo tan humano como cualquiera, aunque pudiera montar a Ceincaled. El caballo me lo había demostrado. Yo no lo había domado, sino que él había consentido en obedecerme, por amor. Haría falta un inmortal para domesticar a aquel caballo, y yo no era más que un hombre; sólo podía persuadirle. Aquello me resultó reconfortante. Ser capaz de

sentirse como yo en aquel momento, ignorante e inseguro, es un rasgo muy humano. Simplemente era un hombre que había presenciado cosas más portentosas que los demás, y la esencia de aquellas cosas me había afectado, igual que un guerrero se ve afectado por su ocupación y un rey por la suya. «Morgawse, madre —me pregunté—, ¿hasta qué punto me has influido?». Pero no había nada más; aquélla era toda la explicación. Me reí de mi propio reflejo.

—Eres un verdadero idiota, ¿lo sabías? —le pregunté—. Tenías la respuesta delante de ti y le diste la espalda. Te preocupas demasiado.

Ceincaled inclinó las orejas hacia delante, escuchándome, y luego sacudió la cabeza. Me eché a reír de nuevo, me levanté y tomé su brida. El animal resopló, luego acercó la nariz a mi cabello y lo mordisqueó, como suelen hacer los caballos.

—Tranquilo, valiente, guapo —le dije—. Eso no es hierba. Ni siquiera es del mismo color.

Ceincaled relinchó y le acaricié el cuello. Fue un sobresalto recordar de dónde había venido. Pobre Ceincaled. Arrancado de las maravillas de las islas del otro lado del ocaso, sometido a la avaricia de Cerdic y los hechizos de Aldwulf, al hambre y los latigazos, a la

brida y la espuela, a la Oscuridad y la muerte, cuando todo lo que debería haber conocido eran los campos de flores doradas y la primavera sin fin durante toda la eternidad. Tomé otro puñado de hierba y volví a cepillarlo. Era un caballo muy hermoso, demasiado hermoso para la tierra. Con él había conseguido mi libertad. Estaba seguro de que los sajones no podrían volver a encontrarme a menos que ocurriera algún accidente, y ya no lo necesitaba. De hecho, podría fácilmente convertirse en un problema, ya que un caballo semejante sería observado y comentado. De haber tenido elección, me hubiera quedado con el caballo sin entregárselo

a nadie: amaba su belleza y su espíritu indomable. Pero no tenía derecho a pagarle el don de la libertad que me había conseguido con la muerte que terminaría causándole si lo conservaba.

Lentamente, le quieté la brida. Ceincaled permaneció muy quieto, y su imagen en el agua oscura temblaba muy levemente.

—Vete, amigo —le dije—. Te has ganado la libertad. Ve a casa. Tal vez Lugh, el maestro de todas las artes, pueda montarte, pero ningún ser inferior es digno de ti. Has luchado bien y con valor, y te doy las gracias.

Ceincaled vaciló, como si me escuchara y comprendiera, luego

sacudió la cabeza, lanzó un resoplido en dirección a la brida y se adentró en el río. Tras cruzarlo, partió al galope hacia el oeste. Lo observé desaparecer entre los árboles y suspiré, crucé también el río y eché a andar en la misma dirección.

El bosque no era tan denso como el que había visto aquel día al despertar. De todos modos, era lo bastante enmarañado para confundir a los sajones si todavía me seguían. Aunque lo dudaba. Cerdic debía de haber enviado hombres en mi persecución, pero no creía que pudieran encontrar el lugar donde había abandonado la calzada. Y había atravesado la llanura que, según

los siervos, se extendía entre Dumnonia y las tierras sajonas, de modo que era seguro que me encontraba ya en territorio britano. Tal vez hubiera una partida de exploración en la zona… no, el último ataque ordenado por el rey había sido en el norte, hacia Powys. Yo estaba demasiado al sur para encontrarme con sus hombres. Probablemente me encontraba a salvo; si viajaba un poco más hacia el oeste, estaría totalmente seguro.

Caminé hasta bien entrada la noche, me detuve en cualquier lugar y dormí bajo la raíz de un árbol, envuelto en mi capa. Al día siguiente continué la marcha, sintiéndome fatigado y sucio.

No había andado mucho cuando llegué a una carretera. No era una calzada romana, sino un simple camino de tierra que serpenteaba entre las cimas de las colinas. Era más fácil caminar junto a él o a través del bosque que sobre el propio camino debido a la gran cantidad de barro. Sin embargo, lo seguí, desviándome hacia el sur con él. Había algún riesgo, pero no demasiado, y deseaba encontrar a alguien que pudiera decirme dónde estaba Arturo. Sabía que aquella tierra estaba habitada, porque había visto humo de chimeneas la noche anterior, pero me pareció más seguro esperar a encontrarme con alguien en el camino, preferiblemente

alguien que viajara solo.

El riesgo valió la pena. Sólo llevaba media hora andando cuando encontré una carreta atascada en el barro. El hombre que trataba de moverla era robusto y pelirrojo, y blasfemaba en britano.

—¡Ach! ¡Que los perros del Yffern te lleven, caballo! ¿Es que no puedes tirar más fuerte? —gritó a su yegua, que trataba de avanzar sin conseguirlo. El hombre maldijo un poco más y pateó una de las ruedas de la carreta. No reparó en mí cuando me acerqué.

—Saludos —dije, tras observar sus movimientos—. ¿Puedo ayudarte?

Dejó de empujar y se volvió de

golpe, asustado. Sus ojos se abrieron de par en par al verme, y su mano derecha hizo un extraño movimiento.

—¿Quién eres? —me preguntó, y su mano había descendido hasta el cuchillo de su cinto—. ¿Qué quieres?

—No quiero nada de ti, ciertamente no tu vida, de modo que puedes dejar el cuchillo. Me estaba ofreciendo a ayudarte con la carreta.

El hombre me dirigió otra mirada larga y dubitativa, se encogió de hombros, se pasó una gruesa mano por el cabello y movió los ojos, exasperado.

—¡Ach! Bien, no eres sajón… ¿Si puedes ayudarme? Es evidente que no. Suelo traer mis carretas hasta aquí por

el simple placer de arrastrarlas por el barro.

Decidí que aquel hombre me caía bien. Sonreí.

—En tal caso, lamento haber interrumpido un pasatiempo tan agradable, y te dejaré para que lo disfrutes.

Frunció el ceño, desconcertado, y me devolvió la sonrisa.

—Estaba furioso, pero tu oferta es muy generosa. Si me ayudas a sacar este trasto endemoniado de este agujero tres veces maldito, puedo llevarte. Voy al sureste, hacia Camlann.

¡Camlann!

—Yo también deseo llegar hasta allí.

Veamos esa carreta. ¿Cómo se ha atascado?

Estaba totalmente atorada en un profundo agujero que había quedado disimulado por una fina corteza de barro seco. Estuvimos una hora entera empujando, y tuvimos que meter ramas del bosque bajo las ruedas antes de que la carreta saliera finalmente del agujero. El carretero soltó una carcajada de alegría cuando su vehículo quedó libre al fin.

—Ha sido una suerte que pasaras por aquí —dijo—. Nunca la hubiera sacado yo solo. Hubiera tenido que volver a casa y pedir ayuda a mi clan, y no es nada seguro dejar una carreta

cargada en la carretera en estos tiempos de bandidos, ladrones y sajones en Dim Sarum. —Recordé que aquél era otro de los nombres de Sorviodunum o Searisbyrig—. Y en el poblado hay más trabajo que hombres para hacerlo, y no encontraría a nadie para desatascar una carreta. —Subió al vehículo, desatando las riendas del poste donde las había fijado, y me indicó que me sentara a su lado. Nos pusimos en marcha, con la mitad de la carreta avanzando por el borde del camino—. Me llamo Sion, por cierto —dijo el hombre—. Sion ap Rhys, granjero. La aldea de mi clan está al norte de aquí, cerca de Mor Hafren.

¿Mor Hafren, al norte del río

Saefern? ¿Tan al norte me encontraba?

—Yo soy Gwalchmai —dije, sin añadir el nombre de mi padre. Decidí dar poca información hasta saber cómo serían recibidos en Dumnonia los hijos del rey Lot de las Orcadas.

—Un buen nombre —dijo Saefern, tras una pausa breve e incómoda—. Un nombre de guerrero. ¿Y deseas ir a Camlann?

—Así es. ¿Está muy lejos? Nunca había estado en Dumnonia.

Se encogió de hombros.

—Esta noche deberíamos estar en Ynis Witrin. No está lejos, pero no quiero fatigar al caballo, y tendremos que dedicar más tiempo a sacar esta

maldita carreta del barro antes de llegar a la carretera del oeste. A veces pienso que no hay beneficio que compense viajar en primavera.

—¿Qué beneficio esperas sacar, entonces?

Sonrió.

—Uno considerable. Ahí detrás llevo harina de trigo. Mi clan descubrió que teníamos más de la necesaria al terminar el invierno, de modo que decidimos venderla. ¿Y a quién mejor que al emperador? Debido a su mesnada, siempre está necesitado de provisiones. Si encuentro al hombre adecuado para regatear, podré sacar el doble que en Baddon.

Viajamos juntos durante el resto del día, disfrutando del trayecto. Sion era un hombre comunicativo y alegre, lo que fue una suerte, pues la carreta se atascó otras tres veces antes de que alcanzáramos la «carretera del oeste», la calzada romana. Mi compañero envió una docena de veces al Yffern cada pulgada de aquel camino, junto con la carreta y el caballo, pero blasfemaba de modo muy relajado, y el caballo se limitaba a agitar las orejas como si lo estuvieran consolando.

Mucho antes de llegar a Ynis Witrin, el bosque desapareció, y luego también las colinas, hasta que estuvimos atravesando un pantano bajo por un

camino elevado sobre un banco de tierra. Entre las empapadas plantas del pantano circulaban estrechos ríos de aguas más profundas. Vimos la ciudad de Ynis Witrin mucho antes de llegar a ella. La gran colina sobre la que está construida se elevaba sobre la tierra como una fortaleza.

Ynis Witrin es una ciudad sagrada, aunque ahora está dedicada a un dios distinto. Dicen que es el lugar donde se edificó la primera iglesia de Britania, y el monasterio lleva allí mucho tiempo.

Me sentí impresionado por la carretera que conducía a la ciudad y traté de imaginar la cantidad de trabajo necesario para construirla. Sion se dio

cuenta y me preguntó si era extranjero, vacilando un poco antes de pronunciar aquella palabra. Le dije que era de las Orcadas. Pareció confuso.

—¿Las Orcadas? ¿Dónde está eso?

—Las Orcadas, las Innsi Erc, las islas al norte de la tierra de los pictos —dije, sorprendido.

—¡Oh, las Ynysoedd Erch! Donde gobiernan Lot y su reina bruja. Un lugar horrible, según dicen, y muy lejano.

—Muy lejano —dije—, pero no horrible.

—Bien… ¿Has visto alguna vez al rey Lot ap Cormac, entonces? ¿O a la reina Morgawse, la hija de Uther? Se cuentan unas historias sobre esos dos

capaces de helar la sangre. No me gustaría encontrarme con ninguno de ellos. Mi hijo, sin embargo…

Sonreí. Me había hablado largamente de su hijo de doce años, un fanático admirador de Arturo que soñaba con ser un héroe, entre comentarios sobre las dificultades de trabajar la tierra y sobre una reyerta en la que su clan se había visto envuelto veinte años atrás. Como he dicho, era un hombre comunicativo.

—No es que me crea las historias —añadió Sion—. La gente cuenta historias sobre cualquier cosa, y cuanto más maravillosas parecen, más interesantes las encontramos. En los mercados se

cuentan historias sobre el Pendragón que hubieran causado risa hace diez años, pero como es el emperador y se ha enfrentado a la iglesia, todos los idiotas se las creen. Pero yo soy un buen cristiano, y no creo en esas historias… —Se interrumpió, me dirigió una mirada de soslayo, permaneció en silencio un momento, y luego continuó—: Pero me preguntaba qué aspecto tendrían el rey y la reina de las Ynysoedd Erch.

—Les he visto —admití de mala gana.

—¿De veras? Entonces háblame de la reina bruja, la hermana del Pendragón. Nació aquí en Dumnonia, pero nunca pude verla. ¿Es hermosa?

Pensé en Morgawse. Morgawse, con su cabello negro y sus ojos como estanques de noche, la reina de la Oscuridad, que había dejado de ser humana. Me miré las manos, olvidando la carretera, el hombre que me acompañaba, Camlann y toda Britania con el horror de aquel recuerdo. El borde de la carreta crujió bajo mis dedos cuando lo apreté. «Luz, ¿es que nunca me libraré de ella?».

Sion murmuró algo entre dientes e hizo el mismo gesto que al verme por primera vez.

—¿Qué? —pregunté saliendo de mi abstracción.

—Nada —dijo Sion, pero detuvo a

su yegua y me miró—. ¿Qué…? —Volvió a interrumpirse—. Hay algo extraño en ti, Gwalchmai.

—¿A qué te refieres? —dije mirándolo a los ojos.

Movió bruscamente la cabeza y sacudió las riendas para que la yegua echara a andar de nuevo.

—Sólo es la luz —murmuró—. Este sol del atardecer hace que las cosas parezcan… bueno, lo siento.

Sonreí, con los dedos en torno a la empuñadura de Caledvwlch. Por lo menos, el hombre lamentaba haber pensado que no era humano.

—¡Mira! —dijo Sion, de nuevo en tono alegre—. Allí está Ynis Witrin.

Nos habíamos desviado al oeste de nuevo, pues el camino se separaba de la carretera principal al este de la ciudad, y los largos rayos del sol del atardecer hacían que los edificios de barro y madera parecieran livianos, como si flotaran sobre los pantanos. La ciudad hubiera debido parecer tranquila, pero me hizo contener el aliento. Ciertamente, era un lugar de poder, y de más de un tipo de poder.

La pequeña yegua de Sion avanzó con decisión hacia el prometido refugio. El animal era el motivo de que Sion deseara detenerse en Ynis Witrin en lugar de viajar sin descanso hasta Camlann. Llevaba todo el día tirando de

la pesada carreta, y el granjero no podía permitirse agotarla. Con cierto remordimiento, pensé que Ceincaled hubiera podido recorrer en pocas horas toda la distancia que habíamos cubierto aquel día. Pero Ceincaled tenía derecho a la inmortalidad. No hubiera podido quedármelo.

Cruzamos un puente —según dijo Sion, el río que pasaba bajo él se llamaba Briw—, y entramos en la Isla de Cristal, Ynis Witrin. La gran colina se alzaba sobre nosotros, con la fortaleza de su cumbre montando guardia sobre el pantano. La fortificación pertenecía a un noble poco importante, vasallo de Constancio de Dumnonia.

Sion no pretendía pedirle hospitalidad, ya que el señor seguía la costumbre habitual de ofrecer derecho de hospedaje sólo a guerreros y artesanos. Los viajeros comunes iban al monasterio. Este se encontraba en la ladera de la colina, al este de la fortaleza, en el centro de una antigua ciudad romana prácticamente abandonada.

Sion condujo la carreta hasta la entrada y, tras bajar del vehículo, tocó una campana de hierro que colgaba junto a la puerta. Al cabo de unos minutos, apareció un monje que nos estudió a través de una abertura en la puerta.

—¿Quiénes sois y qué queréis? —

preguntó, en tono irritado.

—Sion ap Rhys, granjero. Hospedaje para esta noche.

—¿Granjero? —El monje abrió la puerta—. Sé bienvenido, entonces. La hospitalidad de Ynis Witrin te costará… ¿Qué llevas en la carreta?

—¡Costarme! —exclamó Sion—. ¿Qué clase de hospitalidad es ésa?

—¡La hospitalidad de unos monjes asfixiados a impuestos por un tirano! —espetó el monje—. ¿Qué llevas en la carreta?

—Harina de trigo —replicó Sion, en tono huraño.

—Te costará un saco de harina de trigo.

—Un saco. Un saco entero. ¡Podría comprarme dos pollos por un saco entero de harina en esta época del año! —dijo Sion.

—¿Acaso quieres robar a la Iglesia, a la santa Iglesia, tu madre? ¿No crees que Dios se complace en ser generoso con sus siervos?

—Creo que Dios se complace cuando sus siervos son generosos. Diez libras de harina es más de lo que puedo permitirme, pero eso es lo que te ofrezco.

—Tres cuartos de saco… —empezó el monje.

Al cabo de un rato, se acordó que, por medio saco de harina, Sion y su

yegua podrían pasar allí la noche.

—¿Y quién más hay en la carreta? —quiso saber el monje—. No me dirás que es tu hijo; no se te parece en nada.

—No —contesté—. Sólo soy otro viajero.

—Pagarás por separado, entonces —dijo el monje, satisfecho—. ¿Es que una parte de la harina te pertenece?

—No…

—Entonces, ¿por qué viajas?

—Quiero entrar al servicio del Pendragón.

El monje me miró con la boca abierta y gruñó.

—¡El Pendragón! Arturo el Bastardo ya tiene a muchos hombres que le sirven.

Demasiados. ¿Y quién los mantiene?

—Últimamente, los sajones derrotados —dije—. Y toda Britania cuando no hay guerra. ¿Has conocido a los sajones?

—¿Por qué iba a conocer a los sajones? —preguntó el monje, olvidando su enfado debido a la sorpresa.

—No importa. ¿Cuánto me cobrarás? No tengo nada.

—¿Nada? —Me miró cuidadosamente y decidió que le estaba diciendo la verdad—. Tu espada, entonces.

—No.

—Tu capa.

Sion se indignó.

—¿Qué clase de hospitalidad es ésta, incluso en Ynis Witrin? ¡Quitarle la capa a un hombre que acude a vosotros sin un céntimo y que regatea peor que un niño de tres años! Yo pagaré por él.

—Un saco de harina —dijo rápidamente el monje.

—Medio saco, el mismo precio que para mí —repuso firmemente Sion—, y nada más, ladrón de una cueva de ladrones.

El monje se quejó un rato más, diciendo que se le pedía que contribuyera al saqueo de la Iglesia, albergando «a un pagano amante de los tiranos», pero quería la harina, y

finalmente nos dejó pasar.

—Lo lamento —dije a Sion, mientras la carreta cruzaba la puerta—. Es cierto que no sé regatear. Hubieras debido dejar que se quedara con mi capa; seguro que podré conseguir una nueva en Camlann. En este momento no tengo nada más con lo que pagarte tu generosidad.

Sion se encogió de hombros, pero estaba complacido.

—Quédatela. Hubieras sido un estúpido cambiando una capa nueva por una noche de alojamiento; con ella podrías pagar una semana entera. Y ese hombre ha sido otro estúpido al mencionar la espada, pues incluso yo,

que no sé nada sobre armas, puedo ver que esa espada podría comprar un poblado entero, con sus rebaños y todo. —Me dirigió una mirada astuta y me sentí realmente estúpido, porque no había pensado en ello en absoluto. Bajando la voz, añadió—: Y los sacos no contienen medidas enteras. Son un poco más pequeños. Ese idiota ni siquiera se ha dado cuenta, y nos ha hecho un buen precio sin saberlo. Lo que está muy bien, pues los monjes deberían ser pobres en bienes terrenales y, con la ayuda de Dios, yo pienso hacer lo que pueda para contribuir a que así sea.

Instalamos a la yegua en los establos de la abadía, nos aseguramos de que la

carreta estuviera segura en el granero y entregamos al portero su saco de harina. Luego nos dirigimos a la capilla, ya que al parecer el monasterio estaba lleno y los monjes habían puesto a sus huéspedes a dormir en el porche de aquella dependencia. Sion arrojó su petate en el porche, silbando, y entró a grandes zancadas en la propia capilla. Tras vacilar un momento, le seguí. Nunca había visto una iglesia y me pareció desconcertante. Me detuve justo junto a la puerta, contemplando las columnas de la basílica y los grabados del dintel. Sion, sin embargo, se dirigió inmediatamente al extremo opuesto y se arrodilló ante el altar. Hizo el mismo

gesto que le había visto usar ya en dos ocasiones y que en aquel momento reconocí como la señal de la cruz. Me dirigí al altar en silencio, y me quedé mirándolo.

Era un altar sencillo, con una cruz de madera grabada apoyada en el muro encalado. El mantel que lo cubría, sin embargo, estaba ricamente bordado, cubierto de dibujos intrincados como los que había visto en cuencos, espejos y joyas durante toda mi vida. Sin embargo, también había dibujos de animales, extrañas bestias aladas que cruzaban las cenefas, que parecían bailar a la luz de las dos velas sobre el altar. Algo en aquel lugar me hizo pensar en la

habitación donde había desenvainado a Caledvwlch. Se percibía la misma atmósfera de poder contenido, rígido y vibrante como los dibujos del mantel. Había una sensación de centralidad, de estar cerca del núcleo de algo, y una intensa quietud.

Suspiré profundamente, estremeciéndome de emoción como un caballo nervioso, y me obligué a calmarme. Llevado por un impulso, me arrodillé junto a Sion, que murmuraba una plegaria en latín. Desenvainé a Caledvwlch y la sostuve ante mí con la punta apoyada en el suelo, de modo que la cruz de la empuñadura se convirtió en una réplica de la cruz de la pared. La luz

se estremeció en el interior del rubí, se convirtió en una llamarada, y la obligué a apagarse, consciente de que no podría explicar aquella espada ni a Sion ni a los monjes. El arma se aquietó y traté de seguir el ejemplo de Sion y rezar. Fragmentos de varias canciones cruzaron por mi mente, y las antiguas invocaciones druídicas al sol y al viento, a la tierra y al mar. Luego las desestimé, decidiendo que después de todo prefería hablar con mi señor la Luz, no con un dios misterioso y desconocido que era nuevo para mí. Le hablé en silencio.

—Ard Righ Mor, mi rey… Quiero cumplir el juramento que te hice. He

matado desde que te juré fidelidad. Que eso… oh, estoy perdido y no puedo comprenderlo. Que eso me sea perdonado. Mi señor… —De repente deseé cantar, pero no sabía qué—. Mi señor, soy tu guerrero. Ordéname. Ayúdame.

Ayúdame a encontrar a Arturo y a entrar a su servicio. Ayúdame a… —¿Qué? Pensé en Morgawse, en Lugh, en Ceincaled—. Ayúdame a saber cuál es tu voluntad en todo esto, ya que tuyo es el poder. Dios de este lugar, si eres mi señor la Luz, escúchame.

Hubo un momento de silencio, una concentración profunda y callada muy diferente a la exultación que había

sentido antes. Era como si las aguas turbulentas de un estanque profundo se hubieran aquietado y uno pudiera mirar a través de ellas hasta abismos ilimitados, como en un lago de cristal. En el corazón de aquel silencio había una luz, callada como las llamas de las velas, y el presentimiento de las primeras notas de una canción. Sólo sentí aquello, y sólo por un instante. Pero supe que mi plegaria había sido escuchada, y que podía ir a Camlann con el corazón tranquilo. Me levanté y envainé la espada.

Sion se volvió, me miró, frunció el ceño y luego sonrió.

—¿Consagrando la espada?

—En cierto modo.

—Has hecho algo bueno, algo muy bueno. Ven, vamos a ver si encontramos algo de comer en esta cueva de ladrones.

En el porche de la capilla había otros tres granjeros y un mercader, todos ellos de camino a Camlann, que nos saludaron alegremente y empezaron a quejarse de los monjes. Sion se unió al pasatiempo con gran entusiasmo, superándolos a todos en elocuencia. Ninguno de los hombres me dirigió una sola mirada, por lo que me sentí agradecido.

Finalmente, un joven monje nos trajo nuestra comida en una cesta, además de

un buen aguamiel que contribuyó en gran manera a templar las iras de los huéspedes. Después de comer, desplegamos los jergones de paja preparados para los viajeros y extendimos las capas sobre ellos. Nos deseamos buenas noches y nos dispusimos a dormir.

Desperté en la oscuridad, cerca de medianoche, y me quedé muy quieto. Había algo en el porche de la capilla, algo que no tenía derecho a estar allí.

Estaba muy oscuro, demasiado oscuro. Junto a mí, la respiración de Sion sonaba trabajosa, como drogada, y parecía llegar de muy lejos. Hacía frío, un frío vacío que congelaba el alma, y el

aire parecía escaso e insípido.

Sigilosamente, apoyé la mano en la empuñadura de la espada que había dejado junto a mi cabeza. Caledvwlch estaba caliente, y mi mano la recibió como al fuego del hogar tras un temporal de invierno. Rodé por el suelo y encogí las rodillas debajo de mí, listo para moverme.

Lo que hubiera entrado en la capilla estaba definitivamente allí. No podía ver nada, pero percibía su presencia. Husmeaba, arrastrándose a lo largo de la hilera de hombres dormidos, buscando… Estaba al otro lado del porche, un núcleo de oscuridad latente, fría y desolada. Y era fuerte,

aterradoramente fuerte.

Lo esperé, con el pulso latiéndome en los oídos y haciéndome temblar con mi fuerza vital. Me sentía dividido; deseaba escapar de aquel horror, y deseaba levantarme de un salto y destruirlo.

La sombra había recorrido la mitad de la hilera de hombres buscando. Buscándome. No era la que había convocado Aldwulf en Sorviodunum; parecía demasiado fuerte para que la hubiera enviado él, aunque yo sabía que tenía que haberlo hecho. Querría vengarse por lo que le había hecho mi espada.

Podía distinguir ya a la criatura, una

mancha más oscura entre la negrura, extendida por el suelo como la sombra de un árbol, sólo que no había ningún árbol que la proyectara. Tragué saliva. Volví a saborear la dulzura que había sentido al montar a Ceincaled y me alegré de que hubiera aparecido aquel demonio.

…Ya estaba junto a Sion…

Aparté mi capa y me levanté, desenvainando la espada.

Se detuvo, replegándose sobre sí mismo, y durante un largo momento reinó un silencio atronador.

Entonces atacó como me había atacado el demonio de Morgawse; me sentí sofocado por una fría oscuridad,

tembloroso, sin poder ver, sin poder respirar. Me tambaleé, angustiado y helado hasta la médula. ¡Por la Luz, era fuerte! Y yo me alegré, y erguí mi espada entre los dos; ¡dulce Luz, allí había un enemigo digno de ser destruido! El fuego de la espada llenó la hoja, calentándose en mis manos, y el frío de mi mente desapareció. La sombra huyó hacia la pared, temblorosa como la sombra de un árbol en una tormenta. Irradiaba confusión, rabia… y miedo. No había esperado aquella reacción. El acero no daña a tales criaturas, ni temen a los hombres indefensos. Pero aquello era distinto. Sonreí y avancé.

—Ven —dije, y mi voz sonó extraña

en la oscuridad y el silencio ultraterreno —. Ven, enemigo mío. Estás atado a todo esto, y no podrás regresar hasta que hayas terminado lo que te ordenaron hacer.

Emitió un sonido agudo y plañidero y saltó hacia mí.

Yo estaba listo. Bajé a Caledvwlch. La criatura gritó sin palabras y volvió a hacerlo una vez más, retorciéndose sobre el suelo, pero en aquella ocasión de rabia. Antes de que pudiera alzar la espada, ésta se había deslizado por el suelo hasta tocarme. Caí hacia atrás. Hubo un frío mortal y un dolor intenso arañándome el interior del cráneo, y una oleada de odio, una marea negra como

el odio que una vez había sentido por mi hermano Agravain, o el que Morgawse sentía por el mundo. Me estaba ahogando en odio; no podía distinguir mis propios sentimientos de los deseos de mi atacante. No sabía quién era, ni dónde estaba; el tiempo y la claridad se habían desvanecido en un abismo de Oscuridad. En la confusión, me pareció recordar algo: a mi madre, vestida de terror, dando órdenes; luego a Aldwulf, con el rostro cubierto por un vendaje manchado de sangre, de rodillas ante las runas y gritando: «¡Ven! ¡Invoco al poder que desea destruir a Gwalchmai, el siervo de la luz! ¡Ven, toma tu precio!» Y oí llegar al ser que había

estado vagabundeando, atrapado en la odiada luz del mundo, diciendo: «¿Dónde está Gwalchmai, hijo de Lot, hijo de la reina de la Oscuridad? Le estoy buscando». No. No era mi memoria. Era la del demonio. Aquél era el poder que Morgawse había invocado aquella noche de Samhain después de mi huida, el que me había perseguido hasta Llyn Gwalch para destruirme. Durante casi tres años había vagado por el mundo, buscándome, incapaz de marcharse hasta haber cumplido sus órdenes, y entonces Aldwulf lo había llamado y había vuelto a encontrarme. El hecho de poder pensar y comprenderlo me hizo volver a sentirme

como un hombre, libre del poder oscuro, y levanté la espada, presionando la empuñadura contra mi frente.

El demonio me soltó, chillando, y cayó al suelo. Me arrodillé, acuchillándole. Se retorció locamente, hablándome, suplicando en mi mente sin hablar y diciendo que me obedecería en todo si me apiadaba de él. Me eché a reír y asesté otra estocada.

El grito de muerte del demonio sacudió el aire, pareciendo penetrar en el mismo tejido del mundo; luego se desvaneció lentamente, junto con el frío y el silencio.

Levanté de nuevo la espada, jadeante, y busqué a alguien más contra

quien luchar.

Silencio. La suave respiración de los hombres dormidos, ya sin aquel tono drogado y torturado de antes. Un ave nocturna gritó en el exterior, el viento se agitaba bajo el tejado. Bajé la espada. El fuego se apagó, tanto en la espada como en mi interior, dejando sólo paz y un gran cansancio.

«Mi rey —pensé—. Eres el más grande de los señores, el más espléndido de los caudillos guerreros. Gracias por la espada, y por la victoria».

Luego regresé a mi jergón, envainé a Caledvwlch y me tumbé, demasiado fatigado para continuar en pie.

Mientras me acomodaba, Sion se removió, despertó y levantó la cabeza. Pasó la vista por la capilla como buscando algo, se detuvo y me miró con aire incierto.

—¿Gwalchmai? —susurró.

Yo estaba ya medio dormido y no deseaba hablar, de modo que fingí no oírlo. Al cabo de un minuto, Sion se encogió de hombros y volvió a tumbarse. Cerré los ojos. El sueño fue como un bote, navegando tranquilamente a la deriva por un mar enorme y pacífico.

9

Cuando desperté a la mañana siguiente, la sensación de paz perduraba. Sion, sin embargo, parecía intranquilo. Mordisqueaba pensativo el pan que nos trajeron los monjes. Los demás granjeros hablaban de tierras, cosechas y lluvias, trazando planes, pero Sion no se unió a ellos. En mitad del desayuno, dejó de comer, con un trozo de pan en la

mano, y me miró directamente.

—Anoche tuve un sueño muy extraño —anunció.

—¿Oh? —pregunté divertido—. ¿Qué soñaste?

Volvió a mirar el pan, se lo metió en la boca y masticó pensativamente antes de replicar:

—Había un ser oscuro en el porche de la capilla.

Mi diversión se desvaneció y le miré fijamente. Continuó hablando sin dirigirme la mirada, ni tampoco a nadie más, aunque los demás habían empezado a escuchar con cierto interés.

—Sentí que aquella cosa atravesaba la puerta y permanecía allí un instante.

Al principio parecía una sombra, y luego parpadeé y vi que era… bueno, parecido a un hombre. Como un cadáver, ennegrecido y medio corrompido. Empezó a caminar, tambaleándose un poco, como un oso domesticado, y yo traté de despertar, porque estaba empapado de sudor frío viendo aquella maldita cosa, pero me fue imposible.

—Ah —dijo uno de los granjeros—. Conocí a un hombre que tuvo un sueño como ése, y al despertar por la mañana descubrió que su hija había muerto. Los sueños son extraños.

—Desde luego —dijo Sion—, pero ahí no acabó la cosa. —Se dirigió a mí de nuevo, negándose a abandonar el

tema—. Tú despertaste. Te pusiste en pie y desenvainaste la espada, que se encendió como una antorcha de pino al prenderle fuego. La sostuviste entre tu cuerpo y aquel ser de perdición, feliz como si te hubieran concedido tu deseo más secreto, y luego empezasteis a luchar. —Sion se encogió de hombros, incómodo, miró hacia Caledvwlch y continuó—: Y luego fue como si te hubieras quedado inmóvil, justo al empezar el combate, y miré hacia la pared detrás de esa cosa, y allí había una mujer.

Descubrí que mi mano había rodeado la empuñadura de mi espada.

—Era una mujer morena, con el

rostro pálido y demacrado y unos ojos terribles, más hermosa que ninguna mujer que haya visto nunca, pero con algo enfermizo. He visto miradas parecidas en mendigos que yacen hambrientos en las cunetas maldiciendo a los transeúntes, pero nunca en una belleza orgullosa como la de esa mujer. Vio que estabas a punto de luchar contra el espíritu del Yffern, y alargó una mano para tocarlo; y, cuando lo hizo, la oscuridad se triplicó. Pero luego levantó la vista y se enfureció, y al mirar detrás de mí vi que había un hombre, un hombre rubio vestido de luz, que levantó una mano, prohibiendo a la mujer que interfiriera.

Miré fijamente a Sion. Empecé a hablar, pero no se me ocurrió nada que decir. Había tomado a aquel hombre por un simple granjero. Y podía ser granjero, pero no era simple. Los hombres no son simples, y se me había olvidado que otros, además de yo, podían servir a la Luz.

—¿Y ése fue el final del sueño? —pregunté. Incluso a mis propios oídos, mi voz sonó tensa.

Sion sacudió la cabeza. Los demás granjeros nos miraban confusos, pero Sion los ignoró.

—No. Pero el sueño cambió después de aquello. De repente, no estaba en el porche de la capilla, sino en una gran

llanura llena de gente. El cielo estaba muy oscuro en el este, como si estuviera a punto de estallar una tormenta. En el oeste vi al emperador con su mesnada, y de repente el dragón de su estandarte cobró vida y se elevó en el aire, reluciendo como el oro. Luego me pareció que estaba en mitad de una batalla, pues toda la gente de la llanura había empezado a luchar. Cerca de mí había un hombre alto, un sajón. Tenía el lado izquierdo de la cara cubierto de cicatrices, y sostenía una llama negra en la mano izquierda. El dragón pasó sobre mí. Cerré los ojos un momento y, cuando los abrí, el sajón había muerto, y sobre él había un joven de cabello claro que

llevaba un broche en forma de león. Había otras peleas a mi alrededor, pero ahora no las recuerdo. Todo era muy confuso.

El mercader resopló de repente y sacudió la cabeza.

—Desde luego. Confuso y absurdo. Cualquiera que espere otra cosa de los sueños es un estúpido.

—No he terminado —espetó Sion—. Déjame contar la historia hasta el final, y si no quieres escuchar, no lo hagas. Oscurecía cada vez más. Los gritos y golpes de armas se volvieron más fuertes, y el dragón seguía volando a lo largo de las líneas, dejando un rastro de fuego a su paso. Luego cayó un

relámpago del cielo. Vi que el suelo detrás de mí estaba cubierto de cadáveres y reparé especialmente en uno de ellos, un hombre con una capa roja. Luego se oyó un trueno, cayó una oscuridad cubierta de fuego y me volví, porque tenía miedo. Al hacerlo vi a un hombre que me cogió del brazo. Era el poeta del emperador, Taliesin. Cuando el emperador se hizo con la púrpura, luché en el ejército, de modo que lo reconocí. Pero en el sueño, Taliesin llevaba una estrella en la frente y era el único que podía verme. Me dijo: «Recuerda estas cosas, Sion ap Rhys, y no temas. Aunque son hechos terribles, tú no sufrirás ningún daño. Ten fe». De

modo que bajé la cabeza, y todo se volvió negro. Y luego… —Sion suspiró profundamente—. Luego desperté. —Se encogió de hombros—. Pero todo estaba tranquilo, y tú dormías.

El mercader se echó a reír, y Sion hizo una mueca.

—Los sueños son extraños, desde luego —dijo el granjero que había hablado anteriormente—. Pero no veo que el tuyo tenga pies ni cabeza. Nunca he oído hablar de nadie que luche contra los demonios en sueños. Aunque el sueño sobre el Pendragón está bien claro. La tormenta son los sajones. Sólo que en tu sueño no se entiende lo que hacían.

—Tonterías —replicó el mercader —. Aunque, desde luego, has conseguido que te escucháramos. Pero no se puede hacer caso de los sueños. Una vez conocí a un viejo idiota que…

Sion se levantó bruscamente.

—Creo que iré a rezar a la capilla.

—Bien hecho —dijo otro granjero —. Enciende una vela, y puedes pedir que los monjes digan una misa. Tal vez lo evites.

—¿Evitar qué? —preguntó el primer granjero. El segundo se encogió de hombros.

—Te acompañaré —dije a Sion.

Me dirigió otra de sus miradas y asintió satisfecho. Los demás me

observaron inquietos y sacudieron la cabeza. Uno de ellos se persignó. Mientras nos alejábamos, los granjeros empezaron a hablar en susurros, mientras el mercader trataba de continuar con su historia.

Había un monje en la capilla, cambiando las velas consumidas. Sion le ignoró y se arrodilló frente al altar, persignándose y empezando a murmurar una plegaria en latín. Me arrodillé en silencio junto a él, pensativo. Realmente había sido un sueño muy extraño. Igual que los granjeros, no podía imaginar el significado de la mayor parte de él, pero otros fragmentos parecían aterradoramente claros. Sion era un

profeta improbable, pero deseé poder comprender mejor su sueño.

—*Gloria in excelsis Deo* —dijo como si recitara algo—. Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad… —Continuó de aquel modo durante un rato, luego se detuvo y contempló en silencio el crucifijo. Deseé entender mejor su religión. Parecía adorar a la Luz, y yo no había aprendido a hacerlo por mí mismo. Sabía lo suficiente para desestimar los rumores y las extrañas historias sobre aquella fe, las historias de canibalismo y orgías contra natura de las que se había hablado largamente en la Casa de los Niños. Hubiera sido

reconfortante en aquel momento disponer de palabras tan hermosas como las de Sion para dirigirlas a mi señor tras la victoria de la noche anterior y aquel sueño.

Sin saber qué decir, desenvainé de nuevo la espada y la apoyé frente a mí, con una mano en cada cruceta. Sentí otra vez, y más fuerte que antes, aquel respeto silencioso y profundo, y de nuevo deseé cantar, pero sólo pude recordar una canción dedicada al sol en irlandés.

Salve, hermosa mañana,
que rompes el cielo nocturno,
resplandeciente, amaneciendo victoriosa.

¡Siempre joven, luz recién nacida!

Bienvenida seas, mañana,

que entregas la luz con manos de oro.

Bienvenido sea el Gran Rey del día,

vasallo de la luz heraldo de la mañana.

Me pareció apropiada. El monje terminó su tarea con las velas y se marchó, con los pies resonando suavemente sobre el suelo de madera. La puerta se cerró tras él y nos quedamos contemplando el altar.

El rubí en la empuñadura de Caledvwlch empezó a relucir cada vez más; la luz se volvió más firme e intensa, emitiendo un resplandor claro y

rosado más fuerte que el de las velas. Sion vio su sombra frente a él y se volvió. Me miró un instante y luego suspiró profundamente.

—Es cierto, entonces —dijo—. No estaba seguro.

—Sé que algunas cosas son ciertas —repliqué—. El resto, sin embargo, están fuera de mi comprensión. Sólo soy un ser humano, Sion ap Rhys.

Sion resopló.

—Ya lo sé.

Me sorprendí y él pudo ver mi reacción.

—Oh, ya lo sé —aseguró Sion—. De hecho, ayer opinaba otra cosa. Apareciste como de la nada en mitad en

el bosque, y cuando te vi pensé: «Es del Pueblo de las Colinas». Pero fuiste muy amable ayudándome con la carreta, y te llenaste de barro para sacarla de ese camino infernal, y entonces pensé: «Tal vez no». Estuve indeciso durante todo el camino hasta Ynis Witrin. Tengo sueños, y a veces uno percibe ciertas cosas. Nos ocurre a todos en mi familia. Normalmente las ignoro, porque es mejor dejar en paz a lo sobrenatural, pero sé lo suficiente para darme cuenta cuando ocurre algo extraño. Incluso esos granjeros perciben que hay algo fuera de lo común en ti, y son más ignorantes que una oveja sajona. Ayer, cuando mencioné a esa bruja, justo antes de

llegar a Ynis Witrin, estuve seguro de que eras uno de la Hermosa Gente que había adoptado forma humana para algún propósito. Pero, cuando llegamos y trataste de entregarme la capa a cambio de medio saco de harina, y luego me seguiste hasta la capilla y rezaste, supe que tenías que ser humano. El Pueblo de las Colinas no reza. Y además, no tenía sentido que un miembro de la Hermosa Gente se llenara de barro por una carreta de harina. Sólo que has tenido tratos con el otro mundo, ¿no es así? Sigue habiendo algo extraño en ti, aunque hoy es menos fuerte.

—Yo… sí, los he tenido. Pero, ¿y tu sueño? ¿Has tenido otros sueños

parecidos?

Se encogió de hombros.

—En ocasiones. Antes de que mi clan acabara la reyerta, hace veinte años, tuve un sueño. Y tuve otro antes de que Arturo consiguiera la púrpura, y uno o dos más sobre cosas menos importantes, aunque ninguno tan largo y aterrador como el de anoche. Dime, Gwalchmai, ¿qué había de cierto en ese sueño?

Miré la empuñadura de mi espada, donde la luz se había apagado.

—Luché contra un demonio anoche, y lo maté, aunque a mí no me pareció nada más que una sombra. Y también conozco al hombre y a la mujer que viste

mirándonos, aunque no estaban aquí. El sajón de la parte más confusa, el de las cicatrices en la cara y la llama negra… era Aldwulf, el rey de Bernicia. Pero no sé quién era el hombre que luchaba contra él. Ni sé nada sobre el resto.

—¿Aldwulf? —preguntó Sion—. He oído hablar de él, pero no sabía que tuviera cicatrices. De hecho, se dice que es tan guapo como el mismo diablo, y que está muy orgulloso de ello.

—Ahora tiene una cicatriz —dije—. Se la hice yo. Por eso envió a un demonio contra mí.

Sion abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo? Se supone que Aldwulf está en Din Sarum, con Cerdic y todo el

ejército sajón.

—Estaba allí, pero… los sajones me atraparon, y me hice pasar por un siervo. Aldwulf había capturado un caballo como regalo para Cerdic, uno de los caballos del… Pueblo de las Colinas, como tú lo llamas. Lo domé y pasé por encima de Aldwulf antes de que nadie pudiera detenerme.

Sion sacudió la cabeza, maravillado.

—Dios mío. Así de sencillo, «pasé por encima de Aldwulf». Bien, ¿y quiénes eran el hombre y la mujer que vi observándote, entonces?

Vacilé.

—El hombre era Lugh, el de la Larga Mano. Creo que en britano le

llamáis Llwch.

Me miró fijamente, sobresaltado.

—¿Un dios pagano?

—No es un dios. Tampoco es humano. No sé nada más que eso, excepto que sirve a la Luz. Fue él quien me entregó esta espada.

—Y la Luz, supongo, es Dios. Muy bien, no entiendo nada. ¿Y la mujer? Vi que era una fuerza de la Oscuridad, pero ¿qué relación tiene contigo?

—Es mi madre —dije tristemente—. Morgawse de las Orcadas.

Sion se quedó muy quieto.

—La bruja —dijo al fin—. ¿De modo que tu padre es el rey Lot de las Ynysoedd Erch?

Asentí.

—Bien —asintió Sion, tras otra larga pausa—. No sólo los sueños son extraños en estos tiempos. No tienes el aspecto que hubiera imaginado en el hijo de un rey y la hija de un emperador, especialmente cuando ambos tienen semejante reputación. Además, se dice que los hijos menores de la reina Morgawse son… —Se interrumpió. Estaba claro que lo que había oído era que los hijos menores de la reina Morgawse también eran brujos. Pobre Medraut si se había ganado semejante reputación.

—Y tú no tienes el aspecto que hubiera imaginado en un profeta —

repliqué.

—¿Yo? ¿Un profeta? ¡No digas tonterías!

—¿Qué otra cosa fue ese sueño, si no una profecía? Creo que muchas de las cosas que viste acabarán ocurriendo.

—Sólo es un sueño, no es para… maldita sea —dijo Sion. No había pensado en lo que los sueños le harían parecer. Me eché a reír. Me miró furioso por un instante y luego sonrió—. No soy más que un granjero, y no creo que vuelva a ocurrirme nada semejante. No tengo nada que ver con esas terribles batallas, ni quiero tenerlo. Ya es bastante difícil, más que difícil, dirigir una granja en estos tiempos, y ocuparse

de que haya paz y orden en la casa de uno. Sin embargo, me alegro de que haya ocurrido esto, porque: ¿cómo no desear, en tiempos como éstos, preservar la civilización, el imperio y la luz de Britania? —Volvió a fruncir el ceño, y luego añadió, en voz muy baja—: Acuérdate de mí, Gwalchmai… lord Gwalchmai, supongo que debería decir. Sé que no he hecho nada especial, sólo te he contado un sueño. Pero me haría feliz saber, dentro de diez o veinte años, que uno de los que estuvieron en el centro de la batalla me recordaría si fuera a hablar con él.

—No es probable que me olvide de ti o de tu sueño —dije—. Pero dudo que

vaya a tener un gran papel en los sucesos que se avecinan.

Sion me miró con expresión de franca incredulidad.

—Lo tendrás. Algún día contaré a mis nietos cómo te encontré de camino a Camlann y te llevé en mi carreta, y no creerán una sola palabra. —Se puso en pie, sacudiéndose el polvo de las rodillas—. Dirán: «Ahí está el abuelo, fingiendo que una vez conoció a todos los reyes de Britania y poniéndose en ridículo».

Sacudí la cabeza. Mis batallas ocurrirían en lugares oscuros, de donde no podría llevarme ninguna gloria al mundo de la luz.

—¿Por qué no esperas a que Arturo haya aceptado mi espada antes de planear lo que contarás a tus nietos? —pregunté—. Tal vez dirás: «Y una vez conocí a Gwalchmai mac Lot», y ellos replicarán simplemente: «¿Quién?»

Sion sacudió la cabeza con obstinación.

—No dirán nada de eso. ¿Quieres que sigamos ya hacia Camlann?

Estábamos saliendo de la capilla cuando oímos gritos y ruido de caballos en el patio de la abadía. Nos miramos y salimos a toda prisa a la luz del sol, para encontrar a los demás viajeros, la mayor parte de monjes y un grupo de guerreros gritando junto a la puerta.

Había una docena de guerreros; eran britanos, montados en altos caballos de guerra, y sus armas relucían.

Uno de los monjes gritaba más que nadie. Por la calidad de su ropa y las joyas sobre la cruz de oro que llevaba, deduje que era el abad.

—¿Qué más? —estaba preguntando—. Hemos tenido que pedir más impuestos a nuestra grey para recuperar lo que ya os habíais llevado, y así y todo apenas tenemos suficiente para aguantar hasta la cosecha…

—¿Es que crees que puedes disuadirnos con mentiras? —repuso uno de los guerreros. Era un hombre muy grande, tanto que su caballo de guerra

parecía pequeño. Su cabello rojo se erizaba en todas direcciones, y sus ojos azul claro relucían peligrosamente; llevaba más joyas de las que yo hubiera visto nunca en un hombre, y su ropa era de colores muy vivos—. Tenéis más que suficiente para engordar tranquilamente, sin necesidad de doblar los impuestos a vuestra miserable «grey», ni de desvalijar a cada viajero que acude en busca de hospitalidad. Si vinieran los sajones se llevarían todo lo que tenéis, hasta la última rama y las velas del altar. ¿No nos estáis agradecidos por mantenerlos alejados?

—¡Los sajones no son más que una excusa, un pretexto esgrimido por un

tirano! —dijo el monje con vehemencia.

Los guerreros se echaron a reír.

—Tal vez ahora prefieres los sajones al emperador —dijo otro, un hombre delgado, moreno, manco y vestido con ropas sencillas—, pero pensarías de otro modo si el Pendragón dejara de luchar contra ellos.

El abad lanzó un gruñido.

—El deber de los reyes cristianos es proteger a su pueblo, no robarle. No podemos daros…

—¡Oh! ¡Escuchadle, hermanos! —dijo el pelirrojo—. No pueden darnos. Pero nosotros sí podemos tomar.

—¡Ladrones! —gritó el abad.

—Ten cuidado, Cei —dijo el

guerrero moreno—. Arturo dijo que no les presionáramos demasiado. Cei se encogió de hombros.

—¿Y si les presionamos sólo un poquito? ¿Tal vez con algo de fuego? ¿Sólo uno pequeñito, sobre la portería?

El abad le dirigió una mirada furiosa y decidió no arriesgarse a averiguar si hablaba en serio.

—Asesinos paganos —dijo—. Tenemos algunas provisiones, sólo unas pocas, y nada más.

El guerrero moreno dirigió una mirada significativa a su camarada, Cei.

—Sí, tal vez guardas aquí la décima parte de tus posesiones. De veras, Teodoro, mentirnos no te servirá de

nada. La última vez dijiste que no tenías oro, y luego acudiste a nosotros pidiendo que recuperáramos el que habías enviado a Sorviodunum para ponerlo en lugar seguro. Muy bien, supongo que tendremos que conformarnos con esto por el momento. —Se volvió hacia Sion y los demás viajeros, y anunció—: El Pendragón ha conseguido otra victoria. Tropezó con un numeroso grupo de sajones en Powys y lo destruyó. Alabado sea Dios.

Los granjeros vitorearon. Los ataques sajones probablemente disminuirían a partir de entonces, y sus tierras y rebaños estarían más seguros.

—Me gusta que os alegréis —dijo

Cei—. Para demostrarlo, podéis prestarnos todos los caballos y carretas que tengáis. Los recuperaréis en Camlann, y se os pagará por todas las mercancías que llevéis.

Los granjeros se callaron bruscamente.

—¡Por el santo de mi nombre! —exclamó Sion furioso—. Llevo un buen cargamento de harina de trigo en mi carreta y mi mejor caballo enganchado a ella. No os daré nada sin que me paguéis.

Los demás granjeros asintieron, airados. El guerrero moreno se encogió de hombros.

—Se os pagará. El emperador no os

engañará.

—No me has oído bien —dijo Sion —. He dicho que no os entregaré mi carreta ni su cargamento sin que me paguéis.

—Sí, lo harás —dijo Cei—. Nos lo prestarás para que se te pague más tarde, o lo perderás por completo.

—Eso no es justo —dije yo, enfureciéndome al mismo tiempo que los granjeros—. No creo que vuestro señor lo aprobara.

El guerrero moreno enarcó una ceja.

—Necesitamos provisiones —dijo, en tono muy tranquilo y razonable—. Necesitamos carretas y caballos para transportar las provisiones, y todos los

nuestros están dañados o nos hacen falta para los heridos. Mi señor Arturo lo aprueba. Se os pagará, no temáis.

Continué mirándole fijamente, y de repente frunció el ceño y me estudió con más atención.

El otro portavoz de los guerreros, Cei, ignoró todo el intercambio y se limitó a preguntar a los granjeros:

—¿Dónde están vuestras carretas?

Sion escupió y se cruzó de brazos.

—Primero, pagadme.

Los demás granjeros siguieron su ejemplo y continuaron en silencio.

—Dadles algo simbólico ahora —sugerí al guerrero moreno—, o al menos anotad el valor de las mercancías, de

modo que puedan estar seguros de recibir su pago cuando vayan a ver al Gran Rey.

Cei me miró, lleno de furia.

—¿Quién eres tú, en nombre de Dios? No eres un granjero. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Mi nombre es Gwalchmai, y me dirigía a Camlann para entrar al servicio del Pendragón.

Cei se echó a reír.

—Arturo no necesita porqueros. Lo mejor será que regreses por donde has venido y dejes los asuntos de guerreros para los guerreros. —Lo dijo como un desafío, hablando como solía hacer Agravain.

El moreno se removió, inquieto.

—Cei, déjalo.

—¿Cómo? Bedwyr, no irás a defender a este plebeyo entrometido.

Bedwyr sacudió la cabeza, vacilante.

—Déjalo en paz. Si dice la verdad, puede que pronto sea nuestro camarada.

—¿Él? ¿Un guerrero? ¡Mira cómo viste! ¡Ni siquiera tiene caballo!

—De todos modos —dijo Bedwyr—, tomemos lo que necesitamos y vámonos, sin peleas. Tenemos que llegar lo antes posible a Camlann.

—Bedwyr, hermano mío, no te me pongas otra vez moralista. Por el juramento de mi pueblo, los britanos

sois peores que los norteños, y casi tan malos como los irlandeses.

Bedwyr sonrió.

—¿De modo que los irlandeses son malos? Así habla un verdadero hombre de Dumnonia. Pero me parece recordar que…

—*¡Per omnes santos!* Hay excepciones; reconocí que me había equivocado con él. Dios del cielo, como disfrutas con mis equivocaciones. ¿Por qué habré sido maldecido con amigos tan desleales?

Ante aquello, los guerreros se echaron a reír, y Bedwyr volvió a esbozar una sonrisa.

—De veras, Cei —continuó—, eres

demasiado aficionado a luchar; eso nos perjudicará.

Cei suspiró.

—Muy bien. —Se volvió a mirarme—. Lo pasaré por alto. Y bien, hombres, ¿dónde están vuestras carretas?

—¿Dónde está vuestra justicia? —replicó Sion, pero con aire algo más incierto.

—¡Calla, granjero! —espetó Cei—. O te enseñaré a tener la boca cerrada.

Mi mano descendió hasta la empuñadura de Caledvwlch. Cei vio el movimiento y desenvainó su propia espada entre un sonido de metal, con los ojos centelleantes. Los guerreros se callaron.

—¿Qué pretendes hacer con eso, amigo mío? —preguntó con voz suave y cortés.

—Cei… —empezó a decir de nuevo Bedwyr, y luego se detuvo, viendo que era inútil.

—No pretendo hacer nada —dije, también con voz suave—, pero no toleraré que amenaces a mis amigos además de robarles sus bienes.

Cei desmontó y se acercó con una sonrisa salvaje. Bruscamente, comprendí lo que había hecho y me pregunté qué me había ocurrido. ¿Cómo iba a enfrentarme a un guerrero profesional, uno de los hombres de Arturo? Lo máximo que podía esperar

era no salir gravemente herido.

Pero no podía echarme atrás, y algo de la anterior ligereza se apoderó de mí. Desenvainé a Caledvwlch. Cei sonrió aún más ampliamente y avanzó un paso más.

—¿Cei? ¿Qué sucede ahora? —dijo una voz desde detrás del grupo. Los guerreros se volvieron.

Había llegado otro hombre, cargado con parte de las provisiones de los monjes, y el grupo de Cei se apartó para dejarle espacio. Era un hombre alto de unos veintiún años, de cabello largo y dorado, barba y bigote bien cuidados. Llevaba una capa de borde púrpura abrochada con oro, e irradiaba fuerza y

energía. Sus ardientes ojos azules pasaron suavemente sobre mí para detenerse sobre Cei—. Si sólo es por este hombre, no vale la pena.

—Ha empezado él —dijo Cei, en tono huraño.

—El día que alguien empiece una pelea contigo, los ríos fluirán hacia las montañas —dijo el recién llegado—. Por el sol y el viento, por una vez obedezcamos a Arturo, cojamos las provisiones y vámonos.

Cei hizo una pausa y volvió a mirarme. Envainé a Caledvwlch. Cei suspiró, y envainó su propia espada.

—Muy bien. No vale la pena; y ha pasado muy poco tiempo desde la última

batalla. —Subió ágilmente a su caballo. El hombre rubio sonrió y dio la vuelta a su montura. La tensión desapareció; el grupo tomaría lo que deseaba y se marcharía.

—¡Esperad! —grité. Los guerreros se detuvieron y se volvieron con aire inquisitivo. Sonreí, sintiendo una emoción extraña, entre alegría y una mezcla de antigua envidia y resentimiento; un resentimiento que se disolvió, dejando tan sólo la alegría.

—Sé mil veces bienhallado, Agravain —dije al guerrero rubio.

10

Mi hermano permaneció inmóvil durante un instante, observándome con su antigua expresión ardiente. Luego desmontó a toda prisa, avanzó a la carrera hacia mí, se detuvo y siguió acercándose más despacio.

—Es imposible —dijo, con el rostro sofocado—. Tú… estás muerto.

—De veras que no —repliqué.

—¿Gwalchmai? —preguntó—. ¿Gwalchmai?

—¿Le conoces? —quiso saber Cei, estupefacto. Agravain ni siquiera se volvió.

—No pensaba verte tan pronto —dije—. Me alegro mucho.

Él sonrió, vacilante, y luego su rostro resplandeció. Me agarró los hombros, me miró y me estrechó entre sus brazos.

—¡Gwalchmai! ¡Por el sol y el viento, pensé que habías muerto hace tres años! ¡Oh, Dios, Dios, me alegro de verte!

Le devolví el abrazo de todo corazón, riendo, y finalmente pareció

que todos los años oscuros de nuestra niñez se desvanecían. Ambos habíamos vivido demasiados acontecimientos como para no sentir alegría al reencontrarnos.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Cei, completamente desconcertado—. ¿Por qué estáis parloteando en irlandés?

—¡Cei! —gritó Agravain, soltándome y volviéndose hacia sus compañeros—. Este es mi hermano, Gwalchmai, el que murió… ¡El que pensé que había muerto! Por el juramento de mi pueblo: no sé cómo, pero es él.

Los guerreros reaccionaron mirándome estupefactos, a excepción de

Cei, que me dirigió una mirada primero de vergüenza y luego de disculpa. Pero los granjeros que me rodeaban se apartaron un poco, y los monjes observaron con redoblada desconfianza.

—De modo que éste es el famoso Agravain ap Lot —dijo Sion, observando a mi hermano. Era el único entre la multitud que lo miraba a él.

—¿Es famoso? —dije, recordando mis antiguas preocupaciones por la situación de Agravain como rehén. Claramente, habían sido en vano—. Oh, bueno, era de esperar. —Agravain sonrió al oírlo.

—¿Dónde has estado mientras se te creía muerto para no saber nada de la

fama de tu hermano? —preguntó Bedwyr en voz más baja. Levanté la vista, lo miré a los ojos, y sentí un intenso respeto hacia él.

—He estado en un lugar muy lejano —dije—, y he vivido experiencias muy extrañas, demasiadas para contarlas a toda prisa.

—Desde luego —dijo Bedwyr, sin preguntarme nada más, y pareció recobrarse.

—Este es un asunto extraño —dijo otro de los guerreros—. Vamos, acabemos con lo que hemos venido a hacer y volvamos a Camlann. Arturo y los demás estarán allí pronto, y no hay nada que comer, aparte de cortezas de

cerdo y coles.

Casi todo el grupo empezó a cargar las provisiones de los monjes en las ya abarrotadas carretas y, a petición mía, a anotar la cantidad y tipo de mercancía de cada granjero. Agravain y yo seguimos mirándonos, tratando de decidir por dónde empezar. Luego las carretas aparecieron en el patio, y Sion, que estaba enganchando su yegua, saltó del asiento de mala gana.

—¿Te ocuparás de que mi caballo esté bien cuidado? —me preguntó.

Asentí y, comprendiendo que la intención de los guerreros era que él siguiera a pie hasta Camlann, y que era posible que no volviera a verle, le tomé

una mano.

—Y me acordaré de ti, Sion ap Rhys, si pensar eso te complace. Si no nos vemos en Camlann, recuerda lo que te digo. Y si alguna vez necesitas ayuda, y yo puedo dártela, mi espada es tuya.

—Te lo agradezco —contestó en tono tranquilo—. Y… que Dios te conceda el favor del emperador.

—Y que tú camines bajo la Luz. —Subí a su carreta y tomé las riendas—. Yo llevaré ésta —dije a Agravain. Él asintió, y puse el vehículo en marcha. La pequeña yegua echó a andar, descendiendo por la colina hacia el camino elevado. Los guerreros que ocupaban las otras carretas me

siguieron, mientras Agravain cabalgaba a mi lado. Salimos de Ynis Witrin y nos dirigimos al este, hacia la carretera principal y Camlann.

—¿Por qué no dejáis que los granjeros conduzcan sus propias carretas? —pregunté a Agravain.

—Irían demasiado despacio, y cuando llegaran a Camlann harían subir los precios con sus regateos. De este modo podemos tener preparado el precio habitual cuando lleguen a la puerta, y enviarlos de vuelta a casa enseguida. Parecías amigo de aquel hombre; ¿dónde lo conociste?

—En la carretera, ayer.

Agravain corrigió el rumbo de su

caballo.

—¿Ayer? ¿Qué es lo que hizo por ti para que le permitas tomarse esas libertades?

—Me llevó en su carreta, y pagó mi hospedaje de esta noche en Ynis Witrin. Yo no tenía con qué pagar.

Agravain hizo una mueca.

—¿Y por eso le das la mano? Deberías haberte limitado a pagarle el doble, sin necesidad de rebajarte. En nombre de Dios, ¿por qué no tenías con qué pagarle?

—En nombre de Dios —repetí—. ¿Te has vuelto cristiano, Agravain?

—¡Dios no lo quiera! —dijo sonriendo, y volvió a fruncir el ceño—.

No deberías permitir que los plebeyos se tomen esas libertades. Luego están siempre pidiendo favores.

Suspiré.

—Sion es un buen hombre. Tuve suerte de encontrarle. —Agravain hizo otra mueca, pero se encogió de hombros. —Bueno, tú escoges a tus amigos.

—Creo que es capaz de ello —dijo una voz tranquila al otro lado. Bedwyr había acercado su caballo a nosotros—. Vamos. Debemos darnos prisa. No quiero que Arturo tenga que esperar para el banquete de la victoria en Camlann.

Agravain espoleó su caballo y yo traté de apresurar el paso de la yegua de

Sion, aunque a ella no le gustó demasiado tener que trotar tirando de la pesada carreta. Volvió a reinar el silencio, y Cei se acercó a cabalgar junto a Bedwyr, dirigiéndome miradas llenas de interés.

—¿De modo que destruisteis el grupo de ataque de Cerdic? —pregunté, encontrando finalmente algo que decir —. Eso es bueno, pero sorprendente. Hubiera pensado que sus grupos eran demasiado rápidos para que ni siquiera el Pendragón los alcanzara antes de que regresaran a Sorviodunum.

—Fue más una cuestión de suerte que de previsión —dijo Bedwyr—. Regresábamos de combatir con los

sajones del este cuando tuvimos noticias de este grupo de Sorviodunum, y lo alcanzamos justo a tiempo.

—Cerdic no lo esperaba —dijo Cei con satisfacción—. Dicen que ese hechicero suyo, Aldwulf Fflamddwyn, le había estado diciendo dónde estaba Arturo. Pero ni siquiera Aldwulf puede predecir dónde estará Arturo.

—Y nosotros tampoco —dijo Agravain—, ni siquiera cuando estamos con él. Es un gran rey, Gwalchmai. Me avergüenza pensar que nuestro padre luchó contra él. Deberíamos habernos aliado con Arturo, y no con esa chusma del norte.

—Eso es cierto —dijo Cei—, y os

hubiera ahorrado tiempo.

—Pero tu hermano debe opinar lo mismo, Agravain —añadió Bedwyr—, o no querría servir a Arturo. —Agravain volvió a fruncir el ceño.

—¿Qué esperas poder hacer, Gwalchmai? Arturo sólo acepta guerreros y unos pocos doctores para su mesnada. Supongo que podrías quedarte en Camlann, si no tienes intención de volver a casa.

—No puedo regresar a las islas —dije—. Pero tú, Agravain… ¿Cómo es que luchas con la mesnada de Arturo? ¿Y consiguiendo fama, además? No he tenido noticias tuyas desde que te capturaron como rehén.

—Oh, eso —dijo Agravain—. Ocurrió por sí solo. El Gran Rey fue amable conmigo, en cuanto nuestro padre y nuestro clan se hubieron marchado, y yo ya sentía cierta admiración por él, por su habilidad en la guerra, aunque le odiaba como a un enemigo.

—¿Pero te permitió luchar junto a sus hombres?

—Al principio no. —Agravain sonrió repentinamente a Cei—. Este paleto de Dumnonia decidió dedicarme unos cuantos insultos, y eso se le da muy bien. Entendía muy pocas cosas entonces, pues mi britano no era nada bueno, pero comprendí lo suficiente. De

modo que un día, cuando él y la Familia estaban en Camlann tras regresar de una expedición, y Cei empezaba a decir: «Los únicos hombres peores que los sajones son los irlandeses», me levanté y le golpeé. Él me devolvió el golpe, y empezamos a luchar como el gato y el perro. Sólo que, ya lo ves, es más grande que yo y me llevé la peor parte.

—Pero no dejaste de luchar por ello —intervino Cei—. ¡*Gloria Deo*! Creí que me enfrentaba a un loco.

—Cuando me derribó por quinta vez, traté de levantarme de nuevo y tuve que agarrarme a una mesa para hacerlo, me dijo: «Irlandés chiflado, ¿es que no sabes que debes dejar de luchar cuando

te han derrotado?», y contesté: «No, y ojalá mi padre tampoco lo hubiera sabido». Él replicó: «Eres un bárbaro y un salvaje, pero, por Dios, tienes valor. Retiro mis palabras». Y me ayudó a levantarme. Cuando el Gran Rey le envió de nuevo a dirigir un grupo de ataque, Cei le dijo: «Deja que me lleve a Agravain. Es el único modo de evitar que se meta en problemas».

—Aunque no es que Cei quiera evitar los problemas —añadió Bedwyr —. Al contrario, no hay nada que le guste más, y estuvo contentísimo de encontrar un amigo que los buscara con él.

—De modo que sirvo al Gran Rey

—concluyó Agravain—, y todo va bien. Padre envía mensajes de vez en cuando diciendo que le complace oír que lucho bien. Pero, ¿y tú, Gwalchmai? Nadie ha oído hablar de ti en tres años, ni en las Islas, ni en Britania, ni en ningún otro lugar. ¿Dónde has estado?

Aparté la vista, indeciso. Le debía la verdad a mi hermano, pero no podía adivinar qué haría con aquella verdad. Probablemente, se negaría a creerla. De todos modos, se lo diría. Pero, ¿cómo podía hablar de Morgawse delante de Bedwyr y Cei? Agravain tendría que creer lo que le dijera sobre ella, la conocía lo suficiente, pero aquella historia no era para los oídos de los

demás.

—Tal vez deberías empezar por el principio —sugirió Agravain, cuando el silencio se volvió incómodo.

—Hay tiempo suficiente para que cuentes toda la historia —añadió Bedwyr—. Faltan muchas millas hasta Camlann.

Estudié a aquel hombre. Comprendí que tenía delante a otro siervo de la Luz, pero totalmente distinto de Sion. Había visto desde el principio que tenía tratos con el otro mundo, y sus ojos parecían todavía indecisos. Cei también me miraba de modo peculiar. Agravain fue el único que no notó nada.

—Agravain —dije—. Puedo

contártelo. Pero no ahora.

—¡Por el sol y el viento! —exclamó Agravain, usando su antiguo juramento, lo que me llenó de recuerdos—. Acabas de volver de entre los muertos, hasta donde yo sé, ¿y pretendes que espere pacientemente y te hable de temas sin importancia?

—Sería lo mejor —dije—. Es un asunto de familia.

—Ahora tengo otra familia —replicó Agravain, agitando la mano hacia los guerreros que le rodeaban—. Y lo que me afecta a mí les afecta a ellos.

—Si deseas unirte a nosotros —comentó Bedwyr—, tendrás que

contárnoslo también. No hay venganzas por reyertas pasadas después de que un hombre se haya unido a la Familia.

—¿Gwalchmai en la Familia? —preguntó Agravain—. Eso es tan improbable como que intervenga en una reyerta. No es un buen guerrero.

Bedwyr pareció escéptico.

—Tal vez.

—No lo soy —dije—. Espero servir al Pendragón de algún otro modo.

—Arturo no acepta a muchos hombres —dijo Cei—. Pero tal vez haga una excepción, si sabes montar bien.

—Era el mejor jinete de las islas —dijo Agravain—. ¿Podrá unirse a nosotros de algún otro modo, entonces,

aunque no sea como guerrero?

—Eso depende de nuestro señor Arturo —dijo Bedwyr.

—Pero si deseas hacerlo, tenemos derecho a saber lo que te ha ocurrido —me dijo Cei—. Poco después de que Agravain se uniera a nosotros, recibió un mensaje de las Ynysoedd Erch diciendo que su hermano había saltado por un acantilado. Estuvo de luto durante varias semanas. Cualquier cosa que le afecte de ese modo me afecta también a mí. De modo que cuéntanoslo.

Pasé la vista de Bedwyr a Agravain, y me encogí de hombros.

—Como deseéis. Pero es una historia extraña, y no sé si me creeréis.

Y hay cosas que Agravain y yo comprenderemos, y tal vez vosotros no. No soy un buen guerrero, ni tengo que ver con duelos ni reyertas, pero éste es un asunto de la Oscuridad…

La duda en los ojos de Bedwyr se convirtió en desconfianza. Agravain se sobresaltó, como un caballo asustado encabritándose.

—Entonces debe tener que ver con nuestra madre —susurró.

—Así es —asentí—. ¿Prefieres que espere, hermano? Agravain empezó a asentir, y luego se contuvo.

—Oí decir que habías salido a montar la noche de Samhain, junto a los acantilados. Era una locura, pero propia

de ti, y también oí decir que… —Se interrumpió y comprendí que él también conocía mi antigua reputación de brujo. Cei y Bedwyr se miraron, con el mismo pensamiento en sus mentes.

Cei resopló.

—Vuestra madre, la famosa bruja, y un antiguo festival pagano… ¿y ése es un motivo para desaparecer? No creo en esas cosas. Ni tampoco pensaba que tú creyeras en ellas, Agravain.

—No lo hago —dijo Agravain. Pero no miró a Cei. Era evidente que sí creía. Resultaba imposible conocer a Morgawse y no creer en su poder.

—¿Continúo? —pregunté.

—Sí —dijo Agravain—. Cei y

Bedwyr ahora son también mis hermanos; tienen derecho a oírlo.

Bien, si no había más remedio, les contaría la historia a los tres. Pero no deseaba hacerlo. Ya sería bastante doloroso decírselo a un familiar, mucho más a dos extraños.

—Agravain —dije—, ¿qué oíste decir sobre mi muerte?

—Sólo lo que he dicho, que saliste a cabalgar en la noche de Samhain y que encontraron tu caballo junto al acantilado al día siguiente, sin rastro de ti. Nadie hubiera esperado que aparecieras tres años después, a dieciocho millas de Camlann, vestido como un siervo y discutiendo con Cei…

¿No podías haber elegido a otro? Es el mejor luchador a pie de la Familia. —Cei asintió sonriendo al oír aquella frase—. ¡Y cómo has crecido! Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi… Ahora tienes diecisiete años, y la última vez fue… ¿cuándo? Hace más de tres. Vamos, explícanos cómo ocurrió.

Conduje en silencio durante un rato, tratando de decidir por dónde empezar, y rezando porque mi hermano aceptara la historia.

—¿Recuerdas un verano, hace años, cuando empecé a estudiar latín? —pregunté finalmente.

Él hizo memoria.

—Sí. Fue una sabia decisión. Aquí lo hablan mucho, y yo todavía no entiendo una sola palabra.

—Allí empezó todo. Nos peleamos porque yo quería aprenderlo. Me llamaste bastardo y dijiste que quería aprender brujería.

Agravain pareció sorprendido.

—¿De veras? No lo recuerdo.

—Imagino que no. Para ti no fue gran cosa. Pero yo era un estúpido, y para mí significó mucho. Decidí aprender brujería de verdad. —Levanté los ojos de la carretera y me enfrente a la ardiente mirada de Agravain—. Y estoy seguro de que oíste algo de eso.

Se removió inquieto, sonrojándose,

y apartó la vista de mí. Asintió. Volví a mirar la carretera.

—De modo que acudí a nuestra madre, y ella me enseñó muchas cosas, todas terribles.

Las manos de Agravain se habían crispado sobre las riendas, y su caballo resopló, tratando de detenerse y resistiéndose al tirón. Agravain las aflojó rápidamente y volvió a acercar su caballo a la carreta.

—Es muy poderosa, Agravain —dije con vehemencia—. Probablemente sea más fuerte que nadie en la tierra, hasta tal punto que apenas es humana. Al principio odiaba a su padre y a su medio hermano Arturo, luego a toda Britania.

Pero creo que ahora odia a todo el universo, y desea ahogar al mundo en la Oscuridad.

El caballo de Agravain volvió a sobresaltarse, echando atrás las orejas al percibir el miedo de su jinete. Bedwyr se situó detrás de la carreta y acercó su caballo al de Agravain para tranquilizarlo. Agravain cerró los ojos un momento, con el rostro pálido y tenso.

—No —susurró—. No es posible que desee algo así.

—Lo hace —dije, ansiando alargar un brazo hacia él sin atreverme—. Tú la conoces. Piensa.

Apartó el rostro, con los hombros

algo temblorosos. Continuamos en silencio durante mucho rato, mientras los cascos de los caballos resonaban sobre el camino y la carreta traqueteaba bajo el sol. Los juncos del pantano temblaban con el viento. Cei estaba desconcertado, y Bedwyr taciturno.

Al cabo de un largo rato, poco antes de alcanzar la carretera principal, las manos de Agravain se relajaron lentamente y asintió con la cabeza.

—Es cierto —dijo con voz entrecortada—. Prefiero no pensar en ella, Gwalchmai. Pero es cierto. Por el sol, ¿por qué?

Sacudí la cabeza. Agravain no esperaba respuesta.

—Continúa —dijo, tras otro rato de silencio, cuando nos hubimos desviado hacia el sur por la carretera principal. Me di cuenta de que había aprendido a controlarse mejor. Tres años atrás se hubiera peleado conmigo o huido a todo galope sobre su caballo.

—He dicho que nuestra madre odiaba a Arturo. Le ha echado varias maldiciones, pero su magia no parece funcionar con él. Hace dos años y medio, la noche de Samhain, Morgawse quiso probar otro conjuro para matarle.

—Dios —dijo Agravain en tono angustiado—. ¿Qué le importa a ella Arturo? ¿Qué daño le ha hecho?

—Le odia. Tú lo sabes. Y creo que

todos los practicantes de magia negra de occidente buscan la muerte de Arturo. Aldwulf Fflamddwyn, desde luego, la desea.

—¿Qué? Oh, ya sé que odia al Gran Rey. Pero, ¿podría…?

—No creo que pueda —dije.

Me miró muy serio por un instante, deseando que le tranquilizara, y luego asintió, relajándose.

—*Laus Deo*, como dicen aquí, en Britania. Pero, por el sol, hay que destruirla. Alguien debería matarla; aunque es mi propia madre, digo que debe morir.

—Tal vez tengas razón —repliqué—, pero, ¿quién podría hacerlo? Quería

que Medraut y yo estuviéramos allí aquella noche…

—Oí decir que Medraut… pero estaba seguro de que no era cierto. Nadie estaba del todo seguro de que Medraut fuera… y no es propio de él.

—Sin embargo, es cierto —dije—, aunque no lo supe hasta aquella noche. —Me dolía pensar en él. Ella debía haberlo devorado ya, absorbiendo toda su inocencia y su amor a la vida, sustituyéndolos por odio, amargura y más ambición. Y no había nada que yo pudiera hacer.

Agravain me miró tristemente. Creo que llevaba años tratando de olvidar a Morgawse, como había tratado de

ignorarla también durante años. Pero había aceptado los hechos.

—¿Te acuerdas de Connall? —dije—. El dalriada de la mesnada de nuestro padre.

—Por supuesto. Un hombre valiente y leal, y un buen guerrero, como pude ver en la campaña de Britania. La primera vez que estuve con una puta fue él quien me acompañó, en Din Eidyn.

—Morgawse iba a matarlo —dije—, y, Agravain, no pude soportarlo. No después de haber perdido a Medraut. Lo maté rápidamente. Hui y ella trató de matarme.

Parecía asqueado.

—Esto es una locura. ¿Por qué no

puede la gente pelear simplemente con espadas, en lugar de…?

—La gente nunca pelea simplemente con espada —intervino Bedwyr—. Ni siquiera tú y Cei.

Agravain hizo una pausa, mirando sorprendido a Bedwyr.

—¿Qué significa eso?

—Nadie empuña la espada sin un motivo. Incluso el amor a la batalla es una especie de motivo. Al final, los motivos nunca son simples, y son tan importantes como la propia espada.

—Filosofía —dijo Cei—. Lees demasiado, Bedwyr.

—Los motivos siguen siendo importantes —dijo Bedwyr,

imperturbable—. Continúa, Gwalchmai.

—Nuestra madre me lanzó un conjuro. Salí huyendo, sin pensar en qué dirección tomar, hasta que llegué a Llyn Gwalch, el lugar del acantilado donde pasaba tanto tiempo cuando éramos niños, Agravain, y solté al caballo. El demonio que invocó Morgawse no pudo seguirme allí abajo. No sé por qué, excepto que de pequeño creía en aquel lugar, y la Luz… —Me detuve. ¿Cómo podría contar aquello a Agravain? Era imposible que me comprendiera. Ni yo mismo lo comprendía—. Nuestra madre no pudo matar al Pendragón —empecé a decir— porque Arturo lucha contra la Oscuridad junto a una fuerza que

también está contra ella. Cuando me vi atrapado llamé a esa fuerza, porque estaba asqueado de la Oscuridad, y la detestaba. Y un antepasado nuestro, que sirve a la Luz, me mandó ayuda.

—¿Un antepasado? —dijo Agravain, confuso—. Esto se vuelve cada vez más enrevesado. ¿Qué antepasado?

—Lugh, el de la Larga Mano.

Volvió a sacudir la cabeza. Me di cuenta de que empezaba a irritarse.

—No sé qué pensar de todo esto, Gwalchmai. Si otra persona me viniera con una historia como ésta me reiría en su cara. Pero, tú…

—Me parece que deberías creerle —interrumpió Bedwyr suavemente—.

Creo que nunca había visto a un hombre tan profundamente afectado por el otro mundo.

Agravain dirigió a su amigo una mirada furiosa.

—A mi hermano no le pasa nada. Cierto, es un mal guerrero, pero eso no te da derecho a insultarle.

—No le estoy insultando. —Bedwyr parecía levemente divertido—. Y creo que es perfectamente capaz de cuidar de su propio honor. Continúa, Gwalchmai.

—Lugh me envió un bote desde Tir Tairngaire, a petición de la Luz…

—¿Qué es esa Luz de la que hablas todo el tiempo? —preguntó Agravain, irritado—. ¿El sol?

—Creo que lo comprendo —dijo Bedwyr, lentamente—. En cierto sentido, sí, el sol. Pues el sol es un tipo de Luz: todas las luces provienen de él, por reflejo o por dependencia del resto del mundo. Del mismo modo, la Luz de la que habla tu hermano es la fuente de todo bien e iluminación, y los otros bienes se conocen sólo gracias a ella. Sí, Cei, lo leí en un libro de filosofía. Pero, ¿tengo razón?

—Yo… creo que sí —dije, estupefacto—. Sí, si te he entendido bien. No sé nada de filosofía. Sólo sé que la Luz envió un bote, y embarqué, y me llevó a las Islas Benditas.

—¡Oh, Dios! —dijo Cei, liberando

al fin su creciente enfado—. ¿Cuántos han contado historias parecidas? ¿Y cuántos han estado realmente en las Islas? ¡Nadie, porque esas islas sólo existen en las canciones de los poetas! Agravain, tú eres mi hermano, pero este hermano tuyo es otra historia. Nos ha estado contando mentiras todo el tiempo, y tú te lo has creído todo. Pero yo no puedo. Cuando hayáis tenido suficiente, estaré delante.

—No está mintiendo, Cei —dijo Bedwyr.

Pero Cei me dirigió una mirada de disgusto.

—Desde luego que no. Sólo está dando forma poética a los conceptos de

los filósofos, y hablando sobre el *summum bonum* o cómo queráis llamarlo. Es un bonito cuento para místicos y filósofos bretones, Bedwyr, pero yo soy romano y de Dumnonia, y no quiero oír nada más. —Lanzó su caballo al galope y nos dejó, acercándose a otro guerrero.

—Continúa —dijo Agravain—. Te escucho.

Pero vi que empezaba a estar de acuerdo con Cei.

—No estoy mintiendo —dije.

—No digo que mientas deliberadamente —dijo Agravain, al parecer decidido a ser sincero—. Pero, después de lo que te había ocurrido, es

fácil que tuvieras algún tipo de sueño.

—Yo también creí que era un sueño cuando desperté y me encontré en Britania —dije—. Pero todavía tenía esto. —Toqué la empuñadura de Caledvwlch.

Agravain la miró, enarcando las cejas.

—Una espada. Me había fijado antes en ella. Parece muy valiosa. ¿Crees que te la dieron en la Tierra de Promisión?

—Me la dio Lugh, de parte de la Luz. Cuando desperté, al sureste de aquí, a mi regreso de Tir Tairngaire, supe que no estaba soñando ni me había vuelto loco porque la espada estaba junto a mí. Su nombre es Caledvwlch.

Agravain le dirigió una mirada furiosa. Se estaba enfadando, y yo temía los resultados de su cólera.

—Una espada. Una espada muy hermosa, por lo que puedo ver. Déjame ver el resto.

Desenvainé a Caledvwlch. Volvió a enarcar las cejas y susurró:

—Oh, realmente hermosa. Me gustaría tener una espada como ésa. Pero no es sobrenatural.

Bedwyr contempló un momento el brillante acero y apartó la vista. Al parecer, él sí veía algo sobrenatural en ella.

Pensé en hacer que la hoja ardiera para demostrar su poder a Agravain,

pero decidí no hacerlo. Era demasiado violento y obvio, y un abuso de poder. Además, no quería que me tomaran por un brujo, y no conocía a aquellos guerreros. De modo que repetí:

—Me la dio Lugh.

Agravain resopló. Estaba rechazando toda la historia. Tal vez simplemente no podía aceptar que me hubiera ocurrido a mí, Gwalchmai, su hermano débil y pusilánime.

—Continúa —dijo, sin embargo—. Despertaste junto a la espada, al este de aquí, después de pasar en las Islas Benditas… ¿cuánto tiempo?

—Fueron casi tres años. Me pareció sólo un día. Pero el tiempo era extraño

allí. Desperté en las colinas de la frontera entre el reino de Dumnonia y las tierras que reclama Cerdic y, mientras caminaba hacia el oeste, me tropecé con un grupo de sajones que regresaba a Sorviodunum.

Agravain se calmó al oírme: aquello podía creerlo.

—¿Acaso no sabías distinguir entre un sajón y un romano? —preguntó.

—Ignoraba dónde estaba. Por lo que sabía, podía haberme encontrado en Constantinopla, aunque no lo creía probable. De modo que les dije que era un siervo, y que mi amo había muerto en una reyerta, y me llevaron con ellos a Sorviodunum, donde me vendieron a

Cerdic.

—¿Por qué iba él a comprarte? ¿Acaso sospechaba que eras el hijo de un rey?

—No lo creo. Aldwulf de Bernicia se lo aconsejó, y Aldwulf, como Bedwyr, o Sion, o mucha gente últimamente, pensó que yo no parecía humano al verme por primera vez.

—Eso es ridículo —dijo Agravain—. ¿Por qué iban a pensar algo así? Tú no lo has pensado, ¿verdad, Bedwyr?

—Tu hermano tiene razón —dijo Bedwyr—. Creo que lo subestimas.

—Le conozco mejor que tú —espetó Agravain—. Continúa.

—Aldwulf quería matar a Arturo,

como he dicho, y pensó que, si me mataba y empleaba la espada, podría conseguirlo gracias a la hechicería. Pero había invocado a un caballo de los sidhe para Cerdic, para demostrarle su poder como hechicero, un caballo capaz de correr y resistir más que ningún corcel de la tierra. Cerdic trataba de domesticarlo, pero no podía. Yo lo conseguí, supongo que recuerdas que los caballos se me daban bien, aunque éste era distinto, y escapé con él de Sorviodunum lo más rápido posible.

—¿Dónde está ahora, entonces?

—Le dejé marchar. Era un sidhe; no tenía derecho a quedármelo. Eso fue anteayer, y ayer me encontré con ese

granjero que no te gusta y llegué a Ynis Witrin, donde habéis aparecido esta mañana.

—Una bonita historia —dijo Agravain, despectivamente—. Muy bonita, desde luego. Pero has olvidado algunos detalles, Gwalchmai. ¿Y esa hueste de sajones armados? Supongo que los mataste por docenas mientras cabalgabas sobre el caballo del rey.

—Intentaron detenerme, pero no fueron lo bastante rápidos. No, no pretendo ser hábil con las armas. Ambos sabemos que no lo soy. Pero los sajones tenían miedo. No creían que fuera humano, y tenía la espada.

—¿La espada? ¿Por qué iban a

tenerle miedo?

—Es… Imagino que puede ser aterradora.

—Gwalchmai —dijo Agravain con la voz inexpresiva y controlada, pero obviamente muy enfadado—. Los guerreros de Cerdic no son niños que huyen de una espada supuestamente mágica. ¿Y qué me dices del rey, y de Aldwulf de Bernicia? Has dicho que Fflamddwyn es un hechicero, y ésa es su reputación en toda Britania; ¿no podía contrarrestar tu famosa espada?

—No creo que su poder sea tan grande —dije—. No creo que nada pudiera contener a Caledvwlch, excepto su portador. Si yo me volviera contra la

Luz, dado que la espada arde gracias a la Luz… no sé. Aldwulf estaba inconsciente cuando me fui. Le había abierto la cara con ella.

Agravain detuvo su caballo por completo.

—¿Y a cuántos sajones mataste al escapar del campamento? —preguntó en voz baja.

Detuve la carreta. La yegua de Sion se alegró de la parada. Sus flancos se agitaban debido a su respiración fatigada.

—A tres. —Sabía lo que vendría a continuación—. Agravain, no intento decir que…

—Has dicho suficiente —continuó

firmemente Agravain. Todo el grupo se había detenido, y los guerreros estaban haciendo girar a sus caballos o adelantando sus carretas para ver qué ocurría—. Puedo creer la primera parte de tu historia, la segunda tiene que ser un sueño o una confusión honesta y fácil de explicar, pero esto… esto no puede ser nada más que una mentira. ¿Tú, derribando a un rey sajón y matando sin ayuda a tres guerreros de Cerdic? Ni siquiera sabes arrojar una lanza.

—Agravain, ya te he dicho que no fue gracias a mi habilidad, sino…

—¿Fue gracias a la magia, entonces? Has dicho que la rechazaste, e hiciste muy bien.

—No, no fue magia, pero…

—Entonces tu historia es una sarta de mentiras —dijo Agravain, furioso—, una estupidez que has inventado para atribuirte algo del honor que temes ganarte honestamente en la batalla. Eres un desastre como guerrero.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Y te demostraré hasta qué punto. —Mi hermano ignoró implacablemente mis intentos de evitar lo que venía—. Baja de esa carreta y te enseñaré a no mentir.

—Te prestaré mi caballo —me dijo repentinamente Bedwyr—, y también mi lanza y mi escudo para que puedas luchar como un guerrero.

Hubo un instante de silencio sorprendido.

—Gracias —dije lentamente al fin—, pero me temo que cubriré tus armas de desgracia.

—Tal vez sí —dijo Bedwyr—, tal vez no.

—Yo creo que sí —dijo alegremente Cei—. Me apuesto un brazalete de oro a que Agravain lo derriba. Haces bien, Agravain. Nadie más que un bretón podría creerse una historia semejante.

—Acepto tu apuesta —dijo Bedwyr—, sólo que no comparto tu gusto por las joyas. Tengo mis propias razones para creer esa historia, Cei.

Agravain hizo una mueca. Su

intención había sido pelear conmigo a su modo acostumbrado, con los puños. Pero decidió que aquel duelo también era una buena idea.

—Muy bien. Daos prisa. Debemos llegar pronto a Camlann.

Bajé de la carreta, atando las riendas a uno de sus postes, y Bedwyr desmontó. Me entregó su lanza y escudo, atando un trozo de tela al extremo de su lanza y ordenándome que usara el asta. También me cedió las riendas de su caballo, que era un corcel de guerra galo moteado y de largas patas. Le di las gracias, resignado a una derrota inevitable. Sólo sería una caída, pensé. No me haría mucho daño.

Monté en el caballo de Bedwyr y le hice describir un círculo, para ver cómo respondía y familiarizarme con su temperamento. Era un buen caballo, aunque, por supuesto, no podía compararse a Ceincaled.

Nos apartamos de la carretera y nos adentramos en las tierras desbrozadas. Una vez que quedaron atrás los pantanos, la carretera serpenteaba entre colinas empinadas, cubiertas de pastos y tierras de labor. Los pastos junto a la carretera eran blandos, de modo que las caídas no serían muy dolorosas. Los guerreros formaron un círculo, sin acabar de entender lo que estaba pasando, pero muy interesados. Nadie

aceptó la apuesta de Cei.

Agravain cabalgó hasta el otro lado del círculo, bajó el extremo romo de su lanza, y asintió bruscamente.

—No tengo intención de hacerte daño —me advirtió—, pero debes aprender.

Asentí, suspiré y levanté el escudo. Volvería a animarse en cuanto me hubiera derribado, y era un precio bastante pequeño que pagar a cambio. De todos modos, deseé que me hubiera creído. Me dolió un poco que fuera tan rápido en llamarme embustero.

Agravain puso el caballo al trote siguiendo la línea del círculo con su lanza en ángulo. Seguí su ejemplo,

tratando de recordar lo que me había esforzado por aprender en la Casa de los Niños. Mi hermano vio que estaba listo y dirigió su caballo hacia mí, a medio galope.

De repente, todo se concentró, y el mismo tiempo pareció detenerse cuando puse el caballo de Bedwyr al galope y cabalgué al encuentro de Agravain. Mi corazón parecía volar, y moví ligeramente la lanza. Agravain lo vio, sonrió y se acercó, confiado. El mundo se redujo a la punta de su lanza y su hombro derecho, y todo lo demás pareció difuminarse. Casi lo tenía encima; desvié mi caballo medio paso, atrapé su lanza con el borde de mi

escudo, haciendo que se desviara, puse mi propia lanza en línea y la usé para golpear su hombro, preparado para el impacto.

El tiempo recobró su velocidad habitual, y Agravain cayó del caballo, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Detuve a mi montura y di rápidamente la vuelta, bajando la lanza para amenazarle.

Mi hermano permaneció quieto durante un instante y luego se levantó lentamente, frotándose el hombro y haciendo muecas de perplejidad. Yo me recobré y lo miré fijamente, primero a él y luego a su caballo, que había empezado a mordisquear la gruesa

hierba. No podía entender lo que había ocurrido.

—Lo intentaremos de nuevo —dijo Agravain en voz muy alta—. Ahora.

—Ha sido un accidente —dije—. No podría repetirlo. Sé que tú eres el mejor guerrero de los dos, Agravain. —Claro que lo era; aquél era su mundo.

—¡Lo haremos de nuevo, maldito seas! —gritó Agravain. Regresó junto a su caballo, volvió a montar, tiró salvajemente de la brida y se dirigió al otro extremo del círculo.

—Cei —dijo uno de los guerreros —. ¿La apuesta sigue en pie?

—Si quieres —dijo Cei.

—Muy bien; yo también tengo

brazaletes.

Agravain bajó su lanza y empezó a trotar de nuevo en torno al círculo. Le imité, y estaba esperándole cuando hizo girar a su caballo y se acercó en una línea oscilante. En aquella ocasión, frené bruscamente cuando estuvimos cerca, haciendo encabritarse al caballo de Bedwyr. De nuevo todo se contrajo a nuestro alrededor, y sentí más claramente que nunca aquella ligereza salvaje en mi mente. Agravain había llegado casi a mi altura, y su lanza, que apuntaba a mi muslo derecho, estaba muy cerca. La desvié con un golpe de mi escudo, haciendo girar a mi caballo y dejando que su peso se uniera al mío al

golpear el costado de Agravain con mi lanza. De nuevo cayó al suelo; de nuevo, su caballo siguió adelante, en aquella ocasión hasta el círculo de guerreros, donde lo atraparon.

Agravain se puso en pie. Ya no hacía muecas, sino que me miraba fijamente, totalmente desconcertado, como un hombre que hubiera visto salir el sol por el oeste. La locura aún me poseía, y no deseaba hablar, de modo que permanecí en silencio e inmóvil, con la lanza preparada, y esperé. Agravain fue a buscar su caballo, volvió a montar y puso la lanza en ristre. Cabalgué hasta el otro extremo del círculo y asentí.

Se me acercó rápidamente, a todo

galope. Le arrojé mi lanza, por el extremo romo, mientras se acercaba, y seguí adelante desenvainando a Caledvwlch.

La lanza golpeó su garganta y se desvió, aunque probablemente le dejaría un buen moratón; de haberla arrojado con la punta por delante, Agravain hubiera muerto. Estuvo a punto de caer, pero se recobró a tiempo, manteniendo su lanza en ristre. Su lanzamiento cuando nos acercamos me hubiera acertado en las costillas a la derecha de mi escudo de haber llegado a tocarme… pero golpeé el asta con Caledvwlch, y la partí en dos. El tiempo pareció congelarse, y levanté la espada antes de

que el caballo de Agravain pudiera dar un paso más. La luz ardía en la hoja y me sentía lleno de una fuerza que no procedía de mí. El mundo parecía haber sido grabado en acero brillante. Dejé que toda la fuerza se concentrara en mi brazo al golpear a mi hermano con la parte plana de la hoja. Cayó en la hierba, con su caballo pasando lentamente junto a mí. Rodó por el suelo y quedó inmóvil. Se hizo un silencio enorme.

Mi cabeza se despejó un poco y envainé la espada. Agravain seguía inmóvil. El resto de la locura me abandonó, y desmonté a toda prisa.

—¿Agravain? —No se movió. Corrí

hacia él. Por la Luz, ¿le había hecho daño?—. ¿Agravain?

Sacudió la cabeza, aturdido, y se incorporó de rodillas, sosteniéndose el brazo donde lo había golpeado. Me miró fijamente. Estaba pálido, con el rostro perlado de sudor. Se puso lentamente en pie, mirándome fijamente.

—Dios mío —dijo muy lentamente, y cada palabra suya cayó en el anillo de silencio formado por los espectadores —. ¿En qué te has convertido?

—Te he dicho que subestimabas a tu hermano. —Bedwyr se adelantó, todavía tranquilo e imperturbable—. Creo que encontrarás un lugar junto a Arturo, Gwalchmai ap Lot.

—¡Pero la espada! —dijo Cei—. ¿Habéis visto la espada? ¡Estaba ardiendo! El…

—¿La espada? —dijo otro—. ¿Habéis visto sus ojos?

«¡Luz! —pensé, desesperado—. Ahora creerán que realmente soy un brujo».

—Ha derrotado a Agravain de las Orcadas en un combate justo. ¿Alguno de vosotros lo cuestiona? —preguntó bruscamente Bedwyr.

—Yo lo cuestiono —dijo Cei inmediatamente—. No ha sido un combate justo. Ningún ser humano podría…

—Ha sido un combate justo —dijo

Agravain. Los guerreros dejaron de mirarme al instante y volvieron la vista hacia él—. Ha sido un combate más que justo, y muy necesario. Gwalchmai no es un brujo, y lo afirmo con el juramento de mi pueblo. Si alguno de vosotros cree lo contrario, estoy dispuesto a volver a luchar hoy mismo. Mi hermano es un guerrero. ¡Dios! ¡Por el sol, nunca había luchado contra nadie tan bueno!

—Ha sido un accidente… —dije, todavía perplejo.

—No lo ha sido. Eres mejor que yo, y ahora los dos lo sabemos.

—Una caída podía haber sido un accidente —afirmó Bedwyr—. Tres veces es una prueba. Eres muy bueno,

Gwalchmai. Tal vez mejor que yo.

—Esto es absurdo. Eres el mejor jinete de la Familia —objetó Cei.

Bedwyr se limitó a sonreír.

Cei sacudió violentamente la cabeza.

—Nada de esto tiene sentido. Las espadas no pueden arder como antorchas. Su historia es imposible; pero, si es cierta, ¿qué vamos a hacer? Es un hechicero…

—¡He dicho que no quiero oír nada más sobre eso! —espetó Agravain—. Fuera lo que fuera en el pasado, ahora mi hermano es un guerrero.

—¿Cómo puedo serlo? —interrumpí—. Nunca supe luchar. Lo sabes muy bien, Agravain. Debes recordar cómo

era en la Casa de los Niños, cuando no podía arrojar bien una sola lanza… —Agravain se frotó la garganta donde mi lanza lo había golpeado, pero yo continué—. Todo el mundo sabía que no era un guerrero. Nuestro padre se sentía decepcionado. Yo mismo me sentía decepcionado, hasta tal punto que estaba dispuesto a entregarme a la Oscuridad a causa de la rabia y el dolor del fracaso. ¿Cómo puedo ser un guerrero?

—¿Dices que abriste la cara de Aldwulf con ella? —Agravain empezó a señalar a Caledvwlch con el brazo lesionado, hizo una mueca y volvió a dejarlo quieto.

—Yo… sí, pero…

—¿Y mataste a esos sajones al escapar de Din Sarum?

—Sí, Agravain, pero…

—Ahí lo tenéis, pues. —Se volvió hacia los otros—. Ha arruinado el atractivo de Fflamddwyn y ha luchado contra nuestros enemigos. ¿Podéis cuestionar que está de nuestro lado?

—Sólo tenemos su palabra como prueba de ello —objetó Cei.

—¿Acusas a mi hermano de mentir? —preguntó Agravain, tratando de tomar su espada y volviendo a hacer una mueca de dolor.

Cei se detuvo, mirando a mi hermano. Suspiró y se encogió de hombros. Estaba claro que pensaba que

mentía, pero no lucharía contra su amigo por ello.

—No acuso a nadie —dijo—. Pero hablaré de esto con Arturo.

Bedwyr asintió.

—Y yo diré a Arturo que creo a Gwalchmai. —Los dos se miraron durante un momento, y luego Bedwyr sonrió amablemente—. Lo que pasa es que no quieres perder ese brazalete, Cei.

Cei pareció confuso por un instante y luego recordó su apuesta. Sonrió temblorosamente, se quitó el brazalete y se lo arrojó al hombre que lo había ganado. El guerrero se lo quedó mirando con aire incierto antes de ponérselo. Cei apretó la mano de Bedwyr, montó y

cabalgó hacia la carretera. Los demás le siguieron lentamente; Bedwyr recuperó su caballo y su escudo y fue tras ellos.

—Agravain… —dije de nuevo.

—Gwalchmai. —Se frotó el brazo con otra mueca—. Por el sol, me has dado un buen golpe. Bedwyr ha olvidado su lanza. ¿Dónde está?

La recogí. El resto del grupo había empezado a descender por la carretera; la yegua de Sion estaba mordisqueando la hierba junto a la cuneta. Agravain atrapó a su caballo y recogió las riendas con dificultad, usando una sola mano. Antes de montar, se detuvo, volvió a mirarme y me cogió de un brazo. —Gwalchmai, lo lamento —dijo.

—Yo soy quien lo lamenta. ¡De veras, no quería golpearte tan fuerte!

—No me refiero a esto. —Había abandonado el idioma britano de la mesnada y volvía a hablar en irlandés —. Aunque, por supuesto, lamento haberte llamado mentiroso. Pero durante toda tu vida te he estado insultando para provocarte, pegándote para sentirme mejor; y he fingido que te ayudaba con las artes de la guerra mientras en realidad te arruinaba para ellas, fingiendo, incluso ante mí mismo, que estaba siendo generoso y que lo hacía por tu propio bien. No, no digas nada. Sé que es cierto. Empecé a comprenderlo cuando viví aquí como

rehén, cuando dejé de ser el primogénito y el líder en todas las cosas, y cuando me di cuenta de que luchar no servía de nada, pero deseaba seguir haciéndolo. Entonces supe que habías muerto, y toda Britania dijo: «Un brujo menos». Lo comprendí todo, y deseé morir también. Recordé cómo me miraste una vez después de una pelea, y me di cuenta de que humillar a un hermano era propio de perros y diablos del Yffern, y yo lo había hecho y me había ido tranquilamente de caza a continuación. Escucha, tal vez no pueda compensártelo nunca, pero lo siento.

Le apreté los hombros.

—Hermano mío, ya te he dicho que

entonces era un estúpido, y que me tomaba las cosas demasiado a la tremenda. Si hubiera sido capaz de reírme de ti… Todo eso pertenece al pasado. Olvídalo.

Me abrazó. Sentí que su pecho temblaba y comprendí que estaba llorando, y yo también.

—A partir de ahora, Gwalchmai —murmuró—, las cosas serán distintas. —Me soltó, mirándome muy serio—. Presumiré de ti antes que de mí mismo. A partir de ahora, todo serán victorias.

No pude decir nada, y él repitió:

—Sólo victorias, Gwalchmai. Olvida todo lo que he podido decir sobre tu habilidad como guerrero. Serás

un gran guerrero, un hombre sobre el que se escribirán canciones. —Dirigió la mirada a la carretera y añadió—: Han aflojado el paso para esperarnos, pero nos estamos quedando muy atrás. Vamos, ayúdame a subir al caballo. Mi brazo sigue entumecido.

Cuando la carreta estuvo traqueteando de nuevo por la carretera, con la yegua de Sion trotando rápidamente para alcanzar a los demás, Agravain se quedó atrás. Comprendí muy bien por qué. Deseaba estar a solas con sus pensamientos, como yo con los míos y, después de las palabras que habíamos intercambiado, no tendríamos nada que decirnos durante un tiempo.

No sabía qué pensar o sentir. Había derrotado a Agravain, que se había arrepentido de su comportamiento conmigo en el pasado. Había derrotado a Agravain, y él había dicho que yo sería un gran guerrero. Durante una época, aquél había sido mi sueño más preciado, pero había abandonado aquellas aspiraciones en favor de la Oscuridad, sin pensar nunca que pudieran hacerse realidad. Y deseaba dar la vuelta a la carreta y alejarme de Camlann tan rápido como el caballo pudiera galopar.

Observé el cuero desgastado de las riendas, oscurecidas por el uso, y mis manos se apretaron en torno a ellas.

Había jurado consagrar aquellas manos al servicio de la Luz. ¿Qué había dicho Bedwyr sobre la Luz? Algo sobre cómo las demás luces y bienes sólo podían conocerse gracias a ella. Y yo había podido comprobar que la Luz podía hacer lo que deseara, incluso entre los sajones. Ciertamente, no necesitaba de mi ayuda, y no tenía por qué haberme entregado a Caledvwlch, ni por qué haberme enviado a Britania. Agravain me había preguntado «¿por qué?» al hablarle de Morgawse, y yo sabía que no sólo había querido decir: «¿por qué odia tanto?», sino también: «¿por qué existe para odiar?». Y no podía entender por qué. Si la Luz podía proteger a

Arturo contra los hechizos más poderosos de Morgawse y había podido salvarme de ella, ciertamente podía liberar la tierra de la Oscuridad. No me necesitaba ni a mí ni a nadie que hiciera la guerra por toda Britania. Sobresaltado, me di cuenta de que no me gustaba la idea de la guerra, que creía que matar estaba mal. Nunca había oído una idea semejante en mi vida y, sin embargo, volví a pensar en aquellos tres sajones, diciéndome que debería haber encontrado otra forma. Y si a veces matar estaba bien, como hubiera matado a Aldwulf o, de modo distinto, como había matado a Connall… ¿cuándo estaba bien? Por su propia naturaleza, la

Luz debía obrar bien siempre, si lo que había dicho Bedwyr era cierto, y yo así lo creía. Pero en el mundo de los hombres todo estaba mezclado, el bien y el mal estaban juntos, y no existía una lucha simple y definida, ni una decisión como la que había tomado en Dun Fionn.

Pero los hombres toman decisiones, y deben tomarlas. Yo había escogido la Luz en Dun Fionn. Medraut había escogido la oscuridad. Violentamente, deseé haber podido detenerle, y lo recordé en la habitación de Morgawse, mirándola con ojos llenos de adoración. ¿Y si lo hubiera arrastrado detrás de mí al salir de aquella habitación? Pero él había empezado a llamarme «traidor»,

un eco que resonó detrás de mí. Si volvía a verlo y hablaba con él, ¿conseguiría que cambiara de opinión? Seguro que la Oscuridad no podía encadenar su voluntad por completo. Y luego pensé que la Luz y yo tampoco podíamos. Pero, ¿quién escogería la Oscuridad sabiendo lo que escogía, conociendo el hambre y el miedo, el odio que consume toda la felicidad, la sensación de pérdida? Y, sin embargo, en ocasiones parecía evidente que los hombres no podían evitar servir a la Oscuridad. Si luchaba para Arturo tendría que tomar decisiones, y era evidente que, dada la naturaleza del mundo, a veces me equivocaría. No

deseaba luchar en el complejo universo de los hombres. La batalla era más fácil en el otro mundo.

Contemplé las colinas ante nosotros, y vi que Bedwyr estaba mirando hacia atrás en la carretera. Nuestros ojos se encontraron por un momento; detuvo a su caballo y aguardó hasta que la carreta llegó de nuevo a su nivel.

—Tus pensamientos parecen tristes, Gwalchmai ap Lot —me dijo.

—Lo son, señor —repliqué—. Agravain dice que puedo ser un gran guerrero, y tú también lo has dicho. Y estoy a punto de dar la vuelta y regresar a las Orcadas, una estupidez como nunca he oído otra igual.

Los ojos de Bedwyr relucieron levemente.

—¿Y a qué se debe?

—Tú sirves a la Luz, creo —le dije —. ¿Está bien matar hombres y hacer la guerra?

—¡Ah! —Me miró fijamente—. No lo sé.

—Pero eres un guerrero, y cuando he hablado de la Luz me has entendido mejor que yo mismo.

—Lo dudo mucho. Simplemente domino el lenguaje de la filosofía, por lo que he podido describirla mejor. Has planteado un tema, Gwalchmai ap Lot, que me he cuestionado a menudo. Sólo puedo decirte lo que he aprendido

gracias a mis experiencias.

—Entonces, dímelo, si queda tiempo. Estoy harto de pensar en todo esto.

—Creo que puedo entenderlo. —Los ojos de Bedwyr volvieron a relucir de hilaridad contenida. Era muy extraño, pensé vagamente, que me resultara tan fácil hablar con él y que se hubiera posicionado a mi favor y en contra de Cei tan rápidamente. Tal vez nuestra conexión se debía a que servíamos al mismo señor. —Con el brazo del escudo, donde le faltaba una mano, se apartó el cabello del rostro—. Muy bien —empezó—. Como Cei ha mencionado varias veces, soy bretón, y mi padre

tiene propiedades en el sureste. No, no te estoy diciendo que pertenezca a un clan noble; en la mayor parte de Bretaña, los clanes son menos importantes que la propiedad de las tierras y el estatus cívico. Mi padre es un *curialis*, ése es su título. Oficialmente su rango es de *claras*, pero se hace llamar *clarissimus* porque le gusta como suena. —De nuevo el destello de diversión—. Vivimos cerca de la frontera de Bretaña y, cuando era pequeño, no transcurría un solo verano sin que los francos, sajones, suevos, godos o hunos entraran en nuestras tierras y se llevaran nuestro ganado, exigiendo oro del municipio. De modo

que aprendí a luchar muy pronto, igual que ocurre aquí, en Britania. También aprendí a leer, pero eso me parecía menos importante. En Bretaña, igual que en zonas del sur de la Galia, las antiguas escuelas municipales aún funcionan para los hijos de la nobleza. Asistí a ellas; el *grammaticus* me enseñó los rudimentos de la retórica, y todo aquello me resultó aburridísimo. Pero teníamos un libro de texto para toda la clase de doce alumnos, escrito por un tal Mario Victorino, un filósofo. Cuando deseaba dar un ejemplo de exhortación, recurría a la filosofía; si era de discusión, a un debate sobre el *summum bonum*, es decir, lo más excelente de la vida

humana. Él pensaba que era filosofía. Yo pensaba que era un estúpido, pues a los francos no les importaba la filosofía y yo disfrutaba matando francos. Fíjate que digo que disfrutaba, no que lo toleraba, pues para mí era un gran placer exhibir mis habilidades. Cuando cumplí los diecisiete, enrolé a unos cuantos campesinos de las propiedades de mi padre y me los llevé, junto a un par de jóvenes nobles de la zona, a luchar para el *Comes Armoricae*, o el rey de Bretaña, como diríais vosotros. Al cabo de pocos años, el rey de los francos murió. El nuevo monarca estaba muy atareado con los godos, por lo que pareció que las guerras cesarían durante

un tiempo. Entonces me enteré de que el hijo menor de nuestro rey, Bran, se había aliado con Arturo de Britania y planeaba una expedición. Yo nunca había estado en Britania y llevaba casi un año sin matar francos ni sajones, de modo que tomé a mis seguidores y partí con Bran.

»Supongo que habrás oído hablar de aquella campaña, de cómo Arturo consiguió la púrpura, de modo que no hace falta que te la cuente. Pero, por lo que a mí respecta, fui herido en la batalla junto al Saefern. —Bedwyr volvió a levantar el brazo del escudo—. La herida no era grave, pero se infectó, y yo, que no temía a los sajones, tenía miedo a los doctores, de modo que no

acudí a ellos hasta que me puse enfermo y tuvieron que llevarme. Me cortaron la mano, pero la infección me provocó una fiebre muy alta; pensé que iba a morir. Pasé varios días en cama, en el monasterio donde me habían dejado. Allí tuve tiempo de pensar en todos los hombres que había reducido a aquella posición, y la idea dejó de complacerme como antes. Toda mi fama me resultaba inútil. No dejaba de recordar la exhortación a la filosofía de aquel libro, y de pensar que la gloria no era, después de todo, el *summum bonum.*

»Pasé tres días entre la vida y la muerte. Al tercero, Taliesin, el bardo mayor de Arturo, vino al monasterio,

todavía no sé por qué. Mientras pasaba entre las hileras de heridos, me pareció que una estrella ardía en su frente, y creí que había muerto. De modo que le dije que no estaba preparado.

»Se detuvo y vino a arrodillarse junto a mí. «Hay algo para lo que sí estás preparado, Bedwyr ap Brendan —me dijo—, pero no para la muerte». Entonces se volvió hacia los doctores y dijo que pensaba que mi fiebre remitiría pronto. «De modo que te arrepientes de tu vida», dijo, volviéndose de nuevo hacia mí. Yo nunca lo había visto antes, y seguía pensando que era el ángel de la muerte. «Con todo mi corazón», repliqué. «Ahora estás vivo —comentó

—, y vivirás muchos años más. Pero recuerda tu arrepentimiento cuando te recuperes, y te advierto de que las cosas no saldrán como esperas. Ten fe y no te sorprendas de lo que ocurra». Tras pronunciar aquellas palabras se marchó, y los doctores me trasladaron a una habitación caldeada con muchas mantas, de modo que la fiebre remitió y empecé a recuperarme.

—¿Quién es ese Taliesin? —pregunté—. Las últimas palabras que te dijo fueron las mismas que Lugh me dijo a mí.

Me dirigió una mirada seria y oscura.

—¿De veras? No sé de dónde

procede Taliesin, ni quiénes fueron sus padres. Nadie lo sabe. Es un gran poeta, y también un sanador. Se cuentan otras historias sobre él, algunas muy extrañas, pero no se sabe nada seguro. Sé que no es malo, y que sus palabras resultaron ciertas. Me recobré de mi fiebre, pero recordé lo que había sentido entonces, cuando pensaba que iba a morir. Pregunté a los monjes que cuidaban de los enfermos si tenían el libro de texto del filósofo Victorino, pero nunca habían oído hablar de él. Tenían muy pocos libros, aparte de los evangelios. De modo que leí uno de los evangelios, el de Mateo; llegué al lugar donde Cristo fue traicionado y conducido a su

ejecución, y uno de sus seguidores desenvainó una espada para defenderlo. Nuestro Señor dijo entonces: «Guarda esa espada, pues todos los que la empuñan morirán también por la espada». Entonces decidí que matar y hacer la guerra estaba mal, y resolví regresar a Bretaña en cuanto me sintiera lo bastante bien para viajar con intención de entrar en un monasterio a meditar sobre el bien. Sabía que mi padre se enfurecería, pero no iba a renunciar. De modo que, ya lo ves, comprendo lo que te preocupa.

—¿Por qué volviste a cambiar de opinión?

Esbozó una sonrisa rápida pero muy

cálida.

—Conocí a Arturo. Le había visto antes, pero nunca había hablado con él. Vino al monasterio a visitar a los heridos. Yo estaba sentado en el jardín. Era un anochecer de verano, e intentaba leer. Se me acercó, llamándome por mi nombre, y me preguntó por mi herida; luego quiso saber cuándo volvería a reunirme con el rey Bran. Le dije que no pensaba continuar viviendo como guerrero, sino entrar en un monasterio, y me contestó que Bran tenía muy buena opinión de mí y que no me comprendía.

»Le expliqué mis motivos y, curiosamente, me entendió. Incluso había oído hablar de Victorino; había

leído sobre él en un libro de un tal Aurelio Augustino. «Pero no pienso igual que tu Victorino sobre el mayor bien —me dijo—. ¿Crees que está en la gloria, entonces?», pregunté. «Desde luego que no —replicó—, pero Augustino afirma que el mal no es una sustancia, sino una ausencia, pues sólo consiste en la negación del bien. Y eso también lo dice mi propia intuición, pues veo en mi corazón que el mal empieza en la debilidad, la cobardía y la estupidez, y se convierte en odio y desolación, mientras que el bien es activo. De modo que me parece que el bien mayor no puede ser algo estático, como un cuadro en la pared, esperando a

ser admirado, sino que debe ser activo y sustancial». Yo le respondí: «Victorino dice que el bien, es decir, la Luz, está presente en todas las cosas, porque si no fuera así, nada existiría. Pero como los hombres no piensan en ello, y actúan a ciegas, crean el mal». Y él: «Si no hacen nada más que quedarse sentados y pensar, están condenados a crear el mal, porque no pueden crear el bien». «Pero pueden encontrarlo y reconocerlo», repuse yo. Y él se levantó y empezó a pasear por el jardín. Entonces me dijo: «¿Es buena la justicia? Es activa. ¿Son buenos el orden, la paz, la armonía? ¿El amor? Augustino dice que el amor es propio de los hombres y no de Dios,

pero yo creo que, si fuera así, seríamos superiores a Dios, lo que es impensable; pues estoy seguro de que todas esas cosas son buenas, el amor más que ninguna otra». Y yo contesté: «La Iglesia dice que Dios, es decir, el bien, amó y actuó una vez, en Cristo». Pero me respondió nuevamente: «Yo digo que Dios actuó entonces y lo sigue haciendo ahora, dentro de nosotros. Dime, ¿es bueno que los sajones se queden con la tierra y los rebaños de sus vecinos, y que los hombres y mujeres, y también los niños, acaben pasando hambre? ¿Es bueno que sólo un puñado de nobles en Britania sepan leer, y que muy pocos de ellos tengan libros? ¿Es bueno que los

hombres se vean reducidos a la altura de las bestias, sin pensar en nada más que en comer y pelearse?». «¿Por qué lo preguntas? —dije—. Esas cosas son malas, pero han ocurrido a causa de la caída de Roma y la desaparición del Imperio de occidente. ¿Qué podemos hacer en estos tiempos, más que abstenernos de hacer el mal?». «Podemos reconstruir el imperio», dijo, y dejó de caminar. Al detenerse, la luz de la luna, que había ascendido por encima del muro de la abadía, se reflejó en su cabello. «Ante Dios, juro que preservaré la civilización en esta tierra o moriré defendiéndola, pues amo el bien. Y creo que luchar por él es el bien

supremo para los hombres, y no la filosofía. ¿Qué diría a eso tu Victorino?». «Victorino no tenía a un emperador como tú para seguirle —aseguré—, o hubiera hablado de otro modo». Me arrodillé ante él y le prometí: «Sólo tengo una mano para luchar por ti, pero, en nombre de Dios, déjame servirte y haré todo lo que pueda». Me miró sorprendido durante un momento, pues no se había dado cuenta de hasta qué punto me habían conmovido sus palabras; luego tomó mi mano y prestó el juramento del señor al vasallo. Y he luchado para él desde entonces, y lo haré durante toda mi vida, si Dios quiere; porque ahora creo que actuar

movido por el deseo del bien es mejor que no actuar. Pero no puedo decirte si al final quedaremos justificados a ojos de Dios.

Permanecí en silencio durante largo rato.

—Eso no es muy reconfortante —dije al fin.

—La vida no es reconfortante —replicó—. Sin embargo, creo que hay más alegría en luchar por la Luz que en retirarse.

—Pero la diferencia entre nosotros y los sajones no es tan grande —objeté—. También son hombres, y muy semejantes a nosotros. Ya sé que eres romano, pero sigo sin ver qué tiene que ver el imperio

con la Luz. Ningún rey britano torturó nunca a un miserable esclavo hasta la muerte para averiguar si su amo había arrojado piedras contra una estatua real, ni ordenó que masacraran a tres mil personas en un teatro porque se habían amotinado, como hizo Teodosio, emperador de Roma. Me lo contó mi madre, pero es cierto, ¿no? Y nunca he oído hablar de ningún rey de Britania ni de Erin que haya condenado a muerte a cientos de nobles inocentes sólo porque sus nombres empezaban por «Teod», como hizo Valentiniano a causa de un oráculo que había recibido, aunque Teodosio se le escapó. Además, los romanos conquistaron Britania por la

fuerza de las armas, igual que los sajones tratan de hacer ahora, y sin duda la gente de aquí apreciaba a los romanos tan poco como nosotros a los sajones. ¿Por qué sonríes?

—Porque sabes leer y hablar latín, y probablemente eres cristiano, y de todos modos, si no te molesta que lo diga, no eres más que un bárbaro. No pretendo insultarte. Es cierto, el imperio causó mucho dolor y miseria. Pero ningún señor britano creó tanto bien y belleza, ni dio al mundo tanto conocimiento, arte y esplendor como los romanos. Y ningún rey britano fundó hospitales ni monasterios donde cuidaran de los enfermos, los pobres y los huérfanos; ni

socorrió a sus súbditos durante las hambrunas, ni ayudó a reconstruir sus casas tras un incendio o una batalla, como sí hicieron los emperadores cristianos. Vale la pena luchar por preservar el imperio. Eso no puedo cuestionarlo.

—Muy bien, soy un bárbaro —dije echándome a reír—. Los britanos del sur… perdón, los bretones… siempre decís eso sobre los irlandeses. Todavía no veo que vuestro imperio tenga mucho que ver con la Luz; pero, por lo que dices, creo que el imperio que Arturo desea sí estaría relacionado con ella. Y me han entregado una espada que, si bien es un arma de la Luz, también es un

arma de guerra. No temo perecer si la empuño, y si tu Cristo no me amenazara con nada peor que eso, no vacilaría. Sólo que… por la Luz, es demasiado precipitado. Nunca pensé… nunca pensé que podría llegar a ser un guerrero y que tendría que tomar una decisión semejante.

—Tal vez cuando conozcas al emperador Arturo las cosas se te aclaren. Mira, allí está Camlann. Casi estamos en casa.

Camlann es antigua, en realidad más antigua que el reino de Britania. Permaneció vacía y abandonada mientras gobernaban los romanos pero, cuando Londinium cayó en manos de los

sajones, Ambrosio Aureliano hizo que volvieran a ocuparla. Arturo había reforzado las fortificaciones con las grandes murallas que, cuando llegamos aquel día, estaban a medio terminar. Cuando nos acercábamos, Agravain acercó su caballo para volver a cabalgar a mi lado; Cei se quedó atrás, observándome como si esperara que me brotaran alas y echara a volar en lugar de entrar en la fortaleza. De modo que llegué a Camlann conduciendo una carreta abarrotada tirada por una yegua exhausta, flanqueado por tres guerreros que me estudiaban de modo totalmente distinto, con mis esperanzas puestas en un Gran Rey que se encontraba ausente.

Las puertas se habían abierto para nosotros antes de que llegáramos a su altura y ascendimos por la colina, mientras los guerreros saludaban a gritos a los guardias, anunciando la victoria. Se esperaba al rey en cualquier momento, con el resto de la mesnada. Bedwyr deseaba que las provisiones de Ynis Witrin fueran descargadas antes del regreso del Pendragón.

—No quiero que mi señor tenga que preocuparse por los inventarios ni que deba esperar para el festín de la victoria —dijo a uno de los sirvientes.

—Por supuesto —dijo el hombre contemplando las carretas con impaciencia. Deduje que las provisiones

habían escaseado en Camlann—. ¿Habéis traído aguamiel de Ynis Witrin?

—Dado que los monjes fabrican el mejor aguamiel de Dumnonia —replicó Cei—, no podíamos olvidarlo.

—Bien. Sólo queda el que guardamos del invierno pasado y no quiero dárselo al emperador después de una victoria.

Las carretas y caballos fueron conducidos al establo, donde me ocupé de la yegua de Sion y le di algo de grano. Estaba terminando mi tarea cuando entró Bedwyr, seguido por Cei y Agravain.

—El emperador está a punto de entrar en la ciudad —me dijo—. Si

quieres bajar a las puertas…

La Familia ascendía por la colina cuando me dirigí a las puertas para verlos. Era una larga columna que se acercaba desde el norte. Muchos jinetes, algunos conduciendo reses; una o dos carretas y caballos de repuesto atados por las riendas. Cubrían la carretera hasta perderse en la distancia, con las armas relucientes bajo el sol de la tarde. Al frente, un jinete llevaba el estandarte, con un resplandor de oro en la distancia, y tras él avanzaba un hombre sobre un caballo blanco: Arturo.

Pensé en todo lo que me había ocurrido hasta aquel momento: en mi madre y en mi padre, en Agravain, en

Lugh, en los sajones. En la batalla física y en la batalla espiritual. Convergían en aquel punto. Sentí un nudo en la garganta y me erguí, con lo ojos fijos en el hombre que cabalgaba detrás del estandarte, igual que los de todos los que me rodeaban.

La vanguardia de la mesnada se separó del grupo más lento que conducía el ganado. Las crines y colas de los caballos, y las capas de los hombres, se elevaron con el viento y, a través del polvo del camino, el sol relucía sobre las armas, las cotas de malla y las joyas. El Pendragón llevaba el manto púrpura bordado de oro de los emperadores romanos sobre su cota de malla.

Montaba bien, sosteniendo la lanza con pericia. Al atravesar las puertas, los habitantes de la fortaleza gritaron su bienvenida con una sola voz, coreando: «¡Arturo!»

El rey se echó a reír y detuvo su caballo, y sus seguidores se congregaron a su alrededor, oprimiéndole las manos en señal de saludo. Yo permanecí sobre la muralla a medio terminar, contemplándolo y maravillándome de que tantas dudas y pensamientos pudieran quedar reducidos a la nada en un solo momento. Sabía que mi decisión estaba tomada, que tal vez la había tomado al escapar de Dun Fionn. De algún modo, había sabido todo el tiempo

que me convertiría en un guerrero; y que lucharía para Arturo.

11

Arturo ascendió por la colina al paso, rodeado por los habitantes de Camlann. Sonreía y bromeaba con sus súbditos, agitando las manos ante las felicitaciones por su victoria. Tenía treinta años, una edad suficiente para que aquellos regresos a casa fueran algo común, pero actuaba como si estuviera ante algo nuevo y sorprendente. Se

comportó del mismo modo durante toda su vida.

Al llegar a la fortaleza, en la cima de la colina, desmontó ágilmente, tomando las bridas de su caballo antes de que nadie más pudiera hacerlo. Dirigió una mirada a la multitud de criados y guerreros que le habían seguido e hizo una seña a uno de los criados, el senescal, al localizarlo entre la multitud. Empezó a hablar con él, haciendo gestos hacia la colina. Sin duda daba instrucciones para que dispusieran del ganado que había arrebatado a los sajones. El senescal asintió, y luego hizo un gesto de réplica a alguna pregunta del rey. Arturo levantó

la vista y, por un instante, me recordó a alguien, alguien con la misma mirada en sus grandes ojos grises, pero no pude situar el recuerdo y tampoco lo intenté seriamente.

—¿Bedwyr? —llamó el rey.

Bedwyr había estado perdido entre la multitud, pero apareció entre ella como si surgiera del aire.

—Aquí, mi señor.

Arturo le dirigió una sonrisa diferente de la que había dedicado a los demás y le tendió la mano. Bedwyr la tomó, y Arturo la apretó también con la otra.

—¿Habéis traído el aguamiel de Ynis Witrin?

—Sí. Y comida suficiente para varios días.

—*Laus Deo* por ello. ¿Cuánto hay?

—Gweir está haciendo el inventario ahora mismo. Ya he encargado el festín de la victoria.

—Bien hecho. ¿Queda algo de cerveza?

—Los restos agrios del invierno pasado, nada más.

—Tendrá que bastar. Goronwy, cerveza para la Familia. Y Gruffydd está acomodando a los heridos; envía a alguien que se asegure de que tiene todo lo necesario para ellos… —Entró en el salón, todavía dando órdenes a varios sirvientes. Le seguí con el resto de la

multitud, llegando casi hasta la mesa principal, y me detuve sin saber qué hacer. Todo el mundo estaba muy ocupado. Aún no podía ir a hablar con el rey; era mejor esperar. Me di cuenta de que estorbaba a los guerreros y busqué un rincón tranquilo.

Arturo se dejó caer en una silla de la mesa principal, tomó el cuerno de cerveza que le ofrecía un sirviente, y bebió largamente.

—Sé bienvenido —dijo Bedwyr.

—Tú también —respondió el Pendragón—. ¿Cuándo has llegado?

—Hace más o menos una hora.

—¿Qué? Por el amor de Dios, hombre, siéntate y toma algo de cerveza.

Goronwy… —Se dirigió al sirviente de la cerveza en voz baja y el hombre asintió—. Y bien, ¿cómo está el abad Teodoro?

—Deshonesto, como siempre. Pero hemos encontrado el aguamiel.

—Muy bien. ¿Y qué sucede?

—¿A qué te refieres?

—A lo que le estés dando vueltas en la cabeza. ¿Acaso estaban muy mal las cosas en Ynis Witrin?

Bedwyr sacudió la cabeza. Goronwy regresó con más cerveza y susurró algo a Arturo tras entregar un cuerno a Bedwyr.

—No la uses toda, entonces —dijo Arturo, al parecer respondiendo al

sirviente—. Di a los hombres que queda poca, y que sólo pueden tomar un cuerno cada uno, pero que habrá aguamiel en abundancia esta noche. —Nunca había oído hablar de un rey que se quedara sin cerveza, y parpadeé, pero nadie más pareció sorprenderse en lo más mínimo —. Bien, Bedwyr. ¿Qué han hecho los monjes? Supongo que os han tirado piedras gritando: «¡Muerte al tirano que nos roba nuestro dorado aguamiel! ¡Que la plaga caiga sobre el Dragón y su Familia, ya que nos impide emborracharnos los domingos!».

Bedwyr sonrió.

—No. No ha habido ningún problema. No han estado muy contentos,

pero han cedido. Es un asunto diferente.

Arturo miró al otro lado del salón.

—Todo tu grupo parece tan decaído como la mañana después de un banquete. Incluso Cei y Agravain; especialmente Cei y Agravain. —Se inclinó un poco hacia delante y bajó la voz.

Bedwyr sacudió la cabeza en respuesta.

—No, no se ha derramado sangre, gracias a Dios. ¿Dónde están?

—Los he enviado a ayudar con el ganado. Lo que te preocupa les afecta, ¿no es cierto? Muy bien, esperaremos. Las murallas no han progresado tanto como esperaba. ¿Qué opinas de…?

Entraron más hombres que tomaron

asiento con sus cervezas, bromeando sobre su calidad. Finalmente, entraron también Cei y Agravain, pasando la vista por el salón, probablemente buscándome.

—¡Aquí! —gritó Arturo—. Bedwyr dice que hay un asunto que deseáis que resuelva.

Ninguno de los dos se había fijado en mí y Cei frunció el ceño, inquieto mientras se acercaba a la mesa principal. Me puse en pie sin saber si unirme a ellos o no. Los guerreros del salón dejaron de hablar y escucharon.

—Mi señor —dijo Cei—, deseamos que tomes una decisión sobre el hermano de Agravain.

Arturo se irguió en su silla, dejando el cuerno de cerveza en su soporte.

—¿Qué hermano? —dijo, en voz baja y tensa.

Agravain hizo una pausa, pareciendo levemente sorprendido.

—Mi hermano, al que consideraba muerto. Le hemos encontrado en Ynis Witrin y nos ha acompañado hasta Camlann. Desea unirse a nosotros. Mi señor, es un buen guerrero. Me he enfrentado a él en el camino: me ha derribado tres veces.

—Mi señor —dijo Cei—. Hay motivos para sospechar que practica la hechicería.

—¡No es ningún brujo! —espetó

Agravain—. Lo sostengo con el juramento de mi pueblo. Es un guerrero, y muy bueno. Pregunta a Bedwyr.

Arturo miró a su amigo, y el guerrero moreno asintió.

—Es un buen guerrero, y creo que un buen hombre. Juraría que no es un brujo.

—He oído hablar de Gwalchmai, hijo de Lot —dijo Arturo—. Y lo que he oído no es bueno. —Cerré los ojos, apretando los dedos en torno a la empuñadura de Caledvwlch. Lugh me había advertido que Arturo podía desconfiar de mí—. ¿Tú responderías por él, Bedwyr?

—Sí, mi señor.

—Bien. —Arturo volvió a mirar a

Cei—. Creo que el asunto es complicado, pero lo pensaré. ¿Dónde está tu hermano, Agravain?

Agravain empezó a contestar que no lo sabía, y me obligué a salir de entre las sombras y a mirar a Arturo frente a frente.

—Aquí —dije.

Los ojos grises se abrieron ligeramente y se clavaron en mí. No se movió; su rostro carecía de expresión, pero fue como si una sombra hubiera caído sobre él, y de repente percibí que lo que me había parecido un tono neutro era frialdad, y que Arturo estaba horrorizado.

Traté de sofocar la sensación de

desdicha que se apoderó de mí. Después de todo, no hubiera deseado que Arturo fuera un rey dispuesto a aceptar tranquilamente a alguien con fama de hechicero, y aquélla era todavía mi reputación. Me parecía un poco a mi madre, y tal vez yo se la recordaba.

Pero algo en mi interior me dijo que la Oscuridad debía haberme afectado hasta la médula, y que nunca conseguiría librarme de ella, sino que continuaría manchando todo lo que tratara de tocar sin permitirme dejar atrás la sombra de mi niñez.

Hinqué la rodilla frente a Arturo y volví a levantarme. «Todavía hay esperanza —me dije—. He sido guiado

hasta aquí. Esto tiene que acabar bien».

—Bueno —dijo Arturo al fin, todavía con aquel tono neutro, que no era neutro sino frío—. ¿Eres Gwalchmai ap Lot?

—Sí, señor.

—No sabía que hubieras… regresado a las Ynysoedd Erch. Tu hermano hubiera debido ser informado de ello.

—No regresé a las Orcadas, mi señor Arturo. Sólo llevo tres semanas en Britania.

—Según lo que oímos, caíste al mar la noche de Samhain, hace más de dos años. Ahora apareces de repente en Ynis Witrin, convences a Cei de que eres un

hechicero y solicitas unirte a mi Familia. ¿Cuál es la verdad de esta historia?

Permanecí en silencio durante largo rato, tratando de pensar en una respuesta que fuera fácil de explicar, y comprendí que la verdad era la única réplica posible. Conté mi historia, al principio en tono vacilante, y muy consciente de quiénes eran los que me escuchaban. No mencioné algunas cosas: no fui capaz de hablar del verdadero alcance de la maldad de Morgawse. Al cabo de un rato, descubrí que podía ignorar a los espectadores y concentrarme en mis propias palabras para que transmitieran lo que yo quería. Nadie me interrumpió.

Cuando terminé, Arturo pareció

recobrarse.

—Una historia digna de un poeta, tanto por su contenido como por la forma de contarla, Gwalchmai ap Lot.

—Lo sé. Tal vez, mi señor Arturo, si deseara mentir contaría una historia más fácil de creer.

Al oírme, Bedwyr sonrió, pero el rostro de Arturo permaneció impasible.

—Tal vez. Y tal vez esperas que te creamos precisamente por lo extraño de tu historia, que se corresponde con lo extraño que hay en ti. Cierto que sería una treta muy sutil, pero tu padre es un hombre muy astuto, y tu madre es… —la sombra que lo cubría pareció oscurecerse, y vi que debía conocer a mi

madre, porque terminó con un susurró—, muy sutil.

—Señor —empecé, sin saber qué impresión le estaba causando y algo asustado—. Yo no soy mi padre ni mi madre. Te he dicho la verdad. He reconocido que estudié hechicería, pero he renunciado a ella y nunca más volveré a practicarla.

—¿Por qué cree Cei que eres un hechicero? Normalmente desprecia estas historias.

—Ha sido la espada —dijo Cei—. Al pelear con Agravain, Gwalchmai la ha desenvainado y ha empezado a arder. Juro por San Patricio que ardía más intensamente que una antorcha. Pregunta

a cualquiera que estuviera allí, incluso Bedwyr; todos lo han visto.

—Ardía con luz propia —dijo Bedwyr—. Pero Gwalchmai te ha contado cómo recibió la espada.

—Las espadas no hacen eso —replicó firmemente Cei—. Hubiera jurado que era imposible, pero lo he visto. De modo que debía arder a causa de la hechicería de su portador, o de algún conjuro que ha lanzado contra su hermano.

Agravain resopló.

—No necesita conjuros para derrotarme. Incluso sin la espada, me ha derribado dos veces. Y recuerda que Gwalchmai ya ha luchado para nosotros

contra los sajones.

—Según su propio testimonio. Dime, Gwalchmai, si has visto a Cerdic, ¿qué aspecto tiene?

Describí cuidadosamente al rey sajón. Arturo asintió y me hizo más preguntas sobre los sajones, sobre Sorviodunum y el número de hombres que allí había. Comprendí lo que quería y le di todos los detalles que pude recordar. Cei y Agravain parecían inquietos.

—¿De qué sirve todo esto? —preguntó al fin Agravain—. Ya sabíamos todas esas cosas.

—Pero no son datos que cualquiera pueda conocer —dijo Arturo, sonriendo

a mi hermano. Volvió a mirarme y dejó de sonreír—. Has estado con los sajones recientemente, de modo que al menos una parte de tu historia es cierta. —Miró más allá de mí, al otro lado del salón, con una expresión vacía y remota y, al mismo tiempo, penetrante, en sus grandes ojos grises—. Y, sin embargo, que hayas matado sajones no demuestra nada. Los sajones también matan sajones. La reina Morgawse, tu madre… ¿crees que es hermosa?

Me tomó completamente por sorpresa.

—Sí.

—¿Por qué?

Miré a mi alrededor, confuso.

—¿Por qué? Mi señor, ¿por qué pensamos que algo es hermoso? Es perfecta y terrible como la misma muerte, y así lo dicen todos los que la conocen.

Nuestros ojos se encontraron durante un largo momento, y lo que compartíamos era una sombra, un conocimiento de la Oscuridad.

—Tu historia tiene una gran parte de sobrenatural —dijo Arturo al fin—, y aunque Bedwyr tiene un gran concepto de ti, y aunque eres mi sobrino, por mucho que tu madre deteste la idea, no creo que pueda confiar en ti. —Me pareció que mi corazón se detenía y me puse en pie, mirándolo fijamente y

tragando saliva—. Eres libre de entrar al servicio de cualquier otro rey de Britania, o de regresar a las islas. Pero no puedo darte un sitio aquí.

Aquello no podía haber terminado, no tan rápidamente. No podía ser. No era justo. Permanecí estúpidamente en mitad de la estancia, mirando al Pendragón. Él apartó los ojos de mí y tomó su cuerno de cerveza.

—¡Señor, protesto! —exclamó Agravain—. Acepta mi juramento de que Gwalchmai no es un hechicero; o, al menos dale una oportunidad de que lo demuestre. Espera a tener noticias de los sajones para ver si su historia…

—Mi señor, deja que demuestre

quién es luchando por ti —instó Bedwyr —. He hablado con él durante el camino; estoy seguro de que no es un hechicero.

—¿Acaso cuestionáis mis decisiones? —preguntó Arturo fríamente, mirándolos.

Quedaron en silencio.

—Nunca, mi señor —dijo Bedwyr, inclinándose ligeramente. Agravain tartamudeó algo y luego calló de nuevo.

Me incliné ante el Gran Rey una vez más, me volví y salí del salón. Era cierto. Todo había terminado.

—¡Espera! —gritó Agravain, y corrió detrás de mí.

Fuera del salón me cogió del brazo.

—No sé qué sucede, pero esto no es propio del Pendragón. Cambiará de opinión.

—Ya ha tomado su decisión —repliqué.

—Es cierto… ¡pero, por el Yffern! No es propio de él. No lo entiendo.

«Está prohibido saber demasiado sobre la Oscuridad», me dije. ¿Cómo podía yo servir a un rey como el Pendragón con semejantes conocimientos? Pero estaba convencido de que la Luz lo deseaba. ¿Dónde estaba mi certeza? ¿Qué podía hacer?

—Escucha —dijo Agravain—. Cei, Bedwyr y yo compartimos una casa con otros dos hombres. Ven a descansar allí,

Bedwyr hablará con Arturo sobre ti.

—Ha dicho que nunca cuestionaba las decisiones del Gran Rey.

—Y nunca lo haría delante de la Familia. Pero a veces no está de acuerdo con Arturo y discute con él, y a veces Arturo cambia de opinión. El Gran Rey tiene una opinión muy alta de Bedwyr, le nombró comandante de la caballería, o *magister equitum*, como él lo llama. Ven a descansar… Parece que deseas estar solo.

—Sí.

De modo que Agravain me acompañó a su casa y me dejó allí, murmurando algo sobre ir a ver su caballo. Me sentí agradecido por ello, y

por el hecho de que Agravain tuviera una posición social lo bastante alta para no tener que dormir en el abarrotado salón de banquetes. Me senté sobre su cama y estudié el suelo cubierto de juncos, apretando a Caledvwlch con fuerza.

«¿De qué ha servido todo esto? —pregunté a la Luz en silencio—. ¿Para qué la espada, el poder, la lucha, el viaje al Otro Mundo si, al final del camino, no he de poder luchar? Querías que entrara al servicio de Arturo, Lugh me lo dijo. ¿Por qué se me niega ahora?».

No hubo respuesta. Desenvainé a Caledvwlch y la contemplé. Pero la

espada permaneció apagada y silenciosa, alimentando mi confusión.

Me sentí desesperado. Estaba atrapado, encerrado para siempre en la maldad de Morgawse, condenado a causa del camino que había tomado en mi niñez. Y, sin embargo, me había negado a seguirla, había matado a su demonio, había luchado por la Luz. Cierto que ninguna Oscuridad puede ser derrotada para siempre, ¡pero había vencido! No podía dudarlo.

Me enfurecí. Envainando la espada, me puse en pie y recorrí la habitación. ¿Por qué me había rechazado Arturo de modo tan rápido y definitivo? No era justo.

No, la culpa tenía que ser mía. Mi historia estaba demasiado relacionada con el Otro Mundo; sentía aún algo de adoración por Morgawse, y Arturo lo había percibido cuando le dije que era hermosa. Volví a sentarme y a rezar, y de nuevo me respondió el silencio.

Así transcurrió la tarde y llegó la noche. Agravain regresó y me preguntó si deseaba comer algo. Le dije que no, y se marchó al banquete.

Decidí que no podía hacer nada. Arturo me había rechazado. Oh, no podía quedarme sentado, compadeciéndome de mí mismo; tenía que actuar. ¿Qué había dicho Arturo sobre la acción, según Bedwyr? ¿Cómo

podía ir en busca de otro señor tras haber conocido al Gran Rey?

Más que nunca, y precisamente porque se me había negado, deseaba servir a Arturo, deseaba formar parte de su Familia, de su color y esplendor, de la gloria mezclada con las privaciones y la cerveza agria del invierno anterior, que todo el mundo parecía tomarse a broma. La Familia no era como las demás mesnadas, tal vez porque el Pendragón no era como los demás reyes. Me quedé sentado, meditando, invadido por la impotencia y la desesperación.

Agravain regresó, malhumorado y ebrio. También había tenido un día difícil. Al cabo de un rato, regresaron

también Bedwyr y los otros dos, Rhuawn y Gereint.

—He hablado con Arturo —me dijo Bedwyr en voz baja—. Dice que no cree que podamos correr el riesgo de aceptarte, no en un momento como éste, y mencionó su desconfianza hacia la reina Morgawse, tu madre, que según tú mismo admites está conspirando contra él. Pero no quiere decir nada más. No lo entiendo; normalmente está dispuesto a dar a todo el mundo una oportunidad de demostrar lo que vale.

—Gwalchmai debe de ser un hechicero, entonces —dijo Rhuawn, un hombre delgado y de rostro alargado.

—Cállate —dijo ásperamente

Agravain—. Yo sé que no lo es. —Reconocí las señales: mi hermano deseaba pelear con alguien. Al parecer, Rhuawn también las reconoció, porque se calló al momento.

Finalmente regresó Cei, muy bebido pero controlándose bien.

—¡Ja! —exclamó al verme—. ¿Todavía estás aquí? —Parecía muy satisfecho de sí mismo y de su buen juicio—. Pensaba que habrías salido corriendo como un perro apaleado. ¡O como un halcón apaleado! —Soltó un resoplido de risa—. Pero los halcones amaestrados no corren, ¿verdad? Ni siquiera vuelan. Se quedan… sentados. Y piensan, y lanzan miradas furiosas.

Igual que tú. ¡Ja!

—Silencio —dijo Bedwyr—. No tienes motivos para decir eso.

—La práctica de la hechicería es un motivo suficiente —dijo Cei—. Y creo que nuestro señor no se ha equivocado.

Bedwyr sacudió la cabeza. Se acercó a mí y dijo:

—Lo siento, Gwalchmai. Debes comprender que ésta no es la forma habitual de comportarse de Arturo. Y Cei sólo se comporta así cuando está borracho.

—No estoy tan borracho —dijo Cei. Volvió a soltar una risita despectiva—. Y bien, Halcón de Mayo, ¿dónde están tus hechizos?

Descubrí que a mí tampoco me hubiera importado pelear contra alguien para desahogar mi furia. Era absurdo, y me daba cuenta de ello, pero de todas formas…

—Déjalo en paz —gruñó Agravain.

—¿Por qué?

—Porque te desafiaré si no lo haces —replicó rápidamente Agravain. Lo hubiera hecho con gusto, aunque yo pensaba que Cei estaba demasiado ebrio para luchar.

Cei parpadeó, se encogió de hombros y se calló. Sin embargo, unos minutos más tarde, al ver a Caledvwlch apoyada en la pared donde la había dejado, se inclinó y la cogió por la

correa de la vaina, balanceándola adelante y atrás mientras silbaba entre dientes.

—¡Basta! —grité, saliendo bruscamente de mis meditaciones.

—¿Por qué? ¿No quieres que toque tu preciosa espada mágica?

—Déjala —dije—. No es para ti.

—¿Todavía tratas de decir que es…?

—Lo es. Mi historia es cierta, aunque Arturo no la crea.

—Mentiroso —dijo Cei.

Agravain se puso en pie, apretando los puños.

No podía permitir que mi hermano librara mis batallas por mí, por mucho

que lo deseara.

—Basta —repetí, poniéndome también en pie—. Cei, suelta mi espada antes de que te hagas daño.

Se echó a reír, impaciente.

—¿De modo que por fin estás dispuesto a defenderte? *¡Laus Deo!* ¿Quieres tu espada mágica? Te enseñaré lo mágica que es…

—¡No! —grité viendo lo que se proponía. Pero ya había cerrado la mano en torno a la empuñadura, y estaba empezando a desenvainar la espada.

El fuego durmiente despertó una sola vez, como un relámpago de verano o una estrella fugaz. Cei gritó, soltó la espada y se tambaleó contra la pared. Crucé la

habitación para coger el arma cuando él la dejó caer; cerré mi mano en torno a la empuñadura y la desenvainé sin pensar. El fuego relució, puro, fresco y brillante.

—¿Estás herido? —le pregunté. Me miró fijamente, abriendo y cerrando la boca, totalmente sobrio de repente—. Te he preguntado si estás herido.

Se miró la mano. Parecía levemente bronceada, como a causa del sol, pero, por lo demás, ilesa.

—No —susurró—. Dios. Dios.

—Por todos los santos —murmuró Rhuawn.

Miré mi espada y la envainé.

—Todo está bien —les dije a todos —. Esta espada es poderosa, y creo que

si la hubieras desenvainado, te habría matado. Déjala en paz.

—Lo haré —dijo Cei—. Dios… ahora quiero irme a dormir.

Nadie dijo nada mientras nos acomodábamos para pasar la noche. A petición de Agravain, yo dormí en su cama y él en el suelo.

Sostuve a Caledvwlch en la oscuridad. Su poder era real, lo bastante real para quemar a Cei al tocarla, lo bastante real para haberle matado. La Luz era real. Mi señor, ¿cómo podía haberlo dudado? Y la Luz me había llevado hasta allí, y yo la había seguido, lleno de esperanzas que reconocía como vanas. De algún modo, el milagro había

fracasado; mi alma estaba llena de tinieblas.

Cerré los ojos y pasé los dedos sobre la empuñadura de mi espada, sintiendo la fría suavidad del metal entrelazado y la dureza de la joya solitaria. Simple acero y piedra inerte, pero capaces de arder con una luz sobrenatural y quemar la mano que se había atrevido a tocarlos. Y yo también podría hacerlo, con todas mis dudas e incertidumbres consumidas por aquel fuego blanco que había ardido por tres veces en mi mente. Sin embargo, ¿por qué me ocurrían a mí aquellas cosas? La Luz no necesitaba de hombres ni espadas. Nada de lo que yo hiciera

podía importar. Me había librado de la Oscuridad, y con ello hubiera debido bastarme.

Rodé sobre la cama y contemplé el ramaje del tejado, dejando que la espada yaciera en el suelo, donde mi mano podía alcanzarla fácilmente. «Las cosas no están tan mal —me dije—. Esto no te matará. Sólo tienes que buscar trabajo en otra parte, y sin duda puedes hacer muchas cosas».

«¿Por qué una espada? —me pregunté de nuevo—. ¿Por qué no un arpa, un broche, o un anillo, como en algunas historias? Si no he de ser un guerrero, ¿por qué un instrumento de guerra? Y si no he de servir a Arturo,

¿por qué ser un guerrero? Ningún otro rey está consagrado a luchar contra la Oscuridad».

La Oscuridad. Mi mente se atrevió a pensar en ella al fin. Recordé a Morgawse, tan claramente como si se encontrara en aquella habitación, y las cosas que había aprendido de ella empezaron a trabajar en mi interior. Los ojos de Morgawse se encontraron con los míos tras mis párpados cerrados, y sonrió. Aparté mi mente de aquel pensamiento. Finalmente, me dormí.

Aquella noche tuve un sueño como ningún otro en mi vida.

En mi sueño, me levanté de la cama y abrí la puerta de la casa para

contemplar Camlann. La vi entera, con sus murallas terminadas, resplandecientes bajo una luz dorada, espléndidas y fuertes. Arturo estaba frente a las puertas, montado en un caballo blanco, y sostenía una antorcha en la mano, la fuente de la luz que llenaba la fortaleza. Un hombre al que no conocía llevaba la brida del caballo, un hombre de cabello oscuro en cuya frente resplandecía una estrella y cuyos ojos estaban llenos de un conocimiento infinito. Arturo levantó la antorcha y su luz iluminó todo el oeste de Britania. Vi toda la isla, desde las Orcadas, en el norte, a los acantilados del sur; los bosques, campos, montañas, ríos y

orgullosas ciudades, extendidas sobre el mar como el dibujo de un niño. Pero el este y el norte estaban cubiertos por una profunda sombra. Vi a Aldwulf en el norte, con una llama negra ardiendo sobre su rostro marcado por las cicatrices, y a Cerdic en el sur, levantando el brazo para ordenar un ataque, aunque con una curiosa expresión de desconcierto en el rostro. Ningún ejército respondió a su orden, pero un gran dragón blanco, el símbolo de la monarquía, se elevó en el cielo con sus alas como nubes. En el oeste, el estandarte del dragón de Arturo se retorció, se convirtió en un auténtico dragón y se elevó para enfrentarse al

otro. Pero no vi el combate, pues una sombra cayó sobre Arturo y él empezó a desvanecerse. Levanté la vista y la vi, gobernando el norte y el este, reina del aire y la Oscuridad, señora de las sombras. Hermosa como en carne y hueso, pero en el sueño la carne había desaparecido, como un velo translúcido, y Morgawse relucía con un esplendor negro a través del universo. Se me contrajo la garganta y mi terrible amor por ella regresó. Deseé arrojarme a sus pies, suplicar su perdón, pero llevé la mano a mi espada. No estaba allí. Ella sonrió y mi fuerza desapareció, hasta tal punto que no pude pensar en nada más que en ella.

—Y bien, mi halcón —dijo con su voz infinitamente suave y profunda—, ¿el Dragón no te quiere? Comete una estupidez, pues eres un gran guerrero.

Me sentí lleno de alegría al oírla y deseé correr hacia ella… pero me obligué a retenerme.

—Arturo es libre —repuse—. Puede hacer lo que quiera.

—Por supuesto —susurró—, aunque una vez me obedeció. Pero tu nuevo señor también te permite hacer lo que quieras. —Se inclinó hacia delante desde su trono de sombras, con sus ojos bebiéndome como si fuera vino. Con una claridad enmarcada por la noche, recordé una palabra que me había

enseñado para ahuyentar a los espíritus. La susurré y recuperé parte de mi fuerza.

Ella sonrió, una sonrisa dulce, oscura y secreta sólo para mí.

—¡Mi astuto halcón! Sí. ¿Ves por qué quise llamarte? Pueden utilizarte contra mí y a favor de Arturo para consolidar el poder del Gran Rey sobre Britania.

Aparté mis ojos de ella y contemplé la isla sobre la que me encontraba. Arturo parecía muy pequeño después de la reina, y su poder parecía minúsculo en comparación. Sentí cierta piedad por él. Vi cómo se formaban las líneas de batalla, y me vi montado en Ceincaled, levantar la mano y dar una orden. Cerdic

se apretaba la garganta y caía al suelo, y Aldwulf moría, desconcertado. Los sajones eran arrasados por la plaga y la hambruna, las tormentas destruían sus barcos, y Arturo conquistaba toda Britania. Reinaba en Camlann y yo estaba a su lado, su consejero más apreciado, respetado por todos. Mi padre acudía desde las Orcadas, lleno de palabras de admiración y alabanza, y me nombraba su heredero. La Luz reinaba en Britania.

Volví a mirar a la reina, enfrentándome directamente a sus ojos. Ella sonrió por tercera vez, y aquellos ojos estaban llenos de promesas.

—Ah, mi halcón de primavera —

susurró—. Siempre fuiste mi favorito, y ahora que has crecido… eres un enemigo fuerte, más poderoso que Arturo, y un hechicero más grande que ese estúpido de Aldwulf.

Sentí una profunda sensación de orgullo y una alegría abrasadora al oírle decir aquellas palabras. Más que nunca, deseé acercarme a ella. Podía hacer que Arturo me aceptara. Vi que lo que ella me había enseñado no era Oscuridad, sino Luz. Entonces pensé en lo que me había revelado; recordé la mirada en los ojos de Connall cuando supo que ella iba a matarlo, y el cordero negro retorciéndose bajo mis brazos mientras ella escudriñaba el futuro en sus

entrañas. Volví a sentirme asqueado y pensé en cómo había perdido a Medraut. Pero me dije que no debía pensar lo peor.

—¿Dónde está Medraut? —pregunté a la reina.

—Eso no importa.

—Es tu hijo.

—Tengo planes para él que no son de tu incumbencia, halcón mío. Él te odia porque nos abandonaste y traicionaste.

Seguro que Medraut me odiaba. Podía ver perfectamente cómo Morgawse debía estar manipulándolo y destruyéndolo.

—Y tú también me odias —susurré.

Sacudió lentamente la cabeza; el fuego negro en sus ojos era sólo la orilla de un enorme mar.

—Eres demasiado poderoso, Halcón de Mayo, y demasiado hermoso.

Me asaltó una sensación de mareo y volví a acercar la mano a la espada. Sus ojos eran todo el universo, eran la misma muerte. Yo podía ser poderoso, y si llegaba a ser igual a ella, si continuaba siéndolo, me…

—¡No! —grité, y extendí un brazo entre nosotros. Ella se irguió, terrible en su poder, y sonrió por última vez.

—Pero, ¿qué otra cosa puedes hacer, hijo mío?

¿Qué? La Oscuridad estaba a mi

alrededor y dentro de mí, y ni siquiera podía encontrar una espada para combatirla. Retrocedí, pensando en Arturo, Bedwyr, Cei y Agravain, y también en Sion. Girando sobre sí misma, mi mente se encontró al instante en Ynis Witrin, en el silencio de la capilla, y repentinamente el universo volvió a girar y vi luz en lugar de tinieblas. Mi mano incierta encontró lo que buscaba: mi espada. La desenvainé y la sostuve entre mi cuerpo y la Oscuridad.

—Lucharé por Arturo —dije con voz firme—. No puede prohibirme que le siga, aunque no me acepte. Lucharé por él hasta que vea claramente que no

lucho por ti. Tarde lo que tarde, y cueste lo que cueste, puedo hacerlo y lo haré.

Sus mentiras desaparecieron, su plan fue derrotado de nuevo. Levantó los brazos y la Oscuridad creció. Pero volvía a estar lejos y yo me encontraba en Camlann. Levanté la vista y vi a Lugh en el oeste, frente a Morgawse, con el brazo levantado sobre la isla de modo que la reina no pudiera tocarla. Tras él había una luz demasiado brillante y gloriosa para mirarla. Por un instante, los vi a ambos frente a frente, y luego mi campo de visión se estrechó. Vi la isla y figuras de ejércitos. Vi a la Familia, y a mí en ella. Los ejércitos empezaron a moverse, sonó el estruendo de las

batallas. Me di cuenta de que las cosas que veía aún estaban por llegar, y me sentí aterrado. Me cubrí el rostro con las manos y grite «¡Basta!».

Repentinamente, se hizo el silencio.

Luchando por respirar, abrí los ojos y vi el tejado de la casa de Agravain encima de mí. Todo el mundo dormía. Permanecí despierto durante mucho rato.

12

Al cabo de largo rato, se oyó el canto de un pájaro en el exterior, y luego otro. Al otro lado de la puerta estaba amaneciendo. Me incorporé y me cubrí la cara con las manos, estremeciéndome. Luego me levanté, me vestí, crucé la habitación y abrí la puerta.

El rocío cubría la hierba y la tierra despedía un olor húmedo y dulce. Las

primeras alas del alba se abrían sobre la llanura y las negras siluetas de las colinas. El canto de los pájaros iba y venía, como el agua sobre las piedras. Cerré la puerta detrás de mí y me apoyé en ella, observando el ascenso del sol en el este. Había amanecido por completo antes de que volviera a moverme, y cuando lo hice fue para cantar un famoso himno entonado en todo el oeste, compuesto por Padraig cuando marchó hacia Erin.

Me levanto hoy
con el poder del cielo
en estas siete fuerzas:
luz del sol resplandeciente,
brillo de la luna,

esplendor de la llama nueva,
dulzura del canto del viento,
profundidad del mar infinito,
estabilidad de la dura tierra,
piedra eternamente fija;
me levanto hoy
gracias a la fuerza de Dios que me guía…
por el mayor de los poderes
invocando a la Trinidad,
confesión de uno, fe en tres,
¡el creador de la creación!

Me eché a reír, aunque en realidad no comprendía la canción, y ofrecí mi espada a la luz de la mañana.

—¡Te doy las gracias, mi señor! —dije en voz alta, y añadí—: Y también a

ti, ancestro mío, por tu protección. ¡Pero no me envíes más sueños como éste!

Envainé a Caledvwlch y me pregunté si habría quedado algo del banquete de la noche. Tenía mucha hambre, porque no había comido nada desde la mañana anterior y me habían ocurrido muchas cosas desde entonces. Estaba pensando en cómo encontrar algo de comer cuando oí ruidos en el interior de la casa. Entré de nuevo solo para descubrir que Agravain había despertado.

—¡Aquí estás! —exclamó al verme. Parecía aún más cansado que la noche anterior—. ¿Cuánto rato llevas despierto?

—Muy poco. He salido a ver el

amanecer.

—Muy propio de ti. —Resopló mientras me estudiaba y luego sonrió—. Por el sol, me alegro de tener conmigo a alguien de mi familia. Pero no puedes ir por ahí vestido de ese modo. El hijo de un rey no puede llevar la ropa de un siervo sajón. Dejaste marcado a Aldwulf; eso debería darte derecho a una capa decente como mínimo, aunque no formes parte de la Familia. Ven, iremos a los almacenes y te encontraremos algo.

Se vistió y ascendimos por la colina, pasando junto a la fortaleza, hasta llegar a los almacenes al oeste de la colina. Agravain se esforzaba por no

perturbarme hablando de la decisión de Arturo o de lo que podría ocurrir a continuación, y me señaló los lugares más relevantes de Camlann. Pero era evidente que estaba pensativo.

Los almacenes eran un grupo de edificios oscuros y de tejado bajo, en su mayor parte recién construidos para albergar el botín del rey. Eran un claro testimonio del éxito de Arturo como jefe guerrero, pues estaban llenos de montones de telas, armas, joyas, cerámica importada, platos de oro, plata, cuerno y cristal, además de madera, bronce y arcilla. No había demasiada comida, pero no se suele conseguir gran cosa en los ataques

durante la primavera. Todas las mercancías habían sido capturadas a los sajones, ya fuera en sus propias tierras o recuperando botín saqueado en los reinos britanos. Agravain me dijo que en su mayor parte se vendería a quien pudiera pagarlo con grano u otros alimentos.

—El Gran Rey prefiere el grano, sin embargo —continuó—, por los caballos. Creo que sólo las monturas de la Familia consumirían toda la cosecha de un reino. De todos modos, como he ayudado a ganar todo esto puedo ayudar a repartirlo. Escoge lo que quieras. También te daré un caballo. —Vaciló, pero finalmente me miró a los ojos e

hizo la pregunta—. ¿Adónde irás?

Yo no sabía muy bien cómo explicarme.

—No me iré —dije simplemente—. Seguiré al Pendragón hasta que me acepte. Tarde o temprano se dará cuenta de que no soy un hechicero, sino un guerrero por derecho propio.

Agravain me miró largamente y luego esbozó una sonrisa.

—Esa es la decisión de un guerrero, una decisión digna de una canción. ¡Bien dicho, demuéstrales que se equivocan, y enséñales a no difamarte! —Se interrumpió, frunciendo el ceño—. Pero será difícil. Arturo es un rey noble, no te negará su hospitalidad; pero Cei ahora

te ve como su rival. Anoche le asustaste y le dejaste en ridículo, y no te lo perdonará. Además, es el comandante de la infantería y tiene su propio título en latín. Es un hombre al que es peligroso ofender… aunque es bravo, honesto y un buen amigo.

—Debo intentarlo, sea o no Cei mi enemigo. Es todo lo que puedo hacer.

Agravain parecía mucho más contento mientras elegíamos una ropa más «apropiada» entre los montones. Cuando tuve una buena túnica y medias de lana, mi hermano rebuscó entre otro montón hasta encontrar un jubón de cuero con algunas placas de metal que él mismo había empleado un mes y medio

antes y que pensaba que me sentaría bien. Así fue, y se empeñó en regalármelo, diciendo que era suyo y que podía disponer de él como quisiera. No era una armadura tan buena como una cota de malla, pero éstas eran raras y muy valiosas. Agravain sólo tenía una cota de malla. Me la hubiera regalado, pero no me sentaba bien.

Además del jubón, encontré un escudo de madera encalada con el borde de cuero, sencillo, pero sólido y resistente, una lanza larga de punta en forma de hoja con un buen equilibrio y cinco lanzas cortas.

—Ahora sólo necesitas una capa —dijo Agravain, satisfecho—. ¿Qué

clase…?

—Que sea roja —dijo una voz extraña detrás de nosotros.

—Taliesin —dijo Agravain, saludando al hombre que permanecía en la puerta, observándonos con interés—. ¿Por qué roja?

Sin habla, contemplé al bardo mayor de Arturo. El otro recuerdo que había asociado con aquel nombre acudió de repente a mi mente: era el hombre que había cantado en el salón de Lugh, en las Islas Benditas. Y también era el que sostenía la brida del caballo de Arturo en mi sueño, y el que había hablado con Sion en el suyo.

Pero no llevaba ninguna estrella en

la frente, y su rostro era humano, sin aquel resplandor inquietante que tienen los rostros de los sidhe, aunque seguía siendo un hombre muy atractivo. Su nombre, Frente Radiante, dedicado también al lucero del alba, no era una exageración.

—Te conozco —dije.

Pero él sacudió la cabeza.

—No, nunca nos hemos encontrado, aunque tal vez hayas oído mis canciones. Hay muchas circulando por ahí.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Agravain.

—Tu hermano ha creído que me conocía —dijo Taliesin en tono agradable, entrando en la habitación—.

Y le he rectificado. Nunca he tenido el placer. Es un hombre notable, Agravain.

—No es un hechicero —dijo rápidamente Agravain.

Taliesin sonrió.

—Eres demasiado suspicaz, amigo. No he dicho que lo fuera. Bienvenido a Camlann, Halcón de Mayo. Yo estaba seguro de no equivocarme.

—Pero, ¿qué…? —empecé a decir.

—Lo lamento —dijo él rápidamente —. No puedo responder a tus preguntas, ahora no. No entenderías las respuestas. Estás pensando en un sueño que has tenido esta noche, y en un sueño que tuvo un amigo tuyo, y en lo que te dijo Bedwyr sobre mí. Pero no puedo

explicarlo. Hay algo en todos esos hombres… pero tú ya lo sabes. La respuesta sería menos interesante que el misterio, y prefiero que las cosas sean interesantes. Además, y por desgracia, debes encontrar la verdad por ti mismo. Alguien te dice algo; ¿acaso escuchas? Desde luego que no; sigues tu propio camino y, finalmente, cuando estás derribado, como lo estaba Bedwyr cuando lo encontré, te dices a ti mismo: «Taliesin tenía razón». Pero estoy cansado de que me repitan el hecho evidente de que la tenía.

Agravain se echó a reír.

—¿De veras? Me gustaría poder entender tus canciones lo suficiente

como para decirte que te equivocas.

—Pero no pretendo que nadie las entienda —protestó Taliesin. Tarareó unas notas y se interrumpió—. Los poetas tenemos ese privilegio. Una capa roja es lo mejor. Hay una en mitad de ese montón, una muy hermosa.

Recordé el sueño de Sion. «Un hombre con una capa roja que yacía muerto», y me sentí como si me encontrara al borde de un precipicio en la oscuridad, sintiendo la presencia del abismo que no podía ver. Taliesin dejó de sonreír.

—No te estoy deseando ningún mal, Halcón de Mayo —dijo suavemente. Su expresión era ilegible—. Es sólo que lo

que tiene que suceder sucederá. Tu color es el rojo, como el dragón de Britania, o como la sangre que mancha los campos de batalla, o que los manchará cuando llegue la noche. Cuando el muro de escudos se rompa y la puerta de la fortaleza sea derribada. —Sacudió la cabeza—. El imperio de hoy puede compararse con un tapiz, tejido con muchos colores, a causa de muchas decisiones; el tuyo es el rojo. —Se interrumpió de repente, parpadeando; luego reaccionó y volvió a sonreír—. Además, el rojo te sentará bien. Ese montón de ahí… Y ahora debo ir a buscar a Arturo y explicarle por qué las murallas no han avanzado tanto como él

esperaba. ¡*Vale*! —Salió a toda prisa de la habitación, dejando que la puerta se cerrara detrás de él.

—Por el sol —dijo Agravain—. ¿Qué significaba todo eso?

—Iba a preguntarte lo mismo. Agravain, ¿quién es Taliesin?

—El poeta principal de Arturo, uno de sus consejeros y, en ocasiones, un jinete de la caballería a las órdenes de Bedwyr.

—¿Y además de eso?

—¿Quién sabe? ¿Quién puede saber nada sobre los poetas? A veces, como ahora, simplemente dice cosas que nadie puede entender, y otras veces dice que va a ocurrir algo, y ocurre. Antes del

último ataque, fue a hablar con uno de los soldados de infantería, Macsen ap Valens, justo cuando nos marchábamos, le tomó una mano y dijo: «Buena suerte antes del fin; salve, y adiós». Y Macsen murió en aquel ataque. Algunos dicen que Taliesin está un poco loco. Otros cuentan historias…

—¿Qué historias?

—Su padre o su madre eran dioses, o demonios… depende de las versiones. Bebió del caldero de Annwn y lo sabe todo. Es un profeta, un mago, un diablo, un santo, un ángel. —Agravain se encogió de hombros—. Los sacerdotes desconfían de él por su reputación, pero asiste a las misas cristianas cuando está

en Camlann. Lo único cierto es que es un gran poeta. Urien de Rheged fue su primer patrón, pero Arturo le convenció para que viniera a Camlann. Pero no nació en el norte. Ya le has oído decir «adiós» en latín, eso sí lo he aprendido. Algunos dicen que es de Gwynedd. Sé que tiene el don de la Visión, por lo menos… —Agravain hizo un gesto de druida para ahuyentar al mal y bajó la voz—. Pero todos los poetas deben estar algo tocados por los dioses, de lo contrario no serían profetas y preservadores de la ley. Nadie puede hacer preguntas a Taliesin y obtener respuestas comprensibles, y nadie desea insultarle haciéndole demasiadas

preguntas, porque cuando escribe una sátira sobre un hombre, lo único que éste puede hacer es arrojarse sobre su espada. ¿Dónde creías haberle visto?

—En el salón de Lugh.

Agravain apartó la vista y repitió el gesto.

—Él lo niega.

—Supongo que puede tener razón. —Los brillantes ecos de la canción volvieron a recorrer mi mente. La canción de Taliesin. No podía decir qué significaba, pero su autor no podía ser malvado.

—De veras —dijo Agravain, mirando de nuevo hacia la puerta—. ¿Quieres una capa roja?

La frase de Sion volvió a sonar en mi mente, como un mal presagio. Recordé también la frecuencia con que mi madre vestía de rojo… pero, por otra parte, era un color fácil de teñir, y a mucha gente le gustaba su viveza. Y, fuera lo que fuera lo que Taliesin hubiera visto para mí en su tapiz, el dibujo no se vería afectado por el color de una capa.

—Me da igual el rojo o cualquier otro color —dije a Agravain.

Mi hermano se dirigió al montón que había señalado Taliesin y rebuscó.

—Aquí está —me dijo—. Es una buena capa. La lana es gruesa y suave.

Me sentí extraño al ponerme la ropa

nueva, notando el lastre del escudo en un hombro y el de Caledvwlch en el otro; y, sin embargo, el peso parecía agradable. Agravain asintió, satisfecho.

—Ahora pareces un guerrero de sangre real —decidió—. La gente tendrá más cuidado al tratar contigo. ¿Estás listo para desayunar?

El salón estaba lleno de guerreros devorando los restos del festín de la noche anterior, que estaban distribuidos sobre las mesas. Conseguí ignorar las miradas hostiles, o simplemente curiosas, de los demás guerreros mientras comíamos. No me fue difícil, ya que la comida era buena y estaba hambriento.

Agravain estaba más alegre que la noche anterior. Habló sobre Britania y la Familia mientras comíamos. Ciertamente había cambiado desde que lo viera por última vez. Me sentía inseguro con él, como si le conociera bien y a la vez fuera un desconocido. Pero disfruté con su compañía. Sin embargo, hubo momentos en los que distinguí otro pensamiento en su rostro, y era una idea oscura. Supuse que tendría algo que ver con nuestra madre. Pero no deseaba hablar de ella.

Casi habíamos terminado cuando oímos gritos en el exterior, y luego un chillido de dolor. El salón quedó en silencio; a través del aire

repentinamente quieto nos llegó el fuerte relincho de un caballo furioso.

—¿Qué demonios…? —dijo Agravain.

Pero yo había reconocido el sonido.

—Ceincaled —dije, levantándome de un salto—. Es Ceincaled.

Lo era. Relucía bajo el sol frente a la fortaleza, aún más espléndido y hermoso de lo que recordaba. Estaba furioso, con las orejas echadas hacia atrás y las fosas nasales rojas y abiertas. Algunos sirvientes de Arturo lo rodeaban, sosteniendo cuerdas y lanzas bajadas. Uno de ellos estaba en el suelo, con el rostro pálido y apretándose el estómago, ayudado por otro hombre.

Justo frente al caballo estaba Arturo.

—¡Señor, ten cuidado! —dijo uno de los criados—. Es un animal cruel, un asesino de hombres. ¡Mira lo que le ha hecho a Gwefyl!

Arturo les ignoró y dio otro paso hacia el caballo. Ceincaled se encabritó y volvió a relinchar, sacudiendo la cabeza. Arturo sonrió, con una luz en los ojos. Dio otro paso y extendió la mano, en un gesto mitad de ofrecimiento, mitad de autoridad, y habló lenta y suavemente.

El caballo resopló, pero adelantó las orejas. Estudió al rey con sus ojos orgullosos.

—Tranquilo —dijo Arturo. El

caballo sacudió la cabeza y volvió a resoplar, impaciente. Pero se quedó quieto y no se movió cuando Arturo se le acercó más y le puso una mano sobre la cabeza.

—No es cruel —dijo Arturo—. Pero es orgulloso y desconfiado, y aprecia mucho su libertad.

Ceincaled pateó el suelo y volvió a sacudir la cabeza, pero sus orejas continuaron adelantadas, escuchando a Arturo.

Solté el borde de la puerta a la que me había agarrado, y empecé a respirar de nuevo.

—Ceincaled —dije.

Levantó la cabeza, se liberó de

Arturo y trotó hacia mí para tocar mi hombro con su cabeza. Le pasé la mano por el cuello, impresionado de nuevo ante su belleza.

—Ceincaled —repetí, y añadí en irlandés—: ¿Por qué has regresado, valiente? Éste no es lugar para ti.

—Por el sol —susurró Agravain detrás de mí, profundamente impresionado—. ¡Menudo caballo!

—¿Este caballo es tuyo? —preguntó Arturo, acercándose. Su expresión era de decepción, mezclada con algo más—. Debí adivinarlo; será el caballo que robaste a Cerdic, sin duda.

—No es mío. ¿Cómo puede ningún mortal poseer un animal como éste? Lo

liberé hace tres días.

—Sin embargo, yo creo que es tuyo —replicó Arturo ásperamente. Vaciló mientras nos miraba. Apoyó la mano en el lomo del semental, volvió a contemplarme, pareció a punto de hacer alguna acusación y se contuvo—. Muy bien, tómalo y haz lo que te plazca.

—¡Pero no es mío! Lo dejé en libertad.

—Cuando CuChulainn estaba a punto de morir —dijo Taliesin, surgiendo como de la nada—, el Liath Macha, a quien el guerrero había liberado aquel mismo día, regresó para morir junto a su amo, aunque era un caballo de los sidhe e inmortal.

—Eso no es más que una leyenda —dije—, y estamos hablando de CuChulainn. Ceincaled es real. ¿Por qué iba a morir en la tierra?

—Ha venido a buscarte —dijo Taliesin con calma—. Los caballos son muy estúpidos cuando se trata de sus amos, y van en busca de sus jinetes sin pensar, dando por sentado que con ellos estarán a salvo. Incluso los caballos inmortales. —Sonrió y extendió una mano. Ceincaled sacudió la cabeza y la olfateó, volviendo a adelantar las orejas.

Observé el caballo y pensé en la belleza de la Tierra Eternamente Joven, y también en nuestro mundo. Recordé el

instante en que lo había montado por primera vez, cuando nuestros espíritus se encontraron, en el increíble amor que me había ofrecido, y supe que Taliesin tenía razón. Le acaricié el blanco cuello.

—Eres un estúpido —le dije suavemente, en irlandés—. Oh, mi espléndido animal, eres un estúpido. Aquí no encontrarás nada más que muerte.

Ceincaled resopló y me mordisqueó el cabello.

—Como desees, pues —susurré, y bajé la cabeza. Sentí deseos de llorar por él.

—De modo que ya tienes un caballo —dijo ásperamente Arturo—, y veo que

tu hermano te ha conseguido ropa y armas. Sólo te queda encontrar empleo en algún lugar, y eso no debería resultarte difícil. —Volvió a mirar a Ceincaled. Su mano se apretó en torno a la empuñadura de su espada para aflojarse lentamente—. Tal vez quieras probar con Maelgwn de Gwynedd. Necesita guerreros.

Enredé mi mano en la crin de Ceincaled, mirando fijamente al rey por encima del lomo del caballo. Arturo me devolvió la mirada con un disgusto frío e inexpresivo, y de repente me di cuenta de que pensaba que había hechizado al caballo. Sacudí la cabeza en respuesta a la acusación silenciosa. Arturo reparó

en mi gesto.

—¿Con otro rey, entonces? Urien tal vez no te acepte; tampoco le gustan los hechiceros. Pero quedan Vortipor, y Caradoc de Ebrauc.

Pensé que daba igual anunciar mi plan entonces que en cualquier otro momento.

—Señor Pendragón —dije, en voz baja y formal—, no es mi deseo entrar al servicio de ningún señor que no seas tú. Ni es mi deseo recorrer Britania con fama de hechicero.

—Lo que desees no es importante. Si eres un guerrero, debes encontrar a un señor que te mantenga, y yo no lo haré.

—Creo, mi señor, que puedo

mantenerme solo, al menos hasta la próxima batalla, cuando tal vez consiga algo de botín. Te seguiré y lucharé por ti, tanto si aceptas mi juramento como si no.

Los espectadores intercambiaron murmullos estupefactos. Arturo apretó la empuñadura de su espada. Por un momento temí que la desenvainara, pero la soltó lentamente. La fría rabia de su mirada se había vuelto ardiente.

—Trazas bien tus planes, Gwalchmai ap Lot —dijo en tono inexpresivo, aunque intenso—. Sabes que no puedo permitir que se diga que mi propio sobrino vaga por mi corte como un perro abandonado, de modo

que tengo que darte hospitalidad. Muy bien. Puedes quedarte aquí, beber mi aguamiel y tener un sitio en mi salón. Pero ni ahora ni nunca te aceptaré como a uno de mis hombres. Para ello es necesario algo más que fuerza en los brazos, o astucia, o hechicería; es necesario algo llamado honor. —Miró a su alrededor y vio a Cei en el círculo de espectadores—. Ya que deseas servirme —continuó rápidamente Arturo—, veamos qué tal lo haces. ¡Cei!

—¿Mi señor? —Se abrió camino a codazos entre la multitud, con aspecto algo confuso y aún aturdido por el sueño.

—Estarás al mando del grupo que

recaudará el tributo de Maelgwn Gwynedd en Degannwy. Llévate a treinta hombres, puedes escogerlos, y también a Gwalchmai. Saldréis mañana por la mañana.

—Sí, mi señor. Pero…

—Muy bien. Si queréis estar listos a tiempo, mejor que empecéis a prepararos ahora. —El rey se alejó entre la multitud, con la capa aleteando en su espalda.

Cei me dirigió una mirada sorprendida, calculadora, y lanzó un silbido al ver a Ceincaled.

—De modo que tienes un caballo mágico además de una espada mágica, hechicero. Muy bien, porque ahora

tendremos la oportunidad de ver para qué sirven. Los dos te harán mucha falta en el camino hacia Degannwy. Especialmente un caballo rápido, porque…

—Ven —dijo Agravain—. Cei está muy ocupado. —Se volvió y echó a andar hacia los establos. Le seguí, guiando a Ceincaled.

Los establos estaban junto al salón de banquetes y, como casi todos los almacenes, eran nuevos y muy grandes, y estaban abarrotados. Pero encontramos un sitio libre. Di de beber a Ceincaled en el abrevadero, eché algo de grano en el comedero y le persuadí de que entrara en el establo. Al principio no le gustó,

recordando sin duda los establos de Cerdic y la trampa, pero finalmente se tranquilizó y comenzó a comer. Me puse a cepillarlo mientras Agravain se sentaba sobre la paja y jugueteaba con una brizna de hierba.

—¡Por el sol y el viento! —dijo mi hermano al cabo de un rato—. Nunca había visto a Arturo tan enfadado. Ni siquiera cuando Vortipor de Dyfed nos abandonó el verano pasado y nos dejó enfrentarnos a los sajones sin su ejército, habló con tanta rabia como hoy. Es tan poco propio de él que ni siquiera puedo enfadarme porque te haya insultado. ¡Pero Degannwy! Y con Cei al mando de la expedición.

—¿Qué sucede en Degannwy? —Había oído hablar de aquel lugar, una fortaleza pequeña e insignificante en Gwynedd, al nordeste del antiguo puerto y fortaleza real de Caer Segeint.

—Degannwy es donde se esconde Maelgwn durante casi todo el año —repuso Agravain—. Maelgwn, y casi todos los enemigos de Arturo en Britania. ¿Recuerdas a Docmail Gwynedd?

—Por supuesto. Se mató antes que rendirse a Arturo.

—Exacto. Maelgwn no se hubiera matado. Hubiera fingido rendirse para atacar de nuevo en cuanto Arturo le diera la espalda. Es un año más joven

que yo, y ya es uno de los hombres más astutos de Britania. Dicen que cuando haya madurado lo suficiente estará a la altura de ese zorro de Vortipor de Dyfed. Es demasiado astuto para atacar a Arturo abiertamente, y pagará el tributo, pero no será un viaje agradable. Y Gwynedd, especialmente en las montañas de Arfon, está llena de bandidos y guerreros renegados de Maelgwn. Todos ellos odian a cualquiera que tenga relación con el Gran Rey. Arturo lleva más de un año planeando enviar un grupo que recaude el tributo, ya que Maelgwn no deja de prometer que lo enviará él mismo sin hacerlo nunca, o afirma que lo que iba a

enviarnos ha sido robado por los bandidos. Pero Bedwyr iba a comandar la expedición. Ahora… Cei hará esto tan difícil para ti como pueda, y es capaz de ponerte las cosas realmente difíciles, especialmente dado que podrá seleccionar a los demás guerreros de la expedición. —Agravain empezó a golpearse la palma de la mano izquierda con el puño—. ¡Que el Yffern se lleve todo esto! Gwalchmai… —Se mordisqueó el bigote durante un momento, y luego dijo—: Tal vez sería mejor que buscaras servir a otro señor. Sólo para demostrar tu valía, antes de regresar.

—Si no puedo demostrar mi valía

aquí, ¿cómo puedo hacerlo en otro lugar?

—Pero Cei tratará de provocarte, si le resulta posible, sin faltar a su honor. Y seguro que recuerdas lo fácil que era provocarte.

—Evitaré los problemas, si me resulta posible, sin faltar a mi honor. Debo ir, o renunciar por completo a mi esperanza de luchar por Arturo. —«Y que la Luz me proteja si las cosas van a ser tan malas como para preocupar a Agravain de este modo», pensé.

Bedwyr llegó a toda prisa al establo, miró a su alrededor y se acercó para sentarse junto a Agravain.

—Lo lamento —me dijo—. He

vuelto a hablar con Arturo, pero no puedo convencerle. Cree que has hechizado al caballo, lo que le ha enfurecido, y que te hacías el inocente, lo que le ha enfurecido todavía más. —Miró respetuosamente a Ceincaled, y continuó—: Pero ahora estoy seguro de que hay alguna otra preocupación en su mente, algo de lo que no quiere hablar. Me ha pedido que le dejara solo y, cuando he salido, estaba luchando contra esa idea. Una idea que… —Bedwyr se interrumpió, buscando sin encontrar las palabras para describir lo que había percibido—. Gwalchmai, júrame que de verdad has abandonado la hechicería.

—¡Bedwyr! —siseó Agravain,

empezando a levantarse y dirigir la mano hacia la espada.

—Te lo juro por la Luz y la tierra que está bajo mis pies —dije a Bedwyr.

Nos miramos un instante y luego Bedwyr suspiró.

—Te pido perdón por haberlo dudado. Arturo es mi amigo, y no es ningún estúpido. Normalmente no se equivoca en sus juicios. Hay algún motivo que le hace desconfiar, pero debe ser algo que está en él, y no en ti. No quiere hablar de ello, ni siquiera conmigo.

Asentí, pero en mi interior pensé que el motivo podía muy bien estar en mí. Era como si la sombra de Morgawse

yaciera sobre mí, en la médula de mis huesos, a un nivel demasiado profundo para poder sacudírmela.

—Tal vez —me instó Bedwyr—, sería mejor que te marcharas. Búscate a otro señor, que no sea Maelgwn. Pese a lo que ha dicho mi señor Arturo, creo que Urien de Rheged te aceptaría. No es un rey brillante, pero es honesto y un buen luchador. Está casado con tu tía, y estaría bien dispuesto hacia ti. Dicen que su propio hijo no es de gran ayuda en la batalla, y no tiene ningún otro sobrino que le acompañe en Rheged, de modo que podría irte bien.

—No es mala idea, Gwalchmai —dijo Agravain—. Allí podrías prosperar

rápidamente y, si lo consigues, tal vez puedas regresar dentro de uno o dos años.

Sacudí la cabeza, fatigado.

—Me quedaré.

Bedwyr empezó a hablar de nuevo, pero se contuvo. No le gustaba el modo en que había enfurecido a Arturo, y estaba claro que deseaba defender la voluntad y la opinión de su amigo, pero también percibía que yo decía la verdad. Se dio cuenta de mi determinación y no volvió a insistir en que me marchara.

Permanecimos en silencio durante un rato, cada uno envuelto en sus pensamientos. Al cabo de un rato, Ceincaled terminó la avena que le había

dado y se acercó a mordisquearme el cabello y exigir atención. Le acaricié la cabeza.

—¿Por qué no llevas a tu Liath Macha a los pastos? —sugirió Bedwyr —. O, mejor aún, llévalo a hacer ejercicio. Es un hermoso día.

—No es mi Liath Macha; es blanco, no gris —repliqué.

Bedwyr me miró sin comprender.

—Liath —dije, dándome cuenta de que Bedwyr no hablaba irlandés—, significa «gris», como Llwydd en britano. «Gris de batalla». CuChulainn tenía un caballo gris y otro blanco, y ambos eran sidhe, aunque el Liath Macha era el mejor de los dos.

—¿De veras? —preguntó Bedwyr —. ¿Y cómo los consiguió?

Le miré sorprendido.

—No soy más que un extranjero en las islas —dijo Bedwyr, con el mismo destello de diversión reprimida que le había visto el día anterior—. Sé muy poco sobre vuestro CuChulainn. Ni siquiera había oído su nombre hasta que conocí a tu hermano. Probablemente, Taliesin conoce toda su historia, pero él habla irlandés. Agravain insiste en que es incapaz de cantar las historias cada vez que se lo pido. Supongo que tú me dirás lo mismo.

—Él sí sabe cantarlas —replicó inmediatamente Agravain—, casi tan

bien como un bardo profesional. No, mejor. Se salta las partes aburridas. —Sus ojos se animaron—. Llevo más de un año sin encontrar a nadie que pueda cantar las historias, Gwalchmai. ¿Crees que…?

Ansiosos por distraer sus mentes del presente, encontraron un arpa y me pidieron que les cantara algo sobre CuChulainn. Yo también me alegré de la distracción. Así que empecé a entonar la historia de los caballos de CuChulainn. Cuando terminé, mi audiencia había aumentado. Además de Agravain, Bedwyr y Rhuawn, el propietario del arpa, me estaban escuchando los mozos de establo y unos cuantos sirvientes y

guerreros. Aplaudieron.

—Cantas bien —dijo Bedwyr con los ojos brillantes.

—Cantas mejor que la última vez que te oí —dijo Agravain—. Mucho mejor. Canta la historia de la muerte de CuChulainn.

Vacilé, porque es una canción difícil, pero empecé a tocar la melodía en el arpa y traté de seguir lo que decía la música con las palabras adecuadas.

Había llegado al punto de la historia donde los enemigos de CuChulainn consiguen llevar al héroe solo al campo de batalla, y allí vacilé, porque vi que Taliesin había entrado y estaba escuchando. Me hizo una seña de que

continuara, pero yo me detuve y, llevado por un impulso, le ofrecí el arpa.

La tomó en silencio y continuó por donde yo lo había dejado. Usó el antiguo estilo de los bardos, pero de un modo que yo desconocía, haciendo que cada palabra tuviera importancia. Hechizó a los oyentes con una telaraña de sonido, de modo que todos aguardaban con impaciencia la próxima frase, sin desear que la presente terminara. Taliesin no miraba a nadie, ni observaba sus propias manos sobre el arpa, sino que tenía la vista perdida en la distancia. No utilizó la antigua melodía, sino una más nueva y difícil; un trueno disonante para los ejércitos, una complejidad de

violencia y rabia; y, contra ella, una melodía limpia y pura para CuChulainn, una melodía que a veces se perdía en el trueno y otras veces emergía de él, hasta que, finalmente, cuando el héroe entregó su lanza al hombre que se la pidió, la canción ahogó por completo a los ejércitos. Era una renuncia a todo, y al mismo tiempo era triunfante, orgullosa, totalmente confiada. Llegó la última nota, aguda y prolongada, la muerte del héroe; y entonces, en la quietud, el descenso de los cuervos sobre el campo de batalla. La canción terminó y se hizo un silencio infinito.

Me cubrí el rostro con las manos. Había llorado, como todos los oyentes.

—Señor —susurré a Taliesin—, te doy las gracias.

Apartó los ojos de lo que estuviera contemplando, y miró el arpa que tenía entre las manos como si le sorprendiera verla allí.

—Ah, no —replicó—. No tienes que agradecerme nada simplemente por cantar… —Y luego se echó a reír—. ¡Has conseguido que me ponga serio dos veces en un día! ¿Es que quieres arruinar mi reputación? Ciertamente, no hay nada que agradecer. No es más que una canción, y sólo la he cantado como debe hacerlo un bardo. Tú también cantas bien.

Que alguien pudiera cantar bien al

lado de Taliesin era imposible, y se lo dije.

—¡Por supuesto! —replicó Taliesin con los ojos relucientes—. Pero no me insultes empleando el mismo rasero conmigo que con los demás. ¿De quién es el arpa?

Rhuawn reclamó su instrumento.

—Tendrás que cantarme más canciones sobre ese CuChulainn —dijo Bedwyr—. Parece un gran guerrero.

—Lo parece, a juzgar por las canciones —dijo Taliesin—. Mató a su hijo, a su mejor amigo, a cientos de soldados inocentes, a unos cuantos monstruos y a un druida que le había ayudado.

—¡No tuvo más remedio que matar a su hijo y a su amigo! —protestó Agravain, indignado.

—No lo niego. Sólo he dicho que los mató. También cometió unas cuantas estupideces. Hay una historia… —Contó una anécdota absurda sobre una cita amorosa de CuChulainn que salió mal, y se alejó con pasos seguros, dejando a su público presa de la hilaridad. Me recobré y corrí tras él. Se detuvo cuando vio que lo seguía.

—Pensé que era posible que vinieras. ¿Y bien?

—Yo… —Vacilé un instante—. Agravain y Bedwyr creen que debería irme a Rheged.

—¿De veras?

—Ya lo sabes. Sabías lo que había visto en un sueño, y creo que también sabes lo que va a suceder. Debes saber que no soy un brujo.

Suspiró y asintió.

—Ayúdame, entonces. ¿Por qué me odia Arturo?

Me miró pensativo, mordisqueándose el labio inferior.

—Eres muy joven para esto —dijo suavemente, más para él que para mí.

—Soy lo bastante adulto; tengo diecisiete años.

—Eso es ser muy joven. Sé que se espera de vosotros que os comportéis como hombres en cuanto tomáis las

armas, y los que pertenecéis a clanes reales debéis ser capaces de ocuparos de todo lo que un rey puede solucionar, pero no está bien ver tantas cosas en hombres tan jóvenes. —Me apretó un hombro—. Escucha, me gustaría responder a todas tus preguntas, pero, ¿cómo puedo hacerlo? No lo sé todo. Puedo prever algunas cosas, pero vagamente, como objetos que se encontraran bajo un río en movimiento. Algunas de ellas ocurren y otras no. Puedo prever otras cosas de modo muy claro, pero que no encajan en ningún dibujo, que no tienen explicación. ¿Cómo podría atreverme a perturbar las aguas haciendo una pregunta,

consiguiendo tal vez alterar la forma de lo que ha de venir? Y tú mismo sabes, en cierto modo, por qué te odia el emperador, y un día lo comprenderás, pero ahora no puedes. Debes tener paciencia y aprender a vivir en la incertidumbre. No puedo decirte más.

—Muy bien —dije pesadamente—. Pero, ¿y Rheged?

—Ya has tomado tu decisión al respecto.

Era cierto.

—¿Quién eres? —pregunté en un susurro.

Sonrió amablemente.

—Soy Taliesin, el bardo mayor del emperador. ¿Hay alguna otra respuesta

que signifique algo?

—¿Eres sidhe?

Pero no me respondió; se limitó a volverse y seguir su camino.

Por la tarde recordé la yegua de Sion y fui a verla. Descubrí entonces que el granjero había llegado y recogido su carreta y su dinero la tarde anterior. Al oírlo, me sentí más inseguro que nunca. Fue casi un alivio ponerse en marcha a la mañana siguiente con Cei, y su grupo de treinta hombres, en dirección a Degannwy. Por lo menos, no tenía que pensar en los problemas que llegarían. Hubo suficientes problemas en el camino.

El viaje fue ciertamente duro,

especialmente la primera parte. Los treinta hombres de Cei eran hostiles y desconfiaban de mí. Usaron todos los medios a su alcance para obligarme a dejarlos, y Cei era su líder en todos los intentos. Si había una tarea desagradable que hacer, de las que normalmente se reservan para los siervos si están disponibles, me la asignaban a mí. Se me insultaba de modo bastante flagrante y, por lo demás, se me ignoraba. Nadie me quería allí, y los guerreros lo dejaban muy claro. Pero descubrí que podía usar la lengua para convertir los insultos en bromas, y aquello, junto con la paciencia y la capacidad de hacerme el sordo en varias ocasiones, evitó un

duelo. No había nada que no pudiera soportar, aunque me alegraba que Agravain no estuviera con nosotros. Se hubiera sentido obligado a matar a la mitad del grupo.

Tomamos la calzada romana desde Camlann a través de las colinas que los britanos llaman Gwlad yr Haf, Reino del Verano, pues dicen que están cerca del Otro Mundo, y luego llegamos a Baddon, que los romanos llamaban Aquae Sulis. Más tarde, nos desviamos al nordeste por otra carretera romana hasta Caer Legion, y de nuevo al oeste, penetrando en las montañas de Arfon. Era un territorio increíble, hermoso y áspero. La calzada estaba en peores

condiciones: los romanos habían tardado mucho tiempo en conquistar el oeste de Britania, pero lo habían abandonado rápidamente. Degannwy estaba en mitad de la zona más agreste del territorio, una fortaleza muy pequeña aunque muy bien defendida. Todos sus habitantes, desde el rey Maelgwn hacia abajo, nos profesaban un odio casi tangible. Nos ofrecieron sólo el mínimo de hospitalidad exigida por el juramento de fidelidad del rey a Arturo. Cuando partimos, Maelgwn consiguió estafarnos una parte del tributo, y el grano que nos dio estaba mezclado con paja, aunque no lo descubrimos hasta llegar a Camlann. Teníamos prisa por salir de Degannwy,

porque temíamos que si nos quedábamos habría derramamiento de sangre entre nuestro grupo y los hombres de Maelgwn, o tal vez que el rey enviaría a su mesnada a perseguirnos y diría a Arturo que la matanza había sido obra de los bandidos.

El viaje de regreso fue al mismo tiempo más fácil y más difícil que el de ida. Al avanzar por la carretera del norte con las carretas vacías no habíamos tenido ningún problema con los bandidos. En el viaje de regreso sufrimos tres ataques en el mismo número de días, y de grupos muy numerosos. Los bandidos nos asaltaban emboscados, empleando arcos, un arma

que ningún guerrero quería tocar, y tratando de vaciar las carretas cargadas de tributo antes de que el grupo entero pudiera reunirse para defenderlas. Murieron dos guerreros en aquellos ataques, y hubo siete heridos. Doblamos la distancia que debíamos recorrer cabalgando arriba y abajo junto a la hilera de carretas, con los escudos en el brazo y no en la espalda. No dudo de que muchos bandidos nos atacaron simplemente porque éramos hombres de Arturo; todo aquel reino nos odiaba. En los monasterios donde nos deteníamos a cobrar el tributo, puesto que los monjes pagaban sus impuestos por separado del rey, los hombres murmuraban por lo

bajo y nos arrojaban piedras al partir. Apenas nos atrevíamos a pedir hospitalidad en las fortalezas grandes, y cuando lo hacíamos teníamos que proteger las carretas y nuestras espaldas.

Pero las dificultades se combinaron para facilitarme las cosas. Luché junto a los demás contra los bandidos, cuidé de los heridos lo mejor que pude y compartí con ellos la hostilidad que nos rodeaba. En tales condiciones, no hubieran sido del todo humanos si no hubieran empezado a confiar en mí. Cuando regresamos a Camlann, todos los miembros del grupo, excepto Cei, me trataban como a uno más de la

Familia. En las canciones, Cei recibía el sobrenombre de «obstinado». Era fácil ver por qué. Era obstinado en la batalla, dispuesto a defender su posición a toda costa, sin tener miedo ni perder nunca los nervios, usando su afilada lengua para motivar a sus compañeros, sin pensar nunca en sí mismo. Era el hombre adecuado en todos los sentidos para comandar la infantería de Arturo. Pero también era obstinado en sus opiniones, y ello incluía su opinión de mí. Era una lástima, porque había aprendido a admirarlo.

Llegamos a Camlann algo más de tres semanas después de haber partido. Me resultó muy dulce, aunque

extrañamente onírico, volver a cruzar las puertas junto con la mesnada a la que me había unido como un forastero. Fue una sensación de victoria.

Los guerreros de Camlann también me miraron de modo distinto a como lo habían hecho antes de marcharme. Agravain, sonriendo, no tardó en explicarme el motivo. Habían llegado noticias de los sucesos de Sorviodunum. El incidente se había distorsionado levemente; se decía que había derribado a una docena de sajones al escapar, pero me había granjeado el respeto de la Familia.

Pero no el de Arturo. Cei habló largamente con el rey sobre la

expedición, las fuerzas de Maelgwn y su actitud, y también sobre los bandidos. Arturo pareció pensativo al oír hablar de Maelgwn, hizo regalos a los heridos, alabó a los muertos y ofreció un banquete en honor al resto de la partida. Tanto Cei como Arturo evitaron mencionarme.

Sin embargo, no me sentí muy decepcionado. Había demostrado mi valía a Cei y sus hombres, y aquello significaba haber dado un paso de gigante hacia mi objetivo de demostrarla ante toda la Familia. Empezaba a conocer a los hombres, y a hacer amigos. Bedwyr y Agravain decidieron que lo que estaba haciendo era lo

correcto, aunque Bedwyr parecía más inquieto que nunca por la actitud de su señor. Era mi primera victoria auténtica, y la disfruté. Estaba seguro de que, con ayuda de la Luz, podría demostrar quién era. Sólo quería una oportunidad.

Tres días después del banquete, surgió mi oportunidad. La Familia se puso en marcha.

13

Arturo y Cerdic llevaban tiempo compitiendo por ver quién podría forzar al otro a buscar la batalla. Arturo parecía haber ganado, pues los seguidores de Cerdic deseaban ardientemente la guerra abierta. Nos llegaron noticias de que Aldwulf había regresado a Bernicia con sus hombres dejando a los guerreros de Cerdic

inquietos y aún más impacientes por luchar. La pérdida de su grupo debía de haber dolido al sajón, aunque no dio señales de ello, y todo el mundo daba por hecho que convocaría a todo su *fyrd*, el ejército de campesinos, y emprendería la marcha hacia Camlann. Arturo no deseaba enfrentarse al grueso del ejército de Cerdic, que era mucho más numeroso que la fuerza que él podía reunir, pero, en cuanto la guerra pareció inevitable, decidió golpear primero. Había cierto riesgo, si bien el Pendragón también estaba preocupado por la situación al norte de la isla y por lo que podía ocurrir cuando Aldwulf regresara y renovara su alianza con

Deira, el otro reino sajón del norte. Los reinos britanos de aquella zona ya se encontraban en dificultades: Rheged seguía debilitada por la guerra civil y era víctima de los ataques irlandeses contra sus costas; Ebrauc y Elmet estaban inmersos en una reyerta; March ap Meirchiawn de Strathclyde ya pagaba tributo a los dalriada del norte y no deseaba enfrentarse a los sajones del sur; y Gododdin, la antigua aliada de mi padre, estaba enfrentada con sus vecinos. Los sajones del norte empezaban a lanzar fuertes ataques contra sus vecinos britanos; se habían apoderado de unas cuantas tierras. Detenerlos hubiera requerido una

campaña prolongada, lo que sería imposible mientras Cerdic continuara fuerte y en posesión de Sorviodunum.

Arturo se había puesto en contacto con sus reyes vasallos Constancio de Dumnonia y Eoghan de Brycheiniog, y les había pedido que reunieran a sus ejércitos. Mientras la llamada al reclutamiento circulaba por sus territorios, convocando a ciudadanos y granjeros, el propio Arturo se preparó para uno de los ataques relámpago que eran tan característicos de él. Con un poco de suerte, Cerdic ignoraría que la Familia contaba, en aquel caso, con el apoyo de dos ejércitos, y metería en una trampa a las fuerzas que hubiera podido

reunir.

Era una hermosa mañana de finales de junio cuando salimos de Camlann y cabalgamos hacia el sur para tomar la carretera del este hacia Sorviodunum. El sol disolvía la niebla matutina y el día prometía ser caluroso. Camlann parecía firme y segura, instalada sobre la neblina en la cima de la colina. Los campos empezaban a tomar un tono dorado, el cielo era del azul más pálido imaginable y la tierra despedía un olor intenso. La Familia estaba de buen humor, bromeando, cantando y presumiendo de las hazañas que cada uno llevaría a cabo. Ceincaled se movía con ligereza, ansioso por galopar,

disfrutando del día y de su propia fuerza, y yo me sentía como él. Me preguntaba si siempre viviría aquella sensación al partir hacia la batalla, la destrucción y la amenaza de la muerte.

Seguimos la carretera del este hasta llegar a las tierras sajonas, y luego atravesamos la llanura. Viajamos de noche al acercarnos a Sorviodunum y, como aquellas tierras no estaban muy pobladas, conseguimos evitar ser vistos por los sajones. Seguimos adelante, tratando de avanzar velozmente, atravesando las tierras de los sajones del sur y entrando en Cantware. Allí saqueamos el fuerte de Anderida, que Arturo había tomado ya una vez,

apoderándonos de las mercancías que encontramos e incendiando tantas partes de la fortaleza como pudimos. Luego nos desviamos al norte y nos dispersamos por el territorio, saqueándolo.

El propósito de tales saqueos, además de conseguir botín, es causar al enemigo todo el daño posible. Por ello, los guerreros suelen ser muy salvajes, peores que las batallas abiertas en las que se enfrentan a otros hombres. En los saqueos es muy frecuente que uno se encuentre luchando contra gente desarmada, ancianos y mujeres; destruyendo sus medios de vida. La única parte agradable es la liberación de los siervos britanos, que suelen

mostrarse agradecidos y deseosos de venganza. Cuando uno los libera, les entrega las armas de sus amos y les permite apoderarse de lo que quieran y marcharse, suelen convertirse en una fuerza temible. Sin embargo, Arturo quería que actuáramos del modo más civilizado posible: nos limitábamos a incendiar las cosechas y ahuyentar el ganado sin matar a nadie; pero seguía siendo una tarea muy desagradable.

Nos abrimos camino a través de Cantware y empezamos a avanzar al oeste a través del reino de los sajones del sur. Cerdic se había enterado ya de nuestra presencia. Reunió a su ejército y salió en nuestra persecución. Aeduin,

rey de Cantware, estaba más cerca. No había llamado aún a su *fyrd*, pero empezaba a hacerlo. Encontramos a uno de sus mensajeros, y supimos que esperaba a Cerdic. Nos reagrupamos, clasificamos el botín, dejamos atrás los bienes más pesados y seguimos hacia el noroeste. El ejército de Cerdic se nos acercaba por el sureste, siguiendo el rastro de ruina que habíamos dejado. Estábamos casi en sus tierras, pero en lugar de atravesarlas, nos desviamos hacia el norte, hasta llegar casi al río Támesis. Allí volvimos a clasificar el botín, abandonamos casi todo el ganado que nos habíamos llevado y regresamos cabalgando hacia el oeste tan rápido

como nos fue posible. Nuestros exploradores nos informaron de que Cerdic había dividido a su ejército, dejando una parte cerca de la frontera sur de su territorio, pero la esquivamos entrando más el norte.

Los reyes sajones estaban furiosos. Habíamos entrado en sus tierras y causado unos daños incalculables; nos escurríamos entre sus manos cada vez que trataban de apresarnos. Los tres reyes, Aeduin de Cantware, el rey de los sajones del sur y Cerdic, tenían una fuerza unificada. Probablemente, Cerdic se sentiría encantado, y tal vez pensaba que había vencido en su lucha particular contra Arturo. Ciertamente, después de

aquello tendría que invadir Dumnonia. Gozaba de una gran superioridad numérica sobre nosotros, aunque ignoraba que hubiéramos convocado al ejército, pero Arturo esperaba que los factores de la sorpresa y la capacidad de decidir el emplazamiento de la batalla bastarían para contrarrestarla. Si su esperanza resultaba infundada, los sajones acabarían con la Familia y serían libres para hacer lo que quisieran en el sur de Britania. Pero no nos gustaba pensar en ello.

La Familia cabalgó a toda velocidad hacia el lugar acordado para el encuentro con los ejércitos de Dumnonia y Brycheiniog, y descubrimos que los

ejércitos estaban allí, algo de lo que no estábamos del todo seguros, ya que algunos reyes britanos habían dejado de cumplir sus promesas en otras ocasiones.

Cuando apenas habíamos llegado, y Arturo acababa de saltar de su fatigado caballo para abrazar a Constancio de Dumnonia, el rey ordenó que la Familia montara en los caballos de refresco y los ejércitos levantaron el campamento. Ceincaled se quedó conmigo, sin embargo, pues los saqueos no le habían fatigado lo suficiente para que necesitara cambiar de montura. Pensé que me iría bien que estuviera conmigo si conseguíamos atrapar al ejército de

sajones.

Arturo había enviado hombres a controlar las rutas principales, y pronto llegó un correo de uno de aquellos puestos de vigilancia informando de que los enemigos estaban tomando la carretera del este, en dirección a Baddon. Nos desviamos directamente hacia el sur, marchando a su encuentro lo más rápido posible, mientras Arturo se desesperaba ante la lentitud de su ejército.

Aquellas dos semanas me demostraron por qué Arturo era tan buen general. En el torbellino de velocidad en que se había convertido nuestra campaña se mantenía siempre sereno,

capaz de entender todos los detalles de los que le informaban, colocarlos en su lugar y tenerlos en cuenta en sus propios planes. Cuando todos los que le rodeaban estaban demasiado cansados, tensos o confusos para pensar, él continuaba firme, seguro y en control de la situación. Luchaba bien, sin malicia ni odio, y nunca perdía de vista para quién combatía, de modo que nunca, ni siquiera en los momentos más difíciles, ordenó ninguna acción vengativa o cruel. Y nunca se negaba a hablar con sus seguidores. La sangre, el polvo o el agotamiento no ejercían tanta fuerza sobre nosotros como la visión de Arturo; era el tipo de rey que sólo se da

cada diez generaciones o cada cien años. Con su simple existencia, exigía lo mejor de sus seguidores, que se lo entregábamos de buena gana.

He dicho «se lo entregábamos», y sin embargo no conseguí que se me contara entre los hombres que servían a Arturo. Lo deseaba más que nunca, pero el rey no confiaba en mí más que al principio. Me mantenía junto a la Familia, luchaba cuando podía y pensaba en cuál sería el motivo de que el rey pareciera enfurecerse sólo con verme. Deposité mis esperanzas en la batalla y lo que pudiera demostrar, entre impaciente y asustado. Tal vez, pensé, no me gustaría lo que descubriría sobre

mí mismo en la lucha. Sin embargo, era una prueba y estaba ansioso por superarla. Recé a la Luz, apretando la empuñadura de mi espada, porque mis actos no fueran deshonrosos, ni ante mí mismo ni ante la Familia.

El día anterior a la batalla acampamos cerca del límite de la llanura de Sorviodunum, en un bosque junto a un río llamado Bassas. A media mañana del día siguiente llegaron los sajones, y los estábamos esperando.

Como siempre, Arturo había trazado sus planes cuidadosamente. La carretera trazaba una curva en torno a una colina, al sur, y el rey situó su caballería a lo largo de aquella curva, oculta por los

bosques que cubrían la colina. Colocó a la infantería de la Familia, junto con las mesnadas de Constancio y Ploghan, en el centro, justo al otro lado de la curva de la carretera y dispersó a los soldados menos hábiles por los flancos, entre el bosque. Si todo iba bien, las fuerzas sajonas doblarían la curva para encontrase rodeados por soldados de infantería, lo que rompería su muralla de escudos; después de lo cual, al oír la señal, la caballería atacaría a través de las filas de guerreros de Dumnonia para derribar a los sajones y destruir su formación.

Aguardé con la caballería, junto a Bedwyr y Taliesin. Agravain luchaba

con la infantería, cerca de Arturo, al modo que todavía prefería. El sol de la mañana era cálido y ya nos habíamos despojado de las capas para atarlas a las sillas. La luz se filtraba entre los árboles para centellear sobre el metal de las armas y armaduras. En el campamento, detrás de nosotros, los asistentes del ejército se preparaban para la batalla a su modo, llenando cubos de agua y aprestando las carretas. Podíamos oír las órdenes y los chirridos de yugos y ruedas. Estábamos alegres, curiosamente tensos y relajados al mismo tiempo. Reíamos y bromeábamos continuamente mientras esperábamos la llegada de los sajones. Sentía cierto

mareo, y por un momento me pregunté si me pondría en ridículo desmayándome y si el calor tendría algo que ver con ello. Pero no me sentía exactamente débil, sino más bien lleno de una euforia que crecía a medida que, en la carretera, la hueste sajona se iba aproximando. Miré al cielo azul y sentí deseos de cantar. Amaba el cielo, el olor cálido de la tierra, el sol que se filtraba entre los árboles; todas las sensaciones, que me parecían más claras e intensas que nunca. También amaba a los sajones. Me pregunté cuántos de los que me acompañaban iban a morir y si yo sería uno de ellos. La vida era muy dulce.

Los sajones marchaban en buen

orden por la carretera, en una amplia columna que desbordaba las cunetas, y el sol relucía sobre sus lanzas y yelmos. En su prisa por alcanzar a Arturo apenas habían destacado exploradores. No sabían que les esperábamos. Cruzaron el río, y entonces pareció que su vanguardia oía algo o recibía el mensaje de algún explorador, porque empezaron a detenerse. Las filas de detrás chocaron con la vanguardia, preguntando qué ocurría, mientras Arturo y el centro de su ejército empezaban a avanzar.

Los sajones los vieron y por un instante se hizo el silencio; luego, la ordenada columna se retorció mientras trataba de abrirse para responder a la

amenaza, mientras los líderes gritaban órdenes que se repetían a las filas de atrás y los soldados rasos se congregaban, tratando de obedecer, evitar el pánico y formar una muralla de escudos.

No tuvieron oportunidad de hacerlo. El ejército britano, que al principio se había acercado lentamente, se hinchó como una ola antes de romperse, tomando velocidad, con las líneas adelantándose y atacando de repente, corriendo con los escudos levantados frente a cada hombre. Una oleada de gritos de guerra se extendió por la línea, junto con el centelleo de las armas levantadas al mismo tiempo, y el aire se

llenó de lanzas, incongruentes bajo el sol de la mañana. Parecía una visión irreal. Las líneas se cerraron; algunos sajones arrojaron también sus lanzas, todavía tratando de formar su muralla de escudos, y entonces…

Las líneas se encontraron con un tremendo choque de armas que hizo temblar el aire. Los britanos atravesaron las primeras líneas sajonas en un instante, y éstos retrocedieron, dejando una línea de muertos como la marca de la marea alta en una playa. Los números, que hasta el momento habían jugado en contra nuestra, estaban equilibrados. Los gritos y chillidos de los caballos llegaban hasta nosotros mientras

esperábamos, igual que un eco del Yffern, y un petirrojo cantaba entre los árboles cercanos. Nuestra línea de caballería se adelantó ligeramente, deseosa de entrar en batalla. Me sentí aún más mareado. Ceincaled sacudió la cabeza, resoplando.

—Será una batalla dura —dijo Bedwyr, pensativo, irguiéndose sobre la silla para observar el valle y volviendo a desmontar—. No les hemos hecho todo el daño que esperábamos; mirad cómo las líneas de la retaguardia siguen avanzando hacia nosotros. No han sucumbido al pánico como creíamos. Y hace mucho calor. —Se echó a reír, como si todo aquello fuera muy

divertido, y todos le imitamos.

El estandarte del dragón de Arturo ondeaba en el centro de la batalla, y el Gran Rey era visible debajo de él mientras las líneas britanas avanzaban. Podíamos entreverle de vez en cuando, reconociéndole por su capa púrpura. En un momento dado también vi a Agravain, luchando contra un sajón con un yelmo de cresta dorada. Mi hermano atravesó la garganta del otro con su lanza, siguió adelante y le perdí de vista. Los estandartes de Constancio y Eoghan ondeaban a derecha e izquierda del de Arturo, pero por detrás de él. La Familia luchaba mejor que las otras mesnadas.

Las filas de la retaguardia sajona

alcanzaron al fin a sus líderes y se dispersaron por el bosque, hacia el noroeste. Se enfrentaron a los ejércitos de Dumnonia y Brycheiniog, bajo los árboles. No podíamos ver lo que ocurría, pero parecía que los sajones no conseguían avanzar, pues no salieron de los bosques para rodear el centro.

—¡Todo va bien! —dijo Bedwyr, observando atentamente—. Los tenemos… ¡No! Esperad.

Vi a Cerdic, en pie en medio de un extraño círculo de calma que se había formado en el centro, encaramado a algo para que todo el mundo le viera. Estaba gritando. No pude oír lo que decía, pero vi que las filas sajonas se consolidaban

a su alrededor y atacaban con fuerzas renovadas, desplazándose hacia un lado de la carretera. Alguien arrojó una lanza contra el rey de los sajones, pero él volvió a saltar al suelo y desapareció. La batalla se convirtió en un caos. Retorcí las manos sobre la crin de Ceincaled, tratando de ver algo. El centro se encontraba cerca del borde del bosque, al otro lado de la carretera.

—¡No! —siseó Bedwyr—. Les hemos pedido… no, aún les tenemos… ¡Oh, Yffern! ¿Por qué habrá insistido Arturo en luchar hoy con la infantería? —Su caballo bailaba nerviosamente, y Bedwyr agarró la brida con más firmeza —. No podemos atacar ahora. Todo está

muy confuso, y los sajones han formado su muralla de escudos. Pero el equilibrio…

Se estaba alterando. Pese a sus bajas, los sajones se estaban recuperando, formando una fuerte muralla de escudos; habían roto el impulso de la carga britana. Las fuerzas habían entrechocado sus escudos, y la hilera de cuerpos dejó de avanzar, permaneciendo inmóvil donde estaba durante lo que pareció una eternidad. Los britanos retrocedieron unos pocos pies, y luego volvieron a presionar. Las huestes se balanceaban como un árbol en el viento, como un animal enorme y jadeante que luchara por dar a luz.

Hacía calor, mucho calor. Mi armadura de cuero me resultaba sofocante. Pensé que, en el centro de la refriega, el calor debía ser casi insoportable. Me sentí aún más mareado cuando la presión aumentó en el interior de mi cráneo. «El resultado es incierto —pensé—. La victoria puede ser para cualquiera y, ¡Luz, haz que sea nuestra!».

Pero, entonces, justo cuando parecía que el resultado quedaría claro, vi que nuestro flanco sur, los hombres de Dumnonia, cuyas líneas habían quedado mermadas por el avance de los sajones hacia el norte, empezaba a colapsarse. Si aquellas líneas se rompían y los sajones las atravesaban, rodearían el

centro y… Miré en aquella dirección, donde el dragón ondeaba sobre los guerreros. Arturo debía ser el que nos diera la orden de ataque, pero se encontraba prácticamente en el bosque. ¿Podía ver el peligro en el flanco?

El centro se sacudió de repente y vi de nuevo al Gran Rey. El estandarte vaciló detrás de él; Arturo se volvió, empequeñecido por la distancia, agarró el estandarte mientras caía y lanzó un brazo hacia adelante. El grito de guerra llegó hasta nosotros, y la Familia empezó a gritar el nombre de su señor. Los guerreros se adelantaron…

Sin embargo, el avance de los sajones por los flancos rompió las

líneas britanas, y los nuestros retrocedieron, tratando de volver a trabar los escudos, pero fueron empujados, y derribados. La muralla de escudos saltó en pedazos y los sajones empezaron a atravesarla. La luz hacía que sus yelmos parecieran cabezas de insectos. Apreté mi lanza inútilmente. No podíamos atacarlos; sus líneas tenían una profundidad de tres hombres, y podían apoyar las lanzas en el suelo y destruir a cualquier jinete que consiguiera atravesar la lluvia de lanzas cortas que nos arrojarían. Si la caballería no atacaba, los sajones rodearían el centro britano, que se desplazaba rápidamente, lo destruirían,

matarían a Arturo…

Era impensable. Todos lo sabíamos. Atacar una muralla de escudos significaba una muerte casi cierta, pero…

—Atacaremos —dijo Bedwyr con calma, dando voz a los pensamientos de todos—. ¡A caballo! —Saltó sobre su montura, tomó las riendas y las enroscó al arzón de su silla; ya tenía el escudo atado al brazo—. ¡Por Arturo! —gritó, casi en un chillido, y espoleó a su caballo lanzándolo al galope.

—¡Por Arturo! —respondimos como un solo hombre, y le seguimos.

El aturdimiento que me había acompañado durante toda la mañana se

transformó de repente en un fuego en mi mente, la misma iluminación interior cegadora, más poderosa que nunca antes. El sol de mediodía estaba alto en el cielo, el galope de Ceincaled fluía como la música y me sentía ligero como el aire, como la luz del sol. Espoleé a mi caballo, ya sin pensar en nada, pasando junto a Bedwyr y saliendo del bosque para caer sobre las líneas sajonas.

Habían tenido tiempo de vernos llegar, así que nos recibieron con sus lanzas. Los amé más que nunca y les arrojé mis lanzas como respuesta, concentrándome instintivamente en un lugar concreto de la línea, con la

esperanza de romperla. El mundo se disolvía a mi alrededor, dejando sólo la luz y el éxtasis. Arrojé mi lanza y desenvainé a Caledvwlch. Los sajones, firmes en sus puestos, inclinados hacia atrás y con las lanzas preparadas, vacilaron repentinamente al verla, y sus rostros eran claros, pálidos y vividos bajo los yelmos. Caí sobre ellos, haciendo que Ceincaled esquivara las puntas de dos lanzas, y golpeando dura y ferozmente, haciendo girar a mi caballo entre las líneas y volviendo a golpear. Era vagamente consciente de los gritos y chillidos, pero la acción me parecía silenciosa y lejana. Los sajones se movían lentamente, retrocediendo,

vacilando, algunos dando la vuelta; luego el resto de la caballería cayó también sobre ellos y saltaron en pedazos. Cruzamos sus líneas y dimos la vuelta para destruirlos. Creo que estaba cantando, la misma canción que ardía en mi cabeza. Teníamos la victoria en nuestras manos.

El resto de aquel día se perdió para mí entre el fuego.

El ejército sajón se rompió por dos lugares, según me contaron más tarde, y trató de retirarse por donde había venido. Pero nuestros jinetes les habían cortado el paso por la carretera, sobre el puente, y la retirada se convirtió en una huida, una carrera desesperada a

través del bosque y el río mientras los soldados soltaban los escudos para echar a correr, y casi todas sus armas para nadar. Cerdic consiguió controlar a su mesnada y a algunos de sus hombres y retirarse en orden, pero, para entonces, casi todas las fuerzas britanas habían cruzado el puente, y la caballería se interpuso. Se rindió a Arturo bien entrada la tarde, mientras los caballeros britanos seguían persiguiendo a los restos de las fuerzas sajonas.

Mis propios recuerdos de aquella batalla, como los de muchos otros, son muy limitados, casi invisibles a causa de la excesiva luz: fragmentos de pasión y acción. Sólo recobré la consciencia

cuando, al empezar a oscurecer, Bedwyr se acercó a mí y tomó la brida de Ceincaled.

Sabía que había estado cerca de mí durante casi todo el día, y eso me hizo vacilar un instante; sin embargo, levanté la espada para golpearle. Me agarró una mano.

—Tranquilo —susurró—. La batalla ha terminado, Gwalchmai. —Lo miré a los ojos, oscuros y serenos, y mi mente se aclaró un poco—. Tranquilo —repitió. Respiré profundamente, bajando la espada, y él me soltó la mano y me observó, muy serio. Miré a mi alrededor.

No había sajones cerca, a excepción

de los muertos. No reconocí el lugar; parecía estar en la llanura. Algo más al oeste, detrás de Bedwyr, distinguí a un grupo de jinetes de la caballería de Arturo, montados en caballos con las cabezas bajas de agotamiento. Todos me miraban de modo extraño.

Sacudí la cabeza, traté de envainar la espada y no pude encontrar la vaina.

—¿Dónde…? —empecé a decir, y me detuve. El agotamiento me invadió en una gran oleada, y tuve que agarrarme a la crin de Ceincaled para mantenerme en la silla. Me dolía el costado, y estaba exhausto. Todo parecía oscuro, muy diferente a lo que había sido unos momentos atrás.

—Estamos a unas tres millas al nordeste de donde estábamos esta mañana —dijo Bedwyr, en respuesta a mi pregunta inacabada—, y ha sido una batalla dura. Cerdic se ha rendido. Mañana negociará con Arturo las condiciones para el tratado de paz, y tendrá que cumplirlas durante un año o dos. Hemos vencido. Ahora, regresemos al campamento a descansar.

Había oscurecido cuando llegamos, pero el lugar hervía de luces y actividad. Los sirvientes y asistentes del ejército trasladaban a los muertos y heridos desde el campo de batalla; éstos eran llevados a la enfermería, y aquellos defendidos de los saqueadores. Había

hombres y mujeres moviéndose a toda prisa, llevando hierbas y agua caliente para los doctores o comida para hombres y caballos, guiando monturas exhaustas hasta sus lugares asignados o transportando siluetas inmóviles sobre camillas en dirección a la enfermería, o a los montones de cadáveres que aguardaban para ser enterrados. Para muchos, la batalla acababa de empezar. Me alegraba qué mi parte hubiera terminado y pudiera irme a dormir. Incluso Ceincaled estaba cansado, aunque llevaba la cabeza alta; los caballos de los demás se tambaleaban, ciegos de agotamiento.

Cuando entramos en el campamento,

los trabajadores, sirvientes, esclavos, amantes, esposas y parientes de los guerreros, levantaron la vista y nos señalaron. Algunos nos vitorearon, y otros los imitaron. Ceincaled agitó la cabeza y recuperó algo de su elegancia al caminar. Algunos guerreros tiraron de las riendas y se irguieron, empezando también a sonreír. Una parte del esplendor de la victoria nos rodeó mientras nos dirigíamos al centro del campamento, donde se encontraba la Familia y donde podríamos entregar nuestros caballos a los mozos.

Agravain se encontraba allí, atareado con algunos prisioneros a los que abandonó al verme. Atravesó la

zona central, rodeando la gran hoguera, y llegó a mi altura cuando detenía a mi caballo. Me agarró un pie. Estaba sucio y desaliñado, con manchas de sangre en la mejilla y la barba alborotada, pero sus ojos brillaban.

—¡Por el sol, el viento y el mar, Gwalchmai! —gritó en irlandés—. Nunca había presenciado… Si padre te hubiera visto te hubiera regalado la mitad de las Orcadas en premio por esa carga. ¡Yffern, te las hubiera regalado todas! Por el sol, has luchado como CuChulainn. Presto el juramento de mi pueblo…

Sus palabras quedaron ahogadas por una multitud de guerreros y sirvientes

que se congregaron a nuestro alrededor, gritando felicitaciones y alabanzas. Fue demasiado para mí. Me sentía agotado y perplejo; sólo pude sacudir vagamente la cabeza.

—Creo que realmente debo haber luchado como CuChulainn —dije finalmente a Agravain—. Él se volvía loco en la batalla. Y yo… no recuerdo… —«La bendición de Lugh — pensé—. Sí, su hijo CuChulainn también recibió el don de esa dulce locura». Sacudí la cabeza para despejarla, deseando que toda aquella gente se marchara—. Pero no soy un héroe divino como CuChulainn. Agravain, estoy cansado. ¿Puedes hacer que se callen?

Me soltó el pie, se volvió hacia la multitud y espetó:

—Por el Yffern, dejadlo en paz. ¿No veis que está cansado? Mañana habrá tiempo suficiente para las alabanzas.

La multitud no se movió. El rostro de Agravain se oscureció y empezó a gritar. Bedwyr apartó un poco su caballo de los jinetes que aún le seguían y dijo a Agravain, en tono bajo, pero claro:

—Tal vez si les hablaras en britano te entenderían.

Agravain le miró furioso durante un instante y luego se echó a reír. Los demás guerreros le imitaron, y luego los sirvientes. Los demás jinetes desmontaron y la multitud empezó a

dispersarse, abrazándose y felicitándose unos a otros.

Desmonté lentamente y tomé la brida de Ceincaled. El caballo me acarició el hombro y resopló de orgullo y satisfacción. Le froté el sudoroso cuello, susurrando palabras de alabanza y gratitud; luego un mozo tomó la brida y se llevó a mi caballo.

Estaba a punto de seguirle para cuidar personalmente de mi montura, como solía hacer, pero Agravain me cogió de un brazo y me arrastró hasta la tienda que compartíamos con Rhuawn y Gereint. Recordé lo que había estado haciendo y pregunté:

—¿Y tus prisioneros?

—Los sirvientes se encargarán de ellos. De hecho, sólo estaba esperándote.

Mis hermosas lanzas nuevas habían desaparecido, y mi escudo, todavía atado a mi brazo, estaba inutilizado por los golpes. Lo dejé caer al suelo y Agravain me ayudó a quitarme el jubón. Le di las gracias entre dientes y me derrumbé sobre el jergón. Justo antes de dormirme, me di cuenta. Lo había conseguido. De algún modo, gracias al fuego de mi interior, me había convertido en el héroe de la batalla y el salvador de la Familia. «Oh, mi rey —dije en silencio—. Tu generosidad conmigo rebasa toda medida». La hierba

del jergón despedía un olor dulce, a sol y flores bajo un cielo azul. Arturo tendría que aceptarme. Había vencido.

14

Desperté hacia el mediodía del día siguiente. Hubiera dormido más, pero tenía una sed increíble. Permanecí inmóvil, dolorido, tratando de recordar por qué me sentía tan contento. Al poco rato, recuperé la memoria y me incorporé bruscamente, preguntándome si lo habría soñado todo. Pero había sido real. Real. Me quedé sentado unos

minutos, deseando cantar y sin encontrar palabras que expresaran mi alegría. Creo que aquél fue uno de los mejores momentos de mi vida.

No había nadie más en la tienda. Me levanté, traté de arreglarme un poco la ropa y salí en busca de agua. Me di cuenta de que tenía un corte en las costillas, donde una lanza debía de haberme atravesado el jubón. No parecía haber sangrado mucho, y era una herida muy leve para el tipo de batalla en la que había intervenido; vi que tenía el brazo derecho cubierto de sangre. De todos modos, decidí que sería mejor limpiarlo. Incluso un pequeño corte puede ser mortal si se infecta. Sin

embargo, antes tenía que beber y asegurarme de que Ceincaled estuviera bien cuidado. Y buscar a Agravain, por supuesto. Me había alegrado de su presencia la noche anterior, y merecía mi agradecimiento y atención. Además, admití ante mí mismo que deseaba oír lo que diría sobre mi manera de luchar.

Encontré a un sirviente que llevaba un yugo con dos cubos de agua del río, y le pregunté si podía beber algo. Me miró con suspicacia.

—¿Y quién eres tú? Llevaba el agua a la enfermería, donde es necesaria.

—Oh —dije—, en ese caso…

Me dirigió otra mirada y sonrió.

—Ah, tampoco es tan necesaria.

Está claro que eres un guerrero, y si acabas de despertar después de la batalla… te daré un poco.

—Eso es exactamente lo que soy —dije—. Y tengo mucha sed.

Se quitó el yugo del cuello y me tendió uno de los cubos.

—Bebe un poco. Creo que más vale que uses el resto para lavarte. Estás hecho un desastre. Si no te importa que lo pregunte, ¿quién eres? Pareces haber estado en el mismo centro de la batalla.

Bebí largamente antes de contestar. El agua era deliciosa.

—Mi nombre es Gwalchmai, hijo de Lot.

El hombre se quedó con la boca

abierta.

—¡Dulce Jesu! ¡Annwn, desde luego que estuviste en pleno centro de la batalla! Señor, hablaré de esto a mis hijos. —Me agarró una mano y la apretó con entusiasmo—. ¡Mi señor, eres el héroe del campamento!

—¿Lo soy? No recuerdo nada. Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo.

Me dirigió una mirada desconcertada.

—Eso no es propio de un guerrero.

—Bueno, supongo que todavía no estoy acostumbrado a serlo. —Me sentía muy complacido, sin embargo. Los mejores luchadores de cada batalla suelen recibir elogios extravagantes y,

aunque me parecía mentira, yo me había ganado aquella posición. Mi padre lo sabría, y se sentiría orgulloso. Arturo me aceptaría. Me sentía como si una herida interna se me hubiera curado al fin.

Me llevé el cubo de agua a la tienda, que continuaba vacía, me lavé y me puse una túnica limpia. Al ver por primera vez mi reflejo en el agua del cubo comprendí la mirada desconfiada del sirviente. Estaba cubierto de suciedad y sangre seca. Me sentí agradecido a Lugh por el don de la locura, que ocultaba el recuerdo de cómo había llegado hasta allí toda aquella sangre. Recordé vagamente que había limpiado un poco

mi espada la noche anterior, pero la saqué, la limpié y la volví a engrasar. Entonces, sintiéndome aún más satisfecho, salí en busca de Ceincaled.

Lo habían atado en el mejor lugar de la hilera y estaba bien atendido. Tenía agua y avena, pero se alegró mucho de verme. Mientras comprobaba que no hubiera sufrido ninguna herida, al tiempo que escuchaba las felicitaciones de los mozos por mi conducta en la batalla, llegó Agravain.

Gritó mi nombre al verme, corrió a darme uno de sus abrazos de oso y retrocedió, sonriendo.

—Pensé que estarías aquí —dijo alegremente—. Por el sol, Gwalchmai,

lo que hiciste se ve igual de espléndido por la mañana que por la noche.

Sacudí la cabeza.

—No recuerdo nada. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? Fue Bedwyr quien ordenó la carga, no yo.

—Pero la carga hubiera fracasado sin ti. No me lo discutas, hermano. Acepta el mérito. ¡Lo mereces!

Le sonreí.

—Por la Luz, es un milagro. Ahora Arturo me aceptará.

—Sería un estúpido si no lo hiciera, y desde luego no lo es. ¡Por el sol y el viento! Estábamos en el centro, retrocediendo, golpeando, cortando y empujando sin llegar a ninguna parte,

hasta que, a mediodía, el propio Arturo tomó el estandarte y nos ordenó cargar, y pensamos que eran nuestros. Y oímos un estruendo como si el cielo se viniera abajo, levantamos la vista y allí estaba la carga de la caballería. Por el sol, Arturo se puso furioso. Pensó que habíais decidido que no podíais esperar… pero entonces vio lo que ocurría. Todos pensábamos que no podía hacerse, y hasta los sajones se echaron a reír, retrocediendo un poco para ver mejor. Pero tú cargaste por delante de los demás. Te parecías a CuChulainn, y desenvainaste esa espada tuya… Por el juramento, su sombra alcanzó hasta donde yo me encontraba… ¡Y lo

conseguiste! Rompiste su muralla de escudos, y los demás llegaron detrás de ti y los hicieron pedazos.

—Eso… sí, lo recuerdo. Pero, ¿y tú? ¿Qué ocurrió en el centro?

—Empezamos a gritar con todas nuestras fuerzas, corrimos hacia los sajones y los hicimos retroceder hasta que empezaron a caer unos sobre otros para escapar de nosotros. Y luego tuve que correr hacia el puente con unos cuantos más, porque vosotros lo habíais tomado pero os habíais marchado, y Arturo no quería que los sajones escaparan por la carretera. La batalla allí fue muy dura durante un rato. Pero fue la carga de la caballería la que ganó

la batalla, y fuiste tú quien hizo posible la carga. ¡Se escribirán canciones sobre esto, hermano!

—Me alegro —dije, porque no sabía qué más decir.

—¿A qué te refieres cuando dices que no lo recuerdas?

Se lo expliqué y me escuchó con mucha atención.

—Como CuChulainn —dijo, asintiendo—. Me preguntaba qué habrías querido decir anoche. Muy bien; hay muchos hombres que se vuelven al menos un poco locos en la batalla.

Asentí también y le pregunté:

—¿Dónde está Arturo?

Hizo una pausa, pensativo.

—Probablemente, estará hablando con los emisarios de Cerdic y los demás sajones. O durmiendo. Estuvo despierto hasta el amanecer.

—¿Hasta el amanecer? —Me parecía increíble, recordando el agotamiento del ejército, que alguien hubiera podido mantenerse en pie hasta el amanecer—. ¿Qué estaba haciendo?

—Oh, trataba de averiguar qué había sido de todo el mundo. Pero podemos ir a ver si está libre. —Agravain propinó a Ceincaled una cuidadosa palmadita en el cuello, que el caballo aceptó pacientemente, y nos pusimos en marcha —. Siempre intenta saber qué les ha ocurrido a todos los miembros de la

Familia antes de descansar —continuó Agravain—. Se reúne con Cei y Bedwyr para enterarse de quién fue herido, y trata de averiguar si están muertos, moribundos, o simplemente heridos o desaparecidos. Va a la enfermería y habla con los heridos, especialmente con los moribundos. Y se ocupa de que los doctores tengan todo lo necesario y de que los heridos sean bien cuidados.

—Es un gran rey.

—El mejor de occidente —dijo Agravain con una amplia sonrisa—. Lo que le convierte en el único señor digno de un guerrero como tú.

Ciertamente, Arturo estaba reunido con los emisarios de los sajones cuando

llegamos a su tienda. Nos unimos al grupo de hombres que deseaban hablar con él, y esperamos.

Pronto tendría un lugar, me dije a mí mismo. Quedaría claro para siempre que Morgawse estaba equivocada y podría dejar de dudar y hacerme preguntas. Viniera lo que viniera a continuación, tendría algo en qué apoyarme. Formaría parte de la Familia, sirviendo al mayor rey de Britania, al hombre que era el centro de la batalla que se libraba en la tierra. En mi imaginación lo veía perfectamente: Arturo saldría de la tienda con los sajones, nos vería a mí y a Agravain y correría hacia nosotros. Sonreiría, como no me había sonreído

antes, y me daría la mano…

La tienda se abrió y apareció Arturo, seguido por cuatro nobles sajones y luego por Bedwyr, que sostenía la puerta abierta.

—¿Estamos de acuerdo, entonces? —dijo Arturo.

—Son unos términos muy duros —dijo uno de los sajones. Lo identifiqué como uno de los hombres de Cerdic. Su britano era excelente.

—Eso es cuestión de opiniones. A mí me parecen benévolos. Sin embargo, ya lo habías dicho antes. ¿Estamos de acuerdo?

El sajón asintió tristemente.

—Mañana a mediodía en la

carretera junto al puente. Traeremos el brazalete de Thunor y juraremos sobre él. —Hizo una nueva pausa—. Mi señor no estará complacido.

—Dile que le concedo un gran honor permitiéndole prestar un juramento distinto al que uso para el resto de mis súbditos. Está muy claro que prestar el juramento triple en nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no significa nada para vosotros.

—Los términos son justos —dijo otro de los sajones.

—Tal vez para ti —espetó el primero—. Nadie te obliga a entregar tus tierras… —Y añadió algo en sajón.

—Si tu señor se niega a aceptar

estos términos —dijo Arturo—, tendrá que proponer otros igual de satisfactorios, o volver a luchar. Tenéis un salvoconducto para salir de mi campamento, nobles señores.

Los sajones comprendieron la insinuación, se inclinaron educadamente y se marcharon, escoltados por unos cuantos guerreros britanos. Arturo suspiró, contemplando su partida, y empezó a volverse hacia Bedwyr para comentarle algo. Entonces nos vio a Agravain y a mí.

Una vez más, sus ojos se abrieron levemente y la sombra cayó sobre él. De nuevo pude sentir la Oscuridad entre nosotros, y el horror del rey. Por un

momento, ambos permanecimos inmóviles, y mis esperanzas se arruinaron por segunda vez, convirtiéndose en polvo y dejándome aturdido y amargado entre sus ruinas.

Bedwyr siguió la mirada de su señor, nos vio y frunció el ceño. Tocó el brazo de Arturo. El rey asintió y echó a andar hacia nosotros.

—Agravain —dijo palmeando a mi hermano en el hombro—. Muchas gracias por defender el puente ayer; luchaste muy bien.

Los ojos de Agravain se iluminaron y sonrió. —Creo que conseguimos detenerles por un tiempo, mi señor.

—Tal vez —dijo Arturo, sonriendo a

su vez—. Por el cielo, luchaste como un león, como un lobo haciendo huir a un rebaño de ciervos.

Agravain sonrió aún más ampliamente.

—Tal vez sí. Y mi hermano también merece alabanzas, pues luchó como un halcón arrojándose sobre una bandada de palomas. Fue él quien rompió la muralla de escudos. —Arturo no dijo nada, dejando caer la mano, y sólo entonces se dio cuenta Agravain de que algo iba mal—. Gwalchmai merece tus elogios —dijo, en tono más vacilante.

—Tiene mi agradecimiento —dijo Arturo, tras un largo silencio—, por su papel en la batalla de ayer.

Me incliné levemente, sin atreverme a hablar. En mi confusión y dolor, no sé qué hubiera podido decir.

—¿Qué clase de agradecimiento es ése? —preguntó Agravain, todavía sin entender lo que estaba ocurriendo—. Mi señor, Gwalchmai ganó la batalla para nosotros.

—Y tiene mi agradecimiento por ello. Supongo que ahora le resultará fácil entrar al servicio de cualquier señor de Britania.

—Cualquiera menos tú —terminé por él.

El rey volvió a mirarme, al fin, y sus ojos eran como el Mar del Norte en invierno.

—Quisiera que cualquier otro hombre hubiera roto la muralla de escudos —dijo, en voz muy baja e inexpresiva—. Podría haber manejado una derrota, pero una victoria por medios inmorales es peor que una derrota. Sin una visión, la guerra no tiene sentido.

—Estoy de acuerdo, mi señor Pendragón —dije—, y luché por tu visión, aunque no la entiendo por completo. ¿Realmente crees que rompí la muralla de escudos usando la hechicería?

No necesitó responder. Su mirada fue suficiente.

Agravain le agarró un brazo.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso Gwalchmai no te demostró nada ayer? Se ha ganado el agradecimiento de todos los hombres de la Familia, y de todos los enemigos de los sajones de Britania.

—Le he dado las gracias —dijo Arturo, todavía en voz baja, pero con un tono más acerado en su frialdad—. Eso ya es más de lo que deseaba hacer; no me pidas más.

—¡No has hecho nada! Por los dioses de mi pueblo, ¿dónde está tu famosa justicia? Gwalchmai ha demostrado…

—No ha demostrado nada, excepto que sabe matar sajones. Y eso ya lo sabíamos —espetó Arturo—. Te

extralimitas hablándome así, Agravain ap Lot.

Agravain se sonrojó.

—¡Por el sol! Casi estoy a punto de marcharme con él en busca de otro señor, un señor que…

—No puedes marcharte. Eres un rehén, al que tengo prisionero para que tu padre siga fiel a su juramento.

Agravain palideció, y luego se sonrojó de ira. Se llevó la mano a la espada, y le cogí de un brazo. Arturo se limitó a mirarlo sin moverse. Mi hermano aflojó lentamente y apartó la mano de la empuñadura. Miró fijamente a Arturo.

—¿Por qué? —pregunté.

El rey comprendió a qué me refería.

—Ya lo sabes, hijo de Lot. Lo sabes muy bien, demasiado bien, ¡y ojalá no fuera así! —Se volvió sobre sus talones y se alejó a grandes zancadas hacia la tienda; los que querían hablar con él se apartaron, sin atreverse a hablarle.

Pero yo no lo sabía, ni Agravain tampoco. Se quedó mirando cómo se alejaba su rey, apretando y aflojando el puño.

—Por el sol —susurró al fin, con voz ahogada—. Que él… —Se volvió bruscamente—. Oh, Dios. ¿Por qué?

—No lo sé —dijo Bedwyr, en tono fatigado. Se había quedado atrás.

—Tranquilo —dije a Agravain—.

No tiene nada contra ti. Sólo estaba furioso conmigo.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Agravain, airado—. Le ayudaste a conseguir su victoria y luchaste por él, arriesgando tu propia vida. ¿Qué motivo puede tener para pensar que utilizaste la hechicería? De hecho, desconfió de ti desde el principio. Gwalchmai, Arturo hubiera tenido muchas más razones para odiarme a mí. Luché contra él del lado de nuestro padre. Pero cuando me convertí en su rehén fue generoso conmigo, y nunca mencionó, ni permitió que nadie lo hiciera, que yo era un prisionero y el hijo de su enemigo. Incluso antes de que me uniera a la

Familia, me proporcionó un sirviente que me ayudó a aprender britano, y me trató siempre con cortesía y nobleza. Pero desde que llegaste tú, que nunca habías luchado contra él, solicitando entrar a su servicio y consiguiéndole una gran victoria, sólo busca echarte como a un perro vagabundo. No lo entiendo. No puedo entenderlo.

—Yo tampoco —dijo Bedwyr—. Estuve con él anoche, cuando vino a preguntarme por mis hombres, para saber quién estaba herido y quién había salido ileso. Me llenó de alabanzas por haber dirigido la carga. Le conozco desde hace años, y creo… No. No se trata de algo desconocido, sino de algo

que siempre le ha inquietado. Le he encontrado a veces sentado en silencio, mirando al vacío, no como cuando planea algo, sino con la mirada que tenía ahora mismo; y en esos momentos no me atrevo a hablar con él. Gwalchmai, ¿estás seguro de que no habíais coincidido antes?

—Nunca.

—Le mencioné tu nombre anoche, llenándote de alabanzas, y él me hizo callar. «No puedo — me dijo—. Ese hombre es un hechicero y el hijo de una hechicera. Me ha conseguido una victoria, pero gracias a la hechicería, la locura y la oscuridad. No puedo aceptarle en la Familia ni confiar en él».

Estaba tan cansado, tan abatido y tan seguro… Agravain, más tarde te pedirá disculpas.

Agravain asintió.

—Pero, ¿qué pasa con Gwalchmai?

Yo les miré a ambos mientras reflexionaba. En cierto modo, el rey tenía razón. No había hecho nada más que matar sajones, y la locura y el fuego de la espada podían fácilmente parecer cosa de brujería. De hecho, no parecían otra cosa. Nadie lucha sólo con la espada, había dicho Bedwyr. Al final, las razones son igual de importantes, y Arturo no tenía ninguna prueba de mis razones para luchar por él. Pero, ¿qué podía hacer para demostrárselas? Pensé

en todo lo que había visto de la Familia y de Arturo. No era una mesnada ordinaria, y no sólo porque sus guerreros fueran tan hábiles. Había un lazo de orgullo entre ellos, un amor compartido, y una visión compartida, aunque entendida sólo a medias. ¿Cómo podía yo esperar entrar en un grupo como aquél gracias a la fuerza de las armas? Había sido un estúpido al creer que podría resolverlo todo con el filo de la espada.

Recordé el sueño que había tenido en Camlann y volví a ver a Arturo a la sombra de la reina. Morgawse se me aparecía por todas partes, como si todas las sombras fueran su sombra. Todavía

poseía una parte de mí, capturada con ataduras forjadas con sangre, más allá del compromiso y los deseos presentes. No sería libre hasta volver a encontrarla, cara a cara, para cortar las ataduras o quedar atrapado en ellas para siempre. ¿Cómo podía decirle a Arturo: «Estoy libre de la Oscuridad»? La Oscuridad me había dado forma. La había derrotado en el pasado, pero no gracias a mis propias fuerzas. Arturo tenía razones para pensar lo que pensaba, y yo no podría hacerlo cambiar de opinión.

La idea de haber vuelto a perder, tal vez para siempre, me resultaba muy dolorosa. Quizás debería marcharme.

Como había dicho Arturo, me resultaría sencillo encontrar un lugar con cualquier rey de Britania. Si acudía a Urien de Rheged…

No. Había sido conducido hasta allí, y allí había depositado mis esperanzas. Marcharme significaría aceptar la derrota y la rendición. Luché por un momento contra el dolor y luego lo ignoré.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó suavemente Bedwyr.

—Continuaré —les dije, mirándoles a ambos.

Me hubiera gustado pasarme el resto del día haraganeando y pensando inútilmente, pero tenía que visitar la

enfermería. Todavía necesitaba que me curaran la mano.

Mientras me acercaba a las tiendas de los heridos, oí un extraño sonido, una especie de zumbido bajo, como el de una colmena de abejas. Me detuve y miré desconcertado a Agravain, que continuaba a mi lado. Bedwyr se había marchado con Cei.

—Los heridos —respondió mi hermano tranquilamente—. Se han tranquilizado un poco. ¡Dios, los doctores deben de estar agotados!

—¿Qué? ¿Quieres decir que aún siguen trabajando, desde la noche pasada?

—Oh, supongo que ya han terminado

el grueso de la tarea. Trabajan por turnos. Creo que ahora están examinando a los que pueden andar y empezando con los que anoche eran casos inciertos. Ya sabes, hombres que llegan con un brazo herido, y los doctores no pueden decidir si amputar o no, de modo que los dejan durante un rato, u hombres que no se sabe si sobrevivirán hasta el día siguiente aunque les traten, de modo que los doctores los dejan para ocuparse de alguien en condiciones de sacar partido de sus habilidades. —Agravain vaciló —. Si te digo la verdad, no me gustan esos lugares, especialmente en esta fase de la tarea. ¿Te importa si…?

—No. Iré a buscarte más tarde.

Pero no lo hice.

No había espacio suficiente para todos los heridos en el interior de las tiendas, y los que ya habían sido tratados se encontraban en el exterior. Yacían sobre la hierba, como peces sobre una playa después de una tormenta. Sus rostros estaban grisáceos, con la mirada vidriosa y resignada o anormalmente sofocados. Algunos llevaban vendajes, otros no. Nadie que haya cazado, por no decir luchado, se asusta al ver sangre, pero la cosa es distinta cuando es un hombre, y no un ciervo, el que yace delante de uno con el estómago abierto y las entrañas atadas, y cuando uno puede observarlo bajo la

fría luz de la racionalidad. Los heridos graves permanecían quietos, gimiendo o murmurando de vez en cuando… un sonido horrible. La suma de aquellos gemidos y murmullos era lo que causaba el zumbido que había oído. Algunos hombres estaban quietos, dormidos o muertos; otros, con heridas menos graves, estaban sentados lejos de los demás, conversando en voz baja. El lugar apestaba a suciedad, sudor, vómito y excremento, además de a podredumbre incipiente: el hedor del sufrimiento. Me abrí paso lentamente entre las hileras, sin saber muy bien por qué había venido. Uno de los hombres me vio pasar y agitó pesadamente una mano. Le

reconocí como a uno de los miembros de la partida de Cei, y me acerqué a él.

—Agua —murmuró— ¿Tienes agua?

—Yo… trataré de conseguirte un poco. —Varios de los que le rodeaban empezaron también a pedir agua. Asentí. Quería huir de aquel lugar. Cuando recordé la ligereza con la que me había apoderado de parte de su agua aquella mañana, me sentí asqueado.

Entré en la tienda y permanecí en pie unos minutos, mirando a mi alrededor. Uno de los doctores, que estaba terminando una amputación, reparó en mí.

—Bien, ¿qué es lo que quieres? —me preguntó ásperamente.

—Yo… sólo tengo un rasguño. Me ocuparé de él yo mismo.

—Gracias. Bien, ahora que lo has decidido, ¿a qué estás esperando?

—Hay hombres fuera que necesitan agua.

—Hay muchos hombres fuera que necesitan agua, pero todavía hay más aquí dentro que necesitan tratamiento, y no somos suficientes; los sirvientes necesitan dormir. Los hombres de fuera tendrán agua en cuanto podamos traerla desde el río.

—¿Quieres que os ayude?

El hombre me miró fijamente, observando mis ricas vestiduras y la empuñadura de oro de la espada. Luego

sonrió lentamente.

—En realidad sí, guerrero. Si es que sabes cómo usar un cuchillo para curar en lugar de herir.

—Nunca lo he intentado, pero puedo aprender.

Y aprendí, hasta que llegó la medianoche. Pocos guerreros saben nada de la batalla que tiene lugar en las enfermerías cuando ellos terminan de luchar, excepto cuando sus vidas se convierten en parte de ella. Es una batalla muy dura, tan violenta y despiadada como la que se libra en el campo, y que requiere tanta preparación o más que las artes de la guerra. Morgawse me había enseñado a

distinguir varias hierbas, y uno de sus libros trataba de las propiedades de las plantas, pero yo no había prestado demasiada atención a los usos de la medicina. Había aprendido a usar la espada y el cuchillo, pero ignoraba casi por completo que podían emplearse también para salvar la vida del hombre al que habían agredido. Me pareció un conocimiento muy útil.

Justo antes de medianoche, me aparté el cabello de los ojos y miré a mi alrededor para descubrir que no había nada más que hacer. Los sirvientes y los familiares de los heridos se habían encargado de llevarse a los que pudieron y de acomodar al resto, y

aquella tarea también estaba casi concluida.

—Será mejor que vayas a descansar —dijo Gruffydd, el cirujano con el que había hablado primero—. A menos que… ¿tienes alguna herida que te haya traído aquí?

—Nada… bueno, un rasguño. Sólo deseaba protegerlo de una infección.

—Una idea prudente. Déjame verlo.

Miró el corte y sacudió la cabeza.

—Desde luego. ¿Qué te hizo pensar que era sólo un rasguño? Llega hasta el hueso, aquí y aquí.

—¿De veras? —Estaba sorprendido—. No me pareció tan profundo, y apenas me duele.

—Bueno, no parece que haya sangrado mucho… Cadwallon, trae algo de ungüento y un vendaje. —Hizo una pausa y me miró—. ¿No serás un *berserker*, verdad?

—¿Un qué?

—Un *berserker*. Es una palabra sajona. Se refiere a los hombres que se vuelven locos en la batalla. Su fuerza se duplica o triplica, y son muy peligrosos.

—Me volví loco en la batalla. ¿Cómo lo has sabido?

Sonrió.

—Bueno, incluso aquí nos enteramos de que cargaste contra una muralla de escudos sajona. —Habíamos intercambiado nuestros nombres durante

una apresurada comida—. Y eso ya es suficiente locura. Pero, además, la herida no ha sangrado tanto como hubiera debido. Lo había visto antes, pero sólo en hombres que enloquecen durante la batalla. —Empezó a limpiar la herida. Me dolió—. Hemos oído toda clase de rumores sobre ti… El Otro Mundo, y magia, todo lo que puedas imaginar. Pero tales tonterías se atribuyen con frecuencia a los *berserker*, de modo que eso lo explicaría todo. —Frotó un poco de ungüento sobre la herida—. Aunque el *berserkergang* es algo terrible e inquietante. Los que lo sufren normalmente echan espuma por la boca

y no distinguen amigos de enemigos, aunque pueden ser los hombres más dóciles en otros momentos. —Me miró astutamente.

—Nadie me ha dicho que arrojase espuma por la boca. No creo que sea exactamente lo mismo.

—Me parece que tienes algo peligroso. Una vez vi a un hombre que se volvió loco en la batalla y entró aquí tambaleándose, con unas heridas donde hubiera cabido todo tu puño. Dijo que ni siquiera se había dado cuenta al recibirlas. Era un milagro que pudiera sostenerse en pie: murió una hora más tarde. No, esa locura no es nada agradable.

—Yo me alegro de tenerla. Fue un regalo.

Gruffydd me dirigió una mirada desconcertada, pero yo no deseaba hablar sobre «el Otro Mundo y la magia», de modo que no dije nada. Terminó de vendarme la herida.

—Bueno, ya está —dijo. Se incorporó, estiró los músculos, hizo una pausa y volvió a mirarme—. A menos que quieras volver para ayudarnos en otra ocasión, después de una batalla. No, no inmediatamente después de una batalla; si tienes la locura, probablemente caerás rendido. Pero más tarde. Nos gustaría tenerte aquí. Tienes instinto de cirujano, y eso es muy

necesario en estos tiempos.

—Gracias —dije—. Vendré.

Me marché sintiéndome muy feliz, y más gratificado por aquellas palabras que por las alabanzas que me habían dedicado los guerreros. Aunque Arturo me hubiera rechazado, había luchado en dos batallas, y había luchado bien.

Arturo libró otra batalla privada al mediodía del día siguiente, en el lado oriental del puente que cruzaba el Bassas. Fue una batalla extraña, contra un enemigo imprevisible.

El Gran Rey se reunió con Cerdic y los otros dos reyes sajones llevando consigo a sus dos vasallos, Constancio de Dumnonia y Eoghan de Brycheiniog,

además de cuarenta guerreros. Cada rey sajón había traído una docena de hombres, los que había autorizado Arturo, de modo que era un grupo muy numeroso. Pero cualquiera hubiera pensado que allí sólo había dos hombres: Arturo y Cerdic.

Yo estaba en el grupo de Arturo por invitación de Bedwyr, pero traté de pasar desapercibido en la última fila. Los ojos de Cerdic, sin embargo, recorrieron a los hombres de Arturo hasta encontrarme, y permanecieron fijos en mí durante casi un minuto antes de concentrarse en Arturo. El rey britano había estado estudiando atentamente a Cerdic durante todo aquel rato.

Cerdic se inclinó en la silla de su roano, sonriendo ligeramente.

—Ave, Artorie Auguste, Insularis Draco, Imperator Britanniarum —dijo, empleando el latín y los títulos más sonoros de Arturo en tono burlón.

—Saludos, Cerdic Cyning Thara West Seaxa —replicó Arturo—. Me complace ver que reconoces mi título.

—Reconozco tu fuerza, *Imperator*—dijo Cerdic, todavía en latín—. La victoria es tuya.

—¿Y crees que podrás cambiar eso dentro de pocos años?

Cerdic sonrió y cambió de tema.

—No me gustan los términos que ofreces.

Arturo le devolvió la sonrisa, había cierta diversión en sus ojos.

—Entonces ofrece otros, rey de los sajones del oeste. Haré lo posible por ser justo con todos mis súbditos, aunque hayan sido desobedientes.

—Ésa es precisamente la parte de los términos que menos me gusta —espetó Cerdic—. Los sajones del oeste no somos una nación súbdita del emperador de los britanos.

—Todas las provincias de Britania son súbditas de un solo emperador —repuso Arturo—. Si no deseáis ser mis súbditos, siempre podéis marcharos.

Cerdic escupió, y la mirada roja reapareció detrás de sus ojos.

—He construido una nación aquí, Dragón…

—Cosa que estoy dispuesto a reconocer.

—…y es mi propia nación, no tuya ni de ningún britano o romano.

—No siento más deseos de reinar sobre los sajones del oeste que de ser el protector de Dyfed. Pero soy el emperador.

—Yo he oído decir otras cosas, incluso a britanos.

—Tengo otros súbditos desobedientes además de ti, Cerdic. —Arturo volvió a sonreír, aún más divertido—. Vamos. Sabes que acabarás aceptando mis términos, como ya han

hecho los otros reyes sajones. ¿Por qué vamos a pasar más tiempo del necesario bajo este sol?

Cerdic frunció el ceño, airado, pero había cierta expresión de desconcierto en su rostro.

—Y yo debo jurar que reconozco tu derecho al *Imperium*, que no apoyaré a usurpadores ni haré la guerra contra ti, que retiraré mis fuerzas desde Searisbyrig a Winceastra, y que no dejaré a más de veinte hombres vigilando la frontera, que estará situada en Wilton. Y debo renunciar a las tierras al este de esa frontera, y pagarte tributo obedientemente todos los años.

—¿Por qué no? La mayor parte de

tierras al este de Sorviodunum están muy poco pobladas. Respecto a obedecerme y pagarme tributo, no cumplirás tu juramento más que tus colegas, pero eso me dará una excusa para luchar contigo cuando lo rompas.

Cerdic casi sonrió en respuesta a la tranquila diversión de Arturo, pero se contuvo.

—¿Y qué hay de los demás reyes sajones?

—Como acordamos, renovarán su juramento, bajo una nueva forma, y pagarán un tributo adicional durante los próximos años para compensar su sedición.

Los dos reyes sajones resoplaron.

No habían pagado ningún tributo desde la muerte de Uther, y era evidente que no tenían intención de empezar a hacerlo… aunque, si la campaña de Arturo en el norte duraba menos de lo esperado, era posible que enviaran algo.

—Si las naciones sajonas son súbditas del emperador igual que las provincias britanas —empezó de nuevo Cerdic—, deberían prestar el mismo juramento.

—He admitido que los sajones sois paganos, y que jurar por la tierra, el mar y el cielo en nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no tiene significado para vosotros. De este modo, si rompéis vuestro juramento, podréis explicárselo

a vuestros propios dioses y no a unos dioses extraños. Os resultará más fácil.

Cerdic frunció el ceño y se llevó la mano a la espada. Durante un largo momento, miró a Arturo a los ojos y sostuvo su mirada. Luego sonrió, no como al principio ni como yo lo había visto sonreír durante las dos semanas que había pasado siendo su siervo.

—Eres todo lo que dicen de ti, Arturo ab Uther —dijo, en aquella ocasión en britano—. No sé por qué te molestas en utilizar hechiceros.

—No utilizo ninguno.

—¿Entonces…? —Cerdic volvió a mirarme.

Arturo sacudió la cabeza.

—Gwalchmai ap Lot no es uno de mis guerreros.

Cerdic enarcó las cejas.

—¿De veras? Ojalá yo hubiera podido mostrarme igual de firme. La hechicería puede ser poderosa, pero los hechiceros son traicioneros… y peligrosos.

Me pregunté cómo se habrían separado Cerdic y Aldwulf. No muy amistosamente, al parecer, pues Cerdic hablaba con cierta vehemencia.

—Me alegra que opinemos del mismo modo en este tema —dijo Arturo —. ¿Tienes alguna otra objeción a mis términos, entonces?

Cerdic suspiró; empezó a regatear

sobre las palabras del juramento, pero se detuvo bruscamente.

—No. ¿Por qué continuar con esto? Los dos sabemos que prestaré tu juramento y lo romperé cuando me parezca. La próxima vez que me enfrente a ti, Pendragón, podrás llamarlo sedición en lugar de invasión. Creo que encontrarás poca diferencia entre las dos. —Cerdic bajó del caballo e hizo una señal a uno de sus hombres. El guerrero se acercó, desmontó y entregó a Cerdic una gran caja de madera grabada con runas. Arturo desmontó y se situó junto a su caballo, esperando.

—Este es el brazalete de Thunor —dijo Cerdic—. Lo trajimos del templo

de Thunor, al noreste de la Galia. Es muy antiguo y sagrado. —Abrió la caja y extrajo cuidadosamente un inmenso anillo de oro, igualmente grabado con runas, pesado, de unos dos palmos de diámetro. Permaneció mirándolo un momento, luego levantó la vista y sonrió alegremente—. Thunor es un guerrero, aunque sea un dios. Sabe lo que significan los juramentos.

—Jura, entonces, si estás seguro de su perdón.

Cerdic vaciló, haciendo girar el anillo entre sus manos. Luego se volvió hacia los otros reyes y les indicó cortésmente que empezaran.

Ellos también desmontaron y se

adelantaron. Eran Aeduin de Cantware y Eosa, rey de los sajones del sur. Por turnos, se arrodillaron, desenvainaron las espadas y juraron sobre la espada y el brazalete, por Thunor, Tiw y Woden. El juramento era esencialmente el mismo que prestaban todos los reyes al emperador. Ambos eran hombres más veteranos que Cerdic, acostumbrados a prestar juramentos y romperlos, y los juramentos hechos a los britanos eran particularmente fáciles de romper. Con el nuevo juramento lo tendrían algo más difícil, pero su Thunor había faltado a su palabra al menos una vez, y comprarían espadas nuevas por si las que les habían servido para prestar el juramento les

traicionaban en la batalla. Cuando terminaron, Cerdic desenvainó su propia espada y se adelantó para enfrentarse a Arturo, que sostenía el brazalete.

Era un día nublado, pero en aquel momento el sol se liberó de las nubes, y el acero desnudo de la espada de Cerdic centelleó bajo la luz, mientras el brazalete resplandecía. Cerdic sonrió más ampliamente, pero en sus ojos se podía observar el resplandor oscuro que había visto antes. De repente, tuve miedo, y dejé de preocuparme por lo que los reyes habían dicho sobre mí. Apoyé una mano en Caledvwlch.

Pero antes de que nadie pudiera pensar, Cerdic se adelantó bruscamente,

levantando su espada para apoyar su punta fría y resplandeciente contra la garganta de Arturo. Constancio de Dumnonia emitió un grito de horror, y Bedwyr bajó la lanza y adelantó su caballo un paso antes de comprender que no podría hacer nada y detenerse, con el rostro muy pálido. El grupo de Cerdic se adelantó, con las espadas desenvainadas. Cerdic sonrió, y la oscuridad lo invadió, mezclada con un extraño resplandor.

—Esta mañana he venido a matarte, Pendragón —susurró.

Arturo, que se había estremecido levemente, miró a Cerdic con calma por encima del reluciente metal, y la luz que

despedían sus ojos grises era increíble.

—Si estuviera muerto, casi todos, tus problemas se resolverían —dijo en tono de conversación.

—Cierto —dijo Cerdic—. Y no hay nada como la guerra para rebajar los criterios morales. Incluso Woden, rey de los dioses, opina igual. ¿Me comprendes, *Imperator*?

Oí el siseó de Bedwyr en el silencio, y vi cómo movía el puño sobre la lanza, dispuesto a arrojarla si Cerdic se movía. Cerdic ni siquiera apartó la mirada de Arturo.

—Si de veras quisieras matarme —dijo Arturo—, lo habrías hecho enseguida. —Se hizo a un lado y agarró

la mano de Cerdic.

—Cierto —repitió Cerdic. Bajó la espada hasta que su punta tocó el suelo, con la mano de Arturo cruzada sobre la suya en la empuñadura—. Por desgracia, Pendragón, bastardo o no, eres demasiado rey y demasiado hombre. Arturo de Britania, seamos enemigos, pero no luchemos como lobos. —Hincó una rodilla en tierra, extendió la mano izquierda para tomar el otro lado del brazalete sagrado y juró, por Thunor, Tiw y Woden, y por la tierra, el cielo y el mar, cumplir su promesa de fidelidad a Arturo, Gran Rey de Britania, como un rey vasallo ante su señor.

Arturo sonrió ante aquel uso del

Triple Juramento, y cuando Cerdic terminó prestó su propio juramento: no violar los derechos de su rey vasallo, y mantener su reino «a salvo de enemigos e invasores extranjeros». Terminó con un juramento propio.

—Y juro convertir vuestra nación en parte de un imperio, el de Britania, y defenderlo en justicia y bajo la Luz, con la ayuda de Dios. —Soltó el brazalete.

Cerdic lo tomó y envainó de nuevo su espada. Sus hombres parecían confusos, y los de Arturo aturdidos de alivio, aunque también algo desconcertados.

—Cuando volvamos a encontrarnos, Arturo Pendragón —dijo Cerdic tras

montar en su caballo—, espero que nuestras posiciones se hayan invertido, y, por el martillo de Thunor, creo que así será. Hasta entonces, adiós. Me alegra haberte conocido.

—Si es hasta entonces, Cyning Cerdic, prefiero decirte adiós para siempre. También me alegra haberte conocido.

Arturo continuó sonriendo durante todo el camino de regreso al campamento.

Pocos días después llegaron las carretas para cargar con los heridos, y la Familia regresó a Camlann, los otros reyes y mesnadas a sus fortalezas y los soldados a sus tierras. Durante una

semana y media, la Familia celebró la victoria gracias al botín y a los rescates de los sajones, hizo el recuento de sus bajas y se recuperó. Y luego nos pusimos de nuevo en marcha, cabalgando hacia el norte por la carretera en dirección a Rheged.

15

El viaje debió haberme resultado agradable. Mi actuación en la batalla me había granjeado la aprobación de casi todos los hombres de la Familia. Igual que el cirujano Gruffydd, los guerreros atribuyeron las historias sobre «el Otro Mundo y la magia» a un simple efecto de mi locura en la batalla. Me ofrecieron su amistad, con admiración y sin temor. Los

prodigios, decidieron, eran propios de la locura, pero no significaban que hubiera nada sobrenatural en mí. Mi herida se curó limpia mente y sin problemas; el tiempo era bueno y, gracias a nuestra victoria reciente, disfrutábamos de la buena voluntad de las gentes cuyo territorio atravesábamos, íbamos a paso tranquilo, deteniéndonos en todas las fortalezas de buen tamaño que encontrábamos por el camino, siendo agasajados en ellas. Además, tenía dinero. Aunque no era miembro de la mesnada, y no podía reclamar mi parte de la considerable cantidad de botín que nos había proporcionado el ataque, ni de las sumas gastadas por los

sajones en el rescate de sus prisioneros, tanto Eoghan de Brycheiniog como Constatius de Dumnonia me habían hecho regalos, y algunos de los guerreros nobles les habían imitado. Eoghan en particular se mostró muy generoso y me cubrió de alabanzas, tratando de convencerme de que me uniera a su mesnada. Mi negativa encantó a la Familia.

Tuve que rechazar otras dos ofertas parecidas de camino a Rheged. Una fue de Rhydderch de Powys, con quien pasamos dos días. La otra provino de Maelgwn de Gwynedd. Envió un mensajero a Arturo mientras estábamos en Dinas Powys, durante nuestro viaje

hacia el norte, felicitándonos por la victoria, de manera tardía e insultante. Tras entregar el mensaje, el correo habló conmigo en privado, criticando la injusticia de Arturo y fingiendo comprensión antes de hacer su oferta. Me complació rechazarla, al contrario de lo que me había ocurrido con la de Rhydderch.

Pero aquellas mismas ofertas fueron una de las razones por las que no disfruté del viaje. Arturo seguía sin querer saber nada de mí, y no podía estar siguiéndolo para siempre como un perro vagabundo en busca de dueño. Me había convertido en un guerrero y había luchado para él, pero un guerrero

necesita un señor. Que me resultara tan sencillo ser aceptado por cualquiera que no fuera Arturo me deprimía. Todos los reyes de Britania necesitaban guerreros, especialmente guerreros que pudieran rivalizar con los de la Familia. Rhydderch de Powys merecía su apodo, *Hael*, «Generoso», y era, por lo que pude ver, un rey justo y un buen señor. Luchaba contra los sajones igual que Arturo, aunque de modo menos espectacular. No me gustó rechazar su oferta, que era digna de su apodo.

Además, me sentía solo. No acababa de encontrar mi lugar. Necesitaba a alguien que pudiera entenderme, que creyera las historias que le contaba.

Antes había tenido a Medraut, al que añoraba en secreto, y todavía más cuando trataba de explicar algo a Agravain y éste se negaba firmemente a entenderlo. Deseaba hablar con Bedwyr sobre sus libros y su filosofía, pero él estaba siempre con Arturo o Cei, y éstos me evitaban en la medida de lo posible. Con Taliesin hubiera podido hablar durante horas, pero solía mostrarse poco comunicativo, a menos que habláramos sobre canciones. De modo que vivía, como había dicho el bardo, en la incertidumbre, dando vueltas a mis propios pensamientos, meditando sobre los hombres que había matado y el enfado de Arturo, sobre Morgawse y la

Oscuridad. No fue un viaje agradable para mí.

Me sentí un poco mejor hacia el final, cuando atravesamos la Muralla de Adriano en Caer Lugualid y entramos en Rheged. La carretera era mucho peor, y la zona era muy boscosa, dificultando el avance, pero el paisaje me gustó más que el del sur de Britania. El norte nunca había sido conquistado por los romanos, y los britanos del sur llamaban bárbaros a los norteños, ignorando el hecho de que los poetas del norte son generalmente mejores que los del sur y que la artesanía del metal irlandesa, y del norte de Britania, es muy apreciada en el sur siempre que no hay mercancías

galas disponibles. Probablemente, Rheged es la nación más fuerte de Britania. Durante siglos ha sufrido ataques de mayor o menor intensidad procedentes de Erin, que se encuentra a muy poca distancia, al otro lado del mar de Irlanda. Aquella guerra continua había forzado a los reyes de Rheged a construir fortificaciones muy resistentes y mesnadas muy fuertes; y los artesanos y campesinos de la zona son hombres duros y de habla lenta, siempre dispuestos a unirse al ejército y luchar. Además de los irlandeses, Rheged tenía que defenderse de los sajones, y de los dalriada de habla irlandesa del norte, que habían traído a aquella tierra

muchas mercancías y costumbres que me resultaban familiares, parecidas a las de mi propio hogar. Me gustó aquella tierra. A pesar de sus densos bosques, me sentía como en casa. La gente era dura, pero abierta y generosa; nunca dejaba de cantar.

Llegamos a la fortaleza real de Urien, Yrechwydd, en un día gris y frío de agosto, bajo una fuerte lluvia. La madera y la piedra desnuda de las paredes se destacaba contra el cielo. Las gaviotas chillaban sobre la construcción, pues Yrechwydd se encuentra sobre el mar de Irlanda como Dun Fionn se alza sobre el Mar del Norte. Escuché el golpear de las olas y

pensé en la fortaleza de mi padre, mi familia y Llyn Gwalch, y mi corazón se alegró como si estuviera regresando a mi hogar. Miré a Agravain, que también sonreía. Nos echamos a reír y empezamos a cantar una canción marinera en irlandés:

La tormenta ruge sobre el océano,
los vientos lo agitan y despiertan.
El invierno vuelve a acotar el fiero mar,
el viento y el invierno nos matarán,
la lanza del frío nos vencerá.

Cuando el viento sopla del este,
el espíritu de las olas se libera;
ansían arrasar todo el oeste

para llegar a las tierras del ocaso,
hada el ancho mar, verde y salvaje.

Lo que sucede en el llano y la furia del mar
ha despertado mi alarma.
Pero, ¿qué otra cosa puede ser tan magnífica,
maravillosa y llena de portentos
como su incomparable historia?

—Irlandeses chiflados —murmuró Rhuawn, encogiéndose en su capa. Nos echamos a reír y cantamos con más fuerza.

Arturo había enviado mensajeros por delante de nosotros. Los sirvientes que esperaban junto a las puertas se

hicieron cargo de nuestros caballos; un gran fuego rugía en el salón. El propio Urien nos esperaba junto a las puertas: grande, de cabello castaño y risa estruendosa. Nos dio una cálida bienvenida, felicitó a Arturo por su victoria y le agradeció que acudiera en ayuda de Rheged. Luego nos condujo a su salón, declarando en voz muy alta que nadie debería estar fuera con aquel tiempo. Los guerreros colgaron sus empapadas capas junto al fuego y se sentaron a las mesas, mientras los sirvientes de Urien les traían aguamiel. El salón estaba muy lleno, a pesar de que Urien había enviado fuera a unos cuantos de sus hombres para hacernos

espacio, aunque tras probar el aguamiel todo el mundo lo pasó por alto. Después de las copas de bienvenida hubo un festín y mucha más bebida. El arpa pasó de mano en mano y los guerreros entonaron canciones sobre sus proezas, fanfarroneando sobre cómo destruirían a los sajones del norte. Taliesin entonó una canción sobre la batalla del río Bassas, y fue vitoreado con fuerza. Me sentí alegre por primera vez en varias semanas.

Después de la canción, Urien me llamó y me asignó en lugar en la mesa principal, a su izquierda, dado que era su sobrino. Le di las gracias, pero le recordé que Agravain también lo era.

—¡Por supuesto! —dijo Urien, chasqueando los dedos—. Así se llama el otro. Todo el tiempo estaba pensando que se llamaba «Avairgain», aun sabiendo que me equivocaba. —Urien lo llamó a la mesa principal—. Vuestros reyes irlandeses parecen llamarse todos del mismo modo; en el clan real todos son Niall, Eoghan o Laeghaire. —Urien tomó un largo trago de aguamiel y sacudió tristemente la cabeza—. Por lo menos, tú tienes un nombre britano, Gwalchmai ap Lot. Y muy adecuado, si la canción de Taliesin es cierta… y sus canciones siempre lo son, de modo que no hay motivo para dudar de ello ahora. Debió ser idea de tu madre. —Urien

ignoró el modo en que Arturo, Agravain y yo callamos al oír el nombre de Morgawse y me sirvió más aguamiel—. Tienes un padre muy sensato; se casó con una mujer britana, la hermana de mi Morgan. ¿Qué te pareció la batalla?

—No recuerdo casi nada —repuse. Vacilé y añadí—: Me vuelvo loco en la batalla, señor Urien.

Pareció desconcertarse durante un momento y luego descartó el tema.

—¿De veras? Entonces me gustaría que mis guerreros también se volvieran locos en la batalla. Dragón —dijo volviéndose hacia Arturo—, creo que has secuestrado a los mejores guerreros de Britania y has dejado lo peor para los

demás reyes… Además de haberme robado a mi mejor poeta. ¡Ay de mí!, nunca encontraré a un bardo que pueda reemplazar a Taliesin, y me estoy convirtiendo rápidamente en un león desdentado. No, no te rías. Cuando conozcas a mi jefe guerrero verás que no es asunto de risa. Y mi hijo… —El rey hizo una pausa. Toda Britania había oído hablar de Owain, el hijo de Urien, del que se decía que era incapaz de distinguir la empuñadura de una espada de su punta—. Si hubiera tenido mejores guerreros o un buen jefe hace un mes, cuando luché contra los escotos en Aber yr Haf… —Urien empezó a describir la batalla.

Suspiré para mis adentros y escuché sólo a medias. Urien parecía desear ofrecerme un puesto en su mesnada. Ciertamente, no era ningún león desdentado, pero necesitaba más guerreros. Además, por lo poco que había visto de él, me había caído bien, y me gustaba Rheged. Si entraba al servicio de Urien podría conseguir algo de honor y seguir luchando contra los sajones; podría enfrentarme a Aldwulf, un hombre realmente peligroso al que consideraba más enemigo mío que a Cerdic. Y, sin embargo, era Arturo quien luchaba por hacer realidad un sueño y, como él mismo había dicho, sin el sueño la guerra no tenía sentido. Observé al

Gran Rey mientras empezaba a hablar con Urien de lo que debía haber hecho en Aber yr Haf, usando cuchillos y platos para representar el terreno y los ejércitos. La luz de las antorchas relucía en su cabello y centelleaba en el oro de su collar. Su rostro, concentrado en el tosco plano de la batalla, parecía mantenerse firme entre las sombras inciertas del salón. Junto a él, Urien parecía aburrido y monótono como la mesa de roble. Tomé un largo trago de aguamiel y solté el cuerno vacío, siempre observando a Arturo.

Nos quedamos sólo un día en Yrechwydd antes de partir hacia el sureste para atacar el reino sajón de

Deira. Urien nos acompañó con veinte de sus hombres. Eran sólo una guardia de honor. Venía para ver cómo luchaba la Familia. Casi toda su mesnada se quedó para vigilar las costas.

Nos movimos velozmente, como siempre. Los sajones no se enteraron de nuestra presencia en el norte de sus tierras hasta que caímos sobre ellos, llevándonos varios centenares de reses y ovejas y una buena cantidad de botín, y dejando en ruinas una de las fortalezas de sus señores y parte de los pueblos de alrededor. Cuando la noticia de nuestro ataque llegó a oídos del rey de Deira, Ossa Gran Cuchillo, éste se enfureció lo suficiente para tratar de vengarse

inmediatamente. Estábamos en Ebrauc cuando se nos echó encima, con su mesnada y los pocos cientos de hombres que había reunido llamando al *fyrd* en el breve espacio de tiempo desde que había sabido de nosotros.

Entregamos a Caradoc de Ebrauc las ovejas que habíamos capturado, y a cambio recibimos el apoyo de su hueste. Arturo no creía que fuéramos a necesitarla, pero el rey se hubiera sentido insultado si hubiéramos conseguido una victoria en su territorio sin contar con él.

El encuentro, ya que no se le puede llamar batalla, fue breve e intenso. La infantería atacó a los sajones en primer

lugar, como de costumbre. Fue una buena carga colina abajo, dirigida por Cei, que dejó aturdido al enemigo. Y, también como de costumbre, la caballería atacó por el flanco. Los hombres del *fyrd* sucumbieron al pánico y la muralla de escudos desapareció rápidamente. Ossa y su mesnada, más habilidosos, consiguieron reagruparse y retirarse, aunque sufrieron cuantiosas bajas y los perseguimos hasta las fronteras de Deira, pero no más allá. Maté a un jefe sajón y conseguí una hermosa cota de malla, con lo que me sentí complacido. Enviamos a Yrechwydd el resto del botín, incluyendo lo que habíamos capturado

en el primer ataque.

Tanto Caradoc como Urien quedaron sorprendidos ante la rapidez y contundencia de la victoria. Hubo gran cantidad de felicitaciones y regalos, y Caradoc nos ofreció un banquete. Fue especialmente generoso, y consumimos gran parte de las ovejas sajonas que le habíamos regalado, además de grandes cantidades de aguamiel y vino. Taliesin compuso una canción sobre el encuentro para honrar a vivos y muertos. Me dedicó una estrofa.

—«Quiero cantar las alabanzas de Gwalchmai / cuya espada era como el rayo que cegaba a los sajones. / Reluciendo en la marea roja, el orgullo

de la batalla…».

Y continuó del mismo modo. Urien golpeó la mesa al oír aquella estrofa y Arturo frunció el ceño. Agravain, al verlo, se irritó visiblemente, y Cei le dirigió una sonrisa sardónica. Los dos intercambiaron miradas furiosas durante el resto de la noche.

A la mañana siguiente, Caradoc me envió un mensajero y, cuando llegué a sus aposentos, me ofreció un puesto en su mesnada. Lo rechacé. Frunció el ceño.

—Me temía esta respuesta, a juzgar por las historias que he oído —me dijo con su voz baja y seca—. De todos modos, no hubiera creído… ¿Qué

esperas conseguir?

Me apoyé en la pared, jugueteando con un broche de oro que había obtenido en la batalla.

—Un lugar en la Familia.

Caradoc sacudió la cabeza. Era un hombre menudo y calculador, con más aspecto de monje que de rey.

—No creo que lo consigas. Arturo tiene algo contra ti. Lo hablé con él anoche.

Dejé caer la mano y me erguí.

—¿Te dijo lo que era?

—¿Acaso no lo sabes? No, sólo dijo que sospechaba que practicas la brujería. Por mi parte, considero absurdo sospechar que un guerrero que

ha demostrado su valía en la batalla pueda consagrarse a asuntos tan femeninos y despreciables. Estaría dispuesto a darte el puesto de segundo bajo mi jefe guerrero, y el rango de tribuno…

—Gracias, señor; es una oferta noble; más generosa de lo que merezco, pero esperaré a Arturo. Es posible que cambie de opinión.

Me incliné ante Caradoc. Él cruzó los dedos, me miró fijamente durante un momento, sonrió secamente y asintió.

—Supongo que puedes permitirte esperar. Dime, ¿es sólo el deseo de luchar y conseguir fama lo que hace que los hombres sigan a Arturo ab Uther? Te

lo pregunto como rey; un rey que necesita más hombres y no sabe cómo conseguirlos.

Sacudí la cabeza.

—No son sólo las batallas y la fama. Bran de Bretaña estaba dispuesto a arriesgar por Arturo su vida y las de sus seguidores antes de que fuera emperador, cuando sólo se le consideraba un bastardo usurpador. Es porque Arturo es Arturo… Dice que desea restaurar el imperio.

—Tú no eres romano. ¿Qué significa el imperio para ti?

—Muy poco —admití sonriendo—. Pero el imperio que crearía Arturo significa mucho para mí, y estoy

dispuesto a esperar hasta que Arturo se dé cuenta.

Emitió un breve suspiro de exasperación.

—También he oído decir a otros que prefieren luchar por Arturo, y pasar hambre, a disfrutar de una posición privilegiada bajo otro señor. Siempre es porque «es un gran emperador», o «restaurará el imperio» o «luchará por la Luz». Muy bien, Gwalchmai de las Orcadas. ¡Que la fortuna favorezca tu espera! —Se levantó y me saludó—. Pero si cambias de opinión antes que Arturo, y si decides que no te gusta Urien, el puesto continuará libre. Eres un hombre valiente y un buen guerrero, y

así se lo he dicho al Pendragón. Bien, creo que tu Arturo se está preparando para marcharse, de modo que será mejor que vayas con él.

Me incliné profundamente y salí, cerrando la puerta detrás de mí.

Como era imposible que Ossa esperara un segundo ataque tan próximo al anterior, lanzamos otro, más al sur, y nos concentramos en la zona fronteriza, recién colonizada. Ossa no quiso cometer dos veces el mismo error y esperó a reunir a todo su ejército antes de atacarnos, de modo que cometió un error aún peor, pues dejó su fortaleza real, Cattraeth, o Cataracta, como la llaman los sajones, con una guardia muy

reducida mientras avanzaba lentamente hacia el lugar donde se había sabido de nosotros por última vez. Pero dimos un rodeo a través de Ebrauc a toda la velocidad que nos permitieron nuestros caballos, dejamos allí el botín obtenido y atacamos el corazón de Deira. Tomamos la fortaleza de Ossa, nos hicimos con todo lo que pudimos acumular e incendiamos el resto antes de retirarnos de nuevo a Caer Ebrauc. Nos sorprendió la gran cantidad de botín que obtuvimos. Era evidente que Ossa había obtenido grandes beneficios en ataques previos. Entonces trató de seguirnos al enterarse de que volvíamos a estar en Deira, pero llegó a Cattraeth demasiado

tarde y tuvo que desbandar a su ejército para la cosecha, tratar de reparar los daños y apaciguar a su mesnada, que también había perdido sus bienes.

Urien estaba encantado.

—Por el sol y las huestes del cielo —dijo a Arturo cuando estábamos festejando la nueva victoria en Caer Ebrauc—. ¡En invierno los habrás derrotado!

Arturo sacudió la cabeza.

—A partir de ahora será más difícil. Ya saben lo rápido que nos movemos. Todavía no podemos hacer frente a su ejército, y lo saben muy bien. Creo que han aprendido a no lanzar ataques contra el interior del territorio britano, o a

temer las represalias si lo hacen. Pero a partir de ahora tendrán más cuidado, y probablemente intentarán irrupciones más breves. De todos modos, a este ritmo… tal vez en verano.

Urien se echó a reír.

—¿En verano? Llevo años combatiendo, creo que bastante bien. Bien, tienes buenos guerreros: saben cómo hay que luchar en una guerra. Tu amigo Bedwyr parece capaz de dirigir a la Familia por sí mismo —Bedwyr, cerca de Arturo, como siempre, sonrió ante el cumplido, pero hizo un gesto negativo—, y Cei ap Cynyr es un hombre que podría ser el jefe de cualquier mesnada. Y Cerreint,

Goronwy, Cynan y mi sobrino Agravain se han ganado también su fama, eso está claro. Ninguno de mis seguidores puede compararse con ellos. Y además, debo defender mis costas, o esos malditos irlandeses incendiarán mi fortaleza bajo mis pies. —Urien hizo una pausa, tomando otro sorbo de vino de Caradoc, y miró a Arturo con un destello en los ojos—. Y Gwalchmai ap Lot, aunque no es miembro de tu Familia, lucha de un modo capaz de inspirar a los poetas.

Arturo se encogió de hombros y cambió de tema.

Agravain miró furioso a Arturo, y empezó a cortar salvajemente el trozo de venado que tenía ante él. Cei pareció

irritarse con él y dirigió una mirada interrogativa a Bedwyr. Éste era amigo suyo y de Arturo, y Cei esperaba que el bretón se pusiera de su lado en el debate que había surgido en torno a la obstinada negativa de Arturo a aceptar mi espada. Muchos de los guerreros, que admiraban mi modo de luchar y mi oposición a servir a cualquier otro señor, discutían continuamente sobre los motivos de Arturo. A menudo lo criticaban, lo que provocaba que otros se enfurecieran con ellos. Solo Bedwyr trataba de mantenerse neutral, y a Cei le molestaba aquella neutralidad.

—Pero es cierto, Halcón de la Batalla —dijo Urien, negándose a

aceptar el cambio de tema de Arturo y volviéndose hacia mí—. ¿Qué ocurrió en aquella escaramuza a medio día al sureste de la frontera? Me la perdí.

Urien lamentaba perderse cualquier pelea. Le hablé de la escaramuza, y me pregunté cuándo me ofrecería un puesto en su mesnada. Era evidente que estaba esperando su oportunidad. Creo que, como Caradoc, había interrogado a Arturo en privado, sin dar crédito a las respuestas obtenidas. Tal vez esperaba a que me cansara y dejara a Arturo antes de hacer su oferta. Me había hecho regalos: una capa de seda bordada, importada de Italia, y un hermoso escudo con mango esmaltado,

demasiado hermoso para utilizarlo. Era un hombre generoso y abierto, valeroso en la batalla, leal, amante de la bebida, la música y las mujeres. Un buen hombre, un hombre digno de confianza. Pero no un hombre a quien yo deseara servir. Estaba ciego a muchas cosas. La única tierra que le importaba era la de su propio clan, aunque reconocía tener ciertas vagas responsabilidades para con los demás clanes que le habían jurado fidelidad, así como ciertos deberes indefinidos hacia Arturo. No poseía la visión trascendental de éste, su resplandor, su capacidad de entregarse a sí mismo y a sus posesiones a una causa, ni su nobleza y alegría. Y la mesnada de

Urien no era la Familia. Había llegado a conocer bien a sus miembros y eran una verdadera familia, una banda de hermanos. Pensaba que debían ser como la Rama Roja en tiempos de CuChulainn, un lugar donde el coraje y el honor se daban por sentado, lleno de gloria y risas. A pesar de que Arturo no parecía dispuesto a aceptarme, yo no deseaba dejarle.

Urien hubiera querido pasar más tiempo con nosotros, pues estaba disfrutando con aquella campaña, pero en Ebrauc recibió malas noticias de Rheged. Su jefe guerrero, en un increíble alarde de estupidez, se había dejado capturar, con la mayor parte de su

mesnada, por un grupo de atacantes a los que triplicaban en número. Habían perdido a cincuenta hombres en la huida. Además, la frecuencia de los ataques por mar aumentaba a medida que transcurría el verano. Urien era necesario en Yrechwydd. Le entregamos una parte del botín cuando se marchó.

Arturo estaba muy complacido con el resultado de nuestros ataques. Le permitiría mantener a la Familia durante un tiempo, y el hecho de haber podido mostrarnos tan generosos con Urien y Caradoc nos permitiría pedirles provisiones a cambio cuando las nuestras se terminaran. La Familia estaba orgullosa de sí misma, de su

fuerza y reputación. Pero estábamos cansados. Había sido una campaña dura, y el invierno sería bienvenido por el descanso que traería consigo. La fatiga nos volvía irritables: había discusiones, casi peleas, entre miembros de la Familia. Arturo siempre conseguía ponerles fin, pero nos alteraban a todos.

Tal vez se debió al agotamiento y la tensión el hecho de que nuestro siguiente ataque fuera un fracaso. Es más probable, sin embargo, que fracasáramos por haber atacado Bernicia.

Bernicia está más cerca de Rheged que Deira, pero Ossa de Deira era el autor de casi todos las acometidas

sajonas, y Arturo quería escarmentarle en primer lugar. Una vez sometido Ossa, al menos por el momento, dirigimos nuestra atención a Bernicia.

Atacamos la parte sur del país tras cabalgar a toda velocidad a lo largo de la frontera entre Deira y Ebrauc. Había una buena carretera entre las colinas, una calzada romana, ya que aún nos encontrábamos al sur de la Muralla. Toda la región estaba sin cultivar y cubierta de bosques y lagos, un terreno donde era fácil ocultarse. Es un territorio rico: capturamos más de doscientas cabezas de ganado en los dos días de asaltos que nos condujeron hasta la Muralla. Nos sentíamos confiados,

seguros de que Aldwulf no se atrevería a atacarnos sin llamar antes al *fyrd*, y de que, en tiempos de cosecha, le llevaría algún tiempo hacerlo, aun suponiendo que fuera consciente de nuestras intenciones.

Pero al tercer día, uno de nuestros exploradores se acercó a Arturo al galope, detuvo a su agotado caballo y dio la noticia entre jadeos: Aldwulf estaba a medio día de marcha al oeste, y había llamado al *fyrd*.

Por muy cuidadosamente que lo hubiera planeado, por muy rápidamente que se hubiera movido, todos sabíamos que era imposible que hubiera podido llevar a cabo algo así. Habíamos

llegado de Caer Ebrauc en un tiempo demasiado breve; era imposible que se conociera nuestra presencia allí desde hacía más de un día. Un ejército hubiera tardado mucho tiempo en llegar hasta allí desde Gefrin, en el norte. Para lograr aquello tenía que haber descubierto nuestros planes en el momento en que salimos de Caer Ebrauc y ponerse en marcha hacia el sur de inmediato, llamando al ejército por el camino. Ningún mensajero podía cabalgar tan rápido. Nadie habló de ello, pero podíamos suponer por qué medios nos había descubierto Aldwulf Fflamddwyn.

Nos desviamos al sur a toda prisa.

Aldwulf no tenía aún a todos los hombres que hubiera podido reunir, pero su ejército era de todos modos muy numeroso, con más de cinco mil guerreros, y, además, tenía a su mesnada. La Familia contaba con seiscientos veintitrés hombres, ya que algunos estaban enfermos o heridos en Caer Ebrauc y otros se encontraban escoltando a Urien y el botín hasta Rheged. Estábamos habituados a luchar contra fuerzas superiores, pero los sajones tenían también la ventaja del terreno y de los aliados en el sur. Al norte estaba la Muralla, al este el mar y al sur Ossa. Preferimos marcharnos. Sin embargo, no habíamos llegado

demasiado lejos cuando descubrimos que Ossa se acercaba con parte de su ejército y toda su mesnada. Podíamos haberles derrotado, pero hacerlo nos hubiera dejado a merced de Aldwulf, que, según nuestros exploradores, nos estaba siguiendo, siempre desde el oeste. Toda la zona se había alzado contra nosotros. Nos encontrábamos con emboscadas a cada curva del camino, de modo que nuestra velocidad se redujo considerablemente. Arturo decidió que el único modo de escapar era atacar al enemigo más fuerte y atravesar el ejército de Bernicia.

Acampamos junto al río Wir, manteniéndolo entre nosotros y los

sajones, y Arturo reunió a la Familia para decirnos lo que debíamos hacer. Permaneció un rato en silencio, mirando detenidamente a sus guerreros, y luego habló en voz baja y tranquila.

—A medianoche levantaremos el campamento y atacaremos el ejército de Fflamddwyn.

Un murmullo como el viento entre los árboles recorrió la Familia, y luego se aquietó. La perspectiva de la muerte siempre estaba cerca; no podía asustarnos.

Arturo esbozó una sonrisa gentil y brillante.

—Pasaremos entre ellos a caballo, si lo conseguimos, de modo que

dejaremos atrás el ganado y el botín. Fflamddwyn está acampado al otro lado del río Dubhglas, a menos de cuatro horas de marcha. Sin duda, sabrá que nos acercamos, pero tendremos la ventaja de la oscuridad y, espero, de una gran confusión. Cabalgaremos en formación de punta de lanza, con los mejores jinetes delante y los demás en los flancos: Los que normalmente luchan a pie, los doctores y el resto cabalgarán en el centro. Si la punta de nuestra lanza consigue pasar, escaparemos. Aldwulf perderá a muchos hombres y mucho prestigio, mientras que nosotros saldremos esencialmente ilesos. Si no… —De nuevo miró a su mesnada—. No

tengo deseos de mencionar que no hay otra forma de escapar, ni de daros ejemplos ni argumentos para demostrar lo mala que sería nuestra situación. Si nuestra lanza se rompe contra su muralla de escudos confío en que moriréis matando, y en que haréis que ésta sea una batalla de la que se hable en toda Britania, como una luz para protegerse de la oscuridad. Sois mis guerreros, mis amigos. Sé que no os rendiréis.

Ni siquiera le vitorearon; el silencio de los guerreros expresaba un asentimiento más completo que ningún grito. Arturo volvió a sonreír, con los ojos relucientes. El sol de la tarde cayó sobre él, sobre el río y sus orillas

cubiertas de hierba, sobre el bosque desnudo por el otoño, sobre las hileras de hombres y caballos con arneses y armas castigadas por el uso. El mundo quedó en silencio, como un estanque del bosque en un día de verano. El instante parecía forjado de oro, ajeno a la realidad, ajeno al tiempo y la guerra, una creación inmortal e imperecedera, y el sueño se hizo real. Entonces una de las reses mugió, un caballo relinchó al sentir el aguijón de un insecto, y el hechizo se rompió.

—Cabalgaré al frente de la Familia —continuó bruscamente Arturo—, y conmigo irán Bedwyr, Gereint, Cynan, Rhuawn, Maelwys, Llenlleawg, Sinnoch

ap Seithfed, Llwydeu, Trachmyr, Gwyn ab Esni, Moren ab Iaen, Morfran ap Tegid y… —Sus ojos se posaron sobre mí e hizo una pausa. Luego continuó en el mismo tono—: Gwalchmai ap Lot.

Continuó asignando sus puestos al resto de la Familia y dando las órdenes necesarias para levantar el campamento y dejar atrás el botín, decidiendo dónde cruzar el río y dónde reunirse si alguien se separaba, pero no le escuché. Me había ordenado cabalgar junto a él con sus mejores hombres, ser la punta de lanza de la mesnada, en la posición de mayor peligro. No era un hombre que diera una orden como aquella, a menos que…

Esperé con impaciencia a que el Gran Rey hubiera terminado y corrí a su encuentro. Casi toda la Familia se aproximó, prestando gran atención. Muchos de los hombres habían tomado partido por Agravain o Cei en su disputa sobre mí, y todo el mundo sentía gran interés por ver qué sucedía.

Arturo se dirigía a la hoguera donde nos disponíamos a asar algunas de las reses de Aldwulf para cenar, pero vio que me acercaba y esperó. Su rostro estaba paralizado, inexpresivo. Conocía bien aquella mirada, y mi incipiente esperanza volvió a morir.

—Señor —dije en voz baja—, me has ordenado ocupar un lugar a tu lado

contra los sajones.

—Cierto —dijo fríamente Arturo. Hubo un momento de silencio tenso, y uno de los guerreros estuvo a punto de hablar, pero decidió no hacerlo—. Si lo deseas, puedes negarte. No eres mi guerrero.

Sacudí la cabeza.

—No, mi señor Pendragón, no quiero negarme. —De repente, todo aquel verano sangriento y agotador, y toda la amargura de mis esperanzas destrozadas, se acumularon en mi interior y dije—: Sabes que no me negaré. Sabes que lucharé por ti. ¿No te lo he demostrado una docena de veces? Pero quiero saber por qué.

—Puedo reconocer la necesidad —repuso Arturo—. Si quiero que mi Familia sobreviva, debemos romper la muralla de escudos. Sabes matar muy bien desde un caballo, Gwalchmai de las Orcadas y, sí, sé que lucharás. De modo que te usaré para ayudar a mi Familia y a toda Britania. Ojalá no tuviera que hacerlo.

—No me refería a eso —dije, suave y rápidamente—. ¿Por qué rechazas mi espada y, al mismo tiempo, la utilizas?

—Ya te he dicho que no deseo utilizarla —replicó Arturo, y su frialdad se volvió más acerada a causa de la ira. Los partidarios de Agravain entre la Familia intercambiaron murmullos. El

aire estaba lleno de tensión—. ¿Por qué te has quedado? Cualquier rey de Britania se alegraría de tenerte. Pero sigues conmigo, sin que nadie te lo pida; con tus crímenes, tus brujerías, la maldición de tu madre y la Oscuridad…

De algún modo, mi mano se había apoyado en mi espada.

—No sabes nada de eso. ¿Por qué insistes en creer que la adoro? Si pudiera practicar la brujería, Arturo Pendragón, no continuaría a tu lado, insistiendo, luchando y matando por ti, pues, pese a lo que puedas creer, no me gusta matar, sino que obraría tal prodigio que toda Britania insistiría para que me aceptaras. Por el juramento

de mi pueblo, odio la brujería, incluso más que tú, porque sé más sobre ella. ¿Es que estás totalmente sumido en la Oscuridad?

—En nombre de Dios, ¿qué es lo que quieres? —gritó Arturo—. ¿Qué otra cosa has hecho desde que llegaste a mí, excepto matar y dividir a mi Familia? Ciertamente, has conseguido fama, riquezas y honor… ¿es que tengo que pagarte por ello? ¿Quieres que acepte esas cosas como si fueran buenas y nobles? ¿Crees que aceptaré ese conocimiento del que hablas, ese conocimiento de la Oscuridad?

—¿Qué sabes tú de mi Oscuridad? —le grité.

—¿Qué sabes tú de la mía? —preguntó—. Demasiado, tal vez. —Se irguió por encima de mí. Sus ojos estaban llenos de una intensa frialdad, más terrible que la ira—. Ahora has dividido a mi Familia hasta tal punto que parece que no voy a poder solucionarlo y, sin embargo, debo pedirte que arriesgues la vida conmigo en un lugar donde ninguna hechicería podrá ayudarte si la muralla de escudos resiste. Por lo tanto… —suspiró profundamente y me sorprendí al ver que el sudor le resbalaba por el rostro como si luchara contra su propia alma en su interior—, si rompemos la muralla de escudos y sobrevivimos, aceptaré tu

espada. Lo juro por la Luz y mi esperanza de salvación. Alégrate, hijo de Morgawse. Has ganado.

Se volvió y se alejó, andando con pasos rápidos y ligeros a través del ocaso creciente.

Permanecí un rato mirando en su dirección, incluso después de que hubiera desaparecido. Agravain se acercó y me oprimió un hombro, pero lo aparté con un gesto. Los demás guerreros, casi tan estupefactos como yo, perplejos ante la rapidez de los acontecimientos, aguardaron unos instantes y luego se dirigieron lentamente hacia las hogueras, comenzando a conversar.

Me quedé quieto un rato, sin moverme y en silencio. Luego me dirigí al río y me senté en la orilla, dejando mi lanza sobre la hierba. Las flores otoñales florecían junto a la corriente y empezaba a aparecer la estrella de la tarde, una luz suave y dorada que se reflejaba en el agua oscura. La calma del mundo parecía contradecir la velocidad mortífera de las batallas humanas y mi propia confusión interna. Me apoyé las manos en las rodillas y contemplé el agua.

Arturo me aceptaría si la muralla de escudos se rompía aquella noche. Era lo que quería, ¿no?

Una y otra vez me hice la misma

pregunta, y siempre me contestaba: «Sí, pero no de este modo. No porque el honor le obligue a ello». ¿Qué, entonces? Tal vez moriría aquella noche, y entonces no tendría que decidir. Pero si aquél no era mi destino, si sobrevivía, tendría que decidir. Y aunque muriera, deseaba enfrentarme a la muerte con el corazón limpio.

El resplandor apagado del ocaso me mostró mi rostro reflejado en las aguas temblorosas. Un rostro como el de Morgawse. Siempre Morgawse. Clavé mis dedos en el suelo, arranqué un puñado de tierra y lo arrojé al río para romper el reflejo. El agua se estremeció, pero volvió a aquietarse y la imagen

regresó.

Ya no sólo era el rostro de Morgawse, pensé, sino el de un guerrero. Repasé en mi mente los últimos meses. Sí, sin dudad alguna. Nadie volvería a confundirme con un siervo, un bardo o un druida. Lo que había llegado a ser estaba escrito en mi cara para que todos lo vieran. Un guerrero. Pero, ¿de qué mesnada, al servicio de qué señor?

En realidad, no importaba. Un guerrero es un guerrero, y toda guerra es un deporte, un juego. Todas las guerras menos la de Arturo y la Luz.

Dejé de pensar en la injusticia y de recrearme en la amargura a la que me

había habituado. Reflexioné sobre lo que realmente había sucedido. Como había dicho Arturo, lo había pasado muy bien consiguiendo fama, honor y riquezas, aceptando oro, seda y armas de manos de reyes que deseaban mi espada, bebiendo dulce aguamiel y escuchando las alabanzas de los poetas. Sí, y entrando en una ciudad montado en Ceincaled, con mi cota de malla y mis armas resplandecientes, capas rojas y joyas de oro, sonriendo a las chicas que me saludaban con la mano. La guerra contiene demasiado esplendor, demasiado oro y veloces corceles, demasiada seda escarlata y púrpura. Es hermosa, y uno se olvida de para qué

sirve. Yo lo había olvidado.

Desenvainé la espada. Se me había entregado con un propósito, y lo había olvidado. Me la había entregado un rey, y había ignorado al rey al que había jurado fidelidad. Apreté la mano en la empuñadura, sintiendo su tacto como una parte de mí.

Según había dicho Arturo, había dividido a la Familia. Aferré la espada con la otra mano y la levanté, sintiendo el frío acero contra la frente. Sí. Todas las discusiones, la tensión y la rabia, la ruptura de amistades, que había tratado de atribuir a la fatiga… todo ello era culpa mía.

Pero me había servido para llenar

una parte de mí que llevaba largo tiempo vacía, para satisfacer deseos que siempre había abrigado sin comprenderlos. Era lo que yo había deseado. Y seguía deseándolo.

Me dije que Morgawse se sentiría muy complacida con todo aquello: «Alégrate, hijo de Morgawse. Has ganado». «¿Y qué vas a hacer ahora, Gwalchmai de las Orcadas? Lugh te advirtió que no habías derrotado a tu propia Oscuridad, pero tú, pensando que ésta ya no podría sorprenderte, decidiste ignorarlo. Arturo te aceptará porque es demasiado honorable para obrar de otro modo». Arturo. Había actuado con cierta injusticia al principio, pero aquélla era

sólo una pequeña sombra en la intensidad de su resplandor. ¿Qué sabía yo de su Oscuridad, del hombre que se ocultaba en el interior del rey, de las fuerzas que le impulsaban, de sus motivos? De repente le vi como a un ser humano inseguro, y supe que hasta entonces no había luchado para él sino para mí mismo, sin hacer nada para acallar sus sospechas y sí mucho para justificarlas. Y deseé luchar para él y redimirme.

«Luz, señor —dije en silencio—. Mi rey, a quien juré servir con mi espada, dime qué debo hacer. La espada es tuya, como la vida que salvaste; tú, incluso más que Arturo, eres a quien sirvo y

para quien lucho; es a ti a quien debo obedecer».

Ya tenía la respuesta al problema. Me puse en pie lentamente y saludé a la estrella de la tarde con mi espada, una vez tomada mi decisión. La cálida luz roja que no había visto en muchos meses volvió a encenderse en la empuñadura de Caledvwlch, volviéndose más tierna y brillante, iluminando la oscuridad que me rodeaba. Lucharía para Arturo aquella noche y, con la ayuda de Dios, rompería la muralla de escudos; entonces, si sobrevivía, iría a ver a Urien de Rheged y solicitaría un lugar en su mesnada.

Regresé a las hogueras para cenar.

La comida desapareció rápidamente. Nadie tenía hambre, pero todo el mundo sabía que debía comer; además, las reses pertenecían a Aldwulf y soltaríamos a las que no pudiéramos comer, con lo que podría recuperarlas. Después de la comida, tratamos de dormir. Puede que unos cuantos lo consiguieran. Yo no. Justo antes de medianoche nos levantamos y desmantelamos el campamento, abandonando el botín. Me dirigí adonde estaban los caballos para ensillar y embridar a Ceincaled.

—Ésta será la última vez —le dije en irlandés mientras montaba—. Después de esto, *mo chroid*, nos iremos

con Urien, si sobrevivimos.

Sacudió las orejas y pateó. Percibí su impaciencia, y su orgullo intenso y veloz, más intensamente que en los últimos meses. Reí entre dientes, pasando los dedos por su crin. Si moríamos, aquélla era una buena noche para hacerlo; y sería una buena muerte.

Cabalgué hacia la vanguardia de la mesnada, cerca de Arturo, y, cuando toda la Familia estuvo preparada, emprendimos la marcha sin una sola palabra. Cruzamos el río y cabalgamos a través del bosque, hacia el noroeste, algo separados para avanzar más rápido. Los sajones estaban acampados al otro lado del río Dubhglas, en territorio

británo. Avanzamos hacia ellos durante casi tres horas, luego cerramos la formación y cabalgamos con más cuidado, haciendo poco ruido.

Aldwulf había apostado centinelas, pero no los necesitó. Su campamento llevaba despierto al menos una hora cuando llegamos, iluminado por antorchas atadas a lanzas clavadas en el suelo. Nos habíamos acercado en silencio y sin luces para no alertar a los sajones. Nuestros ojos estaban habituados a la oscuridad, y las antorchas eran lo bastante brillantes para apuntar las lanzas. Arturo se detuvo por un instante en la cima de la pendiente que descendía hasta el río, e

indicó a la «punta de lanza» la ruta que tomaríamos, hablando en voz baja. Todos sabíamos lo que vendría después: galoparíamos pendiente abajo entre los árboles, entrando en la zona iluminada por las antorchas, y cruzaríamos el río para atacar la muralla de escudos que los sajones alzarían contra nosotros en la orilla opuesta.

Arturo bajó la mano, lanzando su caballo al galope.

Le seguimos sin un solo ruido, aparte del tamborileo de los cascos de caballo y el tintinear de los arneses. Sentía la cabeza ligera, poseída por una locura distinta, y estaba en paz.

Al principio, los sajones no se

dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo. Nos esperaban, pero estaba oscuro y tenían sueño. Estaban seguros de que verían las antorchas, oirían algún grito de guerra o tendrían algún otro aviso de nuestra llegada. Oyeron el sonido de los cascos y se sobresaltaron, tomando las lanzas y mirando a su alrededor, confusos. No podían vernos a causa de la oscuridad, el bosque y su visión cegada por las antorchas. Tomé una lanza al llegar a la orilla y la arrojé con todas mis fuerzas. Confundirles. Atraparles desprevenidos. Otras lanzas cayeron entre los sajones, causando pocos daños, pero sobresaltándoles y asustándoles. Los jefes empezaron a

ordenarles que formaran la muralla de escudos, y obedecieron, pero muy lentamente. Salimos del bosque y nos metimos en el río. El agua saltaba y salpicaba alrededor de nuestras piernas, la luz de las antorchas se reflejaba sobre nosotros, y los árboles proyectaban largas sombras, que oscilaban como en un sueño demente. Y, en la otra orilla, seguían cayendo las lanzas, algunas de las cuales dieron en el blanco. Los caballos nadaron durante un instante, con los ojos en blanco y las orejas echadas hacia atrás, y las lanzas sajonas empezaron a caer entre nosotros. Emprendimos de nuevo el galope, aproximándonos a la muralla de

escudos. Arturo sonreía, con la lanza en ristre, preparada para golpear. La muralla de escudos tenía una profundidad de tres hombres, y más guerreros se acercaban corriendo a sostenerla, gritando y con los ojos enloquecidos. Nos acercamos; una carga silenciosa, surgida de ninguna parte, contra todo un ejército. De repente, Arturo levantó la cabeza y gritó:

—¡Por Britania, amigos míos! ¡Por mí!

Y respondimos, con un solo corazón y una sola voz. Un sonido más terrible que la muerte:

—¡Por Arturo!

Arrojé la lanza corta y desenvainé la

espada, que resplandeció con una luz blanca mientras alcanzábamos la orilla.

Mi antigua locura no me poseyó, pero no era necesario que lo hiciera. Ceincaled se encabritaba, golpeando con los cascos, y yo lanzaba estocadas inclinado sobre su cuello, luchando por amor y por un sueño, igual que Arturo. Fueron unos instantes, nada más. Si nos hubiéramos detenido lo suficiente para perder velocidad tal vez no lo hubiéramos logrado, pero los sajones estaban asustados, perplejos e indecisos, y la muralla se rompió. Los matábamos al pasar, arrancando las antorchas de sus soportes y arrojándolas contra el campamento, prendiéndole

fuego, cortando cuerdas de tiendas y siguiendo adelante, dejando un rastro de destrucción detrás de nosotros. Nos sumergimos en la seguridad de los bosques, con apenas un puñado de lanzas cayendo a nuestro alrededor mientras cabalgábamos en la noche.

—Bien hecho —dijo Arturo en voz baja, y luego gritó de alegría—: ¡Oh, bien hecho!

Pusimos los caballos a medio galope, pensando en las millas que nos quedaban por recorrer. Detrás de nosotros, el cielo palidecía con el primer gris de la hora silenciosa que precede a la mañana.

16

Durante casi un mes no encontré la ocasión de comunicar a Arturo que abandonaría la Familia. Había recibido una herida en la pierna en la batalla, una herida grave que empeoró por cabalgar veinte millas después de recibirla. No hubo forma de evitarlo. No temíamos que los sajones nos siguieran: no tenían caballos adecuados, y estarían

demasiado preocupados con sus propias bajas y tratando de recuperar su ganado robado, pero necesitábamos un lugar donde quedarnos un tiempo. Con una mesnada del tamaño de la Familia, no es fácil encontrar un lugar semejante. Finalmente, cabalgando hacia el noroeste, llegamos a una aldea cerca de la Muralla que pertenecía a un clan gobernado por un hombre llamado Ogyfan. Era alto, con barba negra, y gozaba de cierta importancia en aquella zona debido a su riqueza y a que ostentaba un título romano. Temía a los sajones y anhelaba la restauración del imperio, por lo que dispensó una buena acogida a Arturo. Proporcionó a la

Familia alimentos y un lugar donde alojar a los heridos. Me alegré por ello. Estaba débil por la pérdida de sangre, enfermo y dolorido. Agravain y Bedwyr me condujeron al establo de las vacas, la única construcción disponible para albergar un hospital, donde me desvanecí y permanecí inconsciente durante más de una semana. Tuve fiebre durante los primeros días, por lo que no recuerdo nada de ellos. Cuando me recuperé lo suficiente para tomar conciencia de mi situación, supe que Arturo y la Familia habían salido de expedición. La mesnada estaba debilitada tras el verano, pero la oportunidad ofrecida por aquella

situación había resultado irresistible. Como Arturo había predicho, el prestigio de Aldwulf entre los sajones había quedado seriamente dañado por nuestra victoria. No comprendían cómo había podido dejar escapar al rey de Britania cuando lo tenía atrapado, en inferioridad numérica y había sido avisado de su presencia. Ossa de Deira le echaba la culpa; sus propios nobles le culpaban; y sus súbditos, que habían sido atacados y saqueados, y que estaban furiosos y privados de sus bienes, le criticaban amargamente y desertaban de su ejército. La estación de la cosecha casi había terminado, y los hombres de Ossa también deseaban

regresar a sus granjas. El propio Ossa regresó a su fortaleza tras un amargo intercambio de recriminaciones con Aldwulf. El rey de Bernicia se quedó solo con su mesnada, también resentida, y se retiró a su fortaleza para pasar el invierno. El campo había quedado desprotegido, y Arturo atacó Bernicia, saqueando con tanta libertad como si no hubiera rey en el país, destruyendo todas las granjas de la frontera y llevándose suficiente grano y ganado para mantener a la Familia durante un año, con provisiones sobrantes para hacer regalos.

Por lo que a mí respecta, sin embargo, permanecí en la aldea de

Ogyfan hasta que mi herida se curó lo suficiente para cabalgar; casi un mes entero. Era un lugar agradable, y en circunstancias normales me hubiera alegrado de poder pasar un tiempo allí. La aldea estaba cerca de la Muralla, que se curvaba a través de la extensión de colinas y campos cuyo límite trazaba por un lado. Un riachuelo frío y veloz corría entre las casas y regaba los pastos. Al sur, la tierra se elevaba, con valles boscosos y colinas cubiertas de arbustos que desparecían en las sombras más altas de las montañas. Ogyfan era un hombre fuerte e inteligente, inesperadamente amistoso con los servidores del rey, capaz de leer. Ni

siquiera le molestaba la subida de impuestos ordenada por Arturo, argumentando que el Pendragón se llevaba sólo unas cuantas vacas, pero que los sajones se las llevarían todas. Era cierto, por supuesto, pero aquella verdad raras veces era comprendida por los que pagaban el tributo. La hija mayor de Ogyfan, Ginebra, también resultó una compañía muy agradable. No había hablado con ninguna mujer después de Morgawse, y la influencia de mi madre había hecho que casi les tuviera miedo. Ginebra me enseñó a pensar de otro modo. Cuidaba de todos los heridos y me ayudó a recobrar la salud. También supervisaba el funcionamiento de la

aldea, bajo la autoridad de su padre. Era lo bastante fuerte para ayudar a Gruffydd, el cirujano, sin flaquear, y lo bastante débil para temer a las tormentas o para echarse a reír ante el canto de un pájaro. Tenía unos cuatro años más que yo, grandes masas de cabello rojizo y ondulado y unos ojos risueños y castaños. Poseía una calidez y armonía que la hacían muy hermosa, y también era inteligente; había leído más aún que su padre. No me sentía atraído por ella como un hombre por una mujer, pero su calidez logró penetrar en algún lugar de mi interior que Morgawse había congelado.

A pesar de todo, estaba impaciente

por marcharme. Caledvwlch me pesaba, y había afilado mi lanza hasta darle un filo capaz de herir al viento. Ceincaled, señor de los demás caballos en los campos de Ogyfan, corría junto a la empalizada por las mañanas, despidiendo vapor blanco, impaciente por partir en dirección a Rheged, al sur, al norte, no importaba. Sólo ansiaba estar de nuevo en camino. Mi decisión estaba tomada, y yo tampoco deseaba entretenerme.

Finalmente, a principios de diciembre, llegó el momento en que mi pierna estuvo lo bastante curada para permitirme cabalgar, aunque no caminar mucho. Me colgué el escudo al hombro,

tomé la lanza y monté en Ceincaled. Casi todos los demás guerreros heridos se habían marchado ya, y Gruffydd con ellos; unos pocos tendrían que esperar algo más. El viento era frío, soplando desde el norte por encima de la Muralla, hablándonos de nieve. No era un buen momento para viajar. Sin embargo, tal vez no tendría que recorrer mucho camino. Primero al este, para comunicar lo que había decidido a Arturo y mis amigos, y luego hacia el oeste, en dirección a Rheged. O tal vez hacia el norte, pensé. No había nada que me atara. Al norte, hacia Din Eidyn, donde tal vez encontraría barcos dispuestos a cruzar el Muirn Orc y llevarme más al

norte aún, hasta Dun Fionn. Mi hogar. Me invadió una oleada de añoranza profunda y repentina y recordé a mi padre y mis familiares, los chillidos de las aves marinas en los acantilados, los altos muros de Dun Fionn, y Llyn Gwalch, junto al gris Mar del Norte. Lot y mi clan habrían oído hablar de mí, pero no podían saber qué pensar. Hubiera debido enviarles un mensaje. Morgawse lo sabría, y ella era otro motivo para regresar. No podía vivir para siempre medio atado a ella; tenía que volver a verla y resolver el asunto. Sí. Al norte, atravesando la tierra de los pictos, hasta llegar a las islas del Miedo, mi hogar.

—Transmite mis cumplidos y mis buenos deseos al emperador —me dijo Ogyfan. Había venido a despedirse y estaba arrebujado en su capa.

Asentí mientras le saludaba.

—Que tengas un buen viaje, Gwalchmai, y cuida bien de esa pierna —añadió Ginebra. Hizo una pausa, y luego, sonriente, añadió una de las expresiones irlandesas que le había enseñado—: *Slán lead*. Adiós.

—*Slán lead* —respondí devolviéndole la sonrisa, y luego volví la cabeza de Ceincaled hacia la carretera. Mi caballo se removió inquieto, tirando de las riendas, impaciente por ponerse en marcha. Grité

mi agradecimiento a Ogyfan y su hija y di rienda suelta a Ceincaled, dejándole correr por la carretera bajo la luz de la mañana fría y brillante. Me dirigía a cortar todos los lazos que me unían a la Familia.

Me pregunté por qué tenía que entristecerme por ello. Era joven, fuerte y tenía talento. Tenía a Ceincaled. Tenía a Caledvwlch, y mi señor era más poderoso que ningún otro. No tenía un sitio junto a Arturo, pero era libre y un guerrero de la Luz. Y me dirigía a mi hogar. ¿Quién podía pedir más?

Me incliné sobre el cuello de Ceincaled, dándole más prisa, y la tierra pasó velozmente bajo sus rápidos

cascos.

No fue un viaje muy largo. Arturo se había desviado hacia el norte; estaba atacando la frontera de Bernicia por la parte central del reino. Crucé la Muralla y tomé la antigua carretera a lo largo a las colinas, siguiendo su rastro. También hay una calzada romana en aquella dirección, mucho más recta, pero desde la antigua se domina todo el territorio. La seguí durante casi todo el día, cabalgando al trote, sin ningún contratiempo. Al caer la tarde empezó a llover. Tenía los dedos helados, pues el viento parecía soplar directamente contra mí, por muchas curvas que trazara la carretera. La pierna empezó a

dolerme, cada vez con más intensidad. Cuando alcancé la cima de una colina y divisé el campamento debajo de mí, me resultó una visión gloriosa. Las hogueras ardían con su resplandor rojo y dorado contra el color pizarra de las colinas desnudas. Bajo la tenue luz pude distinguir los caballos y el ganado, junto a medio círculo de carretas saqueadas a los sajones. Detuve a Ceincaled y contemplé el campamento. Abajo estaban las hogueras: los hombres cantaban a su alrededor, con comida caliente y aguamiel fuerte y dulce; guerreros riendo y presumiendo de sus hazañas, burlándose de las de los demás. Sabía muy bien cómo era aquel

ambiente. Había formado parte de él. Pero volvía a encontrarme como había empezado en las Orcadas, observando desde la distancia.

«Tranquilo —me dije—. Te resultará muy fácil encontrar otra mesnada».

Y, sin embargo, ¿cómo podía haber otra mesnada como la Familia, u otro rey como Arturo?

Bueno, podía disfrutarla una noche más. Toqué ligeramente los flancos de Ceincaled, que empezó a avanzar colina abajo.

No habíamos recorrido más de unos pocos pies cuando una figura apareció ante nosotros, agitando los brazos.

Ceincaled se encabritó, retorciéndome la pierna, y yo agarré mi lanza.

—¡No! —gritó la figura—. Señor… *Arglwyd Mawr*…

Miré más de cerca y vi que no era un sajón atacándome, sino una mujer britana muy desaliñada. Y pobre, si le parecía que yo era un «gran señor». Bajé la lanza y detuve a Ceincaled.

—¿Qué sucede? —pregunté, impaciente por llegar al campamento.

—Señor, perdóname. Te he visto en la colina y me he asustado, pero cuando has empezado a bajar hacia el campamento he sabido que tenías que ser uno de los hombres del Dragón, de modo que he pensado: «tengo que

detenerle»…

—¿Para qué?

Se me acercó más y me agarró un pie. Tendría unos treinta años, el cabello gris y el rostro arrugado. La esposa de un granjero pobre.

—Señor.

—¿Qué sucede? —volví a preguntar—. El Pendragón no contrata sirvientes, si eso es lo que quieres. —Era poco probable que hubiera salido con aquel motivo en una noche semejante, pero existía la posibilidad.

—No, señor, es mi marido. He oído decir que hay buenos doctores en el campamento del Dragón de Britania.

Se me encogió el corazón.

—¿Tu marido está herido?

—Sí, gran señor. Algunos de los sajones a los que el Dragón está expulsando han venido a nuestra casa, pidiendo comida. Mi marido no ha querido dársela, le han herido y han escapado. Nuestro clan no puede ayudarle. He oído decir que el Dragón tiene buenos sanadores…

—¿Dónde está tu casa?

Señaló hacia la pendiente más empinada de la colina, en dirección al este. Miré hacia el lado opuesto, en dirección al campamento de Arturo, y suspiré.

—¿Cuándo ha ocurrido? ¿Puede moverse tu marido?

—No, gran señor. Ha sido hoy, hacia mediodía. Los asesinos han huido después de herir a mi marido y se han llevado los caballos. Pero tampoco podría montar; está demasiado grave, y no tenemos carretas. Señor… —dijo sacudiéndome el pie—, mi marido está herido. Morirá si no le atiende un doctor. Los doctores del campamento dicen que tienen trabajo y no pueden venir, y que debo llevarles a mi marido. Tú tienes un buen caballo. ¡Ayúdame!

—Muy bien. Enséñame el camino de tu casa.

Me agarró el pie con ambas manos.

—¡Que los dioses te bendigan, gran señor! ¡Que Cristo y todos los dioses te

bendigan! Es por allí, bajando por aquel camino y hasta…

—Tienes que enseñarme el camino —repetí. Las indicaciones en el campo son imposibles de seguir para un forastero. —Ven. —Le tendí una mano —. Mi caballo puede llevar a dos.

Ella me miró fijamente.

—Señor, yo nunca…

Suspiré, desmonté, la ayudé a subir, a pesar de que Ceincaled mostró su desagrado revolviéndose y resoplando, y volví a montar detrás de ella. Me mostró el camino, que era largo y difícil. Nos llevó casi una hora llegar a la casa. La mujer muy impresionada por la velocidad a la que avanzábamos. Sus

familiares la estaban esperando.

—¡Pero éste no es un doctor! —dijo un anciano, al parecer expresando la inquietud de todo el clan, pues todos asintieron y empezaron a murmurar.

—Es un gran señor —dijo la mujer, bajando de Ceincaled—. Le he encontrado en la colina, después de que los doctores del campamento me dijeran que tienen muchos heridos y no pueden abandonarles. Tiene un caballo que corre como el viento del oeste sobre las montañas. —En aquel punto, Ceincaled agitó la cabeza, sacudiéndose la lluvia de la crin—. Y nos ayudará a llevar a Gwilym con los doctores.

—No podemos mover a Gwilym —

dijo el anciano.

Me encogí de hombros.

—Sé un poco de medicina. Dejad que vea a ese familiar vuestro… y que saque a mi caballo de la lluvia.

En cuanto vi a Gwilym supe que no había esperanza. La lanza sajona le había atravesado el cuerpo por los pulmones. Era un milagro que siguiera con vida, pero ciertamente no duraría mucho tiempo.

La mujer me miró, esperanzada.

—¿Qué vas a hacer, gran señor?

Sacudí la cabeza.

—No creo que pueda hacer nada.

El anciano asintió.

—¿Lo ves? Te he dicho que te

calmaras y te buscaras un nuevo esposo si éste muere, pero que no fueras a corretear como una puta por el campamento de los soldados.

La mujer se limitó a mirarme, con el rostro contraído por el dolor.

—Pero tú has dicho…

—No le había visto. Los hombres con esta clase de heridas suelen morir en cuestión de una hora.

—Hubieras debido pedirle que trajera a un cirujano —dijo el anciano —. Él no nos sirve de nada. Es un guerrero. ¿Qué puede saber de medicina?

—Los doctores no querían venir —dijo la mujer—. ¡Señor, es mi marido,

no puede morir! Tal vez no sea tan grave como crees. Tienes que ayudarle. ¡Por favor! Es mi marido.

Estudié más de cerca a Gwilym. Estaba inconsciente, afortunadamente para él. La herida parecía fatal. De todos modos, no siempre se sabía.

—¡Tienes que ayudarle! —suplicó la mujer—. Gran señor, ¡al menos tienes que intentarlo!

—¡No puede hacer nada! —espetó el anciano. Le di la razón en mi interior, pero la mujer estaba en lo cierto. Tenía que intentarlo.

—Muy bien. Lo intentaré. Traedme agua caliente, cerrad la puerta y avivad el fuego.

Lo intenté durante una hora, luchando contra mi agotamiento y el dolor de mi pierna para concentrarme en el hombre. El asta de la lanza, todavía alojada en su pulmón, le mantenía con vida, pero sólo servía para prolongar su agonía y su dolor. De todos modos, la herida era recta y limpia, y pensé que, si conseguía extraer la lanza, y si el otro pulmón no estaba dañado, el hombre podía vivir. Forcejeé, conseguí sacar el trozo de madera tras largos esfuerzos; durante un tiempo pensé que tal vez lo conseguiría, pero el otro pulmón dejó de funcionar y Gwilym murió. La mujer, que me había estado ayudando, sintió que el corazón se le paraba antes de que

él expulsara su último aliento mezclado con la sangre. Le agarró el cabello y empezó a suplicarle que viviera; luego enterró el rostro en su hombro y se echó a llorar. Las otras mujeres del clan empezaron a gemir; los niños gritaban y los hombres lloraban. El anciano se limitó a asentir y repetir:

—Ya he dicho que no podría hacerlo.

No podía sentir nada, ni siquiera compasión, nada excepto el deseo de marcharme. Me limpié un poco la sangre, volví a ponerme la túnica y la cota de malla y cojeé hacia la puerta. Nadie me dijo una sola palabra, aunque uno o dos hombres me dirigieron

miradas de odio, ya que su pariente había muerto bajo mis manos. Me alejé a toda prisa, encontré a Ceincaled y me abrí paso colina arriba.

Cuando llegué al campamento de Arturo las hogueras se habían convertido en ascuas. La pierna me dolía de manera terrible, estaba empapado y sólo deseaba un poco de aguamiel caliente y fuerte. Un centinela me detuvo, pero, al reconocerme, me dio la bienvenida y me preguntó por mi pierna. Le dije que estaba curada, y también cómo estaban los demás heridos, y pasé de largo. Dejé a Ceincaled cepillado y comiendo grano junto a los demás caballos y me dirigí

cojeando a la hoguera principal.

La bienvenida que me dispensaron los guerreros fue todo lo que hubiera podido desear. Se levantaron de un salto y me rodearon, saludándome, preguntándome por mi herida y por qué había tardado tanto en llegar. Agravain me dio uno de sus abrazos de oso, diciendo:

—Muy bien, de modo que finalmente te has decidido a regresar y ganarte la comida. ¡Bienvenido! Sé mil veces bienvenido a casa.

Contesté a las preguntas y me dieron un lugar cerca del fuego, aguamiel y comida. Me acomodé, agradecido y exhausto. Sólo entonces reparé en

Arturo, sentado al otro lado de la hoguera, con aspecto irreal en el resplandor de las llamas y mirándome fríamente. Le saludé con el cuerno de aguamiel y bebí un largo trago.

Arturo inclinó la cabeza en dirección a mí.

—De modo que has vuelto para reclamar lo que te prometí.

No me sentía con deseos de revelarle mi decisión y tener la inevitable discusión que seguiría, pero parecía que no había más remedio. Vi que Agravain y unos cuantos de sus partidarios se tensaban y que los demás les observaban con cautela. Sí, estaba claro que tenía que marcharme.

—No, mi señor —repuse en voz baja—. Sólo le regresado para despedirme. Mañana cabalgaré hacia el norte. Trataré de llegar a las Orcadas este invierno.

Agravain contuvo el aliento con un siseo.

—Gwalchmai, ¿qué…?

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Arturo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —quiso saber Cei, en tono airado.

—Pero Arturo dijo que te aceptaría —dijo Agravain—. Te lo has ganado; lo has conseguido.

—Arturo me aceptará porque su honor no le deja otra opción. —Miré

con fijeza al rey, que asintió.

—No lo niego. Utilicé tu espada porque era necesario, y fuiste herido en mi servicio. ¿Qué esperas conseguir con esta conversación?

—Nada. Ya no. —Deseé haber podido decírselo por la mañana.

—Te has ganado el puesto más de mil veces —dijo Agravain—. ¿Qué quieres decir con eso de que te vas al norte?

—No quiero ser aceptado porque el honor de Arturo le obliga a ello —repuse—. Llámame orgulloso, si quieres.

—No lo entiendo —dijo Cei, con la voz aguda por la indignación—. Te

pasas el verano por aquí, esperando una oferta de Arturo y rechazado a la mitad de reyes de Britania, y ahora que la tienes no quieres aceptarla, como un halcón que se tomara grandes molestias para cazar un ave que no deseara devorar. Por los perros del Yffern, ¡la Familia no se desprecia a la ligera!

—¿Quieres que me una a ella, entonces? Si es así, tú eres como el mismo halcón, tratando de echarme durante todo el verano, y luego, cuando…

Cei me miró furioso.

—Nos estás insultando a todos, y a mí el primero. Casi estoy decidido a…

—¿De qué serviría? —dije agotado

—. Si luchamos a pie, ganarás tú; si luchamos a caballo, ganaré yo. Lo sabe todo el mundo, de modo que eso no demostraría nada. Y nunca he tenido intención de insultarte. Eres un hombre noble y valiente, y sería un estúpido si quisiera hacerlo.

Cei parpadeó como si le hubiera golpeado.

—Estás loco.

Me encogí de hombros.

—En la batalla, sí. Que nadie crea que deseo dejar a la Familia para encontrar una mesnada mejor. No existe.

—¿Por qué quieres irte, entonces? —preguntó Agravain.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—¿Qué esperas conseguir? —volvió a preguntar Arturo—. ¿O acaso lo has conseguido ya? ¿Vas a regresar a las Orcadas para contar a tu madre que el rey de Britania te ofreció un puesto y que tú lo rechazaste, como un campesino negándose a aceptar huevos pasados? —Su voz era inexpresiva, pero tenía un toque de furia gélida.

Recordé su grandeza, y su ira me dolió. Todo ello, unido a mi dolor y cansancio, me hizo hablar con más claridad de la que hubiera deseado.

—Señor —dije lentamente—, no soy el siervo de la reina de la Oscuridad. Me iré porque he actuado como si lo fuera, porque he dividido a tu Familia,

sobre la que pesa el destino de Britania, exactamente como hubiera deseado Morgawse. Señor, no puedo decir que comprenda esas cosas, pero no las traicionaré, ni a mi señor la Luz. Todo será más sencillo, señor, si me marcho. Ya me has ofrecido un puesto, y lo he rechazado. Nadie puede decir que me hayas tratado mal, porque me voy por mi propia voluntad. La Familia se reconciliará.

—¡Pero eres el mejor jinete de la Familia! —dijo Agravain—. No puedes irte.

—Puedo, y seré el mejor jinete en algún otro lugar. —Bebí un poco más de aguamiel y me froté la cara con la mano

libre—. Me iré, y eso es todo. Hablemos de otra cosa.

Todo el mundo permaneció en silencio durante un minuto eterno, mirándome fijamente. Empecé a comer, tratando de no mirarle.

Entonces el sonido de un arpa rompió el silencio. Levanté la vista y Taliesin me sonrió. Luego volvió a inclinar la cabeza sobre su instrumento, haciendo sonar las mismas notas puras y agudas, como un hilo de plata a través del aire. Me di cuenta de que era la canción de CuChulainn, y también la canción del salón de Lugh, una canción fuerte y clara de renuncia elevándose por encima de los esfuerzos de la

batalla. La lluvia caía en la noche y siseaba sobre las ascuas del fuego. Escuché la música, y la comprendí por primera vez.

La canción me dio una fuerza que me sostuvo al día siguiente, mientras ensillaba a Ceincaled para emprender la marcha. La Familia se congregó a mi alrededor, pidiéndome que me quedara, deseándome buen viaje y haciéndome regalos. Arturo lo observaba con el rostro impasible. Tenía un caballo de carga sobre el que amontoné las provisiones y los regalos, envueltos en una manta. Me dolía mirar a los guerreros, y sentí una tensión en la garganta mientras ataba el paquete al

lomo del bayo y me erguía, sosteniendo sus riendas.

En aquel momento, el cirujano Gruffydd apareció entre la multitud, seguido, ante mi sorpresa, por la mujer de la noche anterior.

—Los doctores no merecemos despedidas, ¿es eso? —me preguntó—. ¿O es que tienes miedo de que eche un vistazo a tu pierna y te ordene descansar durante una semana más?

Sonreí, solté la rienda, me acerqué a él y le di la mano.

—Aunque me ordenaras quedarme, me marcharía.

—Y la pierna te estará doliendo durante todo el camino hasta las

Ynysoedd Erch —dijo, asintiendo con la cabeza—. Bueno, vuélvete loco y no lo notarás. —Hizo una pausa y añadió en voz más baja—: ¿Por qué te marchas?

—Porque debo hacerlo.

La mujer, que había estado mirando a su alrededor, dijo:

—Señor, no lo sabía. De haber sabido quién eras, no te hubiera detenido.

La miré con curiosidad, esperando que no tuviera un hijo herido. Ella se irguió.

—Mi clan es pobre, señor, pero tenemos honor. No permitimos que los que se portan bien con nosotros se vayan sin agradecimiento ni recompensa. —Se

sonrojó—. Dinero, yo… No lo necesitarías. Pero tienes mi agradecimiento, Gwalchmai de las Ynysoedd Erch, y el de mi clan.

—Pero no pude ayudar a tu marido —dije conmovido.

Ella se encogió de hombros y se frotó los ojos un instante con el dorso de las manos antes de replicar:

—Lo intentaste. Eso es mucho.

Gruffydd me miró.

—Acaba de llegar, preguntando por un guerrero moreno, cojo, con la capa roja y el caballo blanco. Creo que la recuerdo de anoche… ¿Su marido no…?

—Está muerto —dije.

—Una lanza en los pulmones, dijo.

Ahora lo recuerdo. ¿Y trataste de ayudarle? Fue una estupidez. Ni siquiera yo le hubiera servido de nada en un caso como ése.

—Ella no me lo dijo; y había una posibilidad. —Me volví hacia la mujer —. Me haces un honor demasiado grande con tu agradecimiento, mujer. No hice nada, y tu marido ha muerto.

Ella volvió a encogerse de hombros, parpadeando rápidamente.

—Viniste —repitió en voz baja—. Bendito sea tu camino, señor. —Hizo una torpe reverencia y se volvió, todavía parpadeando para contener las lágrimas. Pasó entre los guerreros sin mirarlos, emprendiendo el largo regreso

a su casa.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Agravain.

—Ya lo has oído.

—¿Sólo eso? ¿Una campesina pobre y un campesino a punto de morir?

—Es una mujer honorable —dijo Arturo con vehemencia—, que ha recorrido varias millas y entrado en un campamento armado para agradecer un intento de curación. ¡Una mujer honorable y valerosa!

Agravain lo miró, sorprendido.

—¿Mi señor? —Apartó por completo a la mujer de su mente—. Gwalchmai, no lo entiendo, pero… por el sol… —Desvió la mirada—. Cuídate,

hermano. *Slán lead.*

—Que Dios te acompañe —dijo suavemente Bedwyr.

—Bendito sea tu camino —dijo Gruffydd.

Incliné la cabeza en dirección a todos ellos y me volví hacia Ceincaled. El caballo inclinó su orgullosa cabeza, resopló suavemente y me mordisqueó el cabello. Me hizo sonreír. Le acaricié el cuello y tomé las riendas.

—No —dijo Arturo de repente, con voz tensa—. Espera.

Solté las riendas y me volví. El rey estaba detrás de los otros, con el rostro pálido.

—Espera —repitió. Me pregunté si

también iba a desearme buen viaje.

Sacudió la cabeza violentamente, como para despejarla.

—Gwalchmai, antes quisiera hablar contigo un momento. A solas.

Hice una pausa, mirándole fijamente, y pasé las riendas de Ceincaled a Agravain. Arturo ya se encaminaba a su propia tienda, y le seguí, totalmente confundido. No comprendía de qué podría querer hablarme. Tal vez aún pensaba que el honor le obligaba a hacer algo por mí. Sí, era posible.

En la tienda tomó una jarra de vino, llenó lentamente dos vasos y me ofreció uno. Tras un momento de duda, lo tomé y me quedé con él en la mano, sin dejar de

mirar a Arturo.

—Siéntate —dijo, señalándome una silla en un lado de la tienda. Tomé asiento; él se instaló sobre su jergón. Tomó un trago de vino y me miró a los ojos.

—Lo siento —dijo, en tono bajo e inexpresivo.

Lo miré perplejo.

—Señor, no hace falta que creas que el honor te obliga a…

—Olvida eso —dijo con vehemencia—. Ah, Yffern… —Se levantó, dio unos cuantos pasos hacia la puerta, se detuvo y se volvió de nuevo hacia mí—. Te he juzgado mal. Y me he equivocado. Y si es posible que aún

desees un lugar en mi Familia, es tuyo.

Me sentí como si el cielo se viniera abajo.

—No lo entiendo —dije, al fin.

—A orillas del Wir me preguntaste si estaba totalmente sumido en la Oscuridad —respondió en voz baja—. Y lo estaba. Una antigua Oscuridad que no puedo quitarme de encima, por mucho que lo intente. —Se volvió y empezó a recorrer la tienda, sin centrar en ningún punto su intensa mirada gris —. Desde el principio, peleé conmigo mismo por tu causa. Había oído hablar de ti y tu reputación, y no encontré ninguna razón nueva y sorprendente para confiar en ti, pero no fue eso lo que me

hizo decidirme en tu contra. No; sabía que habías estado cerca de mi hermana, que habías tenido acceso a sus pensamientos secretos y, por el cielo, te pareces a ella. Con eso bastaba. Todo lo que hiciste después lo retorcí para que encajara en mis propias ideas, lo retorcí para mantenerte en la Oscuridad con mi hermana, y lo que conseguí fue mantenerme a mí mismo en la Oscuridad. Y, a pesar de todo, tu forma de comportarte en la batalla, la división que causaste, el caballo al que creí que habías capturado con hechizos… todo ello era secundario y me importaba menos que una sola idea: «Lo sabe». Eso era lo que me enfurecía, y lo que me

llenaba de un horror tal que no me permitía…

—Pero… ¿saber qué, mi señor?

—Lo de tu hermano, por supuesto.

—¿Agravain? No lo entiendo. ¿Por qué…?

—No hablo de Agravain. Hablo del otro. Medraut.

Nuestros ojos se encontraron de nuevo, los suyos duros y torturados, los míos desconcertados, y Arturo se levantó de repente mientras la dureza desaparecía de su mirada, que se volvió franca y llena de comprensión. La mirada de Medraut.

Arturo volvió a sentarse en el jergón. Se echó a reír, emitiendo

horribles sonidos ahogados que parecían sollozos, y apoyó la cabeza entre las manos.

—No lo sabes. Nunca lo supiste. Ella no te lo dijo.

Sentí frío en la boca del estómago, y un terror negro y repentino. Morgawse, la hermana de Arturo, y Medraut, que se parecía a Arturo. ¿Por qué no lo había visto antes? Y entonces, cargadas de horror, las palabras de Morgawse acudieron a mi mente: «¡que la tierra me devore, que el cielo caiga sobré mi cabeza y que el mar se me lleve si no mueres a manos de tu propio hijo!».

Me levanté de un salto.

—Mi señor, ¿cómo…? Suponía que

Morgawse te habría afectado de algún modo, pero esto…

—Yo consentí —dijo con voz áspera. De nuevo nos miramos largamente, y luego añadió—: Entonces ignoraba quién era mi padre. Lo juro por lo más sagrado, no sabía que era mi hermana. Ella… ella… —Volvió a interrumpirse—. Vino a mí durante un banquete, cuando yo empezaba a conseguir fama en la mesnada de su padre, Uther. Se había quedado en Camlann mientras su esposo, Lot, estaba de campaña en el norte de Britania. Ya se me había insinuado antes, pero aquella noche… Yo estaba ebrio, y feliz, y ella era más hermosa que una diosa.

Sólo consentí en cometer adulterio, pero consentí. Y, más tarde, Uther me preguntó por mi ascendencia. No le había hablado del tema; no es algo que suela comentarse. Pero se lo dije, y recordó a mi madre, y le complació descubrir que era su hijo. Cuando se marchó a decírselo a los demás, me acordé de ella, corrí a avisarla, y ella… —Volvió a levantarse, sin mirarme, recordando la agonía y el horror al descubrir que había sido seducido para cometer incesto—. Ella lo sabía, lo había sabido desde el principio. Me saludó llamándome Arturo ab Uther, me llamó hermano y se burló de mí, diciéndome que esperaba un hijo mío. Y

desde entonces he sido incapaz de pensar en ella sin recordar aquel momento; y la idea de que otro lo supiera, su propio hijo, y que tal vez lo había planeado con ella… No pude soportarlo, sentía que debía librarme de ti a cualquier precio.

—Mi señor —dije, todavía mirándole lleno de horror y lástima—. Mi señor…

—Oh, desde luego. Sólo que eras inocente, y ni siquiera lo sabías. —Tomó otro largo trago de vino y dejó la copa. Sus ojos grises volvieron a concentrarse en mí—. Nunca lo supiste, hasta que te lo he dicho.

Hinqué una rodilla frente a él.

—Mi señor, yo… Yo no podía haber imaginado algo así. No comprendo por qué no me echaste a la fuerza, especialmente después de que dividiera a la Familia, matara y convirtiera tus victorias en algo amargo para ti. Perdóname, yo…

—¿Perdonarte? Soy yo quien necesita tu perdón. Levántate. En nombre de Dios, levántate. Está claro —añadió, poniéndose también en pie—, que debí comprender hace meses que no eras lo que pensaba que eras. Soportaste todo lo que la guerra y yo pudimos arrojarte, sin quejarte una sola vez. Y trabajaste como cirujano. No sabía nada de eso hasta que Gruffydd me lo dijo, y

me gritó por lo injusto que era contigo. Tiene muy buena opinión de ti. —Miré fijamente al rey, sobresaltado. Por supuesto. Gruffydd siempre estaba ocupado al día siguiente a una batalla, pero atendía a los heridos durante la noche, mientras yo dormía tras mis ataques de locura—. Hubiera debido ver elementos suficientes, durante todos estos meses que has pasado siguiéndome, para darme cuenta; y debí confiar en la opinión de Bedwyr, sabiendo que yo estaba afectado por la Oscuridad. Pero persistí en pensar mal de ti. Y luego, anoche, dijiste que te ibas para no dividir a la Familia, y hablaste como si lo dijeras de veras. Me dije que

lo hacías sólo por orgullo, pero no pude convencerme a mí mismo. Entonces supe definitivamente que me había equivocado; y, sin embargo, no conseguí obligarme a admitirlo ante mí mismo. Podría haberme convencido de lo contrario, pero más tarde, esa mujer…

—¿Qué?

—La mujer del hombre que murió. Una mujer noble y honorable, pero de baja cuna, sin riquezas ni poder. Nadie que obedeciera a la Oscuridad la hubiera mirado dos veces, pero tú abandonaste tu camino en una noche fría y con una herida que debía estar doliéndote, para ayudar a un hombre al que no conocías y que no podía ser

ayudado.

—No sabía que estuviera tan malherido cuando fui a su casa.

—Pero, cuando lo supiste, trataste de ayudar de todos modos. No había en ello ningún beneficio para ti, nada que ganar. Fue algo sin sentido, pero honorable y compasivo. Después de aquello no podía haber dudas. Eras lo que habías afirmado ser todo el tiempo, y yo me había portado como un estúpido y un tirano.

Se acercó a mí y me apoyó una mano en el hombro.

—He dicho que lo siento, y lo vuelvo a repetir. Tal vez ya no deseas entrar a mi servicio. Pero creo que,

ahora que te has ofrecido a marcharte, no habría más divisiones si te pidiera que te quedaras. Y has desarmado por completo a Cei. —De repente esbozó una sonrisa, aunque algo temblorosa, y algo de luz regresó a su rostro—. Sabe manejar, los insultos, pero no que le digan que es noble y valeroso. Creo que espera que nadie lo descubra nunca, si actúa siempre como un gruñón. —Volvió a ponerse serio—. De modo que, si todavía deseas quedarte… —Vaciló, buscando la palabra adecuada—, hay trabajo más que suficiente, y me alegraría contar contigo.

Permanecí un momento en silencio, mientras Arturo me miraba fijamente,

medio desafiante y medio esperanzado, con su mano aún sobre mi hombro, casi de modo tentativo.

—Mi señor —dije al fin—, si alguien te ofreciera toda Britania, con el imperio restaurado, además de toda Erin, Caledonia y Bretaña, con todas las rutas hacia Roma abiertas… ¿aceptarías?

Sonrió lentamente y luego me abrazó, despacio, sintiéndose inseguro, pero comprendí que no era a mí a quien estaba poniendo a prueba, sino a sí mismo. Le devolví el abrazo, me arrodillé y le besé la mano, sobre el anillo con el sello real que llevaba en el dedo.

—Mi señor —dije—. He deseado luchar por ti durante mucho tiempo, desde que supe que luchabas por la Luz, y prefiero morir combatiendo a la Oscuridad que vivir muchos años consiguiendo victorias sin sentido. ¿Cómo podría pedir más? A partir de ahora sólo habrá victorias.

—Con la ayuda de Dios, así será, aunque creo que ya hemos empezado a vencer. Acompáñame. —Me ayudó a ponerme en pie, volvió a abrazarme y salió rápidamente de la tienda.

Los demás seguían esperando junto a Ceincaled y el caballo de carga, discutiendo sobre algo que silenciaron de repente al ver que Arturo y yo nos

acercábamos. Arturo se detuvo, miró los caballos y anunció tranquilamente:

—Ocupaos de que vuelvan a descargarlos. Gwalchmai ap Lot ha accedido a quedarse y a jurarme fidelidad, a petición mía.

Agravain miró a Cei, luego a Bedwyr y luego a mí. Asentí. Emitió un grito de alegría.

—¡*Laus Deo*, por el sol! —Me abrazó, golpeándome la espalda—. No entiendo nada de esto; tú cambias de opinión, después Arturo, después otra vez tú… Pero me gusta cómo han acabado las cosas, con la condición de que no empecemos otra vez —dijo en irlandés—. Y ahora sí que hemos

ganado —añadió en britano, soltándome y mirando furioso a Cei.

Cei se encogió de hombros, me miró y sonrió de repente.

—Es una buena noticia. Eres un guerrero endiablado, primo.

Bedwyr pasó la mirada de mí a Arturo, y, cuando éste también asintió, sonrió lentamente.

—Me alegro.

—Muy bien —dijo secamente Arturo—. Yo también me alegro de que mi decisión cuente con vuestra aprobación. Los tres podéis actuar como testigos. Llamad a los demás y prestaremos los juramentos ahora mismo.

Todavía hacía frío y el viento empujaba las nubes sobre el cielo oscuro, susurrando entre las ramas desnudas de los árboles. La Familia era una mancha de luz y color sobre el agreste paisaje, congregada en un círculo para observar y prestar testimonio. Arturo estaba frente a su tienda, alto y erguido, con el viento tirando de su manto púrpura. Bedwyr estaba a su derecha y Cei a su izquierda, con Agravain a su lado. Contemplé la imagen, deseando retenerla para siempre, y me arrodillé, desenvainando a Caledvwlch.

—Yo, Gwalchmai, hijo de Lot de las Orcadas, juro ahora seguir al señor

Arturo, emperador de Britania y dragón de la isla, luchar contra sus enemigos según su voluntad, serle fiel y obedecerle en todo momento y lugar. Mi espada es su espada hasta la muerte. Lo juro en nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu y, si falto a mi juramento, que la tierra se abra y me devore, que el cielo se quiebre y caiga sobre mi cabeza, que el mar se alce y me ahogue. Que así sea.

Arturo extendió la mano hacia la espada y yo me acordé de repente.

—Mi señor —empecé a decir—, la espada no puede…

Me ignoró y tomó la empuñadura de mis manos, levantando el arma. El relámpago no se alzó contra él como

había hecho contra Cei. En lugar de ello, el resplandor la iluminó, haciéndose más grande y blanco hasta que pareció que Arturo sostenía una estrella. Y el rey añadió:

—Y yo, Arturo, emperador de Britania, juro ahora mantener a Gwalchmai hijo de Lot, proporcionarle armas y bienes, y defenderle con honor en todo momento y lugar hasta la muerte. Lo juro en nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu y, si falto a mi juramento, que la tierra se abra y me devore, que el cielo se quiebre y caiga sobre mi cabeza, que el mar se alce y me ahogue. Y juro usar esta espada de Luz en la Luz, para traer la Luz a este reino, con la

ayuda de Dios.

El resplandor se apagó en la espada cuando me la devolvió. Me levanté y la envainé.

—¿Sois testigos? —preguntó mi señor Arturo.

—Somos testigos —dijeron Cei, Bedwyr y Agravain. Y luego Agravain se adelantó con una amplia sonrisa, gritando en irlandés:

—¡Y ahora está hecho, y has ganado! ¡Oh, hermano mío, por el juramento de mi pueblo, me alegro mucho!

El resto de la Familia no tardó en imitarle.

NOTAS

El trasfondo histórico de esta novela es fiable en parte pero, desde luego, no por completo; he utilizado algunos anacronismos y en ocasiones me he apartado por completo de lo poco que se conoce sobre Britania entre la retirada de los romanos y la conquista sajona. Mi peor ofensa ha sido en las islas de Orkney, donde he adelantado la conquista irlandesa, inventado lugares

además de personas y descrito una situación totalmente distinta a cualquier cosa que existiera allí en realidad. Pero es posible, aunque improbable, que algunos britanos, a los que el emperador Honorio ordenó organizar sus propias defensas, consideraran tal organización como una continuación del «imperio britano» de fines del siglo tercero y principios del cuarto, y que pudieran haber mantenido un imperio romano cada vez más céltico hasta el siglo sexto.

Respecto al trasfondo legendario, me he basado principalmente en varias fuentes célticas, y en todo lo que se ha escrito sobre Arturo hasta el momento.

Algunos poemas se basan, de modo aproximado y anacrónico, en originales célticos: el de la página 69 en un poema sobre Deirdre; el de la página 85 en un poema irlandés anterior; el de la página 92 en el «Viaje de Bran», del siglo octavo. La canción de la página 232 es, de hecho, un himno del siglo sexto (o tal vez anterior) conocido como «La coraza de Patrick» o «El grito del ciervo». Una versión de ese cántico, que empieza diciendo «Hoy me comprometo…», todavía se canta hoy en día, al menos en la iglesia anglicana, y tiene una hermosa melodía. El poema de la página 290 también es irlandés, pero posterior. Los demás son míos, pero representan el tipo

de poesía habitual en gales antiguo e irlandés, a excepción, por supuesto, del pasaje de la *Eneida*, que corresponde al libro VI, 125-9.

Respecto a la pronunciación, el galés parece más difícil de lo que es (mejor no hablar del irlandés). La «w» es normalmente una «u» larga, excepto en unos pocos casos, como después de «g» y antes de vocal, cuando suena como la consonante habitual. La «y» es normalmente una «u» corta: «Bedwy» tiene por lo tanto tres sílabas, y en la leyenda posterior se convirtió en «Bedivere». El grupo «ff» suena como la «f» española, pero «f» suena como «v». La combinación «dd» suena como

una «z» española, y «ll» como algo parecido a «tl», el sonido de la palabra inglesa «Little». El grupo «si» suena como «sh» en inglés; «Sion» es el equivalente del irlandés «Sean» o el inglés «John», y no tiene nada que ver con las montañas. Las demás letras no son demasiado distintas a sus valores tradicionales. La «ch» suena como en escocés, alemán o griego (o la «j» española); la «r» es vibrante, y la vocales en general son puras, como en latín. El acento suele recaer sobre la penúltima sílaba.

He usado las formas del galés moderno, en general, pues no estaba segura de las antiguas. Los topónimos

resultan totalmente confusos, pero supongo que también lo eran en su tiempo; he empleado las formas célticas cuando éstas existen en los registros. Sorviodunum/Searisbyrig es la moderna Salisbury (o, mejor dicho, Old Sarum); Ynis Witrin es Glastonbury; y Camlann corresponde a South Cadbury, donde se encuentran las excavaciones. Caer Segeint es Carnarvon; Ebrauc es York; Din Eidyn, Edimburgo; y Yrechwydd un nombre sacado de los poemas que podría corresponder a diversos lugares, pero que he resituado según mi conveniencia. Esto debería bastar para proporcionar al lector cierta orientación pero, dado que la novela sólo es

histórica en parte, la geografía no tiene demasiada importancia.

* * *

15-01-2015